



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



los ríos profundos
Clásicos

Antología negra

(mitos, leyendas y cuentos africanos)

BLAISE C E N D R A R S

Antología negra

(mitos, leyendas y cuentos africanos)

Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1980

© Blaise Cendrars

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2007

Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General
de la Nación, P.B. Caracas-Venezuela 1010

TELEFS.: (58-0212) 5642469 - 8084492/4986/4165

TELEFAX: 5641411

CORREO ELECTRÓNICO:

elperroylaranaediciones@gmail.com

EDICIÓN AL CUIDADO DE

Coral Pérez

TRANSCRIPCIÓN

María Dolores Cervantes

CORRECCIÓN

Ybory Bermúdez

DIAGRAMACIÓN

Mónica Piscitelli

MONTAJE DE PORTADA

Francisco Contreras

DISEÑO DE PORTADA

Carlos Zerpa

IMAGEN DE PORTADA

Pinturas rupestres de España y África,

Enciclopedia de signos y símbolos

John Laing y Davis Wire, 2001

ISBN 980-396-441-0

l.f. 4022007800275

La *Colección Los ríos profundos*, haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie *Clásicos* concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y *Contemporáneos* reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

Fundación Editorial



elperroylarana

Capítulo I

Leyendas cosmogónicas

Nzamé, Mebere y Nkwa. *El elefante, el tigre, el mono.* Fam, *el primer hombre.* Nzalam, *diluvio de fuego, el trueno, hijo del cielo y de la noche.* Segunda Creación: Sekumé, *el segundo hombre.* Mbongwé, *la primera mujer.* Gnul, *el cuerpo.* Nsissim, *el alma.* El ojo. Nkoure, Bekalé, Mefere, *los tres hermanos.* Ngofio, *el pájaro de la muerte.* El Ototoiane. *La estrella de la noche.* El hombre. *El largato.* Ndun, *el jefe de la raza.* Mbola, *el jefe de los hombres.* *La vida y la muerte.* Canto de la muerte. *El sacrificio.* *El misterio.* *El sueño.* *El animal.* *El árbol.* *El fuego.* El canto del fuego. *Expiación.* *Alianza.* *La piedra.* *El signo.* La separación. *La sangre.* *La virtud.* *El cocodrilo.* Bingo, *hijo de Dios.* El eleli. Otoyom, *el primer hechicero.* El camaleón, *la araña, la serpiente.* *El cráneo de los antepasados.*

1. *Leyenda de la creación* (cuento fan).
2. *Leyenda de los orígenes* (cuento fan).
3. *Leyenda de la separación* (cuento fan).
4. *Leyenda de Bingo* (cuento fan).

1. Leyenda de la creación

Cuando las cosas no existían aún, Mebere, el Creador, hizo al hombre con tierra de arcilla. Tomó la arcilla y modeló un hombre. Así dio comienzo este hombre, y comenzó como lagarto. Al lagarto, Mebere lo colocó en una alberca de agua de mar. Cinco días, y aquí tienen: cinco días pasó con él en la alberca de las aguas, y lo sumergió dentro. Siete días: estuvo dentro siete días. Al octavo, Mebere fue a verlo, y asómbrate que el lagarto sale, y asómbrate que ya está fuera. Resulta que es un hombre. Y dice al Creador:

—Gracias.

14 2. Leyenda de los orígenes

—¡Verán lo que me contó mi padre, el cual lo sabía por el suyo, y lo sabía desde hace mucho tiempo, mucho tiempo, desde el principio!

En el origen de las cosas, en el origen mismo, cuando no existía nada, ni hombres, ni animales, ni plantas, ni cielo, ni sol, ni tierra, nada, nada, nada, Dios ya existía, y se llamaba Nzamé... Y a los tres que son Nzamé nosotros les llamamos Nzamé, Mebere y Nkwa. Y en el comienzo Nzamé hizo el cielo y la tierra, y se reservó el cielo para sí. Entonces, sopló sobre la tierra, y por la acción del sopló nacieron la tierra y el agua, cada una por su lado.

Nzamé hizo todas las cosas: el Cielo, la Luna, las estrellas, los animales, las plantas, todo. Y cuando hubo acabado todo lo que nosotros vemos ahora, llamó a Mebere y Nkwa y les mostró su obra.

—¿Está bien todo lo que he hecho? —les preguntó.

—Sí, lo has hecho bien —fue la respuesta.

—¿Queda aún alguna otra cosa por hacer?

Y Mebere y Nkwa le respondieron:

—Vemos muchos animales; pero no vemos a su jefe. Vemos muchas plantas; pero no vemos a su amo.

Y para dar un amo a todas las cosas, designaron, entre las criaturas, al elefante, por su sensatez; al tigre, por su fuerza y astucia; al mono por su malicia y agilidad.

Pero Nzamé quiso hacer algo aún mejor, y entre ellos tres hicieron una criatura casi a su semejanza: el uno le dio la fuerza; el otro, el poderío; el tercero, la hermosura. Luego, los tres:

—Toma la tierra —le dijeron—. De ahora en adelante eres dueño de todo lo que existe. Como nosotros, tienes la vida; todas las cosas se te someten. Tú eres el dueño.

Nzamé, Mebere y Nkwa regresaron a su morada en lo alto, y la nueva criatura se quedó sola aquí abajo, y todo le obedecía.

Pero entre todos los animales el elefante siguió siendo el primero, el tigre ocupó el segundo puesto y el mono el tercero, porque ellos eran los que Mebere y Nkwa habían elegido al principio.

15

Nzamé, Mebere y Nkwa llamaron al primer hombre Fan, que quiere decir: la fuerza.

Ufano de su poder, de su fuerza y de su hermosura, porque aventajaba en estas tres cualidades al elefante, al tigre y al mono; orgulloso de vencer a todos los animales, esta primera criatura se echó a perder: se convirtió en un ser vanidoso, no quiso adorar a Nzamé y lo despreciaba:

Yeyé, oh, la, yeyé.

Dios en lo alto, el hombre en la tierra.

Yeyé, oh, la, yeyé.

Dios es Dios.

El hombre es el hombre.

Cada uno en casa, cada cual en su casa.

Dios oyó el cántico, y prestó oídos:

—¿Quién canta?

—¡Busca, busca! —respondió Fan.

—¿Quién canta?

—*Yeyé, oh, la, yeyé.*

—¿Quién canta, pues?

—¡Eh! ¡Soy yo! —gritó Fan.

Dios, muy colérico, llamó a Nzalan, el Trueno.

—¡Nzalan, ven!

Y acudió Nzalan haciendo gran ruido: ¡Buu, buu, buu! Y el fuego del cielo abrasó el bosque. Comparado con tal fuego, el incendio de una plantación es la llama de una astilla. ¡Fíí, fíí,

fí!, todo llameaba. La tierra estaba, como hoy, cubierta de bosques; los árboles ardían, las plantas, los bananeros, el manioc, el cacahuete, todo se secaba; bestias, pájaros, peces, todo fue destruido, todo estaba muerto; pero, por desgracia, al crear al primer hombre, Dios le había dicho: «No morirás. Lo que Dios da no lo quita.» El primer hombre se quemó; lo que fue de él, no lo sé. Vivo está; pero, ¿dónde? Mis antepasados no me han dicho

16 lo que fue de él; no sé nada; esperen un poco.

Pero Dios vio la tierra, toda negra, sin nada de nada, ociosa; le dio vergüenza y quiso hacer algo mejor. Nzamé, Mebere y Nkwa tuvieron consejo en su cabaña e hicieron así: sobre la tierra negra, cubierta de carbón, echaron una nueva capa de tierra; brotó un árbol, creció, creció más, y cuando una de sus semillas caía al suelo, nacía un árbol nuevo; cuando una hoja se desprendía, crecía, crecía, empezaba a caminar, era un animal, un elefante, un tigre, un antílope, una tortuga, todos, todos. Cuando una hoja caía al agua, nadaba, y era un pez, una sardina, un mujol, un cangrejo, una ostra, una almeja, todos, todos. La tierra volvió a ser lo que había sido, lo que es hoy todavía. Y la prueba, hijos míos, de que mis palabras son ciertas es que si cavan en ciertos sitios la tierra, y a veces, incluso, encima, encontrarán una piedra dura, negra, pero que se rompe; échenla a la lumbre, y la piedra arde. Esto lo saben perfectamente:

*El silbato resonó,
el elefante vino.
Gracias al elefante.*

Estas piedras son los restos de los antiguos bosques quemados.

Mientras tanto, Nzamé, Mebere y Nkwa celebraban consejo:

—Hace falta un jefe para mandar a los animales —dijo Mebere.

—Pues sí, hace falta uno —dijo Nkwa.

—Verdaderamente —repuso Nzamé—, reharemos un hombre, un hombre como Fam: las mismas piernas, los mismos brazos, pero le volveremos la cabeza y verá la muerte.

Y así se hizo. Aquel hombre, amigos míos, era como ustedes y como yo.

A este hombre, que fue aquí abajo el primer hombre, padre de todos nosotros, Nzamé lo llamó Sekumé; pero Dios no quiso dejarlo solo. Le dijo: hazte una mujer con un árbol. Sekumé se hizo una mujer, que echó a andar, y la llamó Mbongwé. 17

Al fabricar a Sekumé y a Mbongwé, Nzamé los compuso de dos partes: una exterior, la que llaman Gnul, cuerpo, y otra que vive dentro del Gnul y que todos llamamos Nsissim.

Nsissim es lo que produce la sombra; la sombra y Nsissim son la misma cosa; es Nsissim quien hace vivir a Gnul, Nsissim va a pasarse de noche cuando dormimos; Nsissim se va cuando el hombre muere; pero Nsissim no muere. ¿Saben dónde se aloja mientras está en el Gnul? En el ojo. Sí; habita en el ojo: ese puntico brillante que ven en medio, es Nsissim.

La estrella en lo alto,
el fuego abajo.
El ascua en el hornillo,
el alma en el ojo.
Nube, humo y muerte.

Sekumé y Mbongwé vivían aquí felices y tuvieron tres hijos, que llamaron: al primero, Nkure (el tonto, el malo); Bekalé, al segundo (el que no piensa en nada), y este llevó a costas a Mefere, el tercero (o sea, el bueno, el capaz.) Tuvieron también hijas, ¿cuántas?, yo no sé, y ellos tres tuvieron también hijos, y estos, a su vez, otros hijos. Mefere es el padre de nuestra tribu; los otros, los de las demás.

A todo esto, Dios había encerrado bajo tierra a Fan, el primer hombre, y con una peña de tamaño descomunal tapó el boquete. ¡Ah!, pero el pícaro Fam escarbó durante mucho tiempo, mucho tiempo, y un buen día salió fuera. ¿Quién había

ocupado su puesto? Los otros hombres. ¿Quién se encolerizó contra ellos? Fan. ¿Quién trata siempre de hacerles daño? Fan. ¿Quién se esconde en la selva para matarlos, o bajo el agua para hacer zozobrar su piragua? Fan, el famoso Fan. ¡Silencio! No hablemos tan alto, quizás esté por ahí escuchando:

*Permanezcan en silencio,
fan nos escucha.
Para dañar al hombre.
Permanezcan callados.*

18

Después, a los hombres que había creado, Dios les dio una ley. Llamó a Sekumé, Mbongwé y sus hijos, los llamó a todos, chicos y grandes, grandes y chicos:

—Estas son las leyes que les doy para el porvenir, y que obedecerán:

»No robareis dentro de vuestra tribu.

»No mataréis a los que no os hayan hecho mal.

»No iréis a comeros a otros por las noches.

»Es todo cuanto les pido; vivan en paz en sus aldeas. Los que sigan mis mandamientos serán recompensados, yo les daré su paga; a los otros los castigaré. Así.

Cómo castiga Dios a los que no lo escuchan, van a saberlo:

Después de muertos, andan errantes de noche, padeciendo y gritando, y cuando las tinieblas envuelven la tierra, a la hora del miedo, entran en las aldeas, matan o hieren a los que encuentran, y les hacen todo el daño que pueden.

En su honor se baila la danza fúnebre *kedzam-kedzam*, pero de nada sirve. Les llevan, sobre un *di*, los mejores platos; comen y ríen, pero de nada sirve. Y cuando se han muerto todos sus conocidos, entonces y sólo entonces, escuchan a Ngofio, el pájaro de la muerte; enseguida se ponen muy flacos, muy flacos, ¡y al fin mueren! ¿Que adónde van, hijos míos? Ustedes lo saben igual que yo: antes de pasar el gran río, permanecen mucho tiempo, mucho tiempo, sobre una piedra grande y lisa: sienten frío, mucho frío, ¡brrrr!...

*El frío y la muerte, la muerte y el frío.
Quiero cerrar la oreja.
El frío y la muerte, la muerte y el frío.
Miserias, ¡oh, madre mía!*

Y cuando todos los desgraciados Bekun han pasado, Nzamé los encierra durante mucho tiempo, mucho tiempo, en el Ototolán, la mansión mala, donde se ven miserias y miserias...

19

En cuanto a los buenos, se sabe que, después de muertos, vuelven a las aldeas, pero están bien con los hombres; la fiesta de los funerales, la danza del duelo, alegra su corazón. Por las noches vuelven junto a los que han conocido y amado, ponen ante sus ojos sueños agradables, les dicen lo que hay que hacer para vivir mucho, adquirir grandes riquezas, tener mujeres fieles (¿están oyendo bien, ustedes, los de la puerta?), tener muchos hijos y matar numerosos animales en las cacerías. Fue de este modo que supe yo, amigos míos, la llegada del último elefante que maté.

Y cuando todos sus conocidos han muerto, entonces y sólo entonces, oyen a Ngofio, el pájaro de la muerte, y enseguida se ponen muy gordos, muy gordos, incluso demasiado gordos, ¡y al fin mueren! ¿Que adónde van, hijos míos? Ustedes lo saben al igual que yo. Dios se los lleva a lo alto y los coloca con él en la estrella de la tarde. Desde allí nos miran, nos ven, se alegran cuando festejamos su recuerdo, y lo que hace a la estrella tan brillante son los ojos de todos esos muertos.

Aquí tienen lo que mis mayores me enseñaron, y a mí, Ndumenba, fue mi padre Mba quien me lo enseñó, el cual lo aprendió de su padre, y el primero yo no sé de dónde lo aprendió, yo no estaba allí.

20 3. Leyenda de la separación

En aquel tiempo, hace ya mucho, no abundaban los hombres en la tierra. No; no abundaban, y todas las familias de la tribu habitaban en una aldea grande. El Creador había hecho a los hombres; después, al gorila, después al mono, y después a los enanos de la selva, y después a los otros animales, y todos vivían juntos en la misma aldea grande; la paz reinaba entre ellos, y Ndun los mandaba a todos. Cuando surgía un altercado, sea entre los hombres, sea entre los animales, comparecían ante Ndun, quien juzgaba con sensatez, porque era viejo y prudente, y sus hermanos lo ayudaban. A menudo, el Creador descendía a la aldea, le tributaban los honores debidos, y se entrevistaba con Ndun. La paz reinaba en la aldea, y el Creador estaba contento.

¡Buenas son las palabras de los ancianos!

Pero la discordia sobrevino pronto. Vino cuando entre las mujeres hubo muchas viejas y hubo también muchas jóvenes. Cuando iban al campo, las viejas caminaban aprisa, aprisa, y las jóvenes tenían que seguir las. Al llegar a las plantaciones había que trabajar, trabajar duro. Las viejas cargaban a las jóvenes y estas se quejaban; pero sus maridos no les daban la razón y Ndun tampoco.

¡El trabajo es para las mujeres, para todas las mujeres!

Pero por las mañanas no ocurría lo mismo. Cuando el anciano jefe salía de su choza; cuando el gallo, desplegadas las plumas, lanzaba su canto desde lo alto de un techo, todas las mujeres, según el orden que tenían, tomaban los cántaros y se dirigían a la fuente en busca de agua. La fuente estaba en el fondo del valle, porque Ndun había establecido la aldea en lo alto de la colina para estar más cerca del sol, que recalentaba su cuerpo viejo. El sol es cosa buena.

¡El sol brilla, viene al mundo el elefante!

Todas las mujeres iban a buscar agua, las jóvenes y las viejas. Las jóvenes iban aprisa, aprisa, y las más viejas, despacio, despacio, porque tenían miedo de caerse (habría en la aldea diez y diez y diez, y aún muchas más; yo no estaba allí y no las he contado; mi padre sabe esta historia por su abuelo, y este tampoco la inventó: viene de mucho más atrás.) En cuanto llegaban a la fuente, las mujeres jóvenes y las muchachas se apresuraban a llenar de agua los cántaros. Después entraban en el agua y se bañaban y bailaban dentro del agua. Cuando llegaban las viejas, el agua de la fuente estaba turbia; pero como tenían prisa por regresar arriba, tenían que coger el agua con tierra. Cuando el marido quería beber sólo hallaba agua fangosa, y gritaba fuerte. Por mucho que las viejas dijese, el marido gritaba muy fuerte, y con algunos reproches a las jóvenes todo seguía como antes. Las viejas eran malvadas de tarde, y las jóvenes peores aún de mañana.

21

Ahora bien: una mañana, las jóvenes se dieron más prisa que de costumbre; las viejas, por su parte, iban despacio, despacio, porque había llovido mucho aquella noche y el suelo estaba resbaladizo. De modo que cuando las viejas llegaron a la fuente, ya las jóvenes habían tomado el agua y habían terminado de bañarse; entonces las jóvenes se pusieron a cantar para burlarse de ellas. Y cantaban:

*Vamos, vamos, la primera,
que mire a la que viene en la cola.
¡Date prisa! Apúrate!
Las coyunturas chirrían: Kwark, kwark.
¡Ah, ohé, he! ¡Las frutas están maduras!*

Se burlaban de las otras, y cantaban: ¡Bowa, bowa! Las viejas estaban furiosas. En vano se habían dado prisa, una vez más llegaban las últimas, y, cuando al fin pudieron descender a tomar agua, ya las jóvenes se habían marchado, y el agua estaba fangosa. ¡Ah, no! Las viejas no tenían ganas de risa. Entonces, subieron a la aldea:

¡Oh! ¡Ya! ¡Oh! ¡Ya! ¡Oh! ¡Ya! ¡Fii! ¡Fii! ¡Alza la carga!

¡Dura es la colina, fii!

¡El sol caliente, fii!

¡Ah! ¡Qué vieja soy, fii!

22 Y cuando las pobres viejas llegaron a lo alto, sin aliento, jadeantes, las jóvenes, sentadas en el umbral de las cabañas, se mofaban, cantándoles el irónico estribillo:

¡Ah, ohé, he! ¡Las frutas están maduras!

¡Ah, ohé, oh!

Las matronas se sentían incapaces de soportar tamaña afrenta, de sufrir diariamente semejantes ultrajes, y pronto empezaron a llover los golpes: *¡Y, yi, yi kwas, kwas, yi, yi!* Y los cántaros volaban, la sangre corría. Unas lloraban, otras cojeaban... Tal situación no podía continuar así. Cada día nuevas riñas, cada día nuevos golpes. Y pronto, naturalmente, los hombres terciaron en el asunto. Los jóvenes se pusieron de parte de las jóvenes, los viejos se pusieron, unos de parte de las viejas, otros, de las jóvenes.

El jefe de la aldea dijo:

—Esto no puede continuar.

Todos los guerreros fueron de la misma opinión. ¡Aquello no podía continuar! Tanto más cuanto que las mujeres, jóvenes y viejas, gastaban ahora el tiempo en fabricar ollas nuevas, de tantas como rompían. Para ir a buscar tierra de alfarería, el trecho era largo, largo. Los hombres estaban disgustados, y las mujeres aún más.

El anciano jefe de la aldea llamó, pues, al tañedor de trompa:

—Toma tu trompa —le dijo— y recorre la aldea llamando a los hombres.

El tañedor toma la trompa de marfil y recorre toda la aldea, llamando a los hombres. Vienen todos a la cabaña del gran jefe y ocupan puesto en las esteras. Las mujeres acuden también, pero las dejan afuera, como es ley, y miran por las rejillas de los bambúes, y escuchan.

La deliberación es larga; cada cual toma partido por los suyos. Finalmente se decidió esto: cada grupo, por turno, descendería el primero a buscar agua. El primer día, bajarían primero las viejas, después las jóvenes; el segundo día, las jóvenes primero, luego las viejas. Y con esto, se separaron.

A la mañana siguiente, las jóvenes, con los cántaros al hombro, esperaban impacientemente... Primero, el turno de las viejas... Pero se presenta otra cuestión... Las jóvenes esperaban, esperaban, y nadie quería ya pasar por vieja...

23

Las disputas retoñaron... Tanto, que, no pudiendo arreglar las cosas, el anciano jefe resolvió ir a la aldea del jefe de la Raza, del Creador universal, para exponerle el altercado. Ordena, pues, a su mujer, que le cueza unos plátanos, los envuelve en hojas de amomo, añade un pedazo de jabalí, recoge el tonelete... y en marcha.

Bvé, bvé, anda, *bvé, bvé*, anda mucho tiempo. Su corazón está contento porque los presagios han sido favorables. Al salir, el pájaro *mbve* cantó a su derecha, y las cigarras *fifé* le saludaron al paso. El sol ha rebasado el centro del cielo. El anciano jefe sube la gran colina, sube con mucho trabajo, porque el camino es duro. Llega, por fin, a la gran caverna del trueno. En la mano lleva el fetiche protector, y al mismo tiempo entona el cántico sagrado, el cántico que pone a cubierto a los furiosos del espíritu Nzalan:

¡Oh, Nzalan; oh, Nzalan; Trueno padre y señor, oh señor:

Padre, escucha favorablemente las plegarias y acoge las peticiones!

He comido el melan estoy iniciado.

Y he sido consagrado a los sacerdotes de la noche.

¡Escucha, oh, Trueno; oh Padre: oh, señor, Nzalan!

El anciano jefe deja atrás la caverna, llega a la aldea del Dios creador, y helo aquí en su presencia.

—Aquí tienes a Mbola —le dice.

Y Nzamé responde:

—Mbola, jefe de los hombres, ¿has venido?

—Sí; he venido, y oye mi pretensión: en mi aldea la paz ha huido, las mujeres no quieren ya obedecer, los hombres ya no escuchan mi voz. ¿Qué hacer?

Y Nzamé le pregunta:

—¿Por qué no quieren obedecer las mujeres? ¿Por qué los hombres no escuchan tu voz?

24 Y el anciano jefe, apoyado en su báculo, se suelta la barba trenzada y comienza su discurso:

—¡Oh, Dios, creador, dueño de todo: tú me has hecho jefe de la aldea de los hombres, y eso está bien! ¡Tú has creado a los hombres, que también es bueno!; pero has creado a las mujeres, y eso ya no es bueno. Los hombres cuidan la paz entre sí, pero con las mujeres no hay manera. A ti, que nos ha creado, te toca devolvernos la paz. ¡Mujer y puercoespín son una sola y misma cosa!

Y Nzamé le responde:

—Te la devolveré.

—Bien —repuso el jefe—; tú puedes hacerlo, porque eres el Todopoderoso, pero sin eso...

Y aquel día Nzamé y el anciano jefe de los hombres lo pasaron juntos. Lo que se dijeron sería muy largo para contarlo esta noche... y, además, yo no estaba allí.

A la mañana siguiente, el anciano jefe de los hombres fue a decirle a Nzamé:

—Me voy.

Y este:

—Voy contigo.

Y juntos, se ponen en camino. Mucho tiempo van bajando, bajando, y, al fin, llegan de noche a la aldea de los hombres, donde todo el mundo dormía. Y Nzamé dice al jefe:

—No despiertes a nadie, no anuncies a nadie mi presencia: mañana quiero juzgar por mí mismo la disputa de las mujeres.

Y tal como Nzamé le ordenara, así lo hizo el anciano jefe. Y durmieron.

Por la mañana, las mujeres bajaron al río a buscar agua. Ese día les tocaba a las jóvenes bajar las primeras, y las riñas no

se hicieron esperar. Desde lo alto de la colina Nzamé observa el espectáculo. Y el anciano jefe le pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

Pero Nzamé responde:

—Soy el único ordenador de todas las cosas.

¡El huevo no hace advertencias a la gallina!

Y cuando las mujeres regresan a la aldea, Nzamé manda llamar al tañedor de trompa:

—Recorre la aldea —le dice— y haz que comparezcan ante mí todos los hombres. Llama también a todas las mujeres y hazlas presentarse también ante mí.

Y todos los hombres acuden, y asimismo todas las mujeres. Y cuando aparece Nzamé de improviso en medio de la reunión, cae el viento, y cada cual siente en su corazón el frío de la muerte. Todos sienten mucho miedo. Nzamé toma la palabra.

—Soy el orientador de todas las cosas.

Y la reunión entera repite:

—¡Tú eres el ordenador de todas las cosas, sí!

¡Tú eres el ordenador de todas las cosas, sí!

¡Tú eres el ordenador de todas las cosas, sí, sí!

—Está bien —dice Nzamé—, y he venido a restablecer la paz entre mis hijos.

—¡Has venido a poner paz entre tus hijos, sí!

—He aquí, pues, lo que van a hacer.

—¡He aquí, pues, lo que vamos a hacer, sí, sí!

—Son ya demasiada gente para vivir en la misma colina, y me han desobedecido. Yo les había dicho: «Vivirán en paz y sin mover discordia.» No me han obedecido.

Los hombres lo interrumpen, gritando:

—¡Son las mujeres las que han desobedecido!

Pero Nzamé les impone silencio:

—Hagan silencio, ustedes son los amos. El hombre es el hombre: la mujer es la mujer. Van, pues a separarse: unos irán por

la derecha; otros, por la izquierda. Los unos hacia adelante, los otros hacia atrás, y quedarán en paz.

Pero el anciano Ndun, jefe de la raza, al oír estas palabras, siente mucha pena en su corazón, cae de espaldas y se queda como muerto. Sus mujeres se ponen a gritar y comienzan las lamentaciones fúnebres; pero Nzamé dice:

—He tomado para mí a Ndun, porque es vuestro padre.

26 Debe permanecer con nosotros. Yo soy el Dueño de la vida y de la muerte.

Y todos repiten:

—Tú eres el Dueño de la vida. Tú eres el Dueño de la muerte.

¡Sí, sí, sí!

Pero el Creador:

—Ndun vive todavía, pero no puede quedarse así con ustedes.

Los hombres no comprenden. El Creador repite:

—Unos se irán por la derecha; otros, por la izquierda, y esto será la separación. Los unos irán derecho hacia delante, los otros irán hacia atrás, y quedarán en paz.

Y los hombres le responden:

—Bien está. Pero ¿qué harán los animales? ¿Se quedarán en la aldea?

Y el Creador:

—Tomen para ustedes los que quieran.

Y escogen el perro y la gallina. Y el perro y la gallina se quedan con ellos. En cuanto a los otros. El Creador dice:

—Voy a enviarlos a las selvas.

Los hombres protestan:

—Nos causarán daño.

Pero el Creador responde:

—Vayan a dormir a sus cabañas, que la noche ya ha llegado. Mañana verán «las cosas».

Y al día siguiente vieron «las cosas». Eran dos.

La primera, es esta: al volver a su cabaña, Ndun, padre de la raza, sintió frío en el corazón, porque iba a separarse de su pueblo, y dejar a su mujer predilecta:

—Muerto soy.

Se acostó en su cama. Al día siguiente todo él estaba frío, y las mujeres dijeron:

—Está muerto.

Nzamá dijo:

—Lo sé. El Dueño de la vida soy yo. El Dueño de la muerte soy yo. Me llevo a Ndun. Hagan los funerales.

Hicieron los funerales. Las mujeres comenzaron las lamentaciones y el cántico de muerte. El cántico de muerte ustedes lo conocen, lo hemos conservado.

Cántico de la Muerte

*¡Ay! ¡Ay, padre! ¿Por qué, padre, abandonas tu hogar?
Un hombre te ha matado, ¡oh padre!
Procuren la venganza de su muerte...
Tu sombra va a pasar a la otra orilla.
¡Oh, padre! ¿Por qué abandonas tu hogar, oh padre?*

*El cielo se esclareció, los ojos se oscurecieron.
El agua cayó del árbol gota a gota, la rata salió de su
madriguera.*

*Vean, esta es la casa del padre.
Sieguen las hierbas funerarias.
Rocíen por el costado izquierdo, rocíen por el derecho...
Un hombre ve ahora las cosas invisibles.*

Tras el cántico de muerte, el Creador ordena:

—Tomen dos mujeres: una vieja y otra joven.

Las toman. Y el Creador dice:

—Hagan que corra su sangre, porque el Dueño soy yo.

Hacen correr su sangre, y ambas mueren. Y cuando han muerto, el Creador dice:

—Caven una fosa grande

Cavan una fosa grande. Después ordena el Creador:

—Pongan a Ndun en el fondo.

Y cuando lo dejan allí tendido:

—Ahora quemem a las dos mujeres.

Y las queman. Y cuando las han quemado, el Creador dice:

—Esto es el sacrificio. Y lo harán así siempre que yo lo ordene: soy el Dueño.

Todos responden:

28 —Tú eres el Dueño. ¡Sí!

Nzamé dice, además:

—Bien está; tomen las cenizas y guárdenlas. Es el signo del misterio. Yo los protegeré. Tomem lo que queda de las mujeres y échelo sobre el cuerpo de Ndun.

Así lo hacen.

—Ahora ejecuten las danzas fúnebres.

Cuando acaban de bailarlas, el Creador dice aún:

—La noche que murió Ndun, ¿qué animal han visto en sueños?

Cada uno había visto un animal, Nzamé lo había querido así.

Y cada hombre nombra a un animal, y Nzamé dice:

—Está bien —alza el dedo y dice solamente—: ¡Yo lo quiero!

Y los animales acuden, uno de cada especie, como cada hombre lo había soñado, y había de ellos gran cantidad. Cada animal vino a ponerse al lado de cada hombre, como cada uno lo había soñado.

El Creador dice:

—Que corra la sangre.

Cada hombre toma el cuchillo de sacrificio y corta el cuello del animal. La sangre fluye, fluye y cubre la colina.

Pero los hijos de Ndun protestan:

—¿Por qué nosotros no tenemos también un animal?

El Creador responde:

—Tienen la cabeza huera. ¿No son hijos de Ndun, y criaturas mías? Vuestro padre fue el lagarto que yo hice en el comienzo de las cosas, cuando aún no existía nada. ¿Qué reclaman? ¡Estoy cansado!

Y los hijos de Ndun se callan, porque el Creador se enfurece y porque tienen las cenizas de su padre Ndun. No resuellan. La sangre de los animales fluye, fluye y cubre toda la colina.

Pero allí estaban unos hombres que no habían obtenido animal alguno. El Creador les dice:

—Está bien. Vayan a cortar los árboles que han visto en sueños.

Van a cortarlos y regresan con la leña. El Creador dice:

—Está bien.

Aquellos hombres, en efecto, no habían visto en sueños ningún animal, pero habían visto árboles, cada uno un árbol, cada uno un árbol. Y amontonaron toda aquella leña, un árbol encima de otro, un árbol encima de otro, un árbol encima de otro. Y allí estaban los otros animales, llegados de todas las aldeas. Entonces, el Dueño de la vida dijo aún:

—Pongan los animales encima de la leña.

Se hace como lo manda, y, de pronto, eso que ahora llamamos «fuego» se levanta; verán cómo: cuando todos los animales están ya colocados encima de la leña, y había muchos, muchos, el Creador hace una señal, el trueno viene, estalla, y el relámpago viene también, el relámpago brilla, y enseguida se ve alzarse una gran llama y la leña arde. Y el Dueño dice:

—Este es el fuego.

—Los hombres dicen:

—Sí; está bien. El fuego es bueno.

Y el primogénito de Ndun entona el cántico del fuego, el que todos ustedes conocen. Fue el hijo mayor de Ndun el primero que cantó al fuego.

Cántico del Fuego

*Fuego, fuego, fuego del hogar de abajo, fuego del
hogar de arriba;
luz que brilla en la luna, luz que brilla en el sol,
estrella que chispea en la noche, estrella que hiende la
luz, estrella errante.*

*Espíritu del trueno, ojo brillante de la tempestad.
 Fuego del sol que nos brinda la luz,
 te llamo para la expiación, fuego, fuego.
 Fuego que pasa, y todo muere en tus huellas.
 Fuego que pasa, y todo vive en pos de ti,
 los árboles ardieron, cenizas y cenizas.
 Las yerbas crecieron, las yerbas fructificaron,
 fuego amigo de los hombres, yo te llamo, fuego, para la
 expiación.
 Fuego, yo te llamo fuego protector del hogar;
 pasas, y todos son vencidos, nadie te aventaja,
 fuego del hogar, te llamo para la expiación.*

30

Consumidos todos los animales, los hombres, según la orden recibida, recogieron los huesos calcinados y, después de reducirlos a polvo, los guardaron con las cenizas de Ndun, cada cual su parte, cada cual su parte. Y el Creador les dice:

—Esto es la alianza de la unión.

Todos los hombres dicen:

—Así nos gusta. Somos hermanos de raza.

Después de esto echan las cenizas sobre el cuerpo de Ndun, y, cuando se llena la fosa, el Creador añade:

—Vayan a buscar piedras.

Van a buscar piedras, las ponen sobre la tosa y las piedras suben muy alto, muy alto. El Creador dice:

—Este es el signo. Cuando, en medio de un viaje, vean el lugar donde reposa un hombre, echarán una piedra o una rama o una hoja: lo harán así.

Los hombres responden:

—Así lo haremos. ¡Sí!

Y cuando las piedras forman un montón muy alto, muy alto, el Creador dice a los hombres:

—Ha llegado la hora de la separación y es menester separarse.

Los hombres se van, pues, unos hacia la derecha, otros hacia la izquierda; unos van hacia adelante, otros vuelven atrás, y no queda ninguno.

Y esta es la primera cosa.

La segunda, hela aquí: ocurrió en el momento en que los hombres iban a separarse. La segunda cosa hela aquí, pues:

El Creador dice a los hombres:

—Esto se acabó. No me ocuparé más de ustedes.

Responden:

—Perdón. ¡Oh! perdón. Eres nuestro Padre y nuestro Guardián.

Pero el Creador les replicó:

—El espíritu de la raza permanecerá con ustedes fuerte y poderoso; él los cuidará.

Todos dicen:

—Pero ya ha llegado la noche.

—Irán, pues, a sus cabañas y dormirán.

Todos los hombres se dirigen a sus cabañas y duermen. Al siguiente día, de mañana, regresan a la cabaña común, y el Creador les pregunta:

—¿Han tenido sueños?

Responden:

—Hemos tenido sueños.

Y el Creador pregunta:

—¿Qué animal han visto en sueños?

Y cada hombre había visto el mismo animal que había inmolado a Ndum. El Creador lo había querido así, pues dijo:

—Está bien; soy el Señor de la vida y el Señor de la muerte. Salgan a la plaza de la aldea.

Salen, pues, y he aquí que los animales acuden también, cada uno al lado de cada hombre, como cada cual lo había soñado. Los demás animales se quedan en sus aldeas.

El Creador dice:

—Tomen sus cuchillos de sacrificio y hagan que corra vuestra propia sangre.

Cada uno toma el cuchillo de sacrificio y hace correr su propia sangre. Y dice además:

—Tomen sus cuchillos de sacrificio y hagan que corra la sangre del animal.

Así lo hacen.

—Ahora tomen la sangre del animal y mézclenla con la vuestra.

32 Así lo hacen. Pero muchos no quedan satisfechos. Todos querían al tigre por hermano de sangre. Entonces el Creador añade:

—No tomen en consideración la envoltura; cada cosa tiene su virtud particular. Yo soy vuestro Padre.

Y así se hizo.

Y al día siguiente, todos se separan, cada cual con su animal particular. Los otros animales se van a la selva, abandonan la aldea donde habían vivido todos juntos y cada uno funda su propia familia. Cada hombre parte, llevando consigo a su familia, y nadie queda en la aldea, y cada familia posee su animal; en él penetra, después de la muerte, la virtud de la raza.

Y ya saben por qué nosotros, los Ndun, tenemos al cocodrilo.

Se acabó.

4. Leyenda de Bingo

Un día sucedió que Nzamé bajó a la tierra. Se paseaba arri-mado a la orilla del río, en una canoa que andaba sola, sola. Nzamé no remaba. Abordó cerca de una aldea grande, con la intención de subir a interrogar a los hombres. Pero en esto, una jovencita llega a la fuente a buscar agua. Nzamé la quiso en cuanto la vio, porque era tan bonita como buena trabajadora y aplicada a sus tareas. Nzamé le hizo un hijo y se la llevó consigo muy lejos, muy lejos, al país de donde nadie regresa. Mboya, era el nombre de la jovencita: Mboya no volvió nunca de aquel país.

Cuando le llegó su tiempo, Mboya tuvo un hijo y lo llamó Bingo; ¿por qué?, yo no lo sé, nadie me lo ha dicho, debe ser un nombre de por allá. Bingo crecía, crecía por día, y Mboya lo quería más que a nada en el mundo. Le ponía en los cabellos un Eleli, la flor amada de los pájaros; en la naricita le pasaba una cadeneta de perlas, y le adornaba cuello y brazos con ajorcas de cobre esmeradamente bruñidas todos los días.

Bingo crecía, crecía sin cesar, y Mboya lo quería más que a nada en el mundo.

Nzamé sintió por esto gran cólera, y un día, irritado porque el niño Bingo había robado un pez de su criadero, ató a Mboya en la cabaña, echó mano a Bingo y lo precipitó desde lo alto.

Bingo cayó, cayó durante mucho tiempo; pero cuando ya estaba casi muerto, las olas de las grandes aguas allende la montaña se entreabrieron bajo su cuerpo, afortunadamente para él. Mejor aún: resultó que no estaba lejos de la orilla; y que un pescador que se hallaba en su barca, con las redes echadas para atrapar peces, recogió a Bingo y se lo llevó a su cabaña. El nombre del viejo era Otoyom.

En cuanto Nzamé arrojó a Bingo, Mboya se precipitó en su auxilio. ¿No han visto ustedes, acaso, en el bosque, de noche, una llama errante que va de aquí para allá, agitándose? ¿No han oído una voz de mujer que se aleja llamando, llamando, bajo las ramas? ¡No teman! Es Mboya que busca a su hijo. Mboya que nunca lo ha encontrado. Una madre no se cansa nunca.

Caído Bingo, huida Mboya, Nzamé se precipita a su vez:
34 quiere a toda costa recuperar a su hijo.

Lo busca en el mar: ¡Mar, mar! ¿Tienes a Bingo?

Lo busca en la tierra: ¡Tierra, tierra! ¿Tienes a Bingo?

Tierra y mar responden: No, no.

Imposible encontrarlo. Otoyom, hechicero astuto, había adivinado la alta alcurnia de Bingo, y, no queriendo entregarlo, lo había escondido con cuidado.

Bingo y la araña

Bingo se refugió en el fondo de una caverna: y como la caverna es profunda y negra, Bingo dice en su corazón: «Aquí estoy seguro.» Y allí mora mucho tiempo

Nzamé, entretando, continuaba su encarnizada persecución, y a diario se decía: «Encontraré a Bingo y me comeré su corazón.» Pero Bingo permanecía en la caverna, en medio de la selva. Nzamé llega a la selva, encuentra al camaleón.

—Camaleón, ¿has visto a Bingo?

Pero el camaleón, que no quiere comprometerse responde:

—Sí que he visto pasar un hombre, pero ¿quién iba a decirme cómo se llama?

—¿Y adónde iba, dónde está su aldea?

—Tan pronto iba para un lado como para otro. Su aldea está al otro lado de la selva.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—Los días son largos, cada día es mucho tiempo; sí, hace mucho tiempo.

Nzamé se aleja, molesto y, mientras busca aquí y allá las huellas de Bingo, el camaleón corre a la caverna:

—Bingo: tu padre te busca, ten cuidado.

Y se aleja un poco más, hacia lo alto del peñasco.

Bingo, prevenido, borra cuidadosamente las huellas de sus pasos en el suelo, después toma un sendero frecuentado, de suelo duro, y por él regresa a la caverna. Pero cuida de andar a reculones, avanzando de espaldas. Llega a la caverna y se oculta en el fondo: al momento, Ndanabo, la araña, tiende su tela a la entrada, una tela espesa y fuerte, y, en los hilos de la tela, el camaleón se apresura a echar moscas e insectos.

35

Nzamé ha continuado su persecución; encuentra a Viere, la serpiente.

—Viere, ¿has visto a Bingo?

Viere responde:

—Sí, sí.

—¿Está en la caverna de la selva?

—Sí, sí.

Nzamé apresura el paso, llega cerca de la gruta.

—¿Qué es esto? —dice—. ¿Huellas de pasos que se alejan? —Ve la telaraña, las moscas presas en ella— ¡Ahí no puede haber un hombre! —se dice.

Y el camaleón, desde lo alto del peñasco.

—¡Ah! ¿Has venido hasta aquí? Buenos días.

—Buenos días, Camaleón. ¿Es en esta caverna donde has visto a Bingo?

—Sí; pero de eso hace mucho tiempo, mucho tiempo, y ya se fue; creo que todavía se ven en el suelo las huellas de sus pasos.

—Efectivamente, aquí están —dice Nzamé— Voy a seguirlos. Camaleón, te has portado bien.

Y Nzamé continúa su persecución.

Ya está lejos, lejos, muy lejos, cuando Bingo sale de la caverna:

—Camaleón, te has portado bien, Voy a recompensarte: desde ahora tendrás el poder de cambiar de color a voluntad; así podrás escapar de tus enemigos.

Y el Camaleón dice:

—Está bien.

Y Bingo se dirige a la araña:

—Ndanabo, te has portado bien. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada —responde Ndanabo—, mi corazón está satisfecho.

—Está bien —dice Bingo—, tu presencia traerá la buena suerte.

Y se va. En el camino encuentra a Viere, y de un taconazo le aplasta la cabeza.

Sucedió, al fin, que Nzamé, cansado de una persecución inútil, se remontó a lo alto y dejó tranquilo a Bingo. Este había heredado la ciencia de su padre adoptivo. Cuando murió Otoyom, le lavó el cuerpo, lo sepultó con cuidado, pero primero le quitó el cráneo para honrarlo, guardarlo en su casa y frotarlo con almagre y aceite los días de fiesta solemne. Por esto, el espíritu de Otoyom mora en Bingo; Bingo nos ha enseñado a guardar con nosotros, en el Evara, los cráneos de los antepasados, para honrar y conservar su espíritu con nosotros. ¡Menguado sea quien no respete las cabezas de los antepasados!

Bingo, ya de adulto, recorrió el mundo, visitó a todos los hombres, todas las tribus; era bueno y enseñaba a los hombres a ser buenos, a practicar el bien. Realizaba toda clase de prodigios con una piedra verde que llevaba pendiente del cuello. En aquella piedra, Nzamé había marcado su nombre y se la había dado a su madre, Mboya, el primer día que la vio. Y, a su vez, Mboya había dado la piedra verde a su hijo Bingo. Y, siempre que quería, Bingo salía de su cuerpo, las flechas no lo tocaban, las hachas no lo herían, las lombrices envenenadas no le perforaban el pie desnudo, y todos los tesoros de la tierra le pertenecían. Amaba a los hombres negros, y los hombres negros lo amaban. Hacían cuanto él les ordenaba, y bien estaba así, porque Bingo era bueno.

Y entonces Bingo quiso ir muy lejos, muy lejos; se fue al país que hay al otro lado de las montañas (quiero creer que sería el país de los blancos), y los hombres de por allá, al ver que Bingo abría la tierra y descubría sus tesoros, lo espionaron noche y día. Al fin —porque Bingo sabía que eran malos y se escondía de ellos—, al fin lo sorprendieron un día, con la piedra verde en la mano. Y

para arrebatarse sus tesoros y poseer su secreto, lo mataron y le quitaron la piedra verde, la piedra verde que nos había legado a nosotros. Desde entonces, los hombres de allende las montañas poseen las riquezas de la tierra; pero nosotros hemos conservado las leyes de Bingo. Hijos míos, conserven las costumbres de sus antepasados; son las buenas. He dicho.

Capítulo II

Fetichismo. Personificaciones panteísticas

*Dios. Alá, Suala, Nuala, Uendé, Abasi y Altai. Utenu
Los Malakas, mensajeros de los dioses. Diablos, Demo-
nios, Blissi o Iblis. Maniputa, Urezhwa.*

5. *Por qué fue poblado el Mundo* (cuento ifik).
6. *El origen de la Muerte* (cuento hotentote).
7. *El muerto y la Luna* (cuento sandé).
8. *El género humano* (cuento mossi).
9. *El Cielo, la araña y la Muerte* (cuento agni).

5. Por qué fue poblado el Mundo

Abasi se levantó, tomó asiento, creó todas las cosas superiores, todas las cosas inferiores: el agua, la selva, el río, las fuentes, los animales de la selva; creó infinidad de cosas en el Mundo entero. Pero no creó al hombre.

Todos los hombres habitaban en lo alto, con Abasi. En ese momento no existía ningún hombre en este bajo Mundo: sólo existían los animales de la selva, los peces que están en el agua, los pájaros que vemos en el aire y otros muchos seres que no es necesario enumerar. Pero el hombre no existía en el bajo Mundo. Todos los hombres estaban en el destierro, habitaban con Abasi en su aldea. Cuando Abasi se sentaba y comía, se juntaban a él y a Altai.

Por fin, Altai llamó; Abasi respondió, y ella le dijo:

—La situación, tal como está, no es buena. Tú posees la tierra que existe ahí, tú posees el cielo que ellos comparten con nosotros, tú has creado un sitio a propósito para estar en él, pero, si no colocas en él a los hombres, estará mal hecho. Busca un medio de colocar a los hombres en la tierra para que moren en ella y enciendan fuego de modo que el cielo se caliente, porque ahora hace aquí un frío considerable, debido a que no hay fuego en la tierra.

44 **6. El origen de la Muerte**

La Luna muere y retorna a la vida. Y dice a la liebre:

—Ve en busca de los hombres y diles: «Así como yo muero y retorno a la vida, ustedes habrán de morir y resucitar»

La liebre va en busca de los hombres y les dice:

—Así como yo muero y no retorno a la vida, ustedes habrán de morir para no resucitar.

Cuando la liebre regresa, la Luna le pregunta:

—¿Qué mensaje has dado a los hombres?

—Les he dicho: «Así como yo muero y no retorno a la vida, ustedes habrán de morir para no resucitar.»

—¡Cómo! —grita la Luna—, ¿eso has dicho? —y, tomando un palo la golpea en la boca, que se hiende. La liebre echa a correr y huye.

7. El muerto y la Luna

Un anciano ve un muerto sobre el que caía la claridad de la Luna. Reúne gran número de animales y les dice:

—¿Cuál de ustedes, valientes, quiere encargarse de pasar el muerto o la Luna a la otra orilla del río?

Dos tortugas se presentan: la primera, que tiene las patas largas, carga con la Luna y llega sana y salva con ella a la orilla opuesta; la otra, que tiene las patas cortas, carga con el muerto y se ahoga.

Por eso la Luna muerta reaparece todos los días, y el hombre que muere no regresa nunca.

46 8. El género humano

Tres hombres comparecieron seguidamente delante de Uendé a exponerle sus necesidades. El primero dijo: «Quiero un caballo.» El otro dijo: «Quiero perros para cazar en la espesura.» El tercero dijo: «Quiero una mujer para regocijarme.»

Y Uendé les dio todo: al primero, su caballo; al segundo, los perros, y al tercero, una mujer.

Los tres hombres se van. Pero sobrevienen lluvias que les obligan a permanecer tres días encerrados en los matorrales. La mujer hizo comida para los tres. Los hombres dicen: «Volvamos ante Uendé.» Llegan allá. Entonces todos le piden mujeres. Y Uendé accede a cambiar el caballo por una mujer, y los perros también por mujeres. Los hombres se van. Pero la mujer cambiada por el caballo, es glotona; las mujeres cambiadas por los perros, son malas; y sólo la primera mujer, la que Uendé había dado a uno de ellos, es buena: es la madre del Género humano.

9. El Cielo, la araña y la Muerte

El Cielo tenía una selva llena de ortigas. Dijo que daría a su hija en matrimonio a quien desbrozara la selva. Entonces llega el elefante, toma una hoz y comienza a desbrozar. Pero el Cielo declara que quien, al desbrozar la selva, se rasque, no obtendría la mano de su hija; al contrario, el que desbrozase la selva sin rascarse se casaría con la jovencita.

El elefante empieza, pues, a desbrozar la selva; pero enseñada se rasca, se rasca. Entonces los hijos del Cielo van a decirle:

—El elefante se rascó.

—No sabe desbrozar la selva —dice el Cielo.

Y quita a su hija de entre las manos del elefante.

Llama a todos los animales salvajes, que acuden en gran número, pero no consiguen desbrozar la selva sin rascarse.

Entonces la araña dice que también ella desea probar; se pone a desbrozar la selva, y dice a Uré, la hija del Cielo.

—¿Sabes cuál es el buey que van a coger para que me lo hagan de comida? Uno que “por salva sea la parte” es negro, por esta otra colorado y por esta otra blanco.

Y mientras decía esto, la araña se rascaba; pero los hijos del Cielo no fueron a decir a su padre que la araña estaba rascándose. Así pudo la araña terminar de desbrozar la selva. Y el Cielo le dio a su hija en casamiento y, de regalo, un buey.

La araña dijo:

—Este buey es mío; no quiero que las moscas se le posen encima para comérselo.

Y se va a un sitio en que no hay moscas, con el objetivo de matar al buey y comérselo. Se fue muy lejos. Cuando llegó se le

había apagado el fuego. Y entonces dice a su niño, que se llamaba Aba-kan:

—Aba, ve a que te den un poco de aquella lumbre que ves allá para que nos comamos el buey.

Aba fue allá: era la Muerte, que dormía. Aba-kan vio un ano rojo, y, creyendo que era la lumbre, tomó una astilla y la acercó al ano de la Muerte para encenderla. Al sentirlo, la Muerte se des-

48 pierta y pregunta:

—¿Quién va?

Aba-kan responde:

—Es papá, que me envía a decirte que vengas para comernos el buey.

Y la Muerte va.

En cuanto la araña ve a la Muerte dice:

—Sí, le había dicho a Aba-kan que te llamase.

—Bueno, pues aquí estoy —dice la Muerte—. Matem os al buey y comamos.

Y mataron al buey.

—Dame una paleta —dice la Muerte.

La araña toma una paleta y se la da a la Muerte, que la engulle de un bocado, y dice a la Araña:

—Dame el buey entero.

La araña se lo da, y la Muerte, sin moverse de su sitio, se lo traga entero.

La araña había dicho bien:

—No quiero que las moscas me toquen el buey. Pero ya la Muerte se lo había comido entero, y no quedaba nada para la araña.

Se acabó.

Capítulo III

Fetichismo. Los guinnés

Genios, djinn. Guinné, la Cosa, el Ser, la Criatura de la selva, El Hombre del agua, la Sombra. a) Guinnés gigantes: guinna, dyini, odyigu, guinnaru, dizinna, belu, siga, bari, yebem, fano. b) Guinnés enanos: uokolo, nyama, tigirka, pori, gotteré, utakunua, degué-degué. Guinnés de la tierra y las profundidades subterráneas: guiné, Sanu (el oro). Guinnés del aire: Onokolo, Hafritt, Corambé, genio pájaro. Guinnés del fuego: Tologuina. Guinnés del agua: Guiloguina, Bulané, Faro, Arondo-Jenu, Munu, Mutané-Ruha, Arikunua, Diandian.

Efectos producidos por la vista de un guinné. Costumbres y hábitos de los guinnés.

10. *Bulané y Senkepeng* (cuento basuto).
11. *Arondo-Jenu* (cuento achira).
12. *La estación húmeda y la estación seca* (cuento kama).
13. *Los espíritus en la madriguera de la rata* (cuento gan).

10. Bulané y Senkepeng

Había una vez una hija de jefe llamada Senkepeng; su padre tenía un servidor llamado Mapapo. Bulané envió una gran sequía sobre todo el país; ya no llovía nunca, y todas las fuentes estaban secas; en ninguna parte se encontraba ya una gota de agua. Las gentes probaron a matar los bueyes y a prensar la hierba contenida en su estómago para sacar un poco de agua; pero ni aun allí pudieron encontrarla. Un día el padre de Senkepeng, Rasenkepeng, dijo a Mapapo:

—Vete a buscar agua; a ver si la encuentras en alguna parte.

Prepararon una gran expedición; cargaron harina en los bueyes de carga, toda clase de víveres y gran cantidad de calabazas para sacar agua. Mapapo y sus compañeros estuvieron viajando mucho tiempo sin encontrarla; al fin, Mapapo subió a una elevada montaña, y lejos, muy lejos, en el fondo de una cañada, vio brillar el agua. Entonces descendió de la montaña y caminó en la dirección de aquella agua hasta dar con ella.

Se agacha para beber, pero el dueño de las aguas le golpea en la boca y le impide beber; trata de tomarla en el hueco de las manos, y otra vez el dueño de las aguas le impide beber. Mapapo se levanta muy asombrado y dice al dueño de las aguas, que continuaba invisible:

—Señor, ¿por qué me impides beber?

El dueño de las aguas dice:

—Te permitiré que bebas, Mapapo, si me prometes persuadir a Rasenkepeng para que me conceda a Senkepeng en matrimonio. Si rehúsa concedérmela, toda su tribu morirá de sed, con todo el ganado.

Mapapo le responde:

—Se lo diré; pero permíteme ahora que saque agua.

El dueño de las aguas se lo permite. Entonces Mapapo se pone a beber; bebe, bebe, hasta que sacia la sed. Enseguida llena de agua las calabazas que había traído; después tira el tabaco que había en la tabaquera y llena esta también de agua. Entonces se echa las calabazas a cuestras y camina toda la noche para llegar a

54 casa de su amo.

Llega antes que el día, y enseguida se presenta ante Rasenkepeng y le dice:

—Aquí tienes agua, jefe —y añade—: el dueño de las aguas te manda decir que quiere casarse con Senkepeng. Si rehúsas concedérsela, tu pueblo entero perecerá con todo el ganado; no quedará alma viviente.

Entonces llaman a Senkepeng. Su padre le dice:

—Por causa tuya carecemos de agua; por causa tuya perece mi pueblo. Mapapo me ha comunicado que el dueño de las aguas quiere casarse contigo; si me niego a enviarte con él, mi pueblo perecerá por tu culpa.

Senkepeng responde:

—No, el pueblo no perecerá por mi culpa; pueden llevarme al dueño de las aguas.

Al día siguiente, en cuanto empieza a clarear, Rasenkepeng convoca al pueblo entero y le cuenta lo que Mapapo le ha referido. El pueblo consiente en todo; después reúnen los bueyes de carga, muelen masas de harina, matan ganado en cantidad, cargan la carne y la harina en los bueyes y escogen a los mozos y mozas que han de acompañar a Senkepeng. Toda aquella gente se pone en camino guiada por Mapapo; él era el encargado de llevar a Senkepeng a casa de su marido. Cuando llegan al sitio fijado descargan los bueyes y depositan en tierra los víveres que traen. No había nada en aquel sitio, ni siquiera una triste choza. Los compañeros de Senkepeng permanecieron mucho tiempo con ella sin ver a nadie. Al atardecer le dicen, por fin:

—Ahora tenemos que marcharnos y regresar a nuestra casa.

Senkepeng les responde:

—Está bien; pueden marcharse.

Todos se van; se queda sola. Entonces pregunta en voz alta:

—¿Dónde he de acostarme?

Una voz responde:

—Aquí mismo.

Senkepeng pregunta:

—¿Aquí mismo? ¿Dónde?

La voz repite:

—Aquí mismo.

Senkepeng permanece mucho tiempo callada, después pregunta de nuevo:

—¿Dónde he de acostarme?

—Aquí mismo.

—¿Aquí mismo? ¿Dónde?

—Aquí mismo.

Recibe siempre la misma respuesta, hasta que, vencida por el sueño, se duerme. Duerme profundamente. Se despierta y ve que va a llover. Pregunta:

—Llueve. ¿Dónde he de acostarme?

La voz responde:

—Aquí mismo.

—¿Aquí mismo? ¿Dónde?

—Aquí mismo.

De nuevo se duerme, y duerme hasta la mañana. Al despertarse ve que está acostada en una cabaña. Tenía ropas, alimentos, nada le faltaba. Pero el amo de la cabaña, Bulané (el-que-abre-una-cabaña-llena-de-polvo), seguía invisible. Senkepeng no veía a nadie; la única cosa que veía era la choza y los objetos que en ella se encontraban

Vivió mucho tiempo en la cabaña sin ver a nadie, completamente sola. Al fin, quedó encinta sin haber visto nunca un hombre a su lado. El mes en que debía dar a luz, su suegra Mabulané vino para asistirle. Entonces Senkepeng parió un niño. Cuando el niño hubo crecido un poco, Mabulané regresó a su casa, dejando a su nuera sola como antes. Un día Senkepeng dice:

—¿Podré acaso ir a visitar a mis padres? Tengo muchos deseos de verlos.

La voz responde:

—Puedes ir.

Al día siguiente se pone en camino y va a casa de sus padres. En cuanto llega gritan por todas partes:

—Aquí está Senkepeng; es ella, sin duda, e incluso tiene un niño.

Pasa en la casa unos cuantos días; al marcharse, su hermana Senkepenyana le dice:

—Quiero ir contigo.

Senkepeng le responde:

—Está bien; vámonos juntas; estoy muy sola, en efecto.

Llegan a la cabaña de Senkepeng y allí pasan la noche. Al día siguiente la hermana mayor dice a la menor que se quede al cuidado del niño, mientras ella va al campo.

El niño llora; Sekepenyana le pega y le dice:

—¡Vaya con el niño! ¡Sin padre conocido! Nadie sabe siquiera dónde está.

El padre del niño oía cuanto hablaba Senkepenyana. Otro día Senkepeng vuelve a decir a su hermana:

—Quédate con el niño mientras voy a la fuente.

El niño llora: Senkepenyana le pega y le dice:

—¡Vaya con el niño! ¡Sin padre conocido! Nadie sabe siquiera dónde está.

Y de la misma manera regañó al niño varias veces.

Entonces al querer entrar en la cabaña, abre la puerta y ve a un hombre sentado en el fondo. El hombre le dice:

—Tráeme a mi hijo. ¿Por qué lo estás regañando siempre, diciéndole que nadie sabe quién es su padre?

Yo soy su padre.

Senkepenyana ve que Bulané está cubierto de una armadura de hierro de tanto brillo, que le cegaba; quiere salir y tropieza con la pared de la choza, luego, en cuanto se repone un poco, sale y huye a toda prisa.

Senkepeng llega, deposita el cántaro de agua, toma una escoba y se pone a barrer el *lapa*. Bulané la llama:

—Senkepeng, Senkepeng.

Al entrar en la choza se asusta y grita:

—¿De dónde sale este hombre tan brillante, cubierto de hierro, que tiene a mi niño en brazos?

Se sienta en el suelo. Bulané pregunta:

—Senkepeng, ¿quién es tu marido?

Ella responde:

—Señor, no lo conozco.

Bulané pregunta por segunda vez:

—Senkepeng, ¿quién es tu marido?

Ella responde:

—Señor, no lo conozco.

Entonces él dice:

—Tu marido soy yo; yo soy Bulané (el-que-rehúsa-casarse-, que-abre-una-cabaña-llena-de-polvo); yo soy tu marido. Tu hermana, que has traído aquí, está riñendo siempre a mi niño y le dice que nadie conoce a su padre: yo soy su padre.

Aquel día Senkepeng vio por primera vez a su marido. Bulané tomó un cobertor de hierro y revistió con él a su hijo. A partir de aquel día, Bulané permaneció al lado de su mujer y ya no volvió a desaparecer. El mismo día surgió en aquel sitio una aldea grande, con cantidad de bueyes, vacas, carneros y grandes canastos llenos de sorgo; todo ello salió de la tierra.

Ahora Senkepeng comprende que es realmente mujer de un gran jefe y que reina sobre un gran pueblo.

58 **11. Arondo-Jenu**

Atungulu-Shimba era rey. Estaba en el poder por derecho hereditario y había mandado construir ocho casas nuevas. Pero Atungulu había jurado comerse a todos los que provocasen discordias. Y lo hizo como lo dijo. Uno tras otro se comió a todos sus enemigos, hasta quedarse solo en sus dominios. Entonces se casó con la bella Arondo-Jenu, hija de un rey vecino.

Una vez casado, Atungulu tomó la costumbre de pasar el día en la selva tendiendo lazos a las fieras, y de dejar a su mujer en la aldea. Un día, Njalé, hermano mayor de Arondo-Jenu (porque su padre, Corambé, rey de los Aires, tenía tres hijos), vino a sacar a su hermana de las garras de Atungulu Shimba; pero el rey apareció de pronto y se lo comió. El segundo hermano se presentó enseguida y corrió la misma suerte. Por fin llega Reninga, el tercer hermano. Entre él y Atungulu se entabló una gran batalla, que duró desde la salida del sol hasta el mediodía. Al fin Reninga es vencido, y su adversario se lo come, al igual que sus dos hermanos.

Sin embargo, Reninga, que llevaba consigo un fetiche poderoso, salió vivo del cuerpo de Atungulu. El rey, al volver a verlo, exclama:

—¿Cómo te las has arreglado para salir?

Después se embadurna con greda mágica y dice:

—Reninga, llévate a tu hermana.

Hecho esto se arroja al agua.

Pero antes de ahogarse declaró que si Arondo-Jenu volvía a casarse, moriría, y la predicción se cumplió, porque la viuda se casó con otro y murió al poco tiempo. Entonces Reninga, desolado

por la pérdida de su hermana, se arrojó al agua, en el mismo sitio en que había perecido Atungulu, y se ahogó también.

En el sitio donde se arrojó Atungulu, el viajero puede ver mirando al fondo del agua, los cuerpos de Atungulu y de su mujer, yacentes el uno al lado del otro. Las uñas de esta linda criatura están pulidas y relucientes como un espejo. Entonces fue cuando el agua adquirió la propiedad de reflejar los objetos y tomó el nombre de Arondo-Jenu. Cada cual puede ver su propia imagen en el agua, debido a la transparencia que le comunicaron al precioso líquido las uñas de Arondo-Jenu.

60 12. La estación húmeda y la estación seca

Un día, Nchanga, la estación húmeda, y Enomo, la estación seca, tuvieron gran disputa sobre quién de las dos era la mayor, y llegaron hasta hacer una apuesta, remitiendo la decisión del punto a una asamblea de los espíritus del aire y de los cielos. Nchanga comenzó diciendo:

—Cuando voy a alguna parte, la sequía viene tras de mí; luego yo soy la mayor.

Enomo respondió:

—En todas partes donde me presento, la lluvia me sucede; luego es menor que yo.

Los espíritus del aire escucharon sus razones y, cuando las dos rivales acabaron de hablar, exclamaron:

—En verdad, en verdad, no podemos decir cuál de ustedes es la mayor; es necesario que sean las dos de la misma edad.

13. Los espíritus en la madriguera de la rata

Una vez hubo mucha hambre en todo el país. Entonces la araña salió del matorral, con su cría, para buscar nueces al pie de una antigua muralla. Pasaron muchas semanas sin encontrar nada; al fin, la araña joven encontró una nuez. Llena de alegría, la parte; pero ocurre que se le cae de la mano y rueda hasta la madriguera de una rata. La araña joven no quiere perder el botín, y desciende a la madriguera de la rata en busca de la nuez perdida.

Entonces se le presentan tres espíritus: uno blanco, uno colorado y uno negro, tres espíritus que desde la creación del mundo no se han lavado, no se han rasurado nunca la barba. Y le dicen:

—¿Adónde vas? ¿Qué buscas?

Entonces la araña joven les cuenta su desgracia y les dice que ha venido a la madriguera de la rata en busca de la nuez perdida.

Los tres espíritus le dicen:

—¡Y te expones tanto por una nuez!

Entonces desentierran unos *yams* y le dan cantidad de ellos, diciendo:

—Descortezas estos *yams*, coces las mondaduras; pero no tires lo bueno...

La araña joven obedece, prepara las mondaduras y sucede que se transforman en *yams* enormes.

La araña joven permanece allí tres días y se pone muy gorda. Al cuarto día pide permiso a los espíritus para llevar algunos de aquellos preciosos *yams* a sus compañeros de infortunio. Los espíritus se lo consienten y la despiden con un gran canasto lleno de *yams*.

La acompañan una parte del camino y, antes de separarse, le dicen:

—Tú eres ahora amiga nuestra, y por eso vamos a comunicarte una cosa. Queremos enseñarte una máxima; pero no se la reveles a nadie. —Y entonces comienzan—:

62 *¡Espíritu blanco, hoho!*
 ¡Espíritu rojo, hoho!
 ¡Espíritu negro, hoho!
 Si me pisoteasen la cabeza,
 ¿qué me sucedería?
 Tira la cabeza,
 tira el pie,
 tira la cabeza.
 Has ofendido al gran fetiche.

Así cantan los espíritus; después se separan de la araña. Cuando esta llega a su casa y enseña los *yams*, su padre convoca a todos los amigos, y cada cual manifiesta su alegría. Todos comen con gran placer de los *yams* recién traídos, y todos se ponen muy gordos. Entonces la araña joven vuelve a menudo a la madriguera de la rata, habitada por los espíritus que nunca se han lavado, y renueva sin cesar la provisión de *yams*.

Un día, el padre de la araña joven desea acompañarla. Pero ella no quiere ni oír hablar de eso. Su padre, nada juicioso, persiste en su propósito. De noche, mientras la araña joven duerme, le hace un agujero en el canasto y lo llena de ceniza. Cuando a la mañana siguiente emprende el viaje con el canasto agujereado, su padre sigue secretamente el camino señalado por la ceniza. La alcanzó delante de la ciudad.

—Bueno —dice la araña joven—, veo que quieres ir en mi lugar. Muy bien, ve tú; yo regreso. Pero cuídate, padre, de hablar demasiado y no te las des de listo.

Entonces la araña joven se va. Pero su padre le grita:

—¡Que la pases bien!

Y entra, sin más rodeos, en la madriguera de la rata.

Entonces los espíritus salen a su encuentro y le preguntan qué desea. Al verlos, el padre rompe a reír y exclama:

—¡Oh, estos locos no se han lavado nunca! Vengan acá. ¿Quieren que les recorte maleza de las barbas?

—¿Pretendes enseñarnos a vivir? —exclamaron los espíritus—. Ante todo, ¿qué buscas aquí?

Entonces el padre de la araña les dice que ha venido en busca de *yams* para sí y sus compañeros.

Los espíritus se los traen y le dicen:

—Pélalos y coce las mondaduras.

El padre de la araña se echa a reír, y piensa: «Sería una verdadera tontería.» Pone los *yams* a la lumbre; pero no dan nada. Al fin, sigue el consejo de los espíritus y pone a la lumbre, no los *yams*, sino las mondaduras, que se transforman al punto en magníficos frutos.

Pasado algún tiempo, el padre de la araña dice:

—Quiero marcharme.

Entonces los espíritus le dan un gran cesto lleno de *yams*, lo acompañan una parte del camino y, antes de separarse, le enseñan la máxima que ya habían enseñado a la araña joven, pero recomendándole que no la cante nunca. Pero enseguida el padre de la araña se pone a cantar a grito pelado, y, como los espíritus permanecen callados, se imagina que no han hecho más que murmurar alguna antigua canción de su patria.

Apenas sale de la madriguera vuelve a cantar en voz alta:

¡Espíritu blanco, hoho!

¡Espíritu rojo, hoho!

¡Espíritu negro, hoho!

Si me pisoteasen la cabeza,

¿qué me sucedería?

Tira la cabeza,

tira el pie,

tira la cabeza.

Has ofendido al gran fetiche.

Al punto le acomete un dolor violeto. El padre de la araña se derrumba como si le hubieran cortado la cabeza, las piernas y las manos. Pero prosigue la canción. Llenos de compasión, los espíritus, lo despiertan de aquella pesadilla. Pero él se pone otra vez a cantar. Entonces cae con ese ensueño aterrador ante los ojos. Los espíritus lo despiertan de nuevo. Pero, cuando comienza por tercera vez la canción prohibida, los espíritus le quitan los *yams* y le pegan, le pegan.

64

Al principio, cuando la araña regresó, los habitantes de la ciudad se regocijaron mucho; pero, al enterarse de su aventura, la expulsaron, irritados.

Capítulo IV

Fetichismo. Animales guinnés

Niabardi-dallo, el Caimán. Ninguinanga, el Boa. Uarasa, que se come a los hombres. Minimini, Bybumbuni, la Serpiente. Kammaapa, que se come al mundo. El pájaro de la lluvia, etcétera.

14. *Kammaapa y Litaolané* (cuento sesuto).
15. *Murkwé-leza* (cuento subirja).
16. *Seedimwé* (cuento sunirja).
17. *Moselantja* (cuento basuto).
18. *Historia del pájaro que daba leche* (cuento ba-kalong).

14. Kammapa y Litaolané

Cuentan que en otro tiempo todos los hombres perecieron. Un animal prodigioso, que llaman Kammapa, devoró a grandes y chicos. Era una bestia horrible, y había una distancia tan grande, tan grande, desde una extremidad de su cuerpo a la otra, que los ojos del más lince apenas podían abarcarlo entero. En la tierra sólo quedó una mujer, que se libró de la ferocidad de Kammapa. Permanecía cuidadosamente oculta. La mujer concibió y parió un hijo en un antiguo establo de terneros. Mirándolo de cerca, se sorprendió mucho al encontrarle en el cuello amuletos adivinatorios.

—En vista de esto —dijo— le pondré por nombre Litaolané, el Divino. ¡Pobre niño! ¡En qué tiempos ha nacido! ¿Cómo podrá escapar de Kammapa? ¿De qué le servirán los amuletos?

Así hablaba mientras recogía afuera algunas briznas de estiércol que sirviesen de lecho al recién nacido. Al volver al establo por poco muere de sorpresa y de espanto: el niño había alcanzado ya la estatura de un hombre y profería discursos henchidos de sabiduría. Enseguida sale del establo y se maravilla de la soledad que reina en torno.

—Madre mía —dice—, ¿dónde están los hombres? ¿Estamos tú y yo solos en la tierra?

—Hijo mío —responde la madre temblando—, no hace mucho tiempo, los hombres cubrían valles y montañas; pero la bestia que estremece con su voz las rocas, los ha devorado a todos.

—¿Dónde está la bestia?

—Ahí la tienes, muy cerca de nosotros.

Litaolané toma un cuchillo y, sordo a los ruegos de su madre, ataca al devorador del mundo.

Kammapa abre sus pavorosas fauce y se lo engulle; pero el hijo de la mujer no ha muerto; había entrado armado de su cuchillo en el estómago del monstruo, y le desgarró las entrañas. Kammapa suelta un mugido horrible y cae. Litaolané empieza enseguida a abrirse paso; pero la punta de su cuchillo arranca alaridos a miles y miles de criaturas humanas, encerradas, como él, vivas. Innumerables voces se alzan por todas partes y gritan:

70 —Ten cuidado; nos desgarras.

Sin embargo, consigue abrir un boquete por el cual las naciones de la tierra salen con él del vientre de Kammapa. Los hombres, liberados de la muerte, se dicen unos a otros:

—¿Quién es ese, nacido de la mujer solitaria, que no ha conocido jamás los juegos de la infancia? ¿De dónde viene? Es un prodigio, no un hombre. Nada de común tiene con nosotros; hagámosle desaparecer de la tierra.

Dicho esto cavan un foso profundo, lo cubren con césped y ponen un asiento encima; después un mensajero corre en busca de Litaolané y le dice:

—Los ancianos de tu pueblo se han reunido y desean que vayas a sentarte en medio de ellos.

El hijo de la mujer va: pero, al pasar junto a la trampa, hace caer en ella, de un empujón, a uno de sus adversarios, que desaparece para siempre.

Los hombres se dicen de nuevo:

—Litaolané acostumbra reposar al sol, cerca de un montón de cañas; ocultemos entre las cañas un guerrero armado.

Esta asechanza no salió mejor que la primera. Litaolané no ignoraba nada, y su prudencia confundía siempre la malicia de sus perseguidores. Algunos, queriendo arrojarlo en una gran hoguera, cayeron ellos dentro. Un día que se vio vivamente perseguido, llegó al borde de un río profundo y se metamorfoseó en piedra. Su enemigo, sorprendió de no encontrarlo, agarró la piedra y la lanzó a la orilla opuesta, diciendo:

—Así le rompería la cabeza si lo viera en la otra orilla.

La piedra se convirtió de nuevo en hombre, y Litaolané sonrió sin miedo a su adversario, que, no pudiendo ya alcanzarlo, desfogó su furor con gritos y ademanes amenazadores.

72 **15. Murkwé-Leza**

Cuentan que el pájaro de la lluvia tenía mujer. Dijo a un hombre:

—Me caso con tu hija.

—Cásate.

Entonces el pájaro de la lluvia se casó con aquella mujer. Y los suegros, como se morían de sed, dicen al yerno:

—Ve a traernos agua.

El yerno va, llega junto al agua y bebe; cuando concluye de beber se dice: «¿Qué jugarreta puedo hacerles?» Entonces se dice: «Pondré arena en las calabazas.»

Entonces llena de arena las calabazas, toma un poquito de agua y la vierte sobre la arena. Después lleva el agua a la aldea. En cuanto llega, se la da a los suegros, que se ponen muy contentos al ver unas calabazas tan grandes llenas. Y dicen:

—Hoy tendremos mucha agua para beber.

Después llevan las calabazas a la choza y exclaman:

—Te lo agradecemos.

Y el pájaro de la lluvia dice:

—Está bien.

Entonces el pájaro de la lluvia se dice: «Les he hecho una buena jugarreta.»

Su mujer le pregunta:

—¿Dónde está el agua?

—Se la he llevado a mis suegros.

Entonces la mujer del pájaro de la lluvia dice:

—Échame agua en mi taza.

La suegra inclina la calabaza; ve que cae en la taza la poca agua que hay, que es muy poca. Entonces dice a su marido:

—No hay agua; no hay más que arena, no hay agua.

El suegro llama al yerno y le dice:

—¿Por qué nos has traído arena en lugar de agua?

El pájaro de la lluvia responde:

—He querido sacar agua, pero había mucha arena; por eso ha entrado en la calabaza.

73

El suegro dice:

—La verdad es que nos has hecho una mala partida.

—Y expulsándolo, le advierte —: Vete del lado de mi hija —y añade—: En adelante no beberás más agua del río; tan sólo agua del rocío y de lluvia.

Aquí se acaba la historia del pájaro de la lluvia.

74 **16. Seedimwé**

Seedimwé era un animal de gran talla, que causaba mucho daño a los hombres. Un día los hombres fueron a poner trampas a los animales, cogieron muchos en las trampas, los llevaron a la aldea y los pusieron a cocer en las cazuelas. Entonces dicen a Seedimwé:

—Vamos a comer.

Pero Seedimwé responde:

—Estoy harto.

Era mentira, quería comérselo todo solo, durante la noche. Los hombres se duermen. Al salir el sol resulta que Seedimwé se había tragado hasta las cazuelas. Los hombres preguntan:

—¿Quién se ha comido nuestra carne?

Enseguida van a ver las trampas y encuentran en ellas algunos animales. Los traen a la aldea y los cocinan. A la mañana siguiente ven que Seedimwé se ha tragado también todas las cazuelas.

Al otro día traen más carne y la cuecen. Esta vez la liebre se esconde y dice:

—Hoy veré si es nuestro jefe quien nos come la carne.

Por la noche, mientras todos duermen, la liebre se echa cerca del hogar y dice: «Lo veré muy bien.»

Así, en cuanto Seedimwé se levanta para comerse la carne, la liebre empieza a decir:

—¡Que te veo, tío materno!

Seedimwé siente miedo y se vuelve a acostar. Enseguida se levanta de nuevo, mientras todos duermen... menos la liebre. Y al estornudar Seedimwé, esta grita:

—¡Que te veo, tío materno!

Y esto dura hasta el amanecer. Al salir el sol, Seedimwé está enfermo, acostado. Le gritan:

—Levántate y comeremos carne.

Y responde:

—No quiero; me siento mal.

Las gentes comen carne; se la comen toda. Entonces se levanta Seedimwé y se encuentra con que ya no hay nada. Entonces se traga las cazuelas vacías y a los hombres con ellas. Pero la liebre se había escondido en la hierba.

75

Cuando Seedimwé termina de comerse a la gente, se traga las casas y se va. Entonces la liebre reúne a todos los animales para darle caza y matarlo. Salen los primeros, el ante y la cebrá. Corren, pero no ven más que polvo. Regresan y dicen:

—No lo hemos visto.

Enseguida salen el león y el leopardo; tampoco ellos pueden darle alcance. A continuación van el antílope y la gacela. Todos vuelven sin haber visto nada. Detrás salen el chacal y la hiena. Estos aciertan a encontrar a Seedimwé. El chacal empieza a gritar:

—¡Eh, ustedes, ante, búfalo, antílope, hiena y leopardo: ustedes son los que lo han perseguido en vano!

Entonces el chacal atraviesa a Seedimwé con una flecha; la hiena también lo atraviesa con una flecha. Seedimwé muere. Entonces el chacal y la hiena van en busca de los otros animales y los traen allí; reúnen también a todas las aves. El águila llega la primera y dice:

*Tjolo, ntjo, ntjo, ntjo, ntjo,
se me ha roto el pico,
el que me dio Samokunga,
Samokunga de Leza.*

Y, al decir esto, se le rompe el pico. El Martín pescador viene enseguida y dice:

*Tjolo, ntjo, ntjo, ntjo, ntjo,
se me ha roto el pico,*

*el que me dio Samokunga,
Samokunga de Leza.*

Y también se le rompe el pico.
Llega enseguida la garza y también canta:

*Tjolo, ntjo, ntjo, ntjo, ntjo,
se me ha roto el pico,
el que me dio Samokunga,
Samokunga de Leza.*

76

Y se le rompe el pico.
Viene enseguida el buitre, diestro en despedazar animales.
Y canta:

*Tjolo, ntjo, ntjo, ntjo, ntjo,
se me ha roto el pico,
el que me dio Samokunga,
Samokunga de Leza.*

También se le rompe el pico.
Entonces llega un pajarillo muy pequeño, el Katuituí.
Los animales dicen:
—Tiene el pico demasiado pequeño.
El pajarillo se pone a cantar:

*¡Tueré! ¡Tuentué! ¡Ntuentué!
se me ha roto el pico,
que me lo dio Samokunga,
Samokunga de Leza.*

Entonces abre un agujero diminuto. Cuando ven el agujerito, los animales dicen al Katuituí:
—Vete. Que venga un pájaro mayor.
Entonces llega la grulla y se pone a cantar:

Tjolo, utjo, utjo, utjo.

Se le rompe el pico. Al mismo tiempo, el agujerillo hecho por el katuituí se cierra.

Entonces los animales llaman al pajarillo. El Katuituí vuelve y se pone a cantar:

¡Tueré! ¡Tuentué! Ntuentué!

77

Y entonces hace un rasgón mayor en el cadáver de Seedimwé. Y el pajarillo sigue cantando:

¡Tueré! ¡Tuentué! ¡Ntuentué!

Y abre el vientre de Seedimwé. Entonces, de él sale cuanto tenía dentro: casas, cazuelas, ganado y hombres. Y así, estos reconstruyen la aldea.

78 17. Moselantja

Había una vez un jefe: su aldea era muy grande, pero él solo tenía tres hijos: un varón y dos hembras. La hija mayor se casa; sólo queda con los padres la menor, Fenyafenyané, y el hermanito. Un año, como salían a trabajar al campo, el niño se quedaba solo en casa, y se iba a jugar a la orilla del río, y gritaba:

—Koyoko, date prisa; ven a comerme.

Koyoko salía del agua y lo perseguía, y muy de prisa, muy de prisa, el niño se precipitaba en la cabaña. Así jugaba todos los días. Una vez, todo el mundo había salido para cavar la tierra del jefe. El niño se va al río, según costumbre, y se pone a gritar:

—Koyoko, date prisa; ven a comerme.

Esta vez, koyoko sale del agua rápidamente y se apodera del niño; lo devora, y deja sólo la cabeza.

Entretanto, la madre del niño dice a su hija:

—Vete corriendo a casa y tráeme semillas.

La joven, al llegar a la aldea, descubre la cabeza de su hermanito. Entonces exclama llorando:

—¡Ay! ¡A mi hermano lo ha devorado koyoko!

Se sube a una pequeña altura y llama a su madre a voces, cantando así:

*Madre, mi madre, que trabajas lejos.
Madre, mi madre, que trabajas lejos,
Koyoko ha devorado a mi hermano Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos.
Koyoko ha devorado al hijo de mi madre Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos,*

*Koyoko ha devorado a mi hermano Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos.*

Su madre la oye cantar y dice a los que trabajan con ella:
—Cállense, a ver si entiendo lo que dice.
Sueltan los azadones y se paran. La joven vuelve a cantar:

*Madre, mi madre, que trabajas lejos,
Koyoko ha devorado a mi hermano Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos.
Koyoko ha devorado al hijo de mi madre Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos,
Koyoko ha devorado a mi hermano Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos.*

79

Entonces la madre toma el azadón, golpea a todos sus compañeros y los deja tendidos en el suelo, muertos. La joven continúa cantando:

*Madre, mi madre, que trabajas lejos.
Koyoko ha devorado a mi hermano Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos,
Koyoko ha devorado al hijo de mi madre Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos,
Koyoko ha devorado a mi hermano Solo;
madre, mi madre, que trabajas lejos.*

Entonces su madre vuelve a golpear con el azadón los cuerpos de sus compañeros; no deja ni uno vivo. Luego echa a andar, y regresa a la aldea: por el camino recoge escorpiones, ciempiés, cortapicos, hormigas y arañas venenosas, y las guarda en un saco. Cuando llega a su casa encuentra a Koyoko tan ahído, que no puede ni moverse. Coloca delante de la choza el saco lleno de escorpiones e insectos venenosos; después, entra y se pone a revolver en su ajuar; reúne sus collares de perlas más hermosos y sus anillos de metal, y los pone a un lado. Después sale de la

cabaña, recoge hierba seca, con la que forma grandes haces, atados con cuerda de hierbas, y los amontona contra las paredes de la cabaña.

Entonces dice a Koyoko:

—Ven, para que te rasque la cabeza.

Toma una lanceta y, cuando Koyoko se acerca, se pone a desgarrarle las carnes de la cabeza; después desata el saco. Los
80 escorpiones y los insectos venenosos salen de él a puñados, y se introducen en las orejas, la boca y los ojos de Koyoko, y lo muerden y lo pican hasta que muere.

Entonces llama a su hija y le dice:

—Ven aquí.

Y, tomando los collares de perlas y los anillos de metal, la adorna con ellos; después le dice:

—Ahora, hija mía, vete con tu hermana Hlakatsabalé, mujer de Masilo; sobre todo, cuídate de mirar atrás; suceda lo que suceda, prosigue tu camino en derechura.

La joven se pone en camino, y anda, anda mucho tiempo, mucho tiempo. Entonces, se dice: «Quisiera yo saber por qué mi madre me ha prohibido que vuelva la vista atrás; tengo que saber la razón. Quizás se propone prender fuego a la cabaña y perecer en ella.»

Se vuelve, y ve una gran humareda que sube al cielo, entonces exclama: «¡Ay!, mi madre ha prendido fuego a la cabaña y se quema viva.»

Muy cerca de ella oye una voz que repite: «¡Ay!, mi madre ha prendido fuego a la cabaña y se quema viva.» Entonces ve un animal muy extraño, y se pregunta con asombro: «¿De dónde habrá salido este animal?» La voz continúa:

—Préstame un ratito tus collares de perlas y tus ropas, a ver cómo me sientan.

La joven se despoja de sus vestidos y se los da a Moselantja. Moselantja se los pone y da a la joven los harapos que la cubrían.

Cuando llegan cerca de la aldea, la joven dice:

—Ahora, devuélveme la ropa.

—Todavía no; te los devolveré cuando lleguemos al ejido.

Cuando llegan al sitio donde paca el ganado, la joven insiste:

—Dame ahora mis vestidos.

—¡Que no! ¿Quieres que digan que las mujeres de Masilo disputan por tan poca cosa en medio de la calle?

Así llegan a la casa de Hlakatsabalé, hermana mayor de Fenyafenyané. Entonces Moselantja se apresura a decir (Fenyafenyané, muy avergonzada, se calla):

81

—Mi madre me ha dicho que venga a tu casa, Koyoko ha devorado a nuestro hermano, y mi madre ha prendido fuego a la cabaña y se ha quemado con ella.

Hlakatsabalé se dice: «¿Quién ha podido cambiar tanto a mi hermana? No la reconozco, pero sus vestidos y sus adornos son los de casa.» Concluyó, no obstante, por persuadirse de que era su hermana. Entonces Moselantja prosigue, designando a Fenyafenyané:

—Este ser es Moselantja. La he encontrado en el camino, y estaba empeñada en que me quitase estas ropas tan buenas para dárselas.

De esta manera, Moselantja se hizo pasar por Fenyafenyané.

Anochecido. Hlakatsabalé dice a Fenyafenyané que vaya a dormir a la cabaña de una vieja, y conserva a Moselantja a su lado. Pero, durante la noche, la cola de Moselantja se alarga y va a buscar por los rincones de la cabaña los víveres almacenados. Masilo exclama:

—¿Qué es eso?

Moselantja exclama con premura:

—Masilo, socórreme; tengo un cólico muy fuerte, es un dolor cruel.

Al siguiente día, en cuanto amanece, Masilo exclama:

—¡Oh, oh! ¿Quién se ha llevado nuestras provisiones? ¿Quién habrá hecho esto?

Moselantja responde:

—Sin duda ha sido Moselantja; es una ladrona, no hace más que robar.

A la hora de comer, dan el alimento a Fenyafenyané en una escudilla desportillada, tan sucia que no puede ni tocarla; Moselantja sin embargo come en un plato muy bueno y nuevo.

Pasa la primavera; escardan los campos, después llega el tiempo de espantar los pájaros. Hlakatsabalé ordena entonces a su hermana, a la que sigue tomando por tal, que vaya a su campo para espantar los pájaros. El campo lindaba con el de la vieja que había recogido a Fenyafenyané. Al mediodía, Hlakastsabalé envía a Moselantja con la comida para Fenyafenyané; pero Moselantja se lo come todo por el camino. Cuando llega al campo donde está Fenyafenyané, le dice:

—¿Qué haces ahí durmiendo, perezosa? ¿No ves que los pájaros se comen el sorgo de mi marido, el sorgo de Masilo?

Cuando Moselantja se va, Fenyafenyané se sube de nuevo a un montón de terrones, junto a otro en que está la vieja que la ha recogido. Se yergue cuanto puede y rompe a cantar:

¡Vete, paloma! ¡Vete, paloma!
Hoy, me llaman Moselantja; ¡vete, paloma; vete, paloma!
Antes, yo era Fenyafenyané, hermana de
Hlakatsabalé;
¡vete, paloma; vete, paloma!
Hoy me dan de comer en una escudilla sucia; ¡vete,
paloma; vete, paloma!
¡Vuela, caña, y llévame junto a mi padre y mi madre!

Entonces la caña carga con ella y la levanta para llevársela por los aires. Pero la vieja acude y la sujeta. Fenyafenyané le dice:

—Déjame, cuando menos, irme con mi padre y mi madre. ¿No te das cuenta que hoy me veo reducida a comer en escudillas sucias y desportilladas? Como si Hlakatsabalé no fuese mi hermana.

Entonces descubre a la vieja quién es y le dice:

—Un día, toda la gente de casa había salido al campo; mi hermanito se fue al río a burlarse de Koyoko, que salió y lo devoró. Entonces, mi madre me dijo que viniese aquí, y me recomendó mucho que no volviese la vista atrás. Pero me volví, para ver lo que

sucedía, y apenas exclamé: «¡Ay, mi madre ha prendido fuego a la cabaña y se quema viva!», cuando oí muy cerca de mí, a mis pies, que Moselantja decía:

«¡Ay, mi madre ha prendido fuego a la cabaña y se quema viva!» Después, Moselantja me pidió que le prestase mi ropa, y yo accedí, porque me dijo que me la devolvería. De esta manera llegamos aquí; se ha hecho pasar por mí, y ella es la que ha contado que mi madre se había quemado en su cabaña.

83

La vieja pregunta:

—¿Y cómo es que tu hermana, al verte la cara, no reconoce quién eres?

Fenyafenyané responde:

—No lo sé.

La vieja, sin más palabras, va en busca de su comida y la comparte con Fenyafenyané. Ese día la vieja no dice nada a Masilo ni a Hlakatsabalé; a nadie habla de lo que ha visto y oído.

Por la noche, según costumbre, dan a Fenyafenyané el alimento en una escudilla vieja, sucia y desportillada; ni siquiera la toca. En casa de Masilo habían matado un buey y cocido la carne. Durante la noche, la cola de Moselantja se alarga y empieza a comerse toda la carne. Masilo lo oye y dice:

—¿Quién hace ese ruido en las ollas de carne?

Se levanta para mirar, pero Moselantja exclama apresuradamente:

—Masilo, socórreme; tengo un cólico muy fuerte, socórreme, Masilo; no puedo más.

Al día siguiente, Fenyafenyané vuelve al campo de su hermana; esta vez su propia hermana, Hlakatsabalé le trae la comida; se la da, como siempre, en una escudilla vieja, sucia y desportillada. Fenyafenyané la pone a un lado, sin tocarla; la vieja seguía sin decir nada. Cuando Hlakatsabalé se aleja, Fenyafenyané sube a un montón de terrones y, estirándose cuanto puede, se pone a cantar:

¡Vete paloma! ¡Vete, paloma!

Hoy, me llaman Moselantja; ¡vete, paloma; vete, paloma!

*Antes, yo era Fenyafenyané, hermana de Hlakatsabalé;
¡vete, paloma; vete, paloma!
Hoy me dan de comer en una escudilla sucia; ¡vete,
paloma; vete, paloma!
¡Vuela, caña, y llévame junto a mi padre y mi madre!*

84 Entonces la caña se agita, carga con ella y la levanta para llevarse por los aires. Pero la vieja acude y la sujeta. Fenyafenyané le dice:

—Déjame, cuando menos, que me vaya con mi padre y mi madre.

Esa misma tarde, la vieja va a casa de Masilo y le dice:

—Mañana, sal al campo y verás lo que yo vi ayer.

Masilo pregunta:

—¿Qué cosa?

La vieja le responde:

—Tú mismo lo verás.

Al día siguiente, Masilo va al campo en secreto y se esconde como la vieja le había dicho. Hlakatsabalé envía de nuevo a Moselantja a llevar la comida de Fenyafenyané; pero Moselantja se sienta al borde del camino y se come todo lo que le han dado. Cuando llega junto a Fenyafenyané le dice:

—¿Qué haces ahí durmiendo, perezosa? ¿No ves que los pájaros se comen todo el sorgo de mi marido?

Luego regresa a la aldea. Entonces la vieja dice a Fenyafenyané:

—¿No ves unas palomas en tu campo? Ve a espantarlas.

Allá va Fenyafenyané: se sube a un montón de terrones y se pone a cantar:

*¡Vete paloma! ¡Vete, paloma!
Hoy, me llaman Moselantja; ¡vete, paloma; vete, paloma!
Antes, yo era Fenyafenyané, hermana de Hlakatsabalé;
¡vete, paloma; vete, paloma!
Hoy me dan de comer en una escudilla sucia; ¡vete,
paloma; vete, paloma!
¡Vuela, caña, y llévame junto a mi padre y mi madre!*

La caña se mueve con un ruido y la levanta para llevársela por los aires. Acude Masilo y la retiene. Fenyafenyane le dice:

—Déjame, cuando menos, ir con mi padre y mi madre. Tu mujer me ha tratado muy mal, aunque somos hermanas y aunque me he refugiado en su casa.

Entonces la vieja dice a Masilo:

—Ya lo estás viendo; esto es lo que yo te decía que vinieses a ver.

85

Masilo se queda con Fenyafenyane durante largo rato, y los dos permanecen llorando juntos. Después se dirige a la aldea y se lo cuenta todo a su mujer.

—¡Ay —exclama—, pobre hermana mía! ¡Ay, hija de mi padre!

Al día siguiente Masilo ordena que toda su gente vaya a recoger mucha leña, mientras otros cavan un hoyo profundo. Sacrifican algún ganado: carneros y cabras; cuecen pan, sopas de sorgo en leche, fríen costrones de pan en grasa; preparan una fiesta grande. Traen también gran cantidad de ollas de cuajada, las ponen en el fondo del hoyo que han abierto y las cubren con tallos de maíz y ramaje ligero.

En tanto, las jóvenes de la aldea recogen leña en el bosque, Pero Moselantja está ociosa; acurrucada cerca del arroyo, caza cangrejos con la cola y los devora ávidamente. Cuando concluyen, dicen las jóvenes:

—Regresemos a la aldea.

Una de ellas pregunta:

—¿Dónde está la mujer del jefe? ¿Dónde está la mujer de Masilo?

Cada una llevaba un haz de leña seca; el de Fenyafenyane era mayor que los de sus compañeras. Cuando Moselantja las ve venir, se apresura a juntar unos cuantos tallos verdes y formar un haz; luego dice a Fenyafenyane:

—Moselantja, me has quitado el haz de leña; devuélvemelo.

Pero las otras mujeres intervienen:

—¿Qué dices? Es suyo, ella misma lo ha hecho. Y tú, ¿dónde te has escondido mientras trabajábamos? Vamos al pueblo.

Al verlas llegar, las gentes se dicen unas a otras:

—Miren, la mujer del jefe solo trae ramas verdes. ¿Qué querrá hacer con eso?

Entonces Masilo dice a todas las mujeres:

—Salten por encima de ese hoyo.

Les muestra el hoyo profundo, en el cual han puesto la cuajada. Todas, una tras otra, saltan, y Fenyafenyané como todas.

86 Cuando le llega el turno a la mujer del jefe y quiere saltar, su cola se alarga en dirección de la cuajada y se pone a comer; entonces Moselantja cae al fondo del hoyo. Las gentes del jefe llegan a la carrera, la rodean por todas partes y allí la matan.

Pero no muere del todo; en el sitio donde la han matado crece una calabaza silvestre. En cuanto a Fenyafenyané, Masilo la hace su mujer; pasado algún tiempo, da a luz un niño. Un día, cuando todos estaban en el campo y Fenyafenyané sola en su casa, la calabaza silvestre se despega del tallo y va rodando hacia la cabaña de Fenyafenyané. Según iba rodando, decía: «Pi-ti-ki, pi-ti-ki, nos co-me-re-mos la so-pa de la pa-ri-da gor-da, la mujer de Ma-si-lo.» A llegar junto a Fenyafenyané, la calabaza le dice:

—Pon a mi lado al hijo de mi marido.

Fenyafenyané pone al niño en tierra; entonces la calabaza se arroja con furia sobre Fenyafenyané, y le pega, le pega mucho. Cuando termina de pegarle, la calabaza vuelve al lugar de donde ha salido y se coloca en su tallo.

A nadie refiere Fenyafenyané lo que le ha sucedido. Al día siguiente, cuando todos están en el campo, la calabaza se echa de nuevo a rodar en dirección de la cabaña de Fenyafenyané; según rodaba, iba diciendo: «Pi-ti-ki, pi-ti-ki, nos co-me-re-mos la so-pa de la pa-ri-da gor-da, mu-jer de Ma-si-lo.» Y dice a Fenyafenyané:

—Pon a mi lado al hijo de mi marido.

Luego se arroja sobre Fenyafenyané y le pega, le pega mucho; cuando se cansa de pegarle se va, como la vispera. La calabaza persigue así todos los días a Fenyafenyané, sin darle descanso.

En fin, un día, Masilo pregunta a su mujer:

—¿Qué te pasa que estás adelgazando tanto?

Fenyafenyané responde:

—Hay una calabaza silvestre que cuando estás en el campo viene a mí, diciendo: «Pi-ti-ki, pi-ti-ki, nos co-me-re-mos la so-pa de la pa-ri-da gor-da, mu-jer de Ma-si-lo.» Después, me dice: «Pon a mi lado al hijo de mi marido.» Y con la misma se arroja sobre mí y me pega con furia.

Al siguiente día, Masilo no sale al campo, y cuando han salido todos dice a su mujer que lo esconda entre las ropas del niño. La calabaza llega, como de costumbre, diciendo: «Pi-ti-ki, pi-ti-ki, nos co-me-re-mos la so-pa de la pa-ri-da gor-da, mu-jer de Ma-si-lo.» Después, cuando Fenyafenyané deja a su niño en tierra, la calabaza se precipita sobre ella y empieza a golpearla con rabia. Entonces Masilo sale de su escondite armado de hacha y azagaya. Con la azagaya traspasa a la calabaza, de la que brota, una oleada de sangre. Después la coge y la lleva delante de la puerta de la cabaña, la corta en pedacitos y enseguida la quema, con el mayor cuidado posible.

En el sitio donde han quemado la calabaza crece una mata de cardo. El cardo crece, sin que nadie se fije en él, y acaba por echar simiente. Las simientes lastiman al niño; cuando sale a correr, le pican en los pies. Por mucho que las persigan siempre queda una que no logran atrapar. Al fin, Masilo arma una emboscada y consigue cogerla, la machaca y la tira a la lumbre; pero se convierte en simiente de calabaza. Se arroja sobre el niño cuando duerme y lo muerde, escondiéndose después en las cañas de la choza. Al fin, Masilo logra apoderarse de esta simiente de calabaza, la aplasta cuidadosamente contra una piedra de molino, la reduce a polvo y la tira a la lumbre. Así acabó Moselantja.

88 18. Historia del pájaro que daba leche

Cuentan que en otro tiempo había en cierto lugar una ciudad grande, donde vivía mucha gente. Se alimentaban únicamente de granos. Hubo un año de mucha hambre. En la ciudad había un pobre hombre, llamado Masilo, y su mujer. Un día van a cavar su tierra, y cavan, cavan de sol a sol. Anochecido, cuando la masa de gente que trabajaba en el campo regresa a casa, también ellos regresan. Entonces llega un pájaro que se para en la choza, al extremo de la tierra de Masilo, y comienza a silbar, diciendo:

—¡Tierra labrada por Masilo, vuélvete!

La tierra hace lo que dice el pájaro. Después, el pájaro se va.

Al día siguiente, cuando Masilo y su mujer llegan a la tierra, se quedan dudosos y dicen: «¿Fue aquí, efectivamente, donde cavamos ayer?»

Por las gentes que trabajaban al lado se convencen de que el sitio es el mismo. La gente comienza a reírse y a burlarse de ellos diciendo: «Es que son unos holgazanes.»

Cavan y cavan otra vez el día entero, y, de tarde, regresan a su casa como los demás.

Entonces llega el pájaro y repite la operación.

Cuando a la mañana siguiente tornan, y hallan que la tierra se ha vuelto otra vez, se creen embrujados. Pero de nuevo se ponen a cavar todo el día, todo el día. Más a la tarde, cuando la gente regresa, Masilo dice a su mujer:

—Vete a casa; yo me quedo para vigilar la tierra y descubrir al que nos destruye el trabajo.

Entonces la mujer se va. Masilo se tiende en la linde de la tierra, en la misma choza sobre la que el pájaro venía habitualmente

a posarse. Estando en sus reflexiones llega el pájaro. Era un hermoso pájaro. El hombre lo examina con admiración. Comienza a hablar y dice: «¡Tierra labrada por Masilo, vuélvete!»

Entonces Masilo le echa mano y dice:

—¡Ah! ¡Eres tú quien destruye nuestro trabajo!

Desenvaina el cuchillo y se dispone a descabezar al pájaro, pero este le suplica:

—Por favor, no me mates. Te daré leche abundante para el sustento. 89

Masilo replica:

—Lo primero que hace falta es que restaures la obra de mis manos.

El pájaro dice:

—¡Tierra labrada por Masilo, reaparece! —Y el cultivo reaparece.

Entonces, dice Masilo:

—Ahora, dame leche.

Y he aquí que inmediatamente da leche espesa, que Masilo comienza a apurar. Cuando se harta, lleva el pájaro a casa. Y al acercarse lo mete en un saco.

Una vez en la casa, dice a su mujer:

—Lava los jarros de cerveza más grandes que haya en la casa, ¡lávalos todos!

Pero la mujer, malhumorada a causa del hambre, pregunta:

—¿Tienes algo que poner en tantos jarros grandes?

Masilo le dice:

—Tú oye y calla, haz lo que te encargo y ya verás.

Preparados los jarros, Masilo extrae el pájaro del saco, y dice:

—Da leche para el sustento de mis hijos.

Entonces el pájaro llena de leche todos los jarros de cerveza. Comienzan a tomarla y, cuando concluyen, Masilo hace a sus hijos esta advertencia:

—Mucho cuidado con decir nada de esto a nadie, ni a ningún compañero siquiera.

Los niños juran que no dirán nada.

Masilo y su familia vivieron entonces gracias al pájaro. Las gentes, sorprendidas al verlos, decían:

—¿Cómo es posible que estén tan gordos en casa de Masilo? ¡Si es tan pobre! Pero, ahora, desde que tiene labrada la tierra, él y sus hijos están muy gordos.

Y decidieron ponerse al acecho para descubrir lo que comían pero no lograron descubrir nada.

90 Una mañana, Masilo y su mujer fueron a trabajar en su huerto, y al mediodía los chicos del pueblo se juntaron para jugar. Se reúnen justamente delante de la casa de Masilo y juegan con sus hijos.

—¿Por qué están tan gordos, mientras los demás estamos flacos?

Responden:

—¿Estamos gordos? Creíamos estar tan flacos como ustedes.

No quieren decir la razón, pero los otros continúan apurándolos y dicen:

—No se lo diremos a nadie.

Entonces los hijos de Masilo dijeron:

—En casa de nuestro padre hay un pájaro que da leche.

A lo que los otros respondieron:

—Hagan el favor de enseñárnoslo.

Entonces entran en la casa y sacan al pájaro de su escondite. Lo colocan como Masilo tenían costumbre de colocarlo, y el pájaro da la leche grasosa, que todos beben. Tenían mucha hambre.

Luego que han bebido, dicen al pájaro:

—Baila para nosotros.

Lo desatan, y el pájaro empieza a bailar dentro de la casa. Pero uno de ellos dice:

—Esto es muy estrecho.

De manera que lo llevan fuera de la casa, y, cuando están regocijados y riéndose, el pájaro levanta el vuelo y los deja desfavoridos. Los hijos de Masilo decían:

—Hoy nuestro padre nos mata; corramos en busca del pájaro.

Caminaron todo el día, porque cada vez que estaban ya a cierta distancia del pájaro, este permanecía quieto un rato, y cuando se acercaban volaba más lejos.

Cuando la gente que cavaba en los campos regresó del trabajo, los del pueblo llamaron a sus hijos, porque no sabían qué había sido de ellos.

Pero cuando Masilo entra en casa y no encuentra el pájaro, adivina dónde están los chicos, pero no dice nada a los padres. Se entristece mucho a causa del pájaro, porque sabe que ha perdido el sustento.

Por la noche, los niños se deciden a regresar a sus casas, pero les sorprende una tormenta y truenos y se asustan mucho. Pero con ellos iba un chico valiente, llamado Masemanyamatug, que los anima diciendo:

—No temen. Yo puedo ordenar a una casa que se haga sola.

—Pues ordénaselo, por favor.

El chico dice: «Casa, aparece.»

La casa aparece, y también leña para la lumbre. Entonces los niños entran en la casa, encienden una buena lumbre y se ponen a asar unas raíces silvestres que habían desenterrado.

Asándolas estaban, muy alegres, cuando llega un caníbal enorme, y oye su voz, que decía:

—Masemanyamatug, dame unas pocas de esas raíces silvestres que tienen.

Se asustaron mucho, pero el muchacho valiente dice a las chicas y a los chicos:

—Denme las raíces que tengan.

Se las dan y las arroja fuera.

Mientras el caníbal se las come tranquilamente, los niños salen y huyen. Acabadas las raíces, el caníbal se lanza a perseguirlos. Cuando lo sienten muy cerca, desparraman más raíces por el suelo y, mientras las recoge y se las come, le sacan mucha ventaja.

Al fin, llegan a las montañas donde crecen los árboles. Como los chicos están ya muy cansados, trepan todos a un árbol muy grande. Llega el caníbal y trata de cortar el árbol con la uña larga y afilada que tiene.

Entonces el muchacho valiente dice a sus compañeros:

—Mientras yo canto, no dejen de repetir: «Árbol, sé fuerte, árbol, sé fuerte.»

92

Y comienza a cantar:

*Es locura,
locura meterse a viajero,
ponerse en viaje
llevando alguno sangre de niña.
Cuando quisimos asar las raíces silvestres
cayó sobre nosotros una gran oscuridad.
No eran las tinieblas
oscuridad pavorosa.*

Cantando está cuando llega un pájaro enorme, que revolotea sobre sus cabezas y dice:

—Agarréense bien de mí.

Los niños se sujetan fuertemente; se remonta con ellos y los lleva a su pueblo. Era ya media noche cuando llegaron. El Pájaro desciende ante la puerta de la madre de Masemanyamatug.

Por la mañana, cuando la mujer sale de la cabaña, toma unas cenizas y se las arroja al pájaro diciendo: «Este pájaro sabe dónde están nuestros hijos.»

Al mediodía, el pájaro envía un recado al jefe, diciendo:

—Ordena a todo tu pueblo que cubra de esterillas los senderos.

El jefe manda que se haga. Entonces el pájaro trae a todos los niños, y el pueblo se pone muy contento.

Capítulo V

Fetichismo. Hombres guinés

Ladrones, griots, herreros, apicultores, criadores de gallinas. Gulias, vampiros, duendes, cadáveres ambulantes, brujos, antibrujos, mal de ojo, magnetismo.

19. *El antepasado de los griots* (cuento peul).
20. *Kaskapaleza* (cuento chwabo).
21. *Marandenboné* (cuento soniké).

19. El antepasado de los *griots*

Dos hermanos iban de viaje. Un día que atravesaban un desierto, desprovisto de agua, la sed se apoderó del más joven. También tenía mucha hambre.

Dice a su hermano mayor:

—Tengo tanta hambre y tanta sed que no puedo continuar andando. Prosigue tu camino y déjame morir aquí.

El mayor se aleja sin contestarle. Va a esconderse detrás de una palmera. Allí saca su cuchillo y se corta un pedazo de carne del muslo. Después echa yescas, enciende lumbre y asa el pedazo de carne. Luego se lo lleva al hermano. Este devora ávidamente lo que le ha traído el mayor, sin ocurrírsele siquiera preguntarle dónde ha adquirido la carne.

Cuando ha terminado de comer, percibe manchas de sangre en la pierna de su hermano y lo interroga sobre el caso. El mayor aplaza la explicación pedida, prometiendo informarle en cuanto lleguen a un pueblo.

Ya en el pueblo, el menor dice a su hermano:

—Ahora me dirás, como me lo prometiste, a qué se deben las manchas de sangre que te he visto en la pierna.

—Esta sangre —responde el mayor— me ha salido del muslo, de donde me he cortado el pedazo de carne que te di de comer.

—Me has alimentado con tu carne —responde el menor—, y si no te hubiese visto la pierna manchada de sangre no habría sospechado tu abnegación por mí. En adelante me llamaré «Dieli». Estaré a tus órdenes, y mis descendientes obedecerán a los tuyos.

El hermano menor fue padre de los griots, que llevan, en efecto, el nombre de «Dieli», adoptado por su antepasado.

98 20. Kaskapaleza

Verán lo que hicieron en cierta ocasión un hombre y una mujer: El hombre estornuda haciendo ¡atchís! La mujer dice: «¡Viva!» La mujer dice: «Necesito una falda, collares y pañuelos.» El hombre dice: «Necesito agua de un pozo en que no canten los sapos.»

La mujer parte en busca del agua. Anda y anda. Al fin, encuentra un pozo. Pero cuando va a echar el cubo oye: «Rwerwé, rwerwé.» Ve otro pozo; quiere sacar agua, y enseguida: «Rwerwé, rwerwé.»

Al cabo llega al verdadero pozo en que no canta ningún sapo, y empieza a sacar agua.

Allí estaba un pájaro nandindi, que advierte que la mujer quiere sacar agua. Se esconde en un hormiguero. El nandindi, en cuanto ve al animal dueño del pozo, se pone a cantar:

*Ndindi sobre el hormiguero,
se esconde en el hormiguero.
Ndindi sobre el hormiguero,
se esconde en el hormiguero.*

El animal acude al sitio, ve a la mujer que saca agua y se apodera de ella. La convierte en su esposa y le hace un hijo, a quien da el nombre de Kaskapaleza.

El niño dice:

—Mamá, ponme a asar.

La madre lo pone en la cazuela de asar. El niño dice:

—Cuando me oigas hacer ¡pom!, sácame.

La madre lo saca. Al punto el niño se pone a correr y a andar.

Cuando grita, hace ¡nyé! Y dicen:

—¿Qué pide el niño con ese grito?

Responden:

—Pide un hacha.

El niño repite:

—¡Nyé!

Preguntan:

—¿Qué quiere el niño?

Responden:

—Quiere una azuela.

De nuevo hace:

—¡Nyé!

Preguntan:

—¿Qué quiere el niño?

Responden:

—Quiere un banco de carpintero.

Otra vez hace:

—¡Nyé!

Preguntan:

—¿Qué quiere el niño?

Responden:

—Quiere un cuchillo.

Entonces su padre le da el cuchillo, la azuela, el hacha y el banco de carpintero.

Su padre va a trabajar al campo. Kaskapaleza se queda en casa y fabrica un cajón. En él mete arroz, judías, agua, guisantes, judías rojas de la especie llamada uyemba, judías verdes de la especie llamada soloko. Hecho esto se mete con su madre en el cajón y huye por los aires en dirección a la morada del primer marido de su madre. El animal los sigue desde lejos. Corre, corre, corre, y llega, por fin, a casa de ese hombre. Entonces el cajón regresa. Y ellos regresan también, y llegan a su casa.

La mujer se adelanta y dice:

—Marido: mi hijo y yo queríamos morir.

El marido se muere inmediatamente.

La madre de Kaskapaleza era bruja y dice:

—Kaskapaleza, haz una trampa para matar ratas, las echaremos en el arroz.

Kaskapaleza hace la trampa. Su madre llama entonces al leopardo y le dice:

—Haz caer la trampa, y, cuando salga Kaskapaleza a ver lo que hay, lo coges y lo matas.

100 El tigre hace caer la trampa. La madre dice:

—Escucha, Kaskapaleza, la trampa se ha cerrado.

Responde:

—La trampa que pone al niño esforzado no cae dos veces, se ha de cerrar tres veces.

En cuanto el horizonte empieza a clarear, la mujer dice:

—Kaskapaleza, ve a buscar lumbre.

Quería que el leopardo lo cogiese. Kaskapaleza llama a sus amigos. Cuando llega el leopardo, todos, todos gritan: ¡Kaskapaleza!, como si el nombre les fuese común. Su verdadero nombre es Tintiwene.

La madre dice:

—Kaskapaleza, sopla esa paja, aviva la lumbre.

Y le corta el pelo, para que esta vez el tigre lo distinga de los demás. Entonces él llama a sus amigos y les dice:

—Córtense el pelo.

Cuando se han rapado todos llega el tigre; todos comienzan a gritar: ¡Kaskapaleza, Kaskapaleza! Y le hacen huir.

A su regreso, dice el tigre:

—Tuve miedo de matar al hijo de mi amante.

La bruja dice:

—Déjalo; hoy le afeitado la cabeza, después haré que duerma detrás de mí.

Cuando le ha afeitado la cabeza, Kaskapaleza se duerme. Entonces lo coloca a su espalda. Cuando, durante la noche, Kaskapaleza se despierta, afeitado la cabeza a su madre y le pone color en el cráneo. El tigre llega y se apodera de la madre.

—¡Uwi! —exclama ella.

Kaskapaleza dice:

—Mi madre ha muerto.

Y la enterra diciendo:

—Me quería matar a mí.

Kaskapaleza va en busca de sus compañeros y mata al tigre.
Se casa y vive con su mujer.

102 **21. Marandenboné**

Érase una bruja que tenía siete hijas muy hermosas. Decíase que, quien pasaba la noche con una, desaparecía, comido por la bruja; porque el rasgo característico de las brujas es alimentarse de carne humana.

Había en el país de la bruja ocho hermanos, el menor de los cuales, que apenas contaba unos meses, se llamaba Marandenboné (el hijo del mal).

Un día, Marandenboné aconseja a sus hermanos que vayan a acostarse con las hijas de la bruja.

—¿Pero ignoras —le replican— que nunca se ha visto regresar a ninguno de los efímeros amantes de esas mujeres?

—Sigan mi consejo —afirma Maran— y no tengan miedo.

Los ocho hermanos llegan a casa de la bruja, que los recibe muy bien y les sirve una cena abundante, después de la cual les dice:

—Vayan a descansar cada uno en una de esas siete cabañas y encontrarán compañía agradable para esta noche.

Así lo hacen.

Maran, a quien no han ofrecido nada, exclama:

—Y yo, abuela, ¿he de dormir contigo?

—Sí —dice la vieja.

Cuando los jóvenes han desaparecido en sus cabañas correspondientes, la vieja y Maran entran en otra y se acuestan juntos.

A medianoche, la vieja finge una tosecilla para comprobar si Maran duerme; el niño no dice nada ni se mueve. La vieja se levanta, y, entonces, Maran grita:

—¡Eh! Mamá, ¿adónde vas?

—¡Cómo! ¿No te has dormido, niño?

—¡Oh!, lo que es yo, no me duermo hasta que mi madre me echa un canasto de agua por la cabeza.

—Espera —dice la vieja.

Toma un canasto y va a llenarlo en el pozo, pero en el trayecto del pozo a la cabaña el canasto se vacía. La vieja insiste, y al cabo se pasa la noche entera queriendo resolver el insoluble problema de transportar agua en un canasto.

El nuevo día transcurre sin incidentes. Cuando llega la noche, los jóvenes vuelven a dormir con las jóvenes y Maran con la vieja. 103

Rendida de sueño, a causa del insomnio de la noche precedente, la bruja se duerme profundamente. A eso de las once, Maran se levanta sin ruido y va de cabaña en cabaña diciendo a sus hermanos:

—Pon a la hija de la bruja al borde de la cama, en tu lugar, y tápala con tus ropas.

Después de tomar estas precauciones, Maran vuelve a acostarse. A medianoche la vieja se despierta, finge una tosecilla, se rebulle, se levanta, pero Maran no se mueve; se le aproxima, para cerciorarse de que está dormido, y cuando se convence de ello, sale. Va de cabaña en cabaña degollando a la persona que está al borde de la cama, y vuelve luego a su casa y prepara una salsa con la sangre de las víctimas. Al disponerse a comerla, Maran grita:

—Yo también quiero, mamá.

—¡Cómo! Maran, ¿quieres comer sangre humana?

—¡Ya lo creo, ya lo creo! —dice Maran, sin mostrar emoción—. ¡Es tan rica!

Concluido el refrigerio vuelven a acostarse. La vieja se duerme, y Maran aprovecha la ocasión para decir a sus hermanos:

—Salgan corriendo, porque en cuanto la vieja se dé cuenta de su desgracia no los perdonará.

Después Maran regresa a su sitio.

Por la mañana, la vieja dice a Maran:

—Ve a ver si se han despertado tus hermanos.

Maran vuelve y dice:

—No; todavía están durmiendo.

Poco después la vieja dice a Maran:

—¿Qué hacen tus hermanos?

—¡Oh! —responde—, hace mucho que se fueron, pero tus hijas, dormidas están para siempre.

Y se puso a salvo.

La vieja, presintiendo una desdicha, va a la cabaña de sus hijas y reconoce la estratagema de que ha sido víctima. Jura vengarse del pícaro Maran.

Como todas las brujas, tenía poder de cambiar de forma. Se va a la aldea de Maran. La aldea no tiene ni un solo baobab, lo que obliga a los habitantes a ir muy lejos en busca de hojas para las salsas. La vieja hechicera se transformó en un soberbio baobab, al que se apresuraron a trepar todos los chicuelos de la aldea.

Pero Maran, que jugaba con ellos, dijo:

—¡Cómo! ¿Un baobab tan gordo puede brotar del suelo en una noche, como una seta?

—Sí, por cierto —dice el baobab—, y si quieres cortarme hojas serás muy bien recibido.

Entonces una rama se inclinó hacia Maran para incitarlo a subir.

—¡Oh, oh! —dijo el niño—, un baobab que habla y que tiende las ramas no es natural. Si quieren, suban ustedes a cortar hojas, lo que es yo, me quedo aquí.

El baobab se estremeció de rabia, y luego, viendo que Maran se mantenía apartado, desapareció con todos los imprudentes niños que cortaban las hojas.

La bruja pensaba que los habitantes de la aldea enviarían a Maran a rescatar a los niños, y de antemano saboreaba la venganza, sin dejar de regalarse comiéndose un niño cada día. Pero Maran no fue.

Un día, detrás de la aldea de Maran, los chicuelos encontraron un asno suelto, y les faltó tiempo para cogerlo y montar en él, lo más que pudieron. Cuando llegó Maran, ya no quedaba sitio en el lomo del asno, el cual, muy complaciente, alargó enseguida el espinazo.

—¡Oh, oh! —dijo Maran—. Este asno debe de ser de la misma familia que el baobab —y se alejó.

El asno desapareció con los niños que lo montaban, y las madres, llorando, dijeron a Maran:

—Ya que eres lo bastante perspicaz para no caer en las trampas de los brujos, te suplicamos que emplees todos tus recursos en buscar a nuestros hijos.

Maran lo prometió. Se fue llevando consigo una piel de buco, con un pedazo de cecina y *niebés*.

La bruja tenía una niña de la edad de Maran.

Poseía también una vaca preñada, y, como vivía siempre temerosa de Maran, en el momento de parir la vaca dijo:

—Si la vaca tiene un ternero colorado, será que Maran está en el vientre del ternero; si tiene un ternero blanco, será que Maran no está.

El ternero resultó blanco, y, desde entonces, la vieja perdió el recelo: pero Maran, más astuto que ella, estaba en el vientre del ternero.

Como todos los terneros, brincaba y corría, y al pasar junto a los niños les dijo:

—En cuanto la vieja me deje suelto en medio de ustedes, me agarran por la cola, por las orejas, por donde puedan, y los llevaré de regreso a nuestra aldea.

Así hizo, para gran desesperación de la vieja. Sin embargo, sea que procediese más hábilmente, sea que tal fuese la intención de Maran, la vieja se apoderó de él.

Encerró al prisionero en una piel de buco, que ató con esmero, y la puso dentro de otra piel de buco, que cerró lo mismo. Todo ello, en fin, fue encerrado en una tercera piel de buco muy fuerte y reciamente atada.

La vieja puso a su niña junto al prisionero, para custodiarlo mientras ella abría un hoyo en el corral de su casa, rellenándolo con leña y hierbas, a las que prendió fuego.

En tanto, la niñita, oyendo que Maran roía algo, le preguntó:

—¿Tienes provisiones, Maran?

—¡Oh! Mejor que provisiones, tengo golosinas.

—¡Oh! Dame un poco, Maran.

—¿Eh? ¿Cómo quieres que te dé, si estoy atado?

Suéltame, y veremos.

La imprudente niña abrió las pieles de buco; Maran salió, la desnudó, la puso en lugar suyo con las ropas que él llevaba, cerró las pieles y desapareció, vestido con las ropas de la niña.

Cuando la vieja tomó la piel de buco, una vocecita le dijo:

106 —Madre, ten cuidado. Maran me ha puesto en lugar suyo, y vas a matar a tu hijita.

—Sí, sí —dijo la vieja—. Te conozco, Maran; ya puedes imitar la voz de mi hijita, que eso de nada te vale.

Y sin vacilar arrojó el bulto a la hoguera. Poco después, el cuerpo de la niña reventaba, y Maran, surgiendo enfrente de la vieja, le gritó:

—¡Bueno! Vieja hechicera, acabas de matar a la hija que te quedaba —y se puso a salvo.

La vieja se sentó, desolada y se puso a discurrir el medio de vengarse de Maran. Dicen que aún no lo ha encontrado.

Capítulo VI

Fetichismo. Vegetales y minerales guinés

El arroz. El guijarro. El baobab. La calabaza. El Tall. El Siengu. Habitáculos de los guinnés.

22. *Kumongoé* (cuento basuto).

23. *La calabaza que habla* (cuento chambala).

24. *La hiena y su mujer* (cuento kimadjamé).

22. Kumongoé

Había un mancebo llamado Hlabakoané; su hermana se llamaba Thakané. Mientras el padre y la madre trabajaban en el campo, Thakané se quedaba sola en casa; por su parte, Hlabakoané cuidaba el ganado. Un día dijo a su hermana:

—Thakané, dame kumongoé.

Este era el nombre de un árbol del que comían el padre y la madre; haciéndole una hendidura con el hacha, daba leche. A los niños les estaba prohibido tocarlo.

—¿No sabes que no nos permiten comer de ese árbol? Solamente padre y madre pueden comer de él.

—Pues si es así, hoy no llevo el ganado a pastar; se pasará el día en el *kraal*.

Thakané no contestó, y su hermano permaneció sentado en el *lapa*. Al cabo de un momento, dijo ella:

—¿Cuándo vas a llevar el ganado a pacer?

Respondió él:

—Hoy no paca en todo el día.

Entonces, Thakané tomó un vasito de barro y un hacha y la descargó contra el kumongoé. Salió un poco de leche; quiso dársela a su hermano, que la rehusó, diciendo que era poca para saciar el hambre. Thakané descargó de nuevo el hacha; esta vez manó leche en abundancia, que fluía como un arroyo en la choza. Entonces, Thakané llamó a gritos a su hermano, diciéndole:

—¡Pronto, socórreme! El árbol de nuestros padres se derrite completamente; la cabaña ya está llena.

En vano quisieron contener la leche, que fluía cada vez más abundante y salía de la cabaña como un arroyo y corría en dirección del campo de los padres.

Rahlabakoané lo vio desde lejos y dijo a su mujer:

—Mahlabakoané, los hijos han hecho, sin duda, alguna tontería; mira como el Kumongoé se ha caído de lado.

112 Tiraron los azadones y se lanzaron al encuentro del Kumongoé; el marido tomó leche con las manos y se puso a beberla; la mujer la tomó y se la bebió del mismo modo. Entonces el kumongoé se replegó sobre sí mismo hasta entrar en la cabaña.

En cuanto llegaron, los padres preguntaron a su hija:

—¿Qué has hecho, Thakané? ¿Por qué se derramaba por el campo el árbol del que sólo nosotros tenemos derecho de comer?

Respondió la hija:

—La culpa no es mía, sino de Hlabakoané. Se negaba a sacar el ganado de *kraal* y llevarlo a pastar si no le daba leche del kumongoé; por eso se la he dado.

Entonces su padre mandó que trajesen los carneros; escogió dos, los degolló y los puso a cocer; la mujer molió sorgo y amasó harina. Después, el marido tomó las dos pieles de carnero y les untó de grasa y de ocre rojo; enseguida mandó venir al herrero para que forjase unos anillos de hierro. El herrero colocó los anillos en los brazos, las piernas y el cuello de Thakané. Entonces el padre tomó las pieles que habían preparado y la vistió con ellas; le puso también túnica de pieles con flecos.

Dispuesto ya todo, llamó gente y dijo:

—Quiero deshacerme de Thakané.

—¿Cómo puedes decir eso ni hacer semejante cosa, tratándose de tu hija única?

—Porque ha comido del árbol prohibido —respondió.

Entonces se fue con ella al país de los caníbales para que la devorasen. Al pasar cerca de unos campos cultivados salió un conejo y preguntó:

—Rahlabakoané, ¿adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Respondió él:

—Puedes preguntárselo a ella; ya es lo bastante mayorcita para contestarte.

Entonces Thakané comenzó a cantar:

*He dado Kumongoé a Hlabakoané,
Kumongoé al pastor de nuestro ganado
para que el ganado no se estuviese todo el día
en el kraal, Kumongoé,
que no se pudriese en el kraal, kumongoé.
Le he dado Kumongoé de mi padre.*

113

Entonces el conejo exclamó:

—Así te devoren a ti los caníbales, Rahlabakoané, y no a esta niña.

Un poco más lejos encontraron unos antílopes, que preguntaron a Rahlabakoané:

—¿Adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Respondió él:

—Pregúntaselo a ella; ya es bastante mayorcita para responderles.

Entonces la joven comenzó a cantar:

*He dado Kumongoé a Hlabakoané,
Kumongoé al pastor de nuestro ganado
para que el ganado no se estuviese todo el día
en el krall, Kumongoé,
que no se pudriese en el krall, kumongoé.
Le he dado kumongoé de mi padre.*

Entonces los antílopes exclamaron:

—Así perezcas tú, y no ella, Rahlabakoané.

Al día siguiente, Rahlabakoané y su hija encontraron unas gacelas, que preguntaron:

—¿Adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Respondió él:

—Pregúntaselo a ella; ya es bastante mayorcita para responderles.

Entonces la hija comenzó a cantar:

*He dado Kumongoé a Hlabakoané,
Kumongoé al pastor de nuestro ganado
para que el ganado no se estuviese todo el día
en el krall, Kumongoé,
que no se pudiese en el krall, kumongoé.
Le he dado kumongoé de mi padre.*

114

Entonces las gacelas exclamaron:

—Así te devoren los caníbales, Rahlabakoané, y no a tu hija.

Por fin, llegaron al pueblo de los caníbales; el *khotla* de Masilo, hijo del jefe, estaba lleno de gente. Sólo su padre era caníbal; Masilo no comía carne humana. Hicieron entrar a Rahlabakoané y a su hija en el *khotla*; trajeron para Thakané una piel de buey curtida, sobre la que se sentó; el padre tuvo que sentarse en el suelo. Entonces, Masilo preguntó a Rahlabakoané:

—¿Adónde llevas a esta niña tan hermosa, tan hermosa?

Rahlabakoané respondió:

—Puedes preguntárselo; ya es bastante mayorcita para contestarte.

Entonces la hija comenzó a cantar:

*He dado Kumongoé a Hlabakoané,
Kumongoé al pastor de nuestro ganado
para que el ganado no se estuviese todo el día
en el krall, Kumongoé,
que no se pudiese en el krall, kumongoé.
Le he dado Kumongoé de mi padre.*

De esta manera confesó públicamente su culpa.

Entonces Masilo, hijo del jefe de los caníbales, llamó a uno de sus servidores y le dijo:

—Lleva a este hombre y a esta joven a casa de mi madre, dile que retenga a la joven en su *lapa* y que envíe a este hombre a saludar a mi padre.

La madre de Masilo ordenó al sirviente que condujese a Rahlabakoané a presencia de su marido; el sirviente fue, y dijo al jefe de los caníbales:

—Masilo me dice que traiga a este hombre para que te salude.

El jefe de los caníbales se apoderó de Rahlabakoané, y, poniendo a la lumbre un barreño viejo, lo precipitó dentro, vivo y todo; cuando Rahlabakoané estuvo a punto, el caníbal se hartó de su carne. Concluido todo, el sirviente de Masilo regresó junto a su amo.

En cuanto a la joven, Masilo la tomó por mujer; hasta entonces, nunca había querido casarse, y había rehusado cuantas jóvenes le propusieron. Thakané era la única que le había gustado. Pasado algún tiempo, Thakané quedó encinta y dio a luz una niña. Su suegra exclamó:

—¡Ay, hija mía! Has padecido en vano los dolores del parto.

En efecto: en aquella aldea, cuando nacía una niña, se la llevaban al caníbal, que la devoraba. Fueron a decir a Masilo:

—Tu mujer ha parido una niña.

Respondió:

—Está bien; llévenla a mi padre para que la cuide.

Pero Thakané exclamó:

—No, no. En mi país no se come a los niños; cuando se mueren, se les entierra; no quiero que me quiten a mi hija.

Su suegra le respondió:

—Aquí no hay que parir hijas, todos han de ser varones.

Masilo se dirige a su mujer y le dice:

—Vamos, Thakané; permite que mi padre cuide de tu hija.

Pero su mujer se negó a dejarse convencer y respondió:

—Yo misma la enterraré; no quiero que el caníbal de tu padre, que ya devoró al mío, se coma también a mi hija.

Entonces tomó a la criatura en brazos y bajó al río; llegó a un sitio en que el río formaba un remanso profundo, rodeado de

cañas altas. Se sentó en el suelo y estuvo llorando durante mucho tiempo, sin poder decidirse a sepultar a su hija. De pronto, salió del agua una vieja y apareció en medio de las cañas; la vieja preguntó:

—¿Por qué lloras, hija mía?

Thakané respondió:

—Lloro porque he de ahogar a mi hija en el río.

Entonces la vieja dijo:

116 —Es verdad; en tu aldea no hay que tener hijas, todos han de ser varones. Dame la criatura, yo me encargo de ella. Dime tan sólo cuándo quieres venir a verla aquí, en este remanso.

Thakané le entregó la niña y regresó a su casa. El día señalado volvió al remanso para verla. En cuanto llegó a la orilla comenzó a cantar:

Tráeme a Dilahloané, que yo la vea.

Dilahloané, que Masilo, su padre, rechaza.

Entonces apareció la vieja con la niña, ya bastante crecida. La madre se regocijó de ello y estuvo mucho tiempo sentada a la orilla del agua con su hija. Al caer la tarde, la vieja volvió a tomarla y desapareció con ella en el seno de las aguas. Thakané iba a ver a su hija cada cierto tiempo, y siempre la vieja le traía a Dilahloané. La niña creció tan de prisa que en un año se hizo mujer. La vieja le hizo pasar, debajo del agua, por los ritos de la nubilidad.

Cuando su madre fue a visitarla, vio que ya era núbil. Aquel día, un hombre de la aldea de Masilo había ido a cortar ramas al borde del río; al ver a la joven, se asombró de su parecido con Masilo. Entonces regresó a la aldea y, llamando aparte a Masilo, le dijo:

—Acabo de descubrir a la orilla del río a tu mujer en compañía de tu hija, la misma que tu mujer se decía resuelta a enterrar.

Masilo preguntó:

—Entonces, ¿no está muerta en el fondo del río?

El hombre respondió:

—No, y te diré, además, que ya es mujer y acaba de pasar por los ritos de la nubilidad.

Entonces Masilo pregunto:

—¿Qué haremos?

El hombre respondió:

—El día que tu mujer te diga que va a bañarse al río, adelántate sin que lo sepa, y escóndete en la maleza; cuando tu mujer llegue, no sabrá que estás allí.

Al cabo de unos días, Thakané dijo a Masilo:

—Hoy iré a bañarme al río.

Su marido le dijo:

—Está bien, puedes ir.

Entonces corrió al río y se escondió en la maleza. Thakané llegó un momento después, y, de pie en la orilla, comenzó a cantar:

Tráeme a Dilahloané, que yo la vea.

Dilahloané, que Masilo, su padre, rechaza.

Entonces la vieja salió del agua con Dilahloané; al verla, Masilo comprendió que, en efecto, era su hija, la que su mujer había dicho que iba a enterrar. Se echó a llorar; viendo ya crecida a su hija. La vieja dijo a Thakané:

—Tengo miedo, siento como si alguien estuviese espíandonos.

Entonces tomó a Dilahloané y regresó con ella al fondo del agua. Thakané volvió a la aldea, y también Masilo, por otro camino. Cuando este llegó, se sentó en el *lapa* de su madre y estuvo mucho tiempo llorando. Masilo le preguntó:

—¿Por qué lloras, hijo mío?

Masilo respondió:

—Porque me duele mucho la cabeza, me duele mucho.

Por la noche dijo a su mujer:

—He visto a mi hija en el sitio donde tú dijiste que ibas a enterrarla. Tú la arrojaste en el estanque, y ahora es ya una jovencita.

La mujer respondió:

—No sé de qué hablas; mi hija está enterrada en la arena.

Masilo suplicó mucho a su mujer que accediese a contárselo todo y que le devolviese su hija. La mujer respondió:

—Si te la devuelvo, estoy segura de que se la llevarás a tu padre para que la devore.

Masilo respondió:

—Te prometo que no lo haré, ahora que ya es mayor.

Al siguiente día, Thakané fue a buscar a la vieja y le dijo:

—Masilo nos vio ayer, y hoy me envía a suplicarte que le devuelvas su hija.

118 La vieja respondió:

—Pues que me dé mil cabezas de ganado.

Thakané volvió junto a su marido y le dijo:

—La vieja pide mil cabezas de ganado.

Masilo respondió:

—Si no pide más que un millar de cabezas, es muy poco; si pidiese dos, también se las daría, porque, sin ella, mi hija habría muerto.

Al día siguiente despachó mensajeros a todas las aldeas, ordenando a su pueblo que le llevase el ganado que tuviera. Cuando estuvo junto todo el ganado, escogió un millar de bueyes y vacas, que mandó llevar al remanso del río. Llegó el ganado, y Thakané se puso a cantar:

Tráeme a Dilahloané, que yo la vea.

Dilahloané, que Masilo, su padre rechaza.

Entonces la vieja salió del agua con Dilahloané; en cuanto aparecieron, se oscureció el sol y dejó de brillar; pero, una vez que pusieron el pie en la orilla, brilló de nuevo. Masilo vio a su hija, el pueblo entero vio a la hija de su jefe, la que su abuelo quiso devorar y que Thakané salvó de la muerte. Entonces el ganado de la vieja se arrojó al río; pero, en realidad, no había agua más que en la parte alta, porque debajo se hallaba un extenso país habitado por un pueblo numeroso y gobernado por la vieja que había salvado a Dilahloané.

Cuando estuvieron de regreso en la aldea, la madre de Masilo le dijo:

—Ahora hay que llevar a Thakané a su casa para que vea a su madre y a sus hermanos.

Despacharon mensajeros por toda la tribu, ordenando a todos que trajesen el ganado con que el jefe quería dotar a Thakané. Masilo se puso en camino con todo aquel ganado y multitud de jóvenes. Cuando llegaron a un desfiladero estrecho por donde Thakané había pasado antaño con su padre, vieron que un peñasco muy grande lo cerraba casi por completo. Thakané preguntó a su marido:

—¿Qué roca es esta, que nos corta el camino?

Masilo le dijo:

—¿No la viste al pasar por aquí con tu padre?

Respondió ella:

—No; esta roca no estaba aquí, el desfiladero estaba abierto.

Hablando así, continuaban su camino con el ganado que llevaban; Thakané iba delante, porque era la única que conocía el camino de casa de sus padres.

Llegados al desfiladero, a pocos pasos de la roca, la roca se puso a cantar:

*Rué le, le rué. Thakané, hija mía, voy a devorarte,
primero a ti, que vas delante, después a cuantos
te acompañan.*

La roca era el propio Rahlabakoané; su corazón se había cambiado en roca, después de morir. Thakané le respondió:

—Si quieres, cómete hasta los bueyes.

Después dijo a Masilo:

—Es mi padre, que ha venido a esperarnos en el camino.

Entonces apartaron cierto número de bueyes y los echaron hacia la roca, que abrió las fauces y se los tragó de un bocado. Después Rahlabakoané volvió a catar:

*Rué le, le rué. Thakané, hija mía, voy a devorarte,
primero a ti, que vas delante, después a cuantos
te acompañan.*

Entonces le echaron el resto del ganado, que al instante devoró; luego, se puso a cantar:

*Rué le, le rué. Thakané, hija mía, voy a devorarte,
primero a ti, que vas delante, después a cuantos
te acompañan.*

120

Thakané le dijo:

—Ahora, si quieres, puedes devorar a mi gente. Su padre se comió a algunos de los acompañantes, y detuvo a Thakané y su marido, que querían seguir su camino, cantando otra vez:

*Rué le, le rué. Thakané, hija mía, voy a devorarte,
primero a ti, que vas delante, después a cuantos
te acompañan.*

Entonces Thakané le entregó a todos los que quedaban del séquito, y los devoró, sin dejar uno. Ya no quedaban más que ella y Masilo, con los dos hijos: Dilahloané y su hermanito; al disponerse a continuar el viaje, la roca se detuvo y se puso a cantar:

*Rué le, le rué. Thakané, hija mía, voy a devorarte,
primero a ti, que vas delante, después a cuantos
te acompañan.*

Entonces Thakané dejó que su padre se apoderase de ella y la devorase, así como a su marido y sus dos hijos; la roca se los tragó vivos de un bocado, y así llegaron al vientre.

El interior de Rahlabakoané era como una vasta caverna. Un joven se ocupaba de cortar el vientre de Rahlabakoané con un cuchillo, para hacer una salida; al fin, consiguió abrir una brecha muy grande. Entonces murió Rahlabakoané y la roca se desmoronó con gran estrépito. Del interior salió una muchedumbre de gente; solamente quedaron dentro los que, devorados hacía mucho tiempo, estaban ya podridos; los que acababan de

ser engullidos, salieron todos, con sus ganados, tan sanos como antes.

Masilo y su mujer siguieron su camino y llegaron a la aldea de Rahlabakoané. Para la madre y el hermano de Thakané, fue como un milagro, porque desde hacía mucho tiempo la daban por muerta. Rieron y lloraron al mismo tiempo, después sacrificaron cantidad de cabezas de ganado para recibir dignamente a Thakané y su marido.

122 **23. La calabaza que habla**

Había una vez una aldea muy grande; los pequeñuelos salían a jugar al campo. Vieron una vez una calabaza y dijeron:

—La calabaza está engordando.

Entonces dijo de pronto la calabaza:

—Cógeme, y te cogeré.

Los niños volvieron a sus casas y dijeron:

—Madre, en el campo hay una calabaza que habla.

La madre les dijo:

—Niños, eso es mentira

Las chicas, que no habían ido con ellos, les pidieron:

—Llévennos adonde está la calabaza.

Cuando llegaron, las chicas dijeron:

—La calabaza está engordando.

La calabaza no contesta nada, permanece quieta y no deja escapar sonido alguno. Las muchachas regresan a casa y dicen:

—¿Por qué nos han engañado?

Los chicos se rieron y contestaron:

—Dejen que vayamos nosotros a ver.

Fueron allá, y, en cuanto dijeron: «la calabaza engorda», esta les respondió:

—Cógeme, y te cogeré.

Entonces regresaron a casa y repitieron:

—Madre, la calabaza ha hablado otra vez.

Las muchachas se dirigieron allá de nuevo, pero la calabaza no profirió palabra.

La calabaza crece, se pone tan gorda como una casa y se apodera de todos los hombres. Sólo queda una vieja. La calabaza

se ha tragado a todos los habitantes de la aldea. Entonces se mete en el mar. La vieja, que se había quedado sola, da a luz un hijo, que, al ser mayor, pregunta a su madre:

—¿Dónde está mi padre?

La vieja responde:

—A tu padre se lo tragó una calabaza que se ha ido al mar.

—Vamos a buscar a mi padre —dice.

Sale, y, al llegar a un lago, grita:

—¡Calabaza, sal! ¡Calabaza, sal! ¡Calabaza, sal!

Pero nada se ve. Entonces va al otro lago y grita:

—¡Calabaza, sal!

Entonces ve asomar la oreja de la calabaza; siente miedo y trepa a un árbol. Desde allí continúa gritando:

—¡Calabaza, sal! ¡Calabaza, sal!

Por fin sale la calabaza a perseguir al que gritaba. Pero él trepa a otro árbol, va a casa de su madre y dice:

—Dame el carcaj para matarla.

Entonces toma unas flechas del carcaj, tira y hiere a la calabaza. Tira seis flechas. La calabaza ruge de tal modo que se le oye hasta en Vuga. Al fin, queda muerta. El joven dice a su madre:

—Tráeme el cuchillo.

Con el cuchillo la despedaza. La gente sale, diciendo:

—¿Quién nos ha liberado?

—Yo.

—Entonces, tú serás nuestro jefe y te veneraremos como a tal.

Fue reconocido jefe y recibió su patrimonio de jefe.

124 **24. La hiena y su mujer**

Tres niñas, que recogían leña para quemar, van y comen unos tubérculos silvestres. Encuentran una piedra y dicen:

—Esta piedra es tan bonita como la que usa nuestro padre para moler el tabaco.

Cortan un tubérculo en pedazos y ponen las rajadas en la piedra. Pero una de ellas, que llega la última, no quiere hacerlo así. Enseguida, se van al bosque a recoger leña. Dos de las niñas vuelven cargadas de leña y pasan delante de la piedra; pero cuando llega la última, la que no había querido darle los tubérculos, la piedra engorda tanto que la niña no puede pasar.

Entonces llega una hiena macho, que dice:

—Si me prometes ser mi mujer, te ayudaré; sólo tienes que agarrarte con fuerza a mi cola, pero agárrate bien.

Entonces la niña se agarra a la cola de la hiena, que la hace pasar por encima de la piedra. Enseguida llegan a un río; la hiena dice:

—Agárrate bien a mi cola, pero ten cuidado de que no se rompa.

Entonces da un salto por encima del río, y la cola se rompe.

—A un hombre valiente, a un hombre animoso —dice la hiena—, no se le rompe nada.

Recoge una medicina y se cura la cola. Llegan al matorral. Había muchas piedras. La hiena abre su casa. La joven pregunta:

—¿Dónde estamos?

—En casa de un hombre valiente, de un hombre animoso —responde la hiena.

Después sale, se apodera de una cabra y se la da a la mujer. Va en busca de un cadáver y lo pone delante de los bueyes. La mujer come de la cabra y la hiena se come el cadáver.

Un día, como la jovencita era ya mayor, la hiena la lleva a un terreno despejado y la pincha con una aguja para ver si tenía buenas mantecas. Al sacar la aguja salió un poco de manteca. Entonces la hiena conduce a su mujer a casa. Le lleva una cabra, y va a buscar para sí un cadáver. En estas, le dice a su mujer:

—Busca un hacha donde están los cabritos y parte leña.

Allá va la joven, no encuentra nada y dice:

—No veo el hacha.

La hiena replica:

—El hacha de un hombre valiente, de un hombre animoso, es invisible.

La hiena hace como que busca por el suelo, y sale. Va a la orilla del río y parte leña con los dientes. Ve venir a un joven y grita a su mujer:

—Tu hermanito Machegu viene bailando y trae campanillas en los pies —y añade—: Pelos, transfórmense en carne. —Y escupiendo encima, los pelos se transforman en carne y la hiena se convierte en hombre. Y dice a Machegu —: Trae leña.

El joven recoge leña y la lleva a la casa. La hiena dice:

—Cuando vuelvas, has de venir bailando.

Al siguiente día, el muchacho regresa, pero sin bailar; había rellenado las campanillas para que no sonasen. De pronto ve los pelos de la hiena y grita:

—¡Ay, una hiena!

—¡Cállate —dice la hiena—, cállate, que te calles!

Pero el muchacho vuelve a gritar:

—¡Aquí hay una hiena!

Entonces ella se arroja sobre él, le arranca los vestidos y las campanillas, pone las ropas en un palo y devora al chico.

Cuando la hiena vuelve a casa, llama a su mujer:

—¡Masawé!

Esta le pregunta:

—¿Dónde está Machegu?

—Recogiendo leña —responde la hiena.

Y, al cabo de un momento, la mujer añade:

—Aún no lo veo.

La cría de una hiena vecina llega y le dice:

—Dame un poco de lumbre, mujer de rey.

La mujer no se la da. La cría repite:

—Mujer, mujer, dame un poco de carne.

—No tengo.

—Mujer, mujer, dame un poco de carne.

Se la da. Entonces la cría prosigue:

—Todavía no estoy harto; dame más carne, mujer de rey, y después te diré una cosa.

Se la da, y la cría dice:

—Hoy van a devorarte.

La cría le regala una medicina que la purga enteramente; se embadurna con heces, después toma unas bayas de solanácea y coloca una con los perros, otra con los bueyes y otra en el terreno raso. Escupe encima y dice:

—Cuando me llamen, responde.

Las otras hienas se ponen en camino, y una dice:

—Masangya, ¿a qué se parece tu mujer?

Responde:

—La mujer de un hombre valiente, de un hombre animoso, no se parece a nada.

La mujer huye.

Las hienas, muy alegres, bailan, y las crías recogen leña en las malezas y cantan: «Leña, leña; vamos a asar carne. ¡Leña!»

Masangya entra en la casa y dice:

—Mujer, mujer: tus cuñados llegan. Contéstame. —Vuelve a llamar la mujer—: Masawé. ¡Mujer, mujer! ¿Dónde estás?

—Estoy con las cabras.

La hiena busca, sin encontrar, y grita de nuevo:

—Mujer, mujer; Masawé, ¿dónde estás?

—Estoy con los bueyes.

La hiena busca entre los bueyes, no ve nada y llama:

—Mujer, mujer: Masawé, ¿dónde estás?

—Estoy en el campo raso.

Las otras hienas llaman:

—Masangya, ¿qué haces?

Responde:

—Una cosa fácil de arreglar.

—Llegan las otras hienas:

—Tráenos a tu mujer, la degollaremos y nos la comeremos.

¡Tráela, tráela!

127

Masangya busca y no ve nada; las otras hienas le dan miedo, se esconde en la ceniza y se tapa con tierra.

Llegan las otras hienas, entran en la casa, buscan y dicen:

—Masangya es invisible.

Después se van.

Las crías de las hienas, que se habían quedado en la casa, ven la puntica de una cola asomar entre la ceniza. Lllaman a las hienas mayores. Cuando vuelven lo registran todo, se comen la cola. Dejan un poco de carne y dicen a las crías:

—Guarden un pedazo de la piel.

Pero la cría que la custodiaba arranca un pedazo. Y dicen las otras:

—¿Arrancar un poco? Nos la comeremos toda. Y las hienas la devoran.

La mujer seguía huyendo, llega a un gran río, las hienas la persiguen. Va a tirarse al agua, las hienas le gritan:

—Espera, mujer de rey.

La mujer escupe en el agua, la golpea con un palo; las aguas se separan: una parte hacia arriba, otra hacia abajo. Las hienas también quieren pasar, pero cuando llegan en medio del cauce las aguas se juntan copiosas y las sumergen.

Capítulo VII

Fetichismo. Grigris

Objetos diversos. Talismanes. Armas mágicas. Remedios maravillosos.

25. *Takisé* (cuento haussa).
26. *Ntotoatsana* (cuento basuto).
27. *Huevo* (cuento basuto).
28. *El espejo maravilloso* (cuento chwabo).
29. *La cola de Ibumbuni* (cuento gurmantié).
30. *Una canasta llena de hijos* (cuento chwabo).

25. Takisé

Una vaca del rebaño de un peul se escapó en el momento preciso del parto y fue a parir en un *lugan* viejo. Enseguida se volvió al cercado de su amo. Los toros, al verla ya enjuta, se pusieron a buscar la cría, pero registraron en vano la maleza, no encontraron nada, y volvieron tristemente al cercado, diciéndose que, sin duda, el ternero había sido devorado por las fieras.

Una vieja, que en el *lugan* abandonado buscaba hojas de acedera para aliñar el alcuzcuz, vio al ternero echado al pie de un arbusto. Se lo llevó a su casa y lo cebó con salvado, miji salado y yerba.

El ternero creció y se hizo un toro grande y gordo.

Un día llegó un carnicero a pedir a la vieja que le vendiese el toro, pero ella se negó terminantemente.

—Takisé —dijo la vieja (tal era el nombre que había dado a su cría) —no se vende.

El carnicero, enojado por la negativa, se fue en busca del rey y le dijo:

—La vieja Zeynebú tiene un toro cebado, tan hermoso, que sólo tú eres digno de comértelo.

El sartyi envió al carnicero, con otros seis, al mando de uno de sus mensajeros, a buscar el toro de la vieja. Cuando el pelotón llegó a casa de Zeynebú, el mensajero del jefe dijo:

—El sartyi nos envía en busca del toro para sacrificarlo mañana mismo.

—No puedo oponerme a la voluntad del rey —respondió la vieja—. Sólo les pido que no me quiten a Takisé hasta mañana por la mañana.

Al día siguiente, cuando amanecía, el dansama y los siete carniceros se presentaron en casa de la vieja y se dirigieron a la estaca en que estaba amarrado Takisé. El toro salió a su encuentro resoplando, la cornamenta baja. Los ocho hombres, intranquilos, retrocedieron, y el dansama, llamando a la vieja, le dijo:

—¡Eh! Vieja: dile al toro que se deje echar una cuerda al pescuezo.

134

La vieja se acercó al toro:

—Takisé, Takisé mío, déjales echarte la cuerda al pescuezo.

Entonces el toro les deja hacerlo así. Le pusieron el cabestro y le ataron una cuerda a una pata, para llevarlo a casa del sartyi. Cuando llegaron ante el rey, los carniceros tumbaron al toro de costado, le ligaron los cuatro remos, y uno de ellos, armado de un cuchillo, se le acercó para degollarlo; pero el cuchillo no cortó ni un pelo del animal, porque Takisé tenía el poder de impedir que el cuchillo penetrase en su carne.

El jefe de los carniceros rogó al sartyi que hiciese venir a la vieja. Declaró que sin ella sería imposible degollar a Takisé, que debía tener un grigri contra el hierro. El sartyi llamó a la vieja y le dijo:

—Si no se consigue degollar al toro sin más tardanza, mandaré que te corten el cuello.

La vieja se acercó al toro, que seguía atado y tendido de costado, y le dijo:

—Takisé, Takisé mío, déjate degollar. Todo por el sartyi.

Entonces el mayoral de los carniceros degolló a Takisé sin impedimento alguno. Los carniceros desollaron la res, la descuartizaron y llevaron toda la carne al sartyi. Este les ordenó que entregasen a la vieja, por la parte que le correspondía, la grasa y las tripas.

La vieja colocó todo en un canasto viejo y se lo llevó a su casa. Una vez en ella depositó grasa y tripas en una tinaja grande, porque no se sentía con ánimos para comerse al animal que había criado y a quien tanto quería.

La vieja no tenía hijos ni esclavos, y se arreglaba ella misma con la casa; pero ocurrió que, desde que depositó los restos de Takisé en

la tinaja, todos los días se encontraba la cabaña barrida y las tinajas llenas de agua hasta el borde. Y así ocurría en cuanto se ausentaba un momento. Era que la grasa y las tripas se transformaban todas las mañanas en dos jovencitas, que cuidaban de la casa.

Una mañana la pobre mujer se dijo: «Hoy mismo he de saber quién me barre la casa y me llena las tinas.» Salió de la cabaña, cerró la entrada con un seko y, ocultándose tras él, se sentó y espío por los intersticios del cañizo lo que iba a suceder en el interior.

Apenas se había sentado oyó ruido en la cabaña. El ruido provenía del frote de unas escobas contra el suelo. Entonces derribó bruscamente el seko, y vio a las dos jovencitas, que corrían a meterse en la tina.

—¡No se escondan! —les gritó—. Yo no tengo hijas, ya lo saben: viviremos aquí las tres en familia.

Las jovencitas dejaron de huir y fueron al encuentro de la vieja. Esta impuso a la más bonita el nombre de Takisé, y llamó a la otra Aissa.

Estuvieron mucho tiempo con la vieja, sin que nadie advirtiese su presencia, porque nunca salían. Un día se presentó un gambari a pedir de beber. Takisé le sirvió el agua, pero el forastero se quedó tan prendado de su hermosura que no pudo beber.

Cuando cumplimentó al rey, el gambari le contó que en casa de una vieja de la aldea había visto una joven de belleza sin par.

—Es una joven —concluyó— que sólo puede casarse con un sartyi.

El sartyi ordenó en el acto a un griot que fuese, en compañía del diula, a buscar a la joven. Takisé se presentó, seguida de la vieja.

—Tu hija es prodigiosamente bella —dijo el sartyi—. Quiero tomarla por esposa.

—Sartyi —dijo la vieja—: consiento en dártela por esposa, pero que nunca salga al sol ni se acerque a la lumbre, porque se derretiría como manteca.

El sartyi prometió a la vieja que Takisé no saldría nunca en las horas de sol ni se ocuparía de cocina. De esta manera no había miedo de que se expusiese al calor, que le era funesto.

Takisé se casó con el rey, que le concedió el puesto de mujer predilecta. La que antes ostentaba ese rango cayó en la situación de las mujeres ordinarias, que no deben acercarse al marido, a menos que él se lo ordene expresamente.

Al cabo de siete meses, el sartyi se fue de viaje. Al día siguiente las mujeres del sartyi se reunieron y dijeron a Takisé:

—Eres la favorita del jefe y nunca trabajas. Si ahora mismo
136 no nos tuestas estos granos de sésamo, te mataremos y arroja-
remos tu cuerpo en las letrinas.

Takisé, asustada por la amenaza, se acercó a la lumbre para tostar los granos de sésamo en un lebrillo, y, según estaba vigilando la torrefacción, empezó a derretirse como manteca al sol y a transformarse en una grasa fluida, que dio origen a un gran río.

Las otras mujeres del rey presenciaban, sin conmoverse, esta metamorfosis; terminado todo, la antigua favorita les dijo esto:

—Ahora, ténganlo por cierto, estamos perdidas sin remedio, porque el sartyi, en cuanto regrese del viaje, hará que nos corten la cabeza. Seguramente no nos perdonará haber obligado a su favorita a trabajar junto a la lumbre hasta que se ha derretido por completo. Y la primera que decapiten seré yo.

Hasta el retorno de su marido las mujeres vivieron bajo el temor de una muerte inevitable.

Algunos días después, el sartyi volvió de su viaje. Sin beber siquiera el agua que le brindaban, llamó a su favorita:

—¡Takisé, Takisé!

Entonces la antigua favorita se acercó y le dijo:

—Sartyi y marido, no puedo ocultarte nada. En tu ausencia, las niñas (así llamaba a las coesposas) han hecho trabajar a Takisé junto a la lumbre. Se ha derretido como manteca, y, al derretirse, se ha formado aquel río nuevo que ves allí lejos.

¡Que me den a Takisé! Tal era la idea del sartyi. Echó a correr en dirección al río, seguido de la antigua favorita.

Cuando llegaron a la orilla, el rey se transformó en hipopótamo y se sumergió en busca de Takisé. La ex favorita, que amaba sinceramente a su marido, tomó la forma de un caimán y se echó también al agua, por no separarse del sartyi.

Desde entonces, hipopótamos y caimanes no han dejado de vivir en los esteros.

138 26. Ntotoatsana

Había una vez una hija de jefe llamada Ntotoatsana; su padre no tenía más hijos que ella y un hermanito. Ella guardaba el ganado, e incluso lo llevaba a los pastizales de estío. Un día mientras cuidaba el ganado, muy lejos de la aldea, sobrevino un tornado que la arrebató y se la llevó muy lejos a través del espacio. La condujo a una tribu de *ma-tebeles*, que no tenían más que una pierna, un brazo, un ojo y una oreja. Vivió con ellos y se casó con el hijo del jefe de la tribu.

Su marido tomó unos cuernos de animales y los enterró en el suelo de su choza. Un día que Ntotoatsana intentó fugarse, los cuernos empezaron a gritar:

*¡U-u-é-é! Ahí va Ntotoatsana, arrebatada por un
tornado cuando cuidaba el ganado de su padre, el
ganado de Sekoaé.*

Entonces los *ma-tebeles* llegaron corriendo y la recondujeron a casa del marido.

Allí permaneció mucho tiempo y dio a luz dos niñas gemelas que se le parecían mucho. Las dos niñas crecieron, se desarrollaron y se convirtieron en dos hermosas jóvenes. Un día, que habían ido a la fuente a buscar agua, descubrieron unos hombres escondidos en un cañaveral: eran su tío materno y sus servidores. Aquél les pregunto:

—¿De quién son hijas?

—De Selo-se-ma-qoma¹.

—¿Cómo se llama vuestra madre?

—Ntotoatsana.

—¿De quién es hija?

—Nos han contado que un tornado la arrebató cuando apacentaba el ganado de su padre.

Entonces el hombre exclamó:

—Son, en efecto, las hijas de mi hermana.

Dicho esto él y sus compañeros cortaron cierto número de cañas, con las que hicieron un haz, y se lo entregaron a las jóvenes diciendo:

—En cuanto lleguen a vuestra casa, escondan estas cañas debajo de la piel de buey en que vuestra madre acostumbra sentarse, échense a llorar y díganle que vaya a buscarles de comer.

Las jóvenes hicieron todo lo que su tío les había ordenado; mientras su madre iba a buscarles de comer, escondieron a toda prisa las cañas debajo de la piel de buey. Cuando volvió su madre y se sentó en la piel, las cañas se partieron; las dos jóvenes se deshicieron en lágrimas. La madre trató de consolarlas, prometiéndoles enviar un joven a buscar otras cañas; pero ellas no dejaban de llorar, diciendo que era de todo punto necesario que su misma madre fuese a buscarlas.

Ntotoatsana se encaminó, pues, a la fuente para traer las cañas; allí encontró a su hermano y lo reconoció. Lloró de alegría. Su hermano le preguntó:

—¿Cuándo regresas a casa? ¿Por qué has de estar con los *ma-tebeles*, en casa de Selo-se-ma-qoma?

Contestó ella:

—No puedo marcharme de aquí. En cuanto intento fugarme, los cuernos dan la voz de alarma.

Preguntó él:

—¿De qué cuernos hablas? ¿Cómo pueden hablar? Ntotoatsana respondió:

1. Literalmente: cosa rugosa, cubierta de escamas. (N. de la ed. franc.)

—Son cuernos mágicos que mi marido ha enterrado en el suelo de mi choza.

Entonces su hermano le dijo:

—Verás lo que has de hacer: pon agua a calentar, viértela en los cuernos y los atrampas bien con moroko²; después les colocas unas piedras grandes encima. Cuando todos estén durmiendo, escápate con tus dos hijas y ven aquí a buscarnos.

140 Ntotoatsana volvió a su casa y dijo a sus dos hijas que pusiesen agua a calentar; por la noche vertió el agua en los cuernos, después tomó unas piedras grandes y las puso encima de los mismos. Cuando toda la aldea estuvo sumida en el sueño, despertó a sus dos hijas y fue a la fuente a juntarse con su hermano y sus dos compañeros. Huyeron todos juntos. Los cuernos trataron de dar la alarma, pero no podían gritar más que: ¡U-u-u! Las gentes de la aldea dijeron: «Es que ladran los perros.»

En tanto, Ntotoatsana y su gente se alejaban con rapidez; caminaron hasta la mañana sin detenerse.

Cuando ya iban muy lejos, los cuernos dieron la alarma gritando:

¡U-u-é-é! Ahí va Ntotoatsana, arrebatada por un tornado cuando cuidaba el ganado de su padre, el ganado de Sekoaé.

Los *ma-tebeles* se lanzaron a perseguirlos, dando grandes saltos con su única pierna. Cuando ya se acercaban a Ntotoatsana y sus compañeros, e iban a alcanzarlos, percibieron que los fugitivos llevaban atraillado un carnero negro. Entonces el carnero se puso a cantar:

Hasé fuhlaelé fu, ha o na, tema fu³.

-
2. Moroko: Residuo de la harina de sorgo fermentado, después de preparar la cerveza indígena. Tiene más o menos la consistencia del serrín de madera. (*N. de la ed. franc.*)
 3. Sonidos que carecen de significación. (*N. de la ed. franc.*)

Los *ma-tebeles* se detuvieron maravillados, en tanto que Ntotoatsana y sus compañeros continuaban su camino. Después el carnero levantó el rabo y se puso a bailar, escarbando el suelo con las pezuñas. Cuando advirtió que Ntotoatsana y sus compañeros estaban ya muy lejos, el carnero desapareció de repente y fue a juntarse con ellos.

Los *ma-tebeles* se precipitaron de nuevo en su persecución: cada cual intentaba adelantar a los demás; la llanura se hallaba cubierta de *ma-tebeles*, que corrían. Muy pronto avistaron de nuevo a Ntotoatsana. Entonces el carnero volvió a cantar y bailar, y los *ma-tebeles* se detuvieron maravillados. Cuando Ntotoatsana y sus compañeros tomaron mucha delantera, el carnero desapareció de repente y fue a juntarse con ellos de nuevo. Los *ma-tebeles* renovaron la persecución diciendo: «¡Por Magoma! Esta vez llegaremos hasta Ntotoatsana, sin dejarnos detener por ese carnerito, aunque cante y baile maravillosamente.»

Cuando estaban a punto de alcanzar a Ntotoatsana, el carnero volvió a cantar y a bailar todavía mejor que antes, y los *ma-tebeles* una vez más se detuvieron a mirarlo maravillados. Después desapareció de su vista. Entonces los *ma-tebeles* se desanimaron y volvieron a su lugar muy avergonzados, diciendo: «Esta vez la mujer de nuestro jefe se nos ha escapado sin remedio.»

Ntotoatsana y su hermano llegaron a su casa; los recibieron con gran júbilo. Durante su luto, la madre de Ntotoatsana se había dejado crecer tanto el pelo que lo tenía casi tan largo como la cola de un ave. Ahora se lo cortó. Después invitó a sus amigos y parientes y celebró con gran fiesta el retorno de Ntotoatsana.

142 27. Huevo

Había una vez un jefe cuyas mujeres sólo parían hijas; un día una de ellas parió un huevo, gordo como el de un avestruz. El padre tomó el huevo y lo escondió. Un día, mucho tiempo después, fue a una fiesta de canto en casa de otro jefe. Allí vió a una hija de este, que le agradó en extremo; entonces dijo al padre de la joven:

—Tu hija me agrada mucho, es menester que me la des para casarla con mi hijo.

Fue a su casa en busca en busca del ganado con que había de dotar a la joven; después se la llevó consigo. Le construyó una cabaña y la instaló en ella, en compañía de sus propias hijas.

Pasaron años sin que la joven viese nunca a su marido; continuaba viviendo sola con las hijas de su suegro. Un año, labrando el campo para sembrar, faltó la semilla; el jefe envió a una de sus hijas a casa, para que las trajera. Al entrar en el *lapa* vio que el huevo había salido de la choza y daba vueltas alrededor del *lapa* diciendo:

—¡Ja, ja! Mi padre me ha dado mujer.

Su hermana lo recogió y lo volvió a su escondite, en el fondo de la choza; después se fue al campo con las semillas.

Al siguiente día faltó otra semilla; el padre envió de nuevo a su hija a buscarla. Esta vez también encontró que el huevo había salido de la choza y que rondaba en torno del *lapa* diciendo:

—¡Ja, ja! Mi padre me ha dado mujer

Su hermana lo recogió y lo escondió en la cabaña; después volvió al campo con la semilla. Al siguiente día faltó de nuevo la semilla cuando estaban en el campo. El padre dijo otra vez a su hija:

—Ve a buscar la semilla.

Pero la nuera exclamó:

—No; hoy iré yo.

Fue allá, y, cuando entró en el *lapa*, halló al huevo, que rondaba como siempre, diciendo:

—¡Ja, ja! Mi padre me ha dado mujer.

Muy espantada, la mujer le dijo:

—¡Cómo! ¿Esta cosa redonda es mi marido?

Tomó el huevo y, en lugar de llevarlo a la choza de su suegro, lo guardó en la suya; después regresó al campo con la semilla. 143

A nadie dijo lo que había hecho; el padre y la madre no advirtieron que el huevo no estaba ya en su cabaña. Por la noche, la nuera dijo:

—Quiero dormir sola en mi cabaña; que no entre nadie.

Su suegro le preguntó:

—¿Por qué quieres hacer eso?

Ella le respondió:

—Estoy enferma, me duele la cabeza; temo que mis compañeras hagan ruido.

Se acostó, pues, sola en su cabaña; pero a medianoche se levantó sin hacer ruido y huyó a casa de sus padres. Llegó antes de amanecer y dijo a su padre:

—Padre mío, has renegado de mí.

Su padre le respondió:

—No, hija mía; no he renegado de ti, te he dado en casamiento.

Replicó ella:

—Mi marido no es un hombre. Mi marido es un huevo de avestruz. —Y añadió—: Padre mío, es menester que devuelvas el ganado de mi dote, porque yo no vuelvo a casa de mi marido.

El padre dijo:

—Debes volver.

Respondió ella:

—Nunca.

Entonces su padre dijo:

—Te daré una medicina con la cual metamorfosearás al huevo en hombre.

Y así el padre le dio un hechizo y le advirtió:

—Toma esta medicina, hija mía, y regresa a casa de tu marido. En cuanto llegues toma un puchero viejo, llénalo de agua, haz fuego y pon el agua a hervir.

La joven regresó a su casa antes de rayar el día. Hizo cuanto su padre le había ordenado; después tomó el huevo y lo depositó en una esterilla de cañas, tomó el agua hervida y la vertió sobre el
144 huevo, después lo untó de grasa y lo cubrió con mantas. Entonces se tendió en el suelo y, al cabo de un momento, oyó una voz que decía:

—¡Me sale una pierna..., me sale la otra pierna; me sale un brazo..., me sale el otro; ahora asoma mi cabeza..., la nariz..., un ojo..., el otro ojo..., una oreja..., la otra oreja...!

Luego, en fin, dijo la voz:

—Ahora tengo todos los miembros completos.

Al mismo tiempo la mujer oyó romperse la cáscara del huevo y caer con ruido los pedazos al suelo.

Entonces ella se levantó y quitó las envolturas; descubrió que el huevo se había trocado en un hombre muy guapo, perfectamente conformado, sin que le faltase nada. Calentó agua, vertió en ella la medicina que le había dado su padre, con la que frotó a su marido de pies a cabeza, y lo untó de grasa. Enseguida recogió cuidadosamente todos los cascarones del huevo y los guardó en un tarro. Cuando amaneció salió de la cabaña, dejando encerrado en ella a su marido, y se sentó delante de la puerta. Su suegra se acercó a preguntarle:

—¿Cómo va tu cabeza?

Respondió ella:

—Sigue doliéndome mucho.

La suegra le preguntó:

—¿No quieres comer un poco de sopa?

La mujer respondió:

—Sí, tráigamela.

La suegra se la llevó y dijo:

—Ahora nos vamos al campo; quédate aquí tranquila, hija mía.

Cuando todos salieron al campo, la joven se levantó y se encaminó de prisa a casa de sus padres. Dijo a su padre:

—He hecho todo lo que me ordenaste; el huevo es ya un hombre.

Su padre le dijo:

—Ya ves, hija mía, ya ves. Ahora te daré ropas de hombre para tu marido.

Le dio un capotillo de piel de buey y un cinturón de piel; le dio también un broquel, con un airón, una azagaya y un sombrero de juncos entretreídos. La mujer regreso veloz a su casa con tales objetos, y se los entregó a su marido diciendo:

—Huevo, esta es tu ropa.

Huevo tomó el cinturón y se lo ciñó; el capotillo, y se lo puso; el sombrero, y se cubrió.

De tarde, cuando volvían del campo, la mujer dejó al marido solo en la cabaña y cerró la puerta diciendo:

—Huevo, quédate aquí y cuídate de que no te vean.

Después salió, y como siempre se sentó delante de la cabaña. Vino la suegra y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, hija mía?

Respondió ella:

—Sigue doliéndome la cabeza.

La suegra preguntó:

—¿Quieres que te traiga más sopa?

Respondió la nuera:

—Sí, tráigamela. —Tomó sopa y añadió—: Tráigame también estiércol para hacer lumbre.

Entró en su casa, encendió lumbre y compartió con su marido la sopa que le habían traído.

Al siguiente día, cuando amaneció, despertó a su marido:

—Huevo, levántate pronto, sal de la cabaña y ve a sentarte en el *khotla*, en el sitial de tu padre.

Huevo se vistió, se caló el sombrero, tomó el broquel adornado de su airón y la azagaya, salió de la cabaña y fue a sentarse en el *khotla*, en el sitial de su padre; nadie se había levantado

aún en la aldea. Cuando los pastores salieron de sus chozas para ordeñar las vacas, se preguntaban unos a otros:

—¿Quién es aquel hombre sentado en el sitial del jefe?

—No sabemos quién podrá ser; quizá sea un extranjero.

—Un extranjero sentado en el sitial del jefe.

Huevo llamó a uno de ellos y le dijo:

—Tráeme la leche, para que yo la vea.

146

El hombre se la llevó. Huevo le dijo:

—Está bien, llévala al *lapa*.

Entonces el hombre fue en busca del jefe y le dijo:

—Mi amo, hay un extranjero sentado en el *khotla*, en tu mismo sitial, y nos ha dicho que le llevemos la leche para verla.

El jefe preguntó:

—¿De dónde viene?

Respondió el hombre:

—No lo sé, mi amo.

Entonces salió el jefe y se dirigió al encuentro del extranjero:

—Salud —le dijo.

Respondió el otro:

—A ti te la deseo.

—¿De dónde vienes?

—Soy tu huésped, vengo a visitarte. —Y Huevo añadió—:

¿No me conoces?

Respondió el jefe:

—No te conozco, dime tu nombre

—Huevo —le dijo—. Yo soy Huevo, tu hijo.

Entonces el jefe llamó a todas sus gentes y, mostrándoles al hombre, les dijo:

—Aquí tienen a mi hijo, que nació en forma de huevo; hoy se ha metamorfoseado en hombre.

El jefe se sentía lleno de júbilo; la aldea entera se regocijó: sacrificaron bueyes, hicieron grandes fiestas en honor del hijo del jefe. Después, el jefe preguntó a la mujer de Huevo.

—¿Cómo te has arreglado para metamorfosearlo?

Respondió ella:

—Mi padre me ha dado una medicina con la que le he hecho salir del huevo.

—Yo te recompensaré, hija mía.

Entonces le dio mucho ganado en señal de gratitud. Huevo fue reconocido jefe, y reinó en lugar de su padre.

Al cabo de algún tiempo, Huevo tomó segunda mujer y se alejó de la primera; no entró ya nunca más en su casa ni siquiera una vez, hasta le quitó las ropas y la privó de todo auxilio. En fin, un día la mujer perdió ánimo, lloró mucho tiempo, mucho tiempo, y fue luego a buscar a su suegro, diciéndole:

147

—Padre mío, ¿por qué me abandona Huevo de este modo?

El suegro respondió:

—He hecho cuanto he podido, pero inútilmente; Huevo dice que ahora el jefe es él.

A la caída del sol, Huevo entró en la cabaña de la mujer que amaba, para pasar allí la noche. Entonces, la primera mujer se acordó de los cascarones de huevo que había guardado; fue a buscarlos, los puso en su envoltura y se acercó a la cabaña donde Huevo había entrado. Se acurrucó junto a la puerta y dijo:

—Salud, jefe.

Le devolvieron el saludo y añadió:

—Dadme un poco de tabaco.

Huevo respondió:

—Ya no tengo tabaco.

Insistió ella:

—Dadme de beber, tengo sed.

La segunda mujer de Huevo respondió:

—No queda agua.

Pero Huevo la reprendió y dijo:

—Vamos, da un poco de agua a esa pobre mujer. Entonces, la primera mujer de Huevo esparció los cascarones cerca del sitio en que su marido debía reposar la cabeza. Después regresó a su cabaña.

La segunda mujer de Huevo le oyó decir:

—Sosténme, siento que una pierna se me mete hacia dentro... también la otra; sosténme, se me encoge un brazo...

el otro también; sosténme, la cabeza se me entra dentro..., la espalda...

Al cabo de un instante había vuelto a ser huevo de avestruz. La mujer, palpándolo, se dio cuenta de que no era más que un huevo. Entonces salió de la cabaña y huyó despavorida. Al siguiente día la gente de la aldea aguardó mucho tiempo a que su jefe, Huevo, saliese de la cabaña; pero no lo vieron. Preguntaron a su padre:

148

—¿Dónde está Huevo?

Este respondió:

—No lo sé; estará durmiendo.

Ya hacía mucho que habían terminado de ordeñar, y Huevo continuaba sin aparecer. Su madre fue a la cabaña y gritó:

—¡Huevo! ¡Huevo!

No obtuvo respuesta. Entonces entró y levantó las sábanas: vio que su hijo había vuelto a convertirse en huevo. Llamó a su marido, que se cercioró de lo que ocurría. Ambos lloraron amargamente y decían:

—¡Ay! Pobre hijo nuestro, ¿cuándo volveremos a verte? ¿Qué podemos hacer?

Entonces el jefe se dirigió a casa de los padres de su nuera, donde esta se había refugiado. Le suplicó mucho que se apiadase de él, pero la nuera se negaba obstinadamente, repitiendo:

—No, no voy; tu hijo me ha hecho padecer mucho. En vano el padre de Huevo trataba de enternecerla; persistía en negarse a hacer algo. Por fin, su padre le dijo:

—Vamos, hija mía, toma esta medicina y ve a casa de tu marido. Si vuelve a las andadas, podrás separarte de él para siempre.

La mujer tomó la medicina. Regresó a su casa y operó como la vez primera. Huevo salió del cascarón y se convirtió en hombre. Entonces dijo a su mujer:

—Ahora me arrepiento de todo lo que te he hecho, mujer mía; no lo haré nunca más.

Repudió a su segunda mujer y permaneció unido a la que lo había metamorfoseado, y le decía:

—Si yo muero, entonces y sólo entonces, podrás casarte con otro; si te mueres tú la primera, entonces, y sólo entonces, me casaré con otra.

150 **28. El espejo maravilloso**

Un hombre y su mujer tenían un solo hijo. Y dicen:

—Oye, ¿por qué será que no tenemos más hijos? —Y añaden—: Vamos a consultar al adivino.

Van y dicen:

—Oye, ¿por qué será que no procreamos?

El adivino dice:

—Vayan a pescar dos peces, de los que llaman pendé, un macho y una hembra —y añade—: cómanselo.

Pescaron dos, se los comieron y tuvieron un hijo. Le pusieron por nombre Tembo.

Tembo creció. Su madre le dijo:

—Ve a cortar leña —y añade—. Ve a cortar leña donde quieras, menos en aquel bosque de allá.

Tembo va a cortar leña a otro bosque, la trae y dice:

—Después de todo, si muero, poco importa; no soy más que un hombre.

Penetra en aquel bosque y encuentra una boa que se había tragado a una gacela grande. Pero la cabeza se le había quedado en la boca. Salir, no podía; bajar, tampoco. El boa dice:

—Ven aquí, Tembo, y corta esta cabeza.

Tembo dice:

—Me matarás.

El boa dice:

—Ven aquí, no te mataré.

Tembo se acerca y corta la cabeza.

El boa dice:

—Vamos de aquí para que recibas la recompensa —y añade—: Agárrate bien a mi cola; si te sueltas, lo pierdes todo —y agrega—: Cuando pase por entre espinos, no te sueltes.

Tembo se agarra a la cola y se van, van. Cuando pasan por entre espinos, pican, pican. Llegan a la guarida del boa.

Allí duerme Tembo dos, tres días; se hace amigo del hijo del boa. El boa dice:

—Tembo, cuando mañana saque mis espejos fuera, escoge uno, el que quieras. 151

El hijo del boa dice:

—Escoge el espejo sobre el que veas posarse una mosca, es un espejo que obra maravillas.

Al día siguiente sacan los espejos fuera y los exponen en un espacio tan grande como de aquí a allá. Aparece una mosca, que va y viene volando, sin detenerse en ninguna parte. Tembo corre tras ella, corre, corre, la mosca se posa, y Tembo toma el espejo. El boa dice:

—¿Prefieres ese?

Tembo dice:

—Este quiero.

Tembo regresa a su lugar, en casa de su madre, llevándose el espejo.

Entonces dice:

—Espejo, espejo, ¿es verdad lo que ha dicho tu amo? —Y añade—: Quiero saberlo al momento. Deseo una casa cubierta de tejas.

La casa se alza en seguida, y Tembo dice:

—Madre mía, quiero la hija del gobernador.

Toma su casaca, hecha de un saco; dos pantalones, también hechos de un saco; el sombrero, viejo y desgarrado; los zapatos, desgarrados; una corbata de hoja de bananero, un paraguas, también de hojas de bananero, y en la mano un bastón roto, y camina, con paso lento, haciendo *gwfé, gwfé*.

Sube a la terraza. El gobernador sale y le pregunta:

—¿Qué deseas?

Tembo dice:

—Quiero casarme con su hija.

El gobernador le responde:

—¿Tendrías el descaro de casarte con mi hija?

El gobernador llama a su mujer y le dice:

—Ese patán desea casarse con nuestra hija.

La mujer dice:

152 —Si quieres casarte con mi hija, haz una casa en medio del río, y que sea una casa de un piso.

Tembo dice:

—Espejo, espejo, quiero una casa grande y linda en medio del río.

La casa surge al momento.

—Necesito criados —y añade—: Necesito una mesa, cama, comestibles, una silla.

Al día siguiente, el gobernador mira y dice:

—¡Ay!, nos quedamos sin hija.

El gobernador había madrugado para enterarse.

Tembo recibe a su mujer. Se va a vivir en su hermosa casa.

—Necesito un gallo, cabras, vacas, gallinas, patos de diversas especies —dice él.

Va de paseo, sale a una orilla y hace una visita a su madre. Se marcha y vuelve a ir de paseo. Sobreviene una guerra. El gallo cantó al momento:

—¡Todo se derrumba!

Tembo regresa con premura y dice:

—Espejo, espejo, no quiero ver esa guerra que se nos viene encima.

Entonces todos los guerreros mueren. Tembo se va otra vez de paseo. De nuevo sobreviene la guerra. El gallo canta en seguida:

—¡Todo se hunde!

Tembo regresa con premura y dice:

—Espejo, espejo, no quiero ver la guerra que se nos viene encima.

Todos los guerreros, unos tras otro, mueren.

Entonces viene una vieja, habla a la mujer de Tembo y le dice:

—Déjame ver el espejo de las maravillas.

La mujer lo saca. La vieja lo mira, lo mira, y lo cambia por otro y luego dice:

—Ahí tienes tu espejo; yo continúo mi camino.

Se va con el espejo a casa del gobernador. El gobernador lo esconde bajo una caja volcada. Llega la guerra. Una muchedumbre de guerreros entra por el río. El gallo canta entonces:

—¡Todo se derrumba!

Tembo vuelve con premura y dice:

—Espejo, espejo, no quiero ver la guerra que se nos viene encima.

Pero la guerra había llegado ya. Tembo repite:

—Espejo, espejo, no quiero ver la guerra...

Llegan, se apoderan de Tembo. Lo encierran en un local y destruyen su casa

Tembo estaba encerrado con su gato. La mujer de Tembo había regresado a casa de su padre. En el local había ratas con un hierro en los labios. Querían morder a Tembo. Pero el gato atrapó a una de las más grandes. Llegan sus compañeras; el gato las muerde. Una rata dice:

—Suéltame, y te traeré el espejo.

La suelta y, a poco, la rata, que ha ido a casa del gobernador, vuelve con un espejo. Tembo dice:

—No es ese.

La rata va a buscar el que estaba debajo de la caja volcada y se lo entrega a Tembo, que dice:

—Este es —y agrega—: Espejo, espejo, quiero salir de aquí. —Y sale. Dice entonces—: Espejo, espejo, quiero una casa como la que tenía.

La casa se presenta.

—Quiero cama, mesa, criados, criadas —y añade—: Quiero que regrese mi mujer.

Enseguida la mujer vuelve. Y aquí se acaba.

154 29. La cola de *ibumbuni*

A los tres días de nacer, el niño Diandia dijo a su padre, Tangari:

—Dame un arco con cuerda muy resistente.

Su padre le da uno cuya cuerda era de piel de corzo trenzada. El niño lo prueba y, al tensarlo, la cuerda se rompe. Sucesivamente el padre le da un arco con cuerda de piel de lobo, después otro con cuerda de piel de toro y, en fin, uno con cuerda de piel de elefante. Esta cuerda se rompió, como las anteriores.

Diandia dice entonces a su padre:

—Es menester que te arranques el nervio de la pantorrilla para ponerle cuerda a mi arco; ninguna otra cosa será bastante resistente.

Tangari satisface el deseo de su hijo.

Cuando el arco queda provisto de la cuerda perdida, Diandia sale de caza. En el momento de ponerse en camino, su padre le dice:

—Cuando quieras regalarme la cola de un animal muerto por ti, sólo me ofrecerás la del *ibumbuni*.

El *ibumbuni* es el animal más hermoso de todos y de gran talla. Lo bastante fuerte para llevar a costas cien elefantes. La cola es larga y espesa, como la de un caballo, y adornada de cauris blancos y perlas de oro. Se sirve de la cola para paralizar los movimientos de los animales a que da caza. Cuando está a punto de alcanzar al animal perseguido, bruscamente da media vuelta y las cerdas de la cola se enredan en los miembros de su presa y la inmovilizan.

El niño Diandia anduvo setecientos años en dirección a Levante, porque es de allí de donde vienen las cosas extraordinarias y, por tanto, donde podía encontrar a los *ibumbunis*. Llega, por fin, al bosque donde habitaban.

Encuentra a la madre de los *ibumbunis* enteramente sola. Los jóvenes habían salido de caza cuando él llegó.

Expone el objeto de su visita a la madre de los *ibumbunis*.

—¡Tendrás lo que deseas! —le contestó—. Voy a esconderte en la orza de la carne en cecina. No hagas el menor ruido porque, si no, mis hijos te descubrirán y no tardarían en devorarte.

A medianoche, cuando los *ibumbunis* duermen, su madre le corta la cola al más joven y se la entrega a Diandia. El niño sale entonces de la orza, y la madre de los *ibumbunis* le pone en camino. Y se va corriendo.

Todas las mañanas los *ibumbunis* jóvenes, al despertar cantaban, uno tras otro, una canción. Al despertarse, el mayor empieza a cantar:

*Voy a ver si mi cola caza-bueyes se conserva.
Si mi cola caza-efantes sigue entera.
Figuilan dianyeu. La mía lo está.*

Cada uno repite la canción, hasta el último, que, al no hallar su cola, termina así el canto:

Figuilan dianyeu. La mía no lo está.

Entonces siguen todos la pista de Diandia olfateando el suelo. Cuando iban a alcanzar al niño, este se vuelve y los ve. Entonces canta:

1. Onomatopeya del ruido de la cola azotando el aire (*N. de la ed. franc.*)

*¡Oh, padre! ¡Oh, padre! El ibumbuni me va a comer.
Porque en lugar de su cola no me has pedido
la del toro bravo, ¡no, no, no!;
la del koba, ¡no, no, no!;
la del elefante, ¡no, no, no!*

La canción agradó mucho a los *ibumbunis*.

156 —Vamos en busca de nuestra madre —dijeron— para que oiga cantar a un ser humano.

Mientras volvían sobre sus pasos, Diandia huía a todo correr.

Cuando llegaron a casa de su madre, los *ibumbunis* le cuentan lo que han visto.

—Vayan a buscar a esa criatura y tráiganmela aquí.

Los *ibumbunis* retornan a su persecución. Estaban ya muy cerca de Diandia, quien, por su parte, llegaba casi a su aldea, cuando, al verlos venir, repitió la canción:

¡Oh, padre! ¡Oh, padre! El ibumbuni me va a comer.

Los *ibumbunis* se vuelven de nuevo a contar a su madre lo que han oído; pero, cuando esta los envía otra vez en persecución de Diandia, el niño estaba ya a salvo en casa de su padre, a quien regaló la cola de *ibumbuni*.

Entonces Tangari toca con ella la herida de la pierna, que el tiempo no había podido cicatrizar aún, y se cura. Conserva la cola como valioso talismán.

Desde entonces los viejos tomaron la costumbre de usar colas de animales para usarlas como espantamoscas.

30. Una canasta llena de hijos

Un hombre y una mujer. Ella da a luz unos cuantos niños, una canasta llena.

El hombre dice:

—Mujer mía, ya no me convienes.

Su mujer, entonces, se pone en camino. Anda, anda, anda, hasta que encuentra un pájaro grande que la aguardaba escondido. Llega la mujer; el pájaro dice:

Llora, llora, udeyandeya;
llora, udeyandeya.
Dame a comer un niño,
a comer, udeyandeya.
Llora, udeyandeya.

Ella le da un niño; el pájaro se lo come, y va a esconderse más lejos, para aguardarla. Y dice:

Llora, llora, udeyandeya;
llora, udeyandeya.
Dame a comer un niño,
a comer, udeyandeya.

Le da otro hijo; se lo come, y va a esconderse más adelante en el camino. Y dice:

Llora, llora, udeyandeya;
llora, udeyandeya.

*Dame a comer un niño,
a comer, udeyandeya.
Llora, udeyandeya.*

Ella dice:

—Tómalo tú mismo y cómelo.

El pájaro lo toma y se lo come. Todos los niños corren la
158 misma suerte. El Pájaro va a esconderse más adelante y dice:

*¿Adónde vas tú, mujer?
¿Adónde vas, udeyandeya?
Llora, udeyandeya.
Ven aquí que te coma, udeyandeya.*

Se apodera de ella y se la come. Muerta la mujer, la canasta sigue su camino por sí sola. El pájaro se esconde más adelante para esperarla. Y dice:

*Canasta, ¿adónde vas?
¿Adónde vas, udeyandeya?
Llora, udeyandeya.
Ven aquí que te coma, udeyandeya.
Llora, udeyandeya.*

Se apodera de ella y se la come. La canasta le desgarras las entrañas. La canasta sale, echa a correr y llega a la aldea. Entonces dice:

—La mujer ha muerto; los niños, también.
Se acabó.

Capítulo VIII

Fetichismo. Abstracciones

El hambre. La mentira. La verdad, etcétera.

31. *La Mentira y la Muerte* (cuento chwabo).

32. *La Mentira y la Verdad* (cuento, malinké).

31. La Mentira y la Muerte

Había una vez dos hombres: la Mentira y la Verdad. La Verdad invitó a la Mentira a ir juntas en busca de sustento. Caminando iban, una tras otra, cuando encontraron unas gentes que cavaban, y, al borde del camino, una chicuela que recogía arenilla para frotarse el pecho. La Verdad se acercó a la niña, le dio un golpe, y al punto el padre ordenó que ofreciesen agua a la Verdad. Pero la madre declaró que quien diese agua a la Verdad perecería con ella de la misma muerte.

—Yo no he dicho —intercaló la Mentira— que la Verdad necesite alimento alguno.

Y dejaron pasar a la Mentira.

Llegó a una cabaña, donde supo que el jefe de la aldea había muerto. La Mentira afirmó que podía devolver la vida al naba, que para ello bastaba encerrar en una caja una paloma torcaz y una mosca albañila; después invitó al hijo del jefe fallecido a que se procurase un asno y treinta mil cauris para dárselos. Al anochecer, la Mentira mandó abrir el sepulcro y, penetrando en él, dio libertad a la paloma y a la mosca. Enseguida el pájaro se puso a arrullar y el insecto a zumbar.

—¡Atención! —dijo la Mentira—. Tu padre y tu abuelo van a salir; deténlos. Reconocerás a tu padre por su flaca voz, y a tu abuelo por su voz gruesa. Escucha bien.

Y dejaron pasar a la Mentira, que se fue con el asno y los treinta mil cauris.

Otra vez en camino, la Mentira se encontró con la Muerte, que acababa de morir. La Mentira solicitó comprarla, pero le respondieron que no querían venderla. Sin embargo, algunos

164 dijeron que harían el trato si les declaraba con qué propósito quería hacer la compra. La venta se hizo, y la Mentira les entregó treinta mil cauris bien contados; después, con la Muerte a ras-tras, le hizo dar una vuelta a la aldea, golpeándola. Las gentes de la aldea, entonces reclamaron la Muerte para enterrarla; pero la mentira declaró que la había comprado y que exigía cien mil cauris para cedérsela, y que la enterrasen. Cobró los cien mil

cauris y se dirigió a casa de un hombre rico.
Dijo a la mujer del hombre rico:

—Voy a llamarte, y me contestarás tonterías.

Y habiéndola derribado, le pegó; después le aplicó en torno del cuello una tripa de buey llena de sangre. Cortó entonces la tripa y anunció que la mujer había muerto.

El jefe salió de la cabaña:

—¿Qué has hecho? —dijo a la Mentira—. Lo que acabas de hacer está muy mal.

Pero la Mentira replicó que eso era cosa suya y que la dejasen operar. Sumergió en una calabaza llena de agua una cola de buey, que le sirvió para dar aire a la cabeza de la mujer y viento al trasero. Y la mujer se levantó. Al punto, el jefe de la cabaña regaló bueyes a la Mentira para adquirir su talismán. Después se metió en casa, tomó nueces de bearité y dijo a su mujer que les sacase el aceite para dárselo a la gente que trabajaba en el campo. La mujer molió las nueces, hizo el aceite y preparó la comida. Volvió al anochecer.

—¡Cómo —le dice el marido—, te encargo que prepares la comida para los que me trabajan en el *luga*n, y te presentas aquí de noche!

Arroja a su mujer al suelo, le da de golpes y, al fin, la estrangula. Enseguida toma la cola y la calabaza llena de agua y se pone a darle aire a su mujer. Pero la mujer no se levantó. Entonces los hijos se apoderaron del padre, lo golpearon y lo mataron. En tanto, la Mentira se ponía a salvo, llevándose toda su fortuna para devorarla.

32. La Mentira y la Verdad

Un día, la Mentira y la Verdad emprendieron juntas un viaje.

La mentira dijo cortésmente a la verdad:

—Dónde quiera que nos presentemos, tú llevarás la palabra, porque, si me reconocen nadie querrá recibirnos.

En la primera casa en que entraron, los recibió la mujer del amo; el amo llegó al caer la noche, y pidió enseguida de comer.

—Aún no he preparado nada —dijo su mujer.

Ahora bien; a mediodía, había preparado comida para dos y escondido la mitad. El marido, a pesar de que no sabía nada, se encolerizó porque llegaba hambriento del campo. Volviéndose a los forasteros, les preguntó:

—¿Les parece que esto es propio de una buena ama de casa?

La Mentira guardó silencio prudentemente; pero la Verdad, obligado a responder, dijo con sinceridad que una buena ama de casa debería tenerlo todo preparado para el regreso de su marido. Entonces la mujer del amo, irritada violentamente contra unos forasteros que se atrevían a mezclarse en las cosas del hogar, los arrojó de la casa.

En la segunda aldea a que llegaron, la Mentira y la Verdad encontraron a los chicos ocupados en descuartizar una vaca estéril, muy gorda, recién sacrificada.

Cuando los viajeros entraron en casa del jefe de la aldea, hallaron a los chicos que acababan de entregar al jefe la cabeza y los miembros de la vaca, diciéndole:

—Esta es tu parte.

Todos saben que el jefe hace siempre las raciones en un reparto de esa naturaleza.

El jefe, dirigiéndose a los forasteros, que acababan de presenciar estos detalles, les preguntó:

—¿Quién les parece que manda aquí?

—Al parecer —dijo la Verdad—, mandan los niños.

A estas palabras, el jefe se encolerizó e hizo expulsar inmediatamente a los forasteros, tan impertinentes.

La Mentira dijo entonces a la Verdad.

166 —No puedo, verdaderamente, dejarte gobernar más tiempo nuestros asuntos; nos matarías de hambre. Desde ahora, yo me ocuparé de todo.

En la aldea a la que llegaron poco después, se instalaron debajo de un árbol, cerca de un pozo. De la aldea salían grandes gritos, y no tardaron en saber que había muerto la favorita del rey.

Una sirvienta, muy llorosa, vino en busca de agua. La Mentira, acercándose, dijo:

—¿Qué desgracia ha ocurrido para que llores así y toda la aldea se lamente?

—Es que nuestra buena ama, la mujer preferida del rey, ha muerto.

—¡Cómo! ¿Tanto ruido por tan poca cosa? —dijo la Mentira— Anda a decir al rey que no se aflija más, porque yo puedo devolver la vida incluso a personas muertas ya desde hace años.

El rey envió un hermoso carnero a los viajeros, en señal de bienvenida, y mandó a decir a la Mentira que tuviese paciencia, que utilizaría su habilidad cuando estimase oportuno.

Al siguiente día, y al otro, el rey envió también un hermoso carnero y mandó a decir a la Mentira las mismas palabras. Esta fingió perder la paciencia e hizo advertir al rey que estaba resuelta a marcharse si, al día siguiente, no le mandaba ir. El rey convocó a la Mentira para el día siguiente.

A la hora señalada, la Mentira se presentó en casa del rey. Este comenzó por enterarse del precio de sus servicios y ofreció, en fin, un ciento de cada una de las cosas que poseía. La Mentira rehusó diciendo:

—Quiero la mitad de lo que posees.

El rey aceptó delante de testigos.

Entonces la Mentira mandó construir una cabaña, exactamente encima del sitio en que habían inhumado a la favorita. Construida la cabaña y cubierta, la Mentira entró en ella, sola, con herramientas de cavador, y se cercioró de que todas las salidas estaban cerradas.

Al cabo de mucho tiempo de trabajo, que se adivinaba encarnizado, se oyó a la Mentira hablar en alta voz, como si disputase con varias personas; después salió, y dijo al rey:

167

—El asunto se complica, porque en cuanto he resucitado a tu mujer, tu padre la ha agarrado por los pies y me ha dicho: «Deja aquí a esta mujer. ¿Qué falta hace en la tierra? ¿Qué puede hacer por ti? En cambio, si me devuelves la luz, te daré, no la mitad, sino los tres cuartos de los bienes de mi hijo, porque yo era más rico que él.» Apenas lo había dicho, se presentó su padre, lo rechazó y me ofreció por su cuenta todo lo que posees; a su vez fue rechazado por su padre, que ofreció todavía más. De modo y manera que todos tus abuelos están ahí, y ya no sé a cuál atender. Pero, a fin de no complicar tus dudas, dime solamente si he de resucitar a tu padre o a tu mujer.

El rey no vaciló un instante:

—A mi mujer —dijo.

Porque la sola idea de que reapareciese el terrible viejo que lo había tenido en tutela tanto tiempo lo hacía temblar.

—¡Bueno! —dijo la Mentira—, pero tu padre me ofrece mucho más que tú, y no puedo perder tan bonita ocasión de enriquecerme..., a no ser que —dijo la Mentira, viendo al rey aterrado—, a menos que tú me des por hacerlo desaparecer lo que te habías comprometido a entregarme por resucitar a tu mujer.

—Seguramente eso es lo mejor —dijeron a coro los morabitos, que habían contribuido al asesinato del difunto rey.

—Pues bien —dijo el rey exhalando un gran suspiro—, que mi padre y mi mujer se queden donde están.

Así se hizo, y la Mentira recibió, por no haber resucitado a nadie, la mitad de las riquezas del rey, que volvió a casarse para olvidar a la difunta.

Capítulo IX

El Totemismo

Le téné: *Animal tabú, que no debe ser matado, ni comido.*
Blasones de la familia, del clan, de la tribu, de la raza.

33. *Leyenda del elefante* (cuento fan).
34. *Khoedi-Sefubeng* (cuento basuto).
35. *El Retozón de la llanura* (cuento ronga).
36. *Historia de Tangalimilingo* (cuento nyassa).

33. Leyenda del elefante

En aquel tiempo, y es tiempo muy remoto, no cabe imaginárselo más remoto, los hombres vivían todos juntos en una aldea grande, y lo mismo hacían los animales, cada cual en su aldea, según la casta: los antílopes con los antílopes; los jabalíes con los jabalíes; los tigres con los tigres, los monos con los monos.

Pero en cada aldea había un elefante para mandarlos, y los elefantes estaban así dispersos, mandando cada familia de elefantes en una aldea distinta: el jefe de todos ellos, el elefante padre, habitaba solo en la selva, pero, cuando había discordia, todos comparecían ante él y juzgaba con acierto. Cuando el elefante padre pensaba que su hora era llegada, entregaba su seso al sucesor, y desaparecía. Nunca, nunca se le volvía a ver, pero su buen sentido permanecía.

Los hombres habitaban aparte, retirados en la selva, y ni un animal vivía con ellos, ni uno, ni siquiera el perro. Respecto de las gallinas no estoy enterado, pero creo que las gallinas estaban también con las otras aves.

Los hombres vivían aparte: comían los frutos de la selva, pero a menudo mataban animales para comerse la carne, y entonces se producían discordias sin fin. Los animales iban a quejarse al elefante; este ordenaba a los hombres que compareciesen, pero no comparecían y continuaban matando animales.

Hubo tantas quejas contra los hombres, que, por fin, dijo el elefante:

—Puesto que no pueden venir; iré yo a su aldea.

Hizo provisiones de viaje y se encaminó a la aldea de los hombres. Pero, ante todo, era necesario dar con la aldea, cosa

difícil, porque los hombres la habían escondido mucho. El elefante seguía su marcha; en el camino encuentra primero la aldea de los tigres.

—¿Adónde vas, padre elefante?

—Voy a la aldea de los hombres, para dirimir su discordia con ustedes.

—Es buena idea. Iremos contigo.

174

—No, se asustarían mucho. Prefiero ir solo.

El elefante decía eso porque sabía muy bien que Nzamé ha creado a los hombres y que el jefe de los hombres era hijo de Nzamé, como él.

—¡Bien; irás solo, padre elefante; pero descansa un día en nuestra aldea!

El elefante aceptó, porque lo recibían bien, y permaneció dos días enteros en la aldea de los tigres. Se habría demorado hasta tres días, y aún más, pero ya no quedaba nada de comer. Continúa, pues, su camino, y llega a la aldea de los antílopes: también allí le festejan mucho.

—¿Y adónde vas así, padre elefante?

—Voy a la aldea de los hombres, a dirimir sus discordias, porque estoy cansado «con» ellos.

—Es muy buena idea; iremos contigo.

—No, prefiero ir solo, porque puede ser que durante la noche, los maten a ustedes.

Y los antílopes respondieron:

—Está bien; pero, al menos, descansa dos días con nosotros.

Y padre elefante aceptó de buen grado, porque los antílopes eran muy buenos con él, y permaneció dos días enteros en su aldea. Tres días, y aún más, se habría estado, pero ya no quedaba nada de comer y tenía hambre.

Padre elefante se dirige, pues, a la aldea de los jabalíes. Y así, de aldea en aldea, el elefante seguía su camino.

Sin embargo, el jefe de los hombres, que consultaba a menudo su fetiche (un antílope con un espejo engastado en un extremo), hacía mucho tiempo que sabía el viaje del elefante y por qué quería ir a la aldea de los hombres. Y el jefe no quería

que fuese. De modo que en todos los senderos que conducían a la aldea, desde muy lejos, muy lejos, con ayuda de todos los hombres y de las mujeres, abrió grandes hoyos, con estacas puntiagudas en el fondo; tres, cuatro, cinco trampas se sucedían a una, dos y tres horas de marcha. Concluido el hoyo más alejado, dijo a los hombres:

—Vayan a cortarme tallos de *manioc*.

Los hombres fueron a cortar *manioc*.

—Cubran el hoyo con los tallos.

Los hombres dispusieron bien los tallos, que retoñaron a los pocos días, y no se veía el palo. Y en otro sitio del sendero, a una hora de marcha, el jefe de los hombres mandó abrir otro hoyo y dijo a los hombres:

—Vayan a buscarme matas de papas.

A eso fueron, y regresaron con muchas matas de papas. Y el jefe les dijo:

—Colóquenlas sobre el hoyo.

Las colocaron bien, de modo que el hoyo no se veía.

Mandó abrir en el sendero cinco hoyos diferentes, cada uno con una planta diferente. Y en cada sendero de los que conducían a la aldea mandó abrir cinco hoyos. Y eso no es todo; hay más. ¡El jefe de los hombres era listo! Había discurrido así: «Si el elefante ve un montón de *manioc* en el camino, desconfiará porque es astuto.» Y en el sendero, lejos, lejos, en cuatro o cinco sitios diferentes, mandó poner *manioc*, pero debajo no había hoyo, y más lejos, después del primer hoyo, mandó poner también *manioc*, y luego matas de papas y luego las otras plantas. Las había a todo lo largo del camino.

Padre elefante seguía, pues, andando para ir a la aldea de los hombres. Y he aquí que en el camino encuentra un montón de *manioc*; los revuelve con la trompa una vez y otra, porque era muy astuto, pero no descubre nada sospechoso. «Es un regalo de mis hijos —dice para sí—, que me han puesto comida en el camino; son muy buenos.» Y como aún estaba receloso, se come un pedacito de *manioc*, nada más. Era muy rico; come otro poco y luego todo el montón; no había mucho, y padre elefante estaba

muy gordo, mucho más gordo que los elefantes de ahora. Un poco más lejos, otro montón de *manioc*. Padre elefante se acerca con precaución, después come un poquito; nada anormal. «¡Ah! —dice—, que hijos tan buenos.» Y se come todo el montón, porque padre elefante era gordo, y el montón era pequeño. Y padre elefante había andado mucho, mucho. Llegaba la noche cuando ve en el sendero otro montón de *manioc*; como tenía mucha hambre, se precipita sobre él.

¡Crac! Era efectivamente el boquete del hoyo. Y como padre elefante corría veloz se cae de cabeza sobre la estaca puntiaguda. ¡Y fue mucha suerte! Porque, de lo contrario, la estaca le habría perforado el vientre y habría muerto. Pero con la cabeza rompió la estaca. Y toda la noche padre elefante permaneció en el fondo del hoyo gritando y gimiendo:

—¡Muerto soy!

De mañana, el jefe de los hombres, que estaba cerca con sus guerreros, fue al borde del hoyo.

—¡Anda! ¿Qué es esto? —dice—. ¡Cómo! ¡Es padre elefante! ¡Oh! ¿Quién le ha hecho caer aquí?

Prontamente echa en el hoyo tierra y ramas; pero, cuando lo ve casi colmado y que el elefante va a salir, se esquila a toda prisa con su gente. En tanto, padre elefante logra salir del hoyo, muy arañado y lastimado, y continúa el viaje; pero le dolía mucho la cabeza, y tenía los ojos llenos de tierra y le costaba trabajo andar. En fin, después de muchas aventuras, padre elefante, habiendo invocado sus grandes fetiches y a todos los demás elefantes, vence todos los obstáculos y llega a la aldea de los hombres. Llega a la plaza grande pero no había nadie. Por orden suya, todos los animales se ponen en campaña con encargo de traer a los hombres. Los monos los persiguen en los árboles, los jabalíes y los tigres en la selva, los pájaros denuncian sus escondites, las serpientes, entre las hierbas, les muerden, de modo que tienen que volver y someterse a juicio.

Los hombres estaban, pues, delante de padre elefante, y el jefe de los hombres sentía en su corazón pavor muy grande, porque veía la muerte. «Sentía frío», porque ¿quién ha visto lo

que hay detrás de la muerte? La muerte es como la luna. ¿Quién ha visto el otro lado?

El jefe de los hombres tenía frío. Pero padre elefante dijo:

—¿Confiesas tu pecado?

El jefe de los hombres respondió:

—Lo confieso.

—Entonces, ¿ves ahora la muerte?

—¡Oh! Padre elefante, yo soy pequeño, y tú eres fuerte. 177

Perdón, ¡oh!

Y padre elefante respondió:

—Es verdad; yo soy fuerte, y tú débil, pero Nzamé te ha creado jefe. Te perdono, pues.

El jefe de los hombres respondió:

—Gracias.

Y sintió alegrarse el corazón.

Pero el jefe de los tigres se adelantó, furioso:

—Padre elefante, no hablas bien. Los hombres han matado a mi hermano. Quiero venganza.

Y el hombre pagó los regalos al tigre. Y el elefante dijo entonces:

—Ahora van a hacer «hermandad» y concluirá la discordia.

El jefe de los hombres llamó a su hermano y le dijo:

—Haz el cambio de sangre con el tigre.

Y el jefe de los tigres dijo a su hermano:

—Haz el cambio de sangre con el hombre.

El hombre hizo el cambio de sangre, y el tigre hizo el cambio de sangre, y permanecieron hermanos en la misma aldea.

Pero el jefe de las águilas se adelantó a su vez y propuso el mismo pleito, y el jefe de los jabalíes, y el de los gorilas, y muchos otros, pero hicieron el cambio de sangre y la disputa se acabó.

Arregladas todas las discordias, el jefe elefante dijo a su vez:

—Quiero hacer hermandad con el jefe de los hombres.

Mataron, pues un *cabri*, porque no había hecho hermandad: era esclavo del hombre; mataron un gran *cabri* macho, y padre elefante y padre de los hombres hicieron hermandad. Padre elefante conoció los fetiches de padre de los hombres, y padre de los

hombres conoció los fetiches de padre elefante. Y, desde aquel entonces, padre elefante vino a ser *ototor* de los hombres, y por eso le honran mucho. Los que no lo hacen así son «salvajes».

Amana. Aquí se acaba.

34. Khoedi-Sefubeng

Había una vez un jefe llamado Bulané, que tenía diez mujeres; su favorita se llamaba Morongoé. Bulané tenía en el pecho la imagen de la luna llena, por eso la apodaban Khoedi-Sefubeng (*luna en el pecho*). Cierta año, el jefe dijo a sus mujeres:

—La reina parirá un hijo semejante a mí, que llevará la imagen de la luna llena; las otras tendrán hijos con la imagen de los cuartos de luna, o simplemente de las estrellas. El hijo de Morongoé se llamará como yo: Khoedi-Sefubeng.

El día que las mujeres de Khoedi-Sefubeng habían de parir, la segunda mujer dijo a la vieja que iba a partear a Morongoé:

—Si adviertes que el hijo de Morongoé lleva en el pecho la imagen de la luna llena, mávalo y pon en su lugar un perrillo.

Cuando el hijo de Morongoé nació, la vieja lo tomó sin que lo advirtiese su madre y lo echó al fondo de la cabaña, entre los cacharros. Unos ratones lo recogieron y lo alimentaron.

El jefe se informó de los niños que le habían nacido de sus mujeres. Le respondieron:

—Una ha dado a luz un cuarto de luna; las otras unas estrellas. Morongoé ha dado a luz un perrito.

Entonces el jefe se separó de la primera mujer y se aficionó a la segunda. Morongoé pasó a ser su criada.

Un día que la segunda mujer cruzaba por delante de la cabaña de Morongoé, vio en ella un niño muy hermoso, que tenía en el pecho la imagen muy exacta de la luna llena: unos ratones jugaban con él. De noche dijo a su marido:

—Estoy enferma; dicen las tabas que para curarme hay que quemar la cabaña de Morongoé, la que acaba de parir un perrito, para que perezcan todos los ratones que allí hay.

El jefe dijo:

—Está bien; mañana se quemará.

Entonces los ratones llevaron al niño a Thamaha, un buey grande, colorado y listón.

180 —Cuida mucho de este niño —le dijeron—, porque mañana nos matan.

Thamaha consintió en encargarse del niño de Morongoé. Al día siguiente, la cabaña de Morongoé ardió, y todos los ratones perecieron. Un día, la mujer del jefe fue a buscar estiércol fresco en el corral del ganado, y vio al niño, que jugaba con Thamaha. La mujer buscó al marido y le dijo:

—Estoy mala, pero dicen las tabas que me curaré si mandas matar a Thamaha.

El jefe respondió:

—Lo matarán mañana.

Entonces Thamaha se dirigió a los cangrejos y les dijo:

—Cuiden de este niño, porque van a matarme mañana.

—Los cangrejos lo cuidaron y lo alimentaron durante mucho tiempo. Un día, la mujer del jefe dijo a las otras mujeres:

—Vamos a buscar junco para tejer estera.

Entonces vio en la laguna al niño, ya crecido, que jugaba con los cangrejos; seguía teniendo en el pecho la imagen de la luna llena. La mujer dijo a las otras:

—Estoy enferma; volvamos a casa.

Ya de regreso, dijo a su marido:

—Estoy enferma, pero dicen las tabas que me curaré si mandas desecar la laguna para que perezcan todos los cangrejos y mandas cortar todos los juncos.

El jefe respondió:

—Mañana se hará lo que deseas.

Entonces los cangrejos lo llevaron a los mercaderes diciéndoles:

—Cuiden de él, porque mañana nos matan.

Al día siguiente, el jefe mandó desecar la laguna y cortar todos los papiros. El niño creció en la cabaña de los mercaderes. Un día, gentes de la casa de Bulané vinieron a hacer un trato en aquella cabaña. Uno de ellos observó que el joven tenía en el pecho una cosa que brillaba; entonces volvió a casa de Bulané y dijo:

—He visto un joven muy hermoso que tiene en el pecho la imagen de la luna llena.

Bulané se apresuró a ir a verlo. Le preguntó:

—¿De quién eres hijo? ¿Quién te ha traído aquí?

Entonces el joven le contó cuanto le había sucedido; le dijo:

—Cuando mi madre me dio a luz, la segunda mujer de mi padre mandó echarme en un rincón de la cabaña, entre cacharros. Los ratones me recogieron y cuidaron de mí; la segunda mujer de mi padre me puso en mi lugar un perrito, sosteniendo que era el hijo de mi madre.

Oído esto, Bulané miró atentamente al joven y recordó que su segunda mujer había dicho que la primera había parido un perrito. Entonces el joven continuó relatando cuanto le había sucedido, cómo los ratones habían cuidado de él, después Thamaha, después los cangrejos, hasta el día en que se refugió en casa de los mercaderes.

Entonces el padre descubrió el pecho del joven y vio que tenía, en efecto, la imagen de la luna llena; comprendió que era su hijo. Lo tomó consigo y lo llevó a su aldea, donde lo ocultó en una cabaña. Después convocó a toda su tribu en asamblea pública. Se preparó una gran fiesta, sacrificaron bueyes, hicieron mucho *yoala*. Entonces Bulané hizo tender esteras de paja delante de la cabaña en que había escondido a su hijo Khoedi-Sefubeng. Reunidos todos, hizo salir a su hijo y lo presentó a su pueblo; después explicó cómo su segunda mujer había estado engañándole mucho tiempo. La madre de Khoedi-Sefubeng fue repuesta en todos sus derechos, le quitaron los harapos que llevaba y la vistieron con buena ropa nueva. Khoedi-Sefubeng reemplazó a su padre en el puesto de jefe. En cuanto a la mujer que lo había perseguido y había querido matarlo, fue expulsada con todos sus hijos y tuvo que refugiarse en un país lejano.

182 **35. El Retozón de la llanura**

I

Un hombre y una mujer tuvieron primero un hijo, después una hija. Cuando la hija fue comprada en casamiento, mediante una dote, los padres dijeron al hijo:

—Ahora tenemos un rebaño a tu disposición; es el momento de que tomes mujer. Vamos a buscarte una esposa bonita, hija de gentes honradas.

Pero él se negó en redondo:

—No —dijo—, no se tomen ese trabajo. No me gustan las muchachas de por aquí. Si he de casarme, iré yo mismo a buscar la que quiero.

—Haz como gustes —le dijeron los padres—; pero, si el día de mañana te ocurre una desgracia, no nos echas la culpa.

Partió, dejó su país, fue lejos, muy lejos a tierra desconocida. Llegando a una aldea, vio a unas jóvenes que machacaban maíz y otras que lo cocían. Eligió una, para sus adentros, y se dijo: «Aquella me conviene.» Después se dirigió a los hombres de la aldea:

—Buenos días, padres míos.

—Buenos días, joven. ¿Qué deseas?

—He venido a ver vuestras jóvenes, porque quiero tomar mujer.

—Bien, bien; te las enseñaremos y elegirás.

Conducidas todas a su presencia, designó la que quería. Consintieron todos; ella también.

—Tus padres vendrán a vernos, ¿no es eso?, y traerán la dote —dijeron los padres de la muchacha.

—De ningún modo —respondió—. Yo mismo traigo la dote. Aquí la tienen, tómenla.

—Entonces —añadieron—, vendrán más tarde a buscar a tu esposa y llevársela a su casa.

—No, no; temo que exhorten con dureza a mi esposa y los agravién. Permítanme que me la lleve enseguida.

Los padres de la recién casada consintieron; pero, llevándola aparte en una cabaña, le hicieron las advertencias usuales: sé buena con tus suegros, cuida a tu marido. Le ofrecieron una chicuela para que la ayudase en los quehaceres domésticos. Pero rehusó. Le ofrecieron dos, diez, veinte, para que escogiese; pasaron revista a todas las jóvenes, para proponerle una.

—¡No! —dijo—, han de darme el búfalo del país, nuestro búfalo, el Retozón de la llanura. Él me servirá.

—¡Cómo! Tú sabes que nuestra vida depende de la suya. Aquí está bien alimentado, bien cuidado. ¿Qué va a ser de él en otro país? Pasará hambre, se morirá y moriremos con él.

—¡Que no! —respondió ella—. Lo cuidaré bien.

Antes de separarse de sus padres, tomó consigo una marmita pequeña con un paquete de raíces medicinales y, además, un cuerno para poner ventosas, un cuchillito para incisiones y una calabaza llena de grasa.

Se fue con su marido. El búfalo la seguía, pero sólo era visible para ella. El hombre no lo veía. No tenía la menor idea de que el búfalo acompañaba a su mujer como sirviente.

II

De regreso en la aldea del marido, toda la familia los acogió con exclamaciones de gozo.

—¡Hoyo, Hoyo-hoyo! ¡Anda —le dijeron los viejos—, has encontrado mujer! No quisiste a las que te propusimos nosotros; pero no le hace. Bien está. Has hecho tu gusto. Si te va mal no te quejes.

El marido acompañó a su mujer a los campos y le enseñó cuáles eran suyos y cuáles de su madre. Tomó nota de todo y volvió con él a la aldea. Pero en el camino dijo:

—Se me han caído las perlas en el campo, voy a buscarlas.
Era para ir a ver al búfalo.

Y le dijo:

—Ya ves la linde de los campos. No salgas de ella. También puedes esconderte en aquel bosque que hay allí.

—Respondió:

—Así lo haré.

184 Cuando la mujer quería traer agua, no hacía más que atravesar los campos cultivados y dejar el cántaro allí donde estaba el búfalo, el cual corría a sacar agua del lago y traía a su ama la vasija llena. Cuando la mujer necesitaba leña, el búfalo se metía en lo espeso, tronchaba árboles con los cuernos y traía todo lo necesario. La gente de la aldea se maravillaba:

—¡Qué fuerza tiene! —decían—. Enseguida vuelve del pozo. En un abrir y cerrar de ojos recoge un haz de leña.

Nadie sospechaba que la secundaba un búfalo, haciendo las veces de criado.

Pero el caso era que la mujer no le llevaba comida, porque no tenía nada más que un plato para ella y su marido. En tanto que allá, en su país, había un plato destinado al búfalo, y lo alimentaban con cuidado. Tuvo hambre. La mujer llegó con el cántaro y le envió por agua. El búfalo fue por ella, pero sentía el angustioso dolor del hambre.

La mujer le indicó un trozo de monte para desbrozar. En la noche, el búfalo tomó la azada y labró un campo enorme.

—¡Qué maña se da! —decía todo el mundo—. ¡Qué de prisa labra!

Pero, a la tarde, el búfalo dijo a su ama:

—Tengo hambre. ¿No me traes nada de comer? No podré trabajar.

—¡Ay! —respondió ella—. ¿Qué voy a hacer? En casa no hay más que un plato. Tenían razón nuestras gentes cuando dijeron que tendrías que robar. Pues bien, roba. Ven a mi campo, arrancas aquí una mata, allá otra. Luego te vas más lejos. No hagas mucho daño en un mismo sitio. Quizá los propietarios no se den mucha cuenta y no se les romperá de espanto el espinazo.

El búfalo llegó por la noche, arrambló aquí una judía, allá otra; saltó de un sitio a otro; después se escondió. De mañana, cuando las mujeres salieron al campo, no querían creer lo que veían sus ojos:

—¡Eh, eh, eeh! ¿Qué es esto? Nunca se ha visto cosa igual. Un animal fiero destroza las plantaciones; se pueden seguir sus huellas. ¡Oh! ¡Desdichado país!

Y se fueron a contar el caso en la aldea.

De tarde, la mujer fue a decir al búfalo:

—Se han asombrado, pero no tanto que les haya roto el espinazo. Esta noche vete a robar más lejos.

Así lo hizo. Los propietarios de los campos destrozados ponían el grito en el cielo. Rogaron a los hombres que se pusieran de guardia con sus fusiles.

El marido de la joven era buen tirador. Se dirigió a su campo y esperó. El búfalo, pensando que estarían al acecho en los campos que había robado la víspera volvió a comerse las judías de su ama en el mismo sitio que el primer día.

—¡Anda! —dijo el hombre—; es un búfalo. Nunca los habíamos visto por aquí. Es cosa rara.

Disparó. La bala entró cerca del conducto del oído, en la sien, y salió por el otro lado, en el sitio correspondiente. El Retozón de la llanura dio un brinco y cayó muerto.

—Buen tiro —exclamó el cazador—, y fue a contarlo a la aldea.

Al punto la mujer comenzó a gemir, a retorcerse:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Me duele el vientre!

—¡Cálmate! —le decían.

Ella se fingía enferma, pero lo que buscaba era un pretexto para sus lágrimas y su espanto al oír que habían matado al Búfalo. Le dieron una medicina, pero la tiró sin que la vieses.

III

Todos se levantaron: las mujeres con sus canastas, los hombres con sus armas, para ir a descuartizar el búfalo. La mujer se

quedó sola en la aldea, pero no tardó en ir a reunirse con todos, apretándose la cintura, gimiendo y gritando.

—¿A qué vienes aquí? —le dijo el marido—. Si estás enferma, quédate en casa.

—No, no quiero quedarme sola en la aldea.

Su suegra la reprendió, le dijo que no sabía lo que se hacía y que iba a matarse conduciéndose de aquel modo.

186

Cuando llenaron de carne las canastas, la mujer dijo:

—Dejen que lleve yo la cabeza.

—No, no. Estás enferma. Es mucho peso para ti.

—No, déjenme —replicó.

Cargó con la cabeza y partió.

Cuando llegó a la aldea, en lugar de ir a su casita, se metió en el cuchitril de las marmitas, allí depositó la cabeza, y allí se quedó, tercamente. Su marido fue a buscarla para que volviera a la cabaña donde se encontraría mejor.

—No me molestes —respondió ella duramente.

Su suegra fue también y le habló con dulzura.

—¿Por qué me fastidias? —respondió con acritud—. ¿No quieren dejarme dormir un poco?

Le llevaron alimentos y los apartó de sí. Llegó la noche. Su marido se acostó, pero no dormía: escuchaba.

La mujer fue a buscar lumbre, puso agua a hervir en una marmita pequeña y echó en ella el paquete de medicina que había traído de su país. Después tomó la cabeza del búfalo y le abrió con el cuchillo unas incisiones delante del oído en la sien, donde la bala había herido al animal. Aplicó en el sitio el cuerno de hacer ventosas y aspiró, aspiró con toda su fuerza. Consiguió extraer cuajarones de sangre; después, sangre líquida. Enseguida expuso el sitio mismo al vapor de agua que salía de la marmita, luego de untarlo con la grasa guardada en la calabaza. Hecho esto, la herida se alivió. Entonces la mujer canturreó lo que sigue:

¡Oh! ¡Padre mío! Retozón de la llanura.

Bien me lo dijeron, bien me lo dijeron.

Me dijeron: Tú, que vas por la oscuridad profunda y

*deambulas durante la noche.
Tú eres la planta tierna de ricino que crece en las
ruinas,
que muere antes de tiempo, devorada por el gusano
roedor.
Tú derribas en tu carrera flores y frutos.*

Una vez concluido el sortilegio, la cabeza se movió. Los miembros reaparecieron. El búfalo comenzó a sentirse revivir, movió la orejas, los cuernos, se irguió, estiró los miembros. 187

Pero en esto el marido, que no dormía, sale de su cabaña diciendo:

—¿Qué le sucede a mi esposa, que no se cansa de llorar? He de ver por qué da esos gemidos.

Entra en el cuchitril de las marmitas y la llama. La mujer responde con acento de cólera:

—Déjame.

Y la cabeza del búfalo se cae al suelo, muerto, perforada como lo estuvo antes.

El marido regresó a su cabaña sin comprender nada de aquello ni haber visto nada. Entonces la mujer tomó de nuevo la marmita, coció la medicina, abrió las incisiones, aplicó las ventosas, expuso la herida al vapor de agua y cantó como antes.

El búfalo se enderezó de nuevo. Sus miembros renacieron. Comenzó a sentirse revivir, movió la orejas, sacudió los cuernos, se estiró. Pero el marido, inquieto, vuelve a ver lo que hacía su mujer. La mujer se enfadó con él. Entonces el marido se dirigió al cuchitril de las marmitas, para ver lo que ocurría. La mujer recogió la lumbre, la marmita y los demás utensilios y salió fuera. Después arrancó yerba para hacer una hoguera, y por la tercera vez se puso a resucitar el búfalo.

Llegaba la aurora, y en esto apareció la suegra. La cabeza cayó de nuevo a tierra. Salió el sol, la herida se corrompió.

La mujer dijo:

—Déjeme ir sola al lago, para lavarme.

Le respondieron:

—¿Cómo podrás llegar si estás enferma?

Con todo, la mujer fue allí y volvió diciendo:

—En el camino he encontrado a un hombre de mi país. Me ha dicho que mi madre está muy mala, muy mala. Le he dicho que viniera a la aldea, pero se ha negado, porque, como le ofrecerían de comer, seguramente se retrasaría. Al instante se ha marchado, diciéndome que vaya a toda prisa, no sea que mi madre se muera antes de mi llegada. Y ahora, adiós, que me voy.

Todo ello era mentira. Había tenido la ocurrencia de ir a lago para armar esa historia y tener pretexto para ir a comunicar a los suyos la muerte de su búfalo.

IV

Con la canasta en la cabeza la mujer se fue, cantando por esos caminos el estribillo del Retozón de la llanura. Las gentes se agolpaban a su paso y la acompañaban hasta la aldea. Allí les hizo saber que el búfalo ya no existía.

Enviaron emisarios en todas direcciones para reunir a todos los habitantes del país. Hicieron muchos reproches a la mujer, diciéndole:

—Ya lo ves, bien te lo dijimos. Rechazabas todas las jovenzitas que te ofrecíamos y te empeñaste en llevarte el búfalo. Nos has matado a todos.

En esto estaban cuando entró en la aldea el marido en pos de su mujer. Apoyó la frente en el tronco de un árbol y se sentó. Entonces todos lo saludaron diciendo:

—Salud, criminal, salud. A todos nos has matado.

El marido no entendía y se preguntaba por qué le llamarían criminal.

—Todo lo que he hecho ha sido matar un búfalo.

—Sí, pero ese búfalo era el que ayudaba a tu mujer: iba por agua, cortaba leña, labraba la tierra.

El marido maravillado les dijo:

—¿Y por qué no se me dijo antes? No lo habría matado.

—Nuestra vida —añadieron— dependía de la suya.

Entonces empezaron a degollarse todos, la primera mujer gritando:

—¡Oh, padre mío, Retozón de la llanura!

Después sus padres, sus hermanos, sus hermanas, hicieron lo mismo, uno tras otro; uno dijo:

Tú que vas por la oscuridad profunda

Otro repuso:

¡Tú, que deambulas durante la noche!

Y otro:

Tú derribas en tu carrera flores y frutas.

189

Todos se cortaron el cuello y sacrificaron incluso a los niños que llevaban colgados a la espalda, en cuévanos de piel.

—¿Por qué? —decían—. ¿Para qué dejarlos vivir, si de todos modos habrían de enloquecer?

El marido volvió a su casa y contó cómo había venido a dar muerte a todos disparando al búfalo.

Sus padres le dijeron:

—Ya ves, ¿no te habíamos dicho que te ocurriría una desgracia? Cuando te ofrecíamos una joven formal y proporcionada para ti, preferiste hacer tu capricho. Ahora has perdido toda tu hacienda. ¿Quién va a devolvértela, si han muerto los padres de tu mujer a quien diste tu dinero?

Aquí se acaba.

190 **36. Historia de Tangalimilingo**

Unos jóvenes salieron a levantar caza. Encontráronla abundante en el bosque. Cazaron y mataron muchas piezas, a saber: conejos, antílopes de cañaveral, gallinas de Guinea, perdices y antílopes de monte.

Dijeron:

—Vamos a la choza y preparemos la carne.

Llegaron y se sentaron. Vinieron otras gentes al mismo lugar: cazadores también. Permanecieron todos juntos, cortaron palos y encendieron fuego.

Entonces llegó el leopardo, que arrebató al antílope que habían preparado.

Algunos hombres se lanzaron a dar caza al leopardo. En tanto, llega un alce que se come todas las piezas. Cuando los hombres hubieron perseguido en vano al leopardo, decidieron regresar. Y, llegados al lugar donde acampaban, encontraron que habían desaparecido todas las piezas.

—¿Quién se ha comido la carne? —se preguntaron.

Hicieron averiguaciones minuciosas, pero no encontraron a nadie. Un joven se había rezagado. Y ocurrió que, mientras buscaban las piezas desaparecidas, llegó un alce y se comió al joven.

La gente, no habiendo logrado encontrar al que se había comido la caza, regresaron y hallaron que el joven había desaparecido. El joven llevaba en el brazo un cuchillo envainado.

Cuando advirtieron su desaparición se pusieron a buscarlo, pero no lo encontraron. Entonces dijeron:

—Vamos a casa, puesto que ese joven se ha perdido y unas gentes nos han quitado las piezas cobradas. No hemos visto al joven ni a quien lo ha raptado.

Entonces se marcharon camino a su casa. Ya cerca de la aldea gritaron mucho, componiendo una canción que decía:

*Hablaremos de Tangalimilingo:
Lo han robado
robado por las gentes del agua.
Gallo, eres una gallina, simple gallina;
muertos somos.
Hablaremos de Tangalimilingo, Tangalimilingo.
Lo han robado,
robado por las gentes del agua.
Gallo, eres una gallina, simple gallina.*

191

Llegaron a su casa.

¿Qué había sido de Tangalimilingo? Cuando se vio en el estómago del alce desenvainó el cuchillo y partió en dos el estómago.

Así se escapó, sin que muriese el alce; de consiguiente, las gentes no dan muerte al alce, que una vez ha sido Tangalimilingo.

Entonces Tangalimilingo compuso una canción que decía:

*¿Lo creéis? ¿Lo creéis?
El desaparecido se bebió la leche de los niños.
Pasea los senderos.
Se detiene a la puerta.*

Entonces llegó a su casa; las mujeres se pusieron contentas y se regocijaron. Cantaron canciones y sacrificaron ganado en honor del numen que había restituido al joven.

Capítulo X

Leyendas históricas

Héroes. Conquistas. Migraciones. Sacrificio de una virgen a un monstruo. Devoción de un hombre a su raza.

37. *La gesta de Samba Gueladio Diegui* (cuento torodo).

38. *La leyenda de Ngurangurane* (el hijo del cocodrilo, cuento fan).

39. *Daura* (cuento luganda).

40. *Los bachoengs* (cuento betchuana).

37. La gesta de Samba Gueladio Diegui

197

Esta es la historia de Samba Gueladio Diegui, príncipe peul del Futa. Samba Gueladio Diegui, era hijo de Gueladio, rey del Futa. Al llegar Samba a la adolescencia, murió su padre. El hermano del rey difunto, Knonkobo Mussa, tomó el mando del país. Konkobo tenía ocho hijos. Al ser mayores anunció que iba a repartirles el Futa, y, en efecto, cada uno recibió su parte.

Samba estaba con su madre, un griot llamado Sevi Malallaya y un cautivo que se llamaba Dunguru.

El *griot* Sevi fue en busca de Samba. Iba llorando.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Samba

—Por esto —respondió el *griot*—. Tu tío, Konko, ha repartido el Futa entre sus hijos. Y, como tu padre ya no existe, Konkobo no te ha reservado parte alguna.

Samba se levantó al punto. Fue en busca de su tío y le dijo:

—Bueno, papá, ¿cuál será mi parte?

—También a ti voy a darte algo —responde Konkobo—. Toma el primer caballo que encuentres en el Futa; tuyo es.

Samba se retiró. Va en busca del *griot* y le dice:

—¡Mi papá me ha dado también mi parte!

—¿Qué te ha dado?

—Me ha dado permiso de apoderarme del primer caballo bueno que encuentre.

Y el *griot*:

—¡Eso es darte nada! Se porta muy mal contigo. Samba regresó a buscar a Konkobo.

—Papá —le dice—, no me hace falta tu regalo. Lo que necesito es la parte que me corresponde. No pido otra cosa.

—He visto —respondió Konkobo— un toro soberbio en el Futa. También he visto una mujer bonita. Quédate con los dos. Te los doy.

Samba se dirigió otra vez a Sevi, el *griot*.

—¡Ea! Mi papá me ha dado una mujer bonita del Futa y un toro. Puedo apropiármelos cuando quiera.

198 —¡Eso no es nada! —respondió el *griot*—. Viene a ser como lo que te había dado antes. Si encuentras una mujer bonita, ya casada, y te apoderas de ella, el marido te matará. Eres un chiquillo y no entiendes nada.

Samba vuelve a las andadas:

—Mira, papá, lo que me regalas no me hace falta. Lo que yo quiero es la parte del Futa que me corresponde.

—Si te corresponde —contestó Konkob—, arréglatelas para conquistarla. Si no, peor para ti.

Samba se fue. Ensiló su yegua Umullatoma. Se puso en camino con su *griot* Sevi Malallaya, su cautivo Dunguru, su madre y los cautivos destinados a su mujer. En aquel entonces aún no se había casado. Y dijo:

—Ahora me voy del Futa.

Fue hasta una aldea llamada Tiabo, muy próxima a Bakel, e hizo llamar al rey del país:

—Tunka —le dijo—, te entrego a mi madre y a la madre de mi *griot*. Es menester que satisfagas sus necesidades y las de mis gentes hasta que yo regrese. Procúrales sustento y ropas. Alójalos bien, dales buenas cabañas. Si no, cuando yo vuelva y me entere de que han carecido de víveres y ropas, te cortaré la cabeza.

Dicho esto, Samba y su *griot* pasaron el río sin tardanza y se dirigieron a un país, cuyo rey se llamaba Ellel Bildikry, para pedirle guerreros y atacar a Konkobo Mussa, su tío.

Caminaron durante cuarenta y cinco días por la selva antes de llegar al país de los peules. He olvidado el nombre del rey de este país, quien en cuanto vio a Samba exclamó.

—Guapo joven. Seguramente es hijo de rey.

Mandó sacrificar unos toros y degollar unos carneros y se los regaló a Samba, diciéndole:

—Todo esto es para ti.

Llamó a sus hijas y les dijo:

—Vayan a buscar a Samba, que se marcha mañana. Conversem con él y distráiganlo.

Las jóvenes hicieron compañía a Samba y se divirtieron con él. Después lo dejaron, diciéndole:

—Hace mucho calor, vamos a bañarnos.

Cuando las jóvenes se marcharon, Samba se acostó para dormir. Una de ellas se había quitado el collar de oro y se le olvidó recogerlo antes de marcharse. Un avestruz entró en la cabaña mientras Samba dormía y se tragó el collar de oro.

Las jóvenes regresaron y despertaron a Samba:

—He olvidado aquí, hace un momento, el collar de oro. ¿Dónde está?

Lo buscaron y no encontraron nada.

—¡Oh! —dijo Samba—. ¿Piensas que te he robado el collar?

—No —responde la joven—; pero, en fin, yo fui la última en salir, y en la cabaña sólo estábamos tú y yo.

—Está bien —murmuró Samba.

La joven fue en busca de su padre.

—He olvidado el collar de oro en casa del forastero y ahora no aparece por ninguna parte.

—¿Crees que lo ha tomado él? —preguntó el rey.

—No lo sé. Estábamos los dos solos.

El rey no dijo lo que pensaba del caso. Solamente invitó a su hija a volver junto a Samba.

En tanto, Samba había examinado el piso. Advirtió las huellas de las patas del avestruz. Entonces fue en busca del rey, dejando a la joven en la cabaña.

—Te daré una calabaza llena de oro —le dijo— si me vendes el avestruz.

—Estoy conforme. Tuyo es.

Samba llamó enseguida a unos hombres y les ordenó que mataran el avestruz.

—Una vez muerto —les encargó—, destrípenlo y tráiganme lo que encuentren dentro de su cuerpo.

Los hombres obedecieron y se dirigieron a Samba, en presencia de la hija del rey. En el estómago del avestruz estaba el collar de oro.

—Me has acusado del robo del collar —dijo Samba a la joven—. Voy a hacer que te aten.

200 Y el rey lo dejó en libertad de obrar como le pluguiera. Pero Sevi, el *griot*, intervino:

—No procedes bien, Samba. Hemos salido de nuestro país para venir a este, y no somos más que cinco. Si quieres obrar a tu antojo nos pesará. Deja a la hija del rey y guárdate bien de hacerla atar.

Samba siguió el consejo del *griot*, y al día siguiente se puso en camino hacia el reino de Ellel Bildikry.

Caminaron quince días en plena selva y llegó a faltarles el agua.

—Samba —dijo el *griot*—, no puedo seguir adelante; voy a morir.

Samba condujo a Sevi a la sombra de un árbol y le dijo, así como a Dunguru su cautivo:

—Espérenme aquí.

Y cabalgando en Umullatoma, su yegua, continuó el camino dos horas más y llegó, por fin, a una charca.

Allí vio un *guinnaru* de gran talla, bañándose.

El *guinnaru* se vuelve hacia Samba, y de todas las partes de su cuerpo brota fuego. Samba no se asusta; lo mira cara a cara.

Entonces el *guinnaru* creció hasta tocar el cielo con la cabeza.

—¿A qué viene eso? —le pregunta tranquilamente Samba—. ¿Quieres atemorizarme?

El *guinnaru* se encogió:

—No he visto hombre tan valiente como tú. Bueno: voy a regalarte una cosa —y le tiende un fusil—. Samba, ¿sabes el nombre de este fusil?

—No —respondió Samba—, no lo sé.

—Su nombre es Bussalarbi —aclaró el *guinnaru*—. Te bastará sacarlo de la funda para que tu adversario caiga muerto.

Samba se quitó la piel de cabra que llevaba al hombro y entró en la charca a tomar agua. Llenó el odre, lo puso en la yegua. «Bueno —se dijo—, voy a comprobar si el *guinnaru* me ha dicho la verdad.»

Saca el fusil de la funda, y el *guinnaru* cae muerto.

Hecho esto, Samba regresó al lugar donde había dejado a su gente, y encontró a su padre, el *griot*, cantando las alabanzas de Samba. Le dio de beber, y también al cautivo. El *griot*, entonces, le dijo:

—Bueno, Samba, ¿qué ha sido ese disparo que he oído a lo lejos?

—He disparado yo —respondió Samba.

Y le contó la aventura del *guinnaru* y lo que había hecho de él.

—Muy mal —respondió el *griot*—, has procedido muy mal. ¡A quien te hace un regalo lo matas! Te has portado injustamente.

—He hecho bien —replicó Samba—. Como yo he pasado por aquí, otros pueden pasar. Yo no soy el único hijo de rey, y en el Futa hay muchos hijos de rey, y muchos de ellos son valientes. Todos son tan intrépidos como yo. El *guinnaru* me ha dado hoy este fusil, y mañana habría hecho a otro un regalo parecido. Ya ha concluido de hacer regalos. Nadie tendrá un fusil como el mío. Soy el único poseedor de esta maravilla.

Con esto resuelven ir más lejos. Pasados unos días llegan a la capital del país de Ellel Bildikry. Es una ciudad más grande que San Luis. Hacía cerca de un año que no había agua fresca. Un caimán muy grande, situado en medio del río, impedía que los habitantes sacasen agua. Cada año le entregaban una doncella bien vestida, con zarcillos de oro y ajorcas en las muñecas y en las piernas, tan engalanada, en una palabra, como una hija de rey. El caimán era muy exigente y, si no la encontraba bastante bien vestida, rehusaba la ofrenda y les prohibía renovar la provisión de agua anual.

Al llegar Samba estaban en el último día del año y los habitantes se disponían a entregar al día siguiente una doncella al caimán Niabardi Dallo.

A la medianoche, Samba se detuvo delante de una cabaña de cautivos que se encontraba un poco separada de la aldea. Llamó a la cautiva que estaba en la cabaña y le dijo:

—Dame agua, que tengo sed.

La cautiva entró a la cabaña. En un lebrillo tenía agua, que apenas bastaba para llenar un vaso, y el agua estaba corrompida. Con todo, se la ofreció a Samba.

202 Samba toma el agua, la olfatea y, al hallarle mal olor, golpea a la mujer, que cae al suelo, a pocos pasos de distancia.

—¡Cómo! —exclamó—. ¡Te pido agua y me traes esta suciedad!

—¡Oh, amigo mío! —respondió la mujer—, no hay otra en el país. Para tener agua fresca hemos de sacrificar una hija del rey.

—Bueno, anda —ordenó Samba—. Enséñame el camino del río. Voy a dar agua a la yegua ahora mismo.

La cautiva se espantó:

—Me da miedo ir al río —dijo—. Mañana, el rey vería la huella de mis pasos y me preguntaría: ¿por qué has ido al río, teniéndolo yo prohibido?

Samba se enfadó:

—Si te niegas a guiarme, mueres a mis manos. Toma el cabestro, Dunguru, y échasele a Umulatoma. Y tú, mujer, ve delante.

El cautivo se puso en marcha, llevando del ronzal a la yegua. La mujer les mostró el camino:

—Siguiendo derecho, llegarán al río.

Samba se compadece de su terror, le da las gracias y le permite regresar.

Samba caminó hasta llegar al río. Ordenó a su cautivo que se desnudara y que entrara en el río con la yegua para bañarla. El cautivo se despojó de la ropa y entró en el agua. Y al punto, desde en medio del río, Niabardi Dallo, el caimán, los interpelló:

—¿Quién va? —gritó.

—Un recién llegado —respondió Samba.

—Bueno, ¿qué buscas aquí, recién llegado?

—Vengo a beber.

—Si vienes a beber, bebe solo, y que no beba tu caballo.

—El recién llegado va a dar agua a la yegua —respondió Samba—. Beberá él y su cautivo. ¡Vuelve al río, Dunguru!

El cautivo obedeció. La yegua arañó el agua con el casco. El caimán dijo:

—Has de saber, recién llegado, que estás irritándome.

Niabardi se irguió en medio del río, y toda el agua brilló como fuego:

—Si te asustas de lo que ves y sueltas a la yegua, te mato al mismo tiempo que al caimán

Tras estas palabras, el cautivo sujetó con fuerza a la yegua. Entonces el caimán se dirigió hacia él, abiertas de par en par las quijadas, la una hacia abajo, la otra hacia arriba, y de las fauces le brotó fuego abundante. Ya muy cerca, Samba disparó sobre él. Muerto el caimán, el río se puso de color de sangre.

Después de haber dado muerte al caimán, Samba toma agua en el odre de piel de cabra. Pone el odre en el caballo y regresan a la cabaña para acomodarse en ella y descansar. Dan agua a la cautiva, en cuya casa se detuvieron.

La cautiva se asombra:

—¿Cómo han podido procurarse tanta agua? —les preguntó.

Y Samba:

—Tienes la lengua muy larga. Si te dan agua, conténtame con beberla, sin preocuparte de dónde viene.

Después de matar al caimán, Samba le cortó un pedazo, que se llevó consigo. También dejó en el lugar del combate sus ajorcas y sus sandalias, porque sabía bien que nadie podría calzarse con ellas o adornarse los tobillos ni las muñecas. Samba tenía los pies muy pequeños.

Al día siguiente, el rey Ellel Bildikry convocó a todos los griots para salir de la aldea y llevar la doncella al caimán, que permitiría a los habitantes renovar la provisión de agua.

Van en busca de la virgen y la montan en un caballo. Todos los griots la siguen, cantando:

—¡Ah, joven!, llena eres de valor. El caimán se ha comido a tu hermana mayor. Se ha comido a tu otra hermana, y no tienes miedo. Tendremos agua.

Así cantan los griots. Nombran las cien víctimas que el caimán ha devorado. Ya están al borde del río.

La virgen se apea. Otras veces, la virgen entraba río adentro, y el caimán venía a tragársela. Esta vez, la virgen entra en el río hasta que el agua le llega al pecho, trepa la cabeza del caimán y en ella se mantiene erguida:

—Aquí está el caimán —dice—; estoy sobre su cabeza.

Las gentes dicen:

—El caimán esta enojado. Has tenido relaciones con un hombre. Ya no eres virgen. ¡Oh, qué desgracia! Este día es maldito para nosotros. Eres una joven indigna.

Al punto salen en busca de otra doncella. La primera, en tanto, se defiende con indignación:

—¡Mienten! —dice—. Desde que nací no me ha tocado ningún hombre. No he compartido nunca el lecho de un hombre.

Otra doncella ha consentido en dejarse sacrificar al caimán:

—¡Voy allá!

Llega. Sube también junto a la otra. Ahora se hallan las dos sobre la cabeza del caimán. Y su padre exclama:

—El caimán está muerto.

—Que todo el mundo se eche al río —permite entonces el rey—. Veremos si es verdad o no.

Todo el mundo se echó al río y se convencieron de que el caimán estaba muerto.

—Bueno —dijo el rey—. El primero que diga que ha matado al caimán, si puede probarlo, obtendrá de mí todo lo que pida.

Un pelotón de embusteros gritó:

—Yo lo maté. Yo vine aquí anoche. El caimán quería comerme, y lo maté.

Cada uno relató un cuento para demostrar al rey que había dado muerte al caimán y cobrar la recompensa.

Un cautivo que allí estaba recogió las ajorcas y las sandalias.

—Estas son las ajorcas del vencedor —dijo—, y esta es su sandalia. El dueño de todo esto es el que ha matado al caimán.

—Bien está —dijo el rey— Quien pueda ponerse estas ajorcas y calzarse esa sandalia, si no le están demasiado grandes ni demasiado pequeñas ese es el que ha matado al caimán. Ese recibirá la recompensa.

Todos intentaron la prueba. Pero a todos les salió mal. Entonces se adelantó la cautiva:

—Ayer llegó el forastero —dijo—. Se apeó en mi cabaña. Al llegar me pidió agua. Le di agua corrompida, la única que tenía. Al dársela, me pegó. Luego se fue y estuvo fuera como unas tres horas, y al volver me dio agua fresca. No hay más que llamarlo para ver. Por mi parte, estoy segura de que es él quien ha matado al caimán.

El rey envió gente a buscar al recién llegado:

—Que me traigan al forastero. Díganle que el rey lo llama.

Los enviados del almany se dirigieron a la cabaña. Hallaron a Samba acostado. Le dieron un golpe para despertarlo. Samba, furioso de que le interrumpieran su sueño, les descargó un puntapié.

Entonces el rey envió otro hombre para probar a despertarlo.

—Déjame dormir hasta que me harte —le gritó Samba—. Si viene alguno más, lo mataré.

El emisario regresó, y contó el caso al rey.

—Está bien —decidió el rey—. Esperaré hasta que acabe de dormir.

Aguardan dos horas. Samba se despertó al fin. Fue al río. Saludó al rey, y el rey respondió a su saludo. Después le ofreció un sitio a su lado y lo invitó a descansar. Luego, tomando las ajorcas y la sandalia, y mostrándoselas, le preguntó:

—¿Es tuyo esto?

Samba sacó del bolsillo la otra sandalia y se calzó los dos pies.

—Bueno —dijo el rey—, vendrás a hospedarte en mi casa.

El rey le dio una gran cabaña muy alta, un verdadero palacio. Luego envió gente a buscar la impedimenta de Samba

y trajo sus cautivos y su yegua. Todos se instalaron en el cercado del rey. Sacrificaron cantidad de carneros. Samba permaneció dos meses con el rey, y durante toda su estada Samba tuvo unas jóvenes a su disposición. Al cabo de ese tiempo, el rey llamó a su huésped.

—¿Con qué propósito has venido a este país? ¿Qué necesitas?

206

Y Samba respondió:

—Sólo necesito guerreros.

Ellel Bildikry convocó a los notables y les dijo:

—El vencedor del caimán pide que le prestemos nuestros guerreros.

—¡Ir hasta el Futa! —protestaron los notables—. ¿Cómo puede ser eso?

—Este hombre —replicó el rey— ha sabido venir aquí desde el Futa. Hasta aquí ha llegado. Hacía un año que no podíamos renovar la provisión de agua. Ha dado muerte al que nos impedía beber, y en recompensa sólo pide nuestros guerreros. No hay manera de negárselos.

—Bueno —declararon los notables—, lo que vamos a hacer es esto: existe un rey llamado Birama N’Gurori. Enviemos contra él a Samba Guenadio Diegui para que le quite los ganados y nos los regale. Entonces le prestaremos nuestros guerreros a iremos con él a combatir en su país.

El consejo no tenía otro propósito que el de deshacerse de Samba con promesas falsas. Contaban con que perdiese la vida en su lucha contra Birama N’Gurori, porque este rey era muy poderoso.

Para llegar al lejano país de Birama N’Gurori, necesitaba Samba atravesar por lo menos diez y ocho esteros, y entre cada dos esteros hay ocho días de camino y aún más. Cuidaban el ganado de Birama trescientos pastores vestidos unos y otros de albornoces y de pantalones rojos, tocados de gorros encarnados, calzados también de rojo y montados en caballos de jefe, en caballos blancos.

Luego de atravesar los esteros, Samba llegó a los pastores:

—Vengo a quitarles los toros —les dijo.

—Estás loco —le respondieron—. Antes de quitárnoslos, habrías de matarnos a todos.

—Vamos —ordenó Samba—, echen delante de mí y conduzcan el ganado donde yo les indique.

Los pastores se negaron a obedecer. Se precipitaron sobre Samba, empuñando la lanza. Le tiraron lanzazos que no le penetran porque tiene buenos talismanes. Y Samba los mató a todos, con excepción de uno solo.

Samba hizo prisionero al que quiso dejar vivo. Le cortó las orejas y le dijo:

—Ve a contar a Birama N’Gurori que le he quitado sus rebaños.

El hombre se fue. Llegó a la gran cabaña de Birama. El primero a quien pidió que fuera a comunicar al rey la degollina de los pastores y el robo del ganado le respondió rotundamente:

—No, no quiero ir.

Aquel día Birama estaba aún durmiendo. Una de sus mujeres, que estaba arreglándose la cabeza al estilo de los *peules*, dijo:

—¿Cómo van a dar a Birama una noticia así?

Las demás aconsejan que se llame a los *griots* con sus *r’halems*.

Las mujeres se reunieron con la primera y con su hermana. Prepararon el mafelalo con hojas de árbol. Ya preparado, lo depositan suavemente junto a Birama, que duerme. Después recogieron «hamond» en los arbustos. El «hamond» es una goma perfumada que los *wolofs* llaman *homunguené* o *tiuraye*. El humo envolvió a Birama, y este se despertó.

Vio a los *griots*, todos con sus violines, tocando.

—¿Qué hay? ¿Qué significa esto? —Tales fueron sus primeras palabras al despertar.

Un hombre se adelantó tembloroso:

—Un *peul* ha acometido a tus pastores. Quería robarte el ganado...

Sin dejarlo concluir, Birama lo mata:

—¡El mismo Allah —gritó colérico—, el mismo Allah no podría quitármelos!

Otro hombre se acercó y relató lo ocurrido, Birama también lo mató. De este modo mato a tres. Los otros huyeron.

Entonces entró la hermana de Birama llevándole leche cuajada. Se la puso delante y le dijo:

—A esto se reduce tu comida a partir de ahora desde que el
208 peul ha robado tus rebaños. No hay otra cosa que darte.

El rey Birama se montó en su caballo Golo, el alazán. Cabalgó lleno de furia y alcanzó a Samba Gueladio detrás de la aldea. Samba detuvo el rebaño y esperó tranquilamente a Birama.

—¿Fuiste tú quien vino a robarme el ganado?

—Sí, yo soy. Pero te dejaré una parte, si eso te contenta. Lo demás lo guardo para mí.

—Quizás puedas hacerlo —dijo Birama—, pero antes habrás de matarme.

Samba saca una pipa. Echa yesca, enciende y fuma una cuantas chupadas. Hecho esto, dice a Birama:

—Como gustes. Decide lo que te plazca —De este modo habló el rey.

El Birama descarga un recio lanzazo contra Samba. La lanza se quiebra en dos pedazos. Toma rápidamente otra lanza y golpea de nuevo. Golpea con todas sus lanzas, hasta que no le queda ninguna intacta. Entonces Samba golpea a su vez. La lanza también se rompe.

Entonces salta sobre su yegua y los dos pelean a caballo, y las cabalgaduras se destrozan y riñen furiosamente. Al fin, Samba vence, y Birama huye.

Helos en el tata de Birama. El tata comprende lo menos ocho recintos cada uno con su puerta. Cuando Birama se presenta ante la primera, sus gentes lo dejan pasar y hacen fuego sobre Samba. Mientras no se disipa el humo de los disparos, los hombres creen que Samba ha perecido. Pero no es así, y ven que continúa persiguiendo al rey. Y, ante cada puerta, el mismo hecho se repite, hasta que Birama y Samba llegan al centro de las cabañas.

Entonces Samba deja de perseguirlo:

—Si no fuese porque tu hermana te protege, te mataría —dice al jefe—: pero yo soy su *naulé* (con género) y no puedo desoír la súplica de quien no me ha ofendido.

Entonces volvió al rebaño, separó trescientas cabezas y se las envió al rey, diciendo:

—Es un regalo que hago a Birama y a su hermana.

Aún le quedaba otro tanto, como premio de la victoria sobre Birama N'Gurori. 209

—Tú eres un *peul* como yo —dijo al rey—. Por eso no quiero que te veas reducido a alimentarte de leche cuajada.

Y se fue, con el resto del ganado.

Llegó al pueblo de Ellel Bildikry:

—Este es el ganado de Birama N'Gurori —dijo.

—Está bien —respondió el rey.

Los notables vinieron a hablar con el rey.

—Ese hombre —le dicen— ha venido aquí, ha matado a Niabardi Dallo y, además, ha conseguido apoderarse de los rebaños de Birama. Nuestras abuelas decían que nadie había podido apropiárselos, y él lo ha logrado. Si vamos con él a la guerra, nos hará perecer a todos.

—Ahora están obligados a proporcionarme guerreros —les dijo Samba.

Y las mujeres del país gritaron:

—Puesto que nuestros maridos tienen miedo de acompañarte, nosotras las mujeres iremos contigo.

Ellel Bildikry llamó a Samba y le prometió los guerreros para dentro de unos días.

La aldea tiene cuatro puertas. Ellel Bildikry manda cortar gruesos troncos de árbol. Se emplearán a manera de peldaños. El número de jinetes se tendrá por suficiente, cuando los cascos de los caballos hayan machacado la madera.

Por cada salida, Samba ha visto desfilar durante varios días caballos y jinetes. En fin, se da por satisfecho.

—Ahora, que salgan los peones —dijo.

Y durante otros cuantos días asiste a la salida de los peones.

—Esto basta —dijo—. Sólo nos queda partir.

Entonces Samba se pone en camino hacia el Futa. Ya muy cerca, ordena a sus columnas que sigan marchando y se dirijan hacia la parte de N'Guiguilone, siguiendo la margen del río. Samba va a ver a su madre, que dejó al cuidado del Tunka.

La columna consta de muchos caballos. El mismo día que Samba se separó de ella para ir a Tiyábo, en el Futa, Tunka se dijo: «Seguramente Samba se ha perdido en la selva.» Y, perdiendo el miedo, expulsó de la aldea a la madre y a los cautivos de Samba.

Los cautivos tomaron unos paños e hicieron una especie de techado, como en las tiendas de los moros, y la madre de Samba se metió debajo para resguardarse del sol. Después se dispersaron en la selva para buscar un poco de mijo, y, cada vez que veían a un hombre que transportaba su cosecha, lo seguían para recoger lo que pudiera caerle. Regresaron con lo poco que hallaron; prepararon con ellos un mal alcuzcuz y se lo dieron a la madre de su amo para alimentarla, después de añadir unas hojas de árbol cocidas.

Serían las dos, aproximadamente. Algunos cautivos permanecieron con la madre de Samba. De pronto oyen a un *griot* que vocifera:

—¡Uldu Gueladio Diegui! —que quiere decir—: Temo a Samba, lo respeto como a mi amo.

La voz es aguda y clara. Es la de Sevi. De seguro, es Samba que llega. Los cautivos exclaman:

—Es la voz de un bambado. ¡Samba viene!

Y la madre de Sevi dice:

—Sí, sí; me parece que el que canta es mi hijo.

Pero la madre de Samba responde tristemente:

—El *griot* está loco para cantar así, porque mi hijo se ha perdido. Ya no lo veré nunca más.

Pero de repente la yegua de Samba llega al río, y Samba atraviesa el agua montado en Umullatoma.

Y el Tunka dice a sus gentes:

—Cuando Samba pregunte por mí, díganle que hace mucho tiempo que he muerto.

Samba está ahora al lado de su madre. La encuentra apartada del lugar:

—¿Qué significa esto? —le pregunta.

Y su madre le responde:

—Ya vez, hijo mío, como nos ha tratado el Tunka desde que te fuiste.

—Está bien —dice Samba por toda respuesta.

Va a la casa del Tunka. Pregunta a la gente:

—¿Dónde está el Tunka? Que me lo busquen.

—El Tunka murió hace mucho tiempo.

—Lléveme a su sepultura. Muerto y todo, encenderé una hoguera para quemarlo.

Lo llevan un poco más lejos:

—Aquí está enterrado el Tunka.

Samba llama a unos hombres, les manda cavar en el sitio indicado y no encuentra nada.

—Sáquenlo de su cabaña —ordena—. Lo necesito.

Arrastra al Tunka hasta el centro de la aldea. Samba permanecía a caballo. Toma una rama y extiende el brazo:

—Amontonen —dice— las joyas, el oro, los pendientes y las monedas, hasta que el montón llegue a la altura de mi mano.

Empezaron a amontonar el oro, los pendientes y las monedas. Cuando el montón alcanzó un metro de altura, Sevi saltó de su caballo sobre el montón. Lo aplastó con su peso y dijo:

—No es bastante alto. Pongan más.

Siguen amontonando, y Sevi lo aplasta, hasta que Samba dice:

—Ya es bastante.

Enseguida Samba se dirige al Tunka:

—Para que otra vez que deje a mi madre en tu casa, te acuerdes de lo que he hecho o no te extrañe que vuelva a empezar.

Tomó consigo las telas, el oro, y se los dio a su madre y a su gente. Luego reanudó su camino.

Fue hasta Uahuldé, en el Futa. Pasó de largo y continuó hasta encontrar a sus columnas en N'Guiguilone. Desde allí

envió un mensajero a su tío Konkobo para decirle que se preparase, que iban a combatir en Bilbaci. Y avanzó en persona, desde N'Guiguilone.

En ese momento, su tío estaba en Sadel, cerca de Kayaedi. Samba se dirige a su encuentro y ve que Konkobo lo espera con su ejército. En aquel tiempo, antes de dar batalla, se hacía un gran tam-tam, y el tema de guerra que servía a los *griots* se llamaba Alamari, y la danza que danzaban sólo estaba permitida a los jóvenes valientes que no sentían miedo. La danza se llamaba también Alamari y se bailaba con la lanza empuñada.

El tambor de que hablo estaba cubierto con la piel de una doncella. Desde su puesto, Samba oyó el bullicio del tam-tam:

—Bueno —dijo—: yo también voy allá. Quiero bailar el Alamari.

Su griot, que se llamaba Sevi Malallaya, le pregunta:

—¿Estás loco? Debes permanecer aquí hasta mañana.

Samba responde:

—Di lo que quieras; no te hago caso. Iré.

Samba cruzó el río. Fue hasta el tam-tam y entró en la rueda de los circunstantes. Se cubrió la cabeza con el tonelete, se veló el rostro. Bailó con la lanza en el puño.

Y cada uno se dijo:

—¡Ese es Samba Gueladio Diegui!

Pero él no dice palabra. Véanlo en el tam-tam. Llama a sus primos, los hijos de Konkobo Mussa, y les dice:

—Vengan. Entremos en la cabaña de vuestro padre. Tenemos que hablar.

Allí hay un cautivo llamado Mahundé Galé, que tiene un ojo malo. Su hijo le pregunta:

—Papá, ¿cómo quieres combatir mañana estando así?

—Tráeme un kilo de pimentón —responde el padre.

Se aplica el pimentón al ojo enfermo, sujetándolo con una venda. Luego se acuesta y, cuando se quita la venda, tiene el ojo de color de fuego y dice:

—Cuando la columna de Samba vea a un hombre con un ojo tan colorado, se dará a la fuga, llena de terror.

A las seis de la mañana, las columnas de Samba y las de Konkobo comenzaron la batalla. Samba había permanecido acostado en la cabaña de Konkobo Mussa. Había pasado la noche bromeando con sus primos hasta la salida del sol. En ese momento les dijo:

—Tráiganme agua para lavarme.

Todo esto lo dice delante de mucha gente. Luego toma su lanza y sale del lugar. Atraviesa las columnas de Konkobo Mussa. Véanlo que se dirige a sus columnas. Véanlo ya en medio de ellas.

Encuentra su yegua donde la dejó, atada a una estaquilla. Ordena que la ensillen, y su cautivo la ensilla. Se monta y sale al galope. Penetra en las columnas de Konkobo. Saca de la funda el fusil Bussalarbi y de cada disparo mata lo menos cincuenta guerreros.

—¡Cómo! —se dicen los soldados de Konkobo—. Creíamos que, en cuanto empezara la batalla, las columnas de Samba emprenderían la fuga, y, lejos de eso, resisten todavía.

Entonces, desalentados, abandonan a su jefe. ¡Hay que verlos cómo huyen! Pero Konkobo no es de los que huyen. Muerto su caballo, toma puñados de tierra y se rellena su serualla (pantalón). Si quisiera escapar, no podría, porque la tierra pesa mucho.

Samba da muerte a cuanto se le pone delante. Véanlo frente a Konkobo que permanece de pie junto a su caballo muerto:

—¿Qué hay, papá? ¿Qué le sucede?

—Ya ves —responde Konkobo—, me han matado el caballo.

Samba corre tras un jinete de Konkobo. Lo mata y trae el caballo.

—¡Papá —le dice—, monta en este caballo y sigue combatiendo!

Konkobo se pone en la silla. Se precipita sobre las columnas de Samba. El segundo caballo cae muerto.

Samba acude de nuevo:

—¡Vaya, papá! ¿Te han matado de nuevo el caballo?

Entonces mata a otro jinete de Konkobo.

—Papá —dice a su tío—, aquí tienes otra montura.

Ocho veces por lo menos ha reemplazado Samba los caballos de su tío. Mata a los hijos de Konkobo, los destroza a todos. Véanlo ahora dueño del Futa.

Lleva a su tío fuera de la aldea y le dice:

—Quédate aquí para siempre. Pedirás limosnas.

214 Cuando Samba murió y fue enterrado, un *peul* que pasaba cerca de la sepultura vio la cabeza del antiguo rey del Futa que sobresalía del suelo.

—¡Ah! —dijo—: esta cabeza de cochino se figura que no ha muerto.

Tomó el bastón y golpeó la cabeza. El bastón se rompió y una astilla le entró por un ojo al *peul* y le causó la muerte.

Los bambados del Futa dijeron:

—Samba no puede morir; él es quien mató al *peul*.

38. La leyenda de Ngurangurane, el hijo del cocodrilo

215

Había una vez, hace mucho tiempo, mucho tiempo, un muy grande hacedor de fetiches, y era Ngurangurane, hijo del cocodrilo.

Como nació, es la primera cosa que verán; lo que hizo y cómo murió, es la segunda. Contar todas sus acciones es imposible, ¿ni quién, por otra parte, las recordaría?

Cómo nació, es la primera cosa:

En aquella época los *fan* vivían al borde de un río grande, grande, tan grande que no se podía ver la otra orilla; pescaban desde la margen. Pero no entraban en el río; nadie les había enseñado aún a abrir canoas; quien les enseñó fue Ngurangurane. Ngurangurane enseñó este arte a los hombres de su familia, y su familia eran los hombres, eran los *fan*.

En el río vivía un cocodrilo enorme, el amo de los cocodrilos; su cabeza era más larga que esta cabaña, sus ojos más gordos que un cabri entero, sus dientes partían un hombre en dos pedazos como yo parto una banana, ¡*criss!* Estaba cubierto de escamas enormes; un hombre le disparaba unos dardos: *to to*; pero *pfut*, el dardo rebotaba; ya podía ser el hombre más robusto: *pfut*, el dardo rebotaba. Era un animal terrible.

Un día fue a la aldea de Ngurangurane, el cual no había nacido aún. Y el que mandaba a los *fan* era un gran jefe y mandaba a muchos hombres. Mandaba a los *fan* y a los muchos otros. Ngan Esa fue, pues, un día a la aldea de los *fan* y llama al jefe:

—Jefe, yo te llamo.

El jefe acude enseguida. Y el jefe cocodrilo dice al jefe hombre:

—Escucha atentamente.

El jefe hombre contesta:

—Orejas; es decir, estoy escuchando.

—Esto es lo que has de hacer desde hoy. Tengo hambre todos los días, y pienso que la carne de hombre me sienta mejor que la carne de peces. Todos los días amarrarás un esclavo y me lo traerás a la orilla del río; un día un hombre, una mujer al día siguiente, y el primer día de cada luna, una joven bien pintada con el *baza* y reluciente de grasa. Así lo harás. Si te atreves a desobedecer, me comeré toda la aldea. Y se acabó. Cállate.

Y el jefe cocodrilo, sin añadir palabra, se volvió al río. En la aldea comenzaron las lamentaciones fúnebres. Cada cual dijo:

—Muerto soy.

Cada cual lo dijo: el jefe, los hombres, las mujeres.

Al siguiente día, de mañana, cuando sale el sol, el cocodrilo jefe estaba al borde del río. ¡*Wah!* ¡*Wah!* Sus fauces enormes eran más largas que esta cabaña; sus ojos, gordos como un cabri entero. ¡Los cocodrilos que hoy se ven, ya no son cocodrilos! Y se dieron prisa a llevar al cocodrilo jefe lo que había pedido: un día un hombre, una mujer al siguiente, y el primero de cada luna una doncella ornada de rojo y de aceite, reluciente de grasa. Se hizo cuanto el cocodrilo jefe había ordenado, y nadie se atrevió a desobedecer, porque tenía en todas partes sus guerreros, los cocodrilos.

Y el nombre de este cocodrilo era Ombure; las aguas obedecían a Ombure, las selvas obedecían a Ombure, sus «hombres» estaban en todas partes, era jefe de la selva, pero, sobre todo, era jefe del agua. Cada día devoraba un hombre, o una mujer, y estaba muy contento, y en buena amistad con los *fan*. Pero estos habían acabado por dar todos sus esclavos, y el jefe había entregado todas sus riquezas por comprar más. Ya no le quedaba caudal, ni un colmillo de elefante. Y tenía que dar un hombre, un hombre *fan*. Y el jefe de los *fan* reunió a todos sus hombres en la cabaña común; les habló mucho tiempo, mucho tiempo, y después, los otros guerreros hablaron también mucho tiempo. Cuando la conversación terminó, todos estaban de acuerdo y

sentían con un sólo corazón que era necesario partir. El jefe dijo entonces:

—Esta cuestión está zanjada. Iremos lejos, lejos de aquí, allende las montañas. Cuando estemos lejos, muy lejos del río, allende las montañas, Ombure no podrá alcanzarnos, y seremos felices.

Resolvieron no renovar la sementera, y que al acabar la estación, toda la tribu abandonaría las orillas del río. Así se hizo.

Al comenzar la estación seca, cuando están bajas las aguas y es agradable viajar, la tribu se pone en marcha. El primer día fueron deprisa, deprisa, tan deprisa como les fue posible. Cada hombre apresuraba a sus mujeres, y las mujeres, apretando el paso, caminaban en silencio, doblegadas bajo el peso de las provisiones y los utensilios de casa, porque se lo llevaban todo: marmitas, platos, monteros, canastas, sables y azadas; cada mujer llevaba su carga, y carga muy pesada. Carga pesada, porque, además de todo eso, llevaban el *manioc* que habían secado. Carga pesada porque tenían también que llevar a los hijos, los más pequeños que no sabían andar, y los que no podían andar, y los que no podían andar mucho tiempo.

Y era menester guardar silencio. Los hombres callaban, y las mujeres callaban y los niños lloraban; pero las madres les decían:

—Callen.

El gran jefe iba delante; dirigía la marcha, porque era el que conocía mejor el país; había cazado mucho, y llevaba al cuello un collar de dientes de mono grande. Era, en efecto, un gran cazador.

El primer día, muchos miraban atrás, creyendo oír al cocodrilo: ¡*Wah!* ¡*Wah!*, y el que iba en la cola sentía enfriársele el corazón. Pero no se oía nada. El segundo día, la caminata fue la misma, y no se oyó nada. El tercer día, la caminata fue la misma, y no se oyó nada.

En tanto, el primer día salió del agua el cocodrilo jefe, según costumbre, para ir al sitio donde solían poner el esclavo que le destinaban. Llega: ¡*Wah!* ¡*Wah!* Nada. ¿Qué es esto? Enseguida toma el camino de la aldea.

—Jefe de los hombres, yo te llamo.

¡Nada! No oye ruido alguno; entra, todas las cabañas están abandonadas: va a las plantaciones, las plantaciones están abandonadas: ¡Wah! ¡Wah! Recorre todas las aldeas, todas las aldeas están abandonadas: recorre todas las plantaciones, todas las plantaciones están abandonadas.

218 Ombure, dominado por un furor espantoso, se sumerge en el río para consultar al fetiche, y canta:

*Vosotros que mandáis en las aguas, espíritus de las aguas,
vosotros que estáis a mi mandar, yo os llamo,
venid, venid a la voz de vuestro jefe,
responded sin tardanza, responded al punto.
Enviaré el relámpago que al pasar quiebra los cielos,
enviaré el trueno que al pasar lo rompe todo,
enviaré el viento de la tempestad que al pasar arranca
los bananeros,
enviaré la tormenta que cae de la nube y lo barre todo.
Y todos responderán a la voz de su jefe.
Vosotros todos que me obedecéis, indicadme el camino,
el camino que han tomado los fugitivos.
Espíritus de las aguas, responded.*

Pero con gran sorpresa suya, los espíritus de las aguas no responden, ni uno solo responde.

¿Qué había sucedido? Esto. Antes de salir de su aldea, el jefe de los hombres había ofrecido grandes sacrificios. Había ofrecido un gran sacrificio a los espíritus de las aguas, pidiéndoles que permanecieran mudos, y habían prometido. Habían prometido: Nada diremos.

Ombure comienza un conjuro todavía más fuerte.

*Vosotros que mandáis en las aguas, espíritus de las aguas,
Vosotros que estáis a mi mandar, yo os llamo.*

Y los espíritus de las aguas, forzados a obedecer, aparecen ante Ombure:

—¿Dónde están los hombres, han pasado por vuestros caminos?

—No hemos visto nada, no han pasado por nuestros caminos.

Y Ombure dice:

—No han pasado por los caminos del agua; los espíritus de las aguas no pueden desobedecerme.

Y llama a los espíritus de las selvas:

*Vosotros que mandáis en las selvas, espíritus de las selvas,
vosotros que estáis a mi mandar, yo os llamo,
venid, venid a la voz de vuestro jefe.
Responded sin tardanza, responded al punto.
Enviaré el relámpago que al pasar quiebra los cielos,
enviaré el trueno que al pasar lo rompe todo.
Enviaré el viento de la tempestad que al pasar arranca
los bananeros,
enviaré la lluvia de tormenta que cae de la nube y lo barre
todo.
Y todos responderán a la voz de su jefe.
Vosotros todos que me obedecéis, indicadme el camino,
el camino que han tomado los fugitivos.
Espíritus de las selvas, responded.*

Pero con gran sorpresa suya, de todos los espíritus de las selvas, ni uno responde, todos se callan.

¿Qué había pasado? Esto. Antes de salir de su aldea, el jefe de los hombres había ofrecido grandes sacrificios. Había ofrecido un gran sacrificio a los espíritus de las selvas, pidiéndoles que permanecieran mudos, y habían prometido: Nada diremos.

Ombure comienza un conjuro más fuerte:

Vosotros que mandáis en las selvas, espíritus de las selvas.

Vosotros que estáis a mi mandar, yo os llamo...

Y los espíritus de las selvas, forzados a obedecer, comparcen ante Ombure:

—¿Dónde están los hombres, han pasado por vuestros caminos?

Y los espíritus de las selvas responden:

—Han pasado por nuestros caminos.

Y sucesivamente, Ombure llama a los espíritus del día, a los espíritus de la noche, y gracias a ellos, averigua por dónde han pasado los fan.

¡Le han dado la noticia!

Y cuando Ombure terminó sus conjuros, conocía el camino que habían tomado los fan fugitivos. En vano habían disimulado el rastro. Ombure conocía su camino. ¿Quién se lo había dicho? El relámpago, el viento, la tempestad se lo habían dicho: el relámpago, el viento, la tempestad se lo habían enseñado.

Los *fan* continuaron su camino mucho tiempo, mucho tiempo. Franquearon, al fin, las montañas, y el gran jefe consultó al fetiche:

—¿Nos detendremos aquí?

Y el fetiche, que desde hacía tiempo, desde el primer día, obedecía las órdenes de Ombure (sin que el jefe lo supiese), respondió:

—No, no se detengan aquí, no es buen sitio.

Franquearon las llanuras y cuando las hubieron franqueado y encontraron la gran selva, la selva que no acaba nunca, el gran jefe consultó al fetiche:

—¿Nos detendremos aquí?

Y el fetiche, una vez más, respondió:

—Más lejos aún.

Llegaron, al fin, a una vasta llanura, delante de un inmenso lago que cerraba el paso, y el gran jefe consultó al fetiche:

—¿Nos detendremos aquí?

Y el fetiche, que obedecía a Ombure, respondió:

—Sí; deténganse aquí.

Y los fan habían caminado muchos días y muchas lunas; los niños eran ya adolescentes, los adolescentes eran ya jóvenes guerreros, y los guerreros jóvenes, hombres maduros. Habían caminado muchos días y muchas lunaciones. Se detuvieron a orillas del lago. Construyeron las nuevas aldeas, hicieron las plantaciones, y por todas partes el maíz dio un grano nuevo. El jefe reunió entonces a sus hombres para dar nombre a la aldea, y la llamaron: *Akurengan* (liberación del cocodrilo).

Pues bien; al mediar aquella misma noche, se oyó un gran ruido y una voz grita:

—¡Oh!, vengan, vengan aquí.

Todos salen, muy asustados. ¿Qué ven? (porque la luna alumbraba mucho). ¡Ombure estaba en medio de la aldea! Estaba delante de la cabaña del gran jefe: ¿Qué hacer? ¿A dónde huir? ¿Dónde esconderse? Nadie se atrevía a pensarlo. Y cuando el gran jefe salió de la cabaña para ver lo que ocurría, *yu*, fue la primera presa. De una dentellada Ombure lo partió en dos pedazos. *¡kro, kro, kwas!*

—Esto es *Akurengan* —se limitó a decir:

Y regresó al lago.

Los guerreros, temblorosos, eligieron enseguida otro jefe, hermano del anterior, según la ley, y de mañana tomaron a la mujer del jefe anterior y la dejaron atada a orilla del lago, como ofrenda a Ombure. Llegó Ombure; la mujer lloraba. *¡Kro, kro!* Se la comió. Pero en la tarde, volvió a la aldea y llamó al jefe:

—¡Jefe, yo te llamo!

El jefe, temblando, respondió:

—Escucho.

—Esto es lo que yo, Ombure, les ordeno, y lo que han de hacer. Todos los días me llevarán dos hombres: uno por la mañana, otro por la tarde, y al día siguiente me llevarán dos mujeres: una por la mañana y otra por la tarde. Y el primer día de cada lunación, dos doncellas, bien engalanadas, y adornadas de rojo y relucientes de aceite. Váyanse; yo soy Ombure, rey de la selva; yo soy Ombure, rey de las aguas.

Y así lo hicieron durante largos años. Todas las mañanas, todas las tardes, Ombure tenía su comida: dos hombres un día, dos mujeres al siguiente, y dos doncellas el primero de cada mes. Y así, durante mucho tiempo. Para pagar a Ombure, los fan hacían la guerra, lejos, lejos, y siempre vencían, porque Ombure, el jefe cocodrilo, los protegía, y se convirtieron en grandes guerreros.

222

Pero los años pasaron, el uno derribando al otro.

Y los fan habían renovado muchas veces las plantaciones. Y estaban cansados de Ombure. Se habían olvidado de cómo los había alcanzado en la fuga. Y estaban muy cansados de Ombure.

Habían olvidado. Y los jóvenes decían:

—Estamos cansados. Vámonos.

Y los jóvenes partieron de avanzada, siguieron los guerreros, y las mujeres llevaban los bagajes detrás de los guerreros.

Ombure llega al día siguiente por la mañana al borde del lago, en busca, como de costumbre, de su pitanza cotidiana. Mira, busca. Nada. Llega a la aldea. Nada ¿Qué hace? Toma el fetiche y llama enseguida a los espíritus de la selva.

—Esto les ordena Ombure, vuestro jefe —les dice—. Mis esclavos han huido, están en vuestros dominios, que todo camino se cierre ante su paso. Viento de la tempestad, rompe los árboles ante su paso; espíritu del trueno, espíritu del relámpago cierra sus ojos. Vayan que Ombure lo manda.

Obedecen. Los caminos se cierran ante los fan, los grandes árboles se derrumban, la oscuridad lo invade todo. Desesperados, tienen que volver al lago, y Ombure los aguarda en el lugar. Pero Ombure es viejo; en vez de dos hombres, exige ahora:

—Me darán cada día dos doncellas en sacrificio.

Y los fan tuvieron que obedecer, y cada día llevar a Ombure dos doncellas, dos doncellas pintadas de rojo, relucientes, frotadas con aceite. Tal es su fiesta de bodas.

Las hijas de los fan lloran, se lamentan; lloran y se lamentan: es la fiesta de sus tristes bodas.

Lloran y se lamentan de noche; por la mañana no lloran ni se lamentan; ya no oyen hablar de ellas sus madres; están en el

fondo del lago, en la gruta donde mora Ombure; ellas le sirven, y él se alimenta de ellas.

Pero un día ocurrió esto: la joven que había de ser expuesta por la tarde en la orilla del río, la joven a quien tocaba el turno, era Alena Kiri, hija del jefe. Era joven y bella. Y por la tarde, la dejaron atada con su compañera en la orilla del lago. La compañera no volvió, pero al día siguiente, al renacer la luz, la hija del jefe aún estaba allí. Ombure la había perdonado.

223

Así fue que la llamaron: la aurora ha venido. Pero nueve meses después, la hija del jefe tuvo un hijo, un varón. En memoria de su nacimiento, el niño fue llamado *Ngurangurane*, el hijo del cocodrilo.

Ngurangurane era, pues, hijo de Ombure, el cocodrilo jefe: esta es la primera historia. Ngurangurane había nacido así.

Veamos ahora la segunda historia: la muerte de Ombure.

Ngurangurane, el hijo del cocodrilo Ombure, y de la hija del jefe, creció, creció, creció día por día; de niño se hizo adolescente; de adolescente, mancebo. Entonces adivine a su jefe de su pueblo. Es un jefe poderoso, y muy sabio hacedor de fetiches. En su corazón alentaba dos deseos: vengar la muerte del jefe de su raza, del padre de su madre, y exonerar a su pueblo del tributo que pagaba el cocodrilo.

Y lo que hizo a este propósito, helo aquí:

En la selva se halla un árbol sagrado, eso ya lo saben ustedes, y el árbol se llama palmera. Corten una palmera: la savia fluye, fluye con abundancia, y, si la guardan dos o tres días encerrada en vasijas de barro, tendrán el *dzan*, bebida que pone júbilo en el corazón. Nosotros sabemos ahora esto, pero nuestros padres no lo sabían. Se lo enseñó Ngurangurane y el primero que bebió el *dzan* fue Ombure, el cocodrilo jefe. ¿Quién había dado a conocer a Ngurangurane, el *dzan*? Fue *Ngonomane*, la piedra fetiche que le dio su madre.

Pues bien; siguiendo el consejo de *Ngonomane*, Ngurangurane hizo esto:

—Preparen todas las vasijas de barro que posean y llévenlas a mi cabaña.

Así dijo a las mujeres, que llevaron todas las vasijas de barro que poseían, y eran muchas, muchas.

—Vayan todas a la selva —les dijo aun—, cerca del arroyo de las adoberas, y hagan más vasijas.

Fueron al arroyo de las adoberas e hicieron muchas vasijas, muchas.

—Vamos a la selva —dijo a los hombres—, vamos, y cortarán los árboles que yo les indique.

Y fueron todos juntos, con hachas y cuchillos, y cortaron los árboles que les mostró Ngurangurane. Esos árboles eran palmeras. Cortados todos, recogieron la savia que fluía, abundante, de las heridas del hacha. Trajeron las vasijas (esto lo hicieron las mujeres) nuevas y viejas, y, cuando las tuvieron todas, las llenaron de *dzan*, y las mujeres las transportaban a la aldea. Todos los días Ngurangurane probaba el licor; los hombres quisieron imitarlo, pero se los prohibió mediante un gran *eki*. Un hombre dijo: «Puesto que Ngurangurane bebe, beberé yo.» Y bebió, pero en secreto, y al punto perdió la cabeza. Ngurangurane se fue a él y lo mató de un tiro. Arrojaron el cuerpo, sin sepultura, por haber infringido la prohibición y despreciado el *eki*.

Tres días después, Ngurangurane reunió a su gente, hombres y mujeres, y les dijo:

—Este es el momento, carguen con las vasijas y vengan conmigo a la orilla del lago.

Cargaron con las vasijas y se fueron con él.

Llegados a la orilla del lago, Ngurangurane ordenó esto a los hombres:

—Traigan a la orilla todas las vasijas.

Y así lo hicieron. Y dice a las mujeres:

—Traigan la arcilla que les he enviado a buscar.

Y así lo hicieron. Y en la orilla del lago, con arcilla fresca, construyeron dos balsas grandes, cuidadosamente apisonadas con los pies, cuidadosamente alisadas con la palma de la mano. Entonces vierten en las dos balsas todo el *dzan* contenido en las vasijas, sin dejar gota. Ngurangurane comienza un gran fetiche, enseguida rompen todas las vasijas y las echan al lago, atan a las

dos cautivas cerca de las balsas, y todo el mundo se retira de la aldea.

Ngurangurane se queda solo, escondido cerca de las balsas.

A la hora acostumbrada, el cocodrilo sale del agua. Se dirige a las cautivas, que tiemblan de pavor, pero, ante todo:

—¿Qué es esto? —dice al acercarse a las balsas—. ¿Qué es esto? —Prueba un poco del líquido. El licor le parece bueno, y exclama en voz alta—: Es bueno esto; mañana ordenaré a los *fan* que me lo traigan todos los días.

Y el cocodrilo Ombure bebió el *dzan*. Lo bebió hasta la última gota, olvidándose de las cautivas. Al terminar, cantó:

He bebido el dzan, bebida que alegra el corazón.

He bebido el dzan.

He bebido el dzan, mi corazón jubila.

He bebido el dzan.

*Yo soy el jefe a quien obedecen todos,
yo, Ombure, soy el gran jefe,*

Ombure es dueño de las aguas,

Ombure es dueño de las selvas;

yo soy el jefe a quien obedecen todos.

Yo soy el jefe.

He bebido el dzan, bebida que alegra el corazón,

he bebido el dzan.

He bebido el dzan, mi corazón jubila.

He bebido el dzan.

Canta y, sin acordarse ya de las cautivas, se queda dormido en la playa, jubiloso el corazón.

Al punto, Ngurangurane se acerca a Ombure dormido; con una cuerda recia, y ayudado por las cautivas, lo ata a un poste; después, blandiendo con fuerza el dardo, hiere al animal dormido. El dardo rebota en las gruesas escamas, sin penetrar en el cocodrilo, el cual, sin despertarse, se rebulle diciendo: «¿Qué es esto? Me ha picado un mosquito.»

Ngurangurane toma el hacha, su fuerte hacha de piedra; descarga sobre el animal dormido un golpe formidable; el hacha rebota sin herir al animal, que comienza a agitarse. Las dos cautivas huyen despavoridas. Entonces, Ngurangurane hace un fetiche poderoso: «Trueno —dice— trueno, yo te conjuro. Tráeme tus flechas.»

226 Y el trueno acude, retumbando. Pero al saber que ha de matar a Ombure, exclama: «Es tu padre, es mi amo.» Y huye despavorido. Pero Alemkiri viene en auxilio de su hijo, y trae la piedra hadada, *Ngonomane*. Y en nombre de *Ngonomane*, Ngurangurane dice: «Relámpago, te mando que lo hieras.»

Y el relámpago lo hiere, porque no podía desobedecer. En la cabeza, entre los ojos, hiere a Ombure, y Ombure queda en el sitio, fulminado, muerto. Ngurangurane es el que ha matado a Ombure, pero lo ha matado gracias al auxilio de *Ngonomane*.

Y el fin de esta historia, véanlo en la aldea.

—Hombres de esta aldea —dice— vengan todos. Acuden al borde del lago. Allí está Ombure, yacente, muerto, inmenso.

—Yo he matado al cocodirlo Ombure, yo, Ngurangurane, he vengado al jefe de mi raza; yo, Ngurangurane, los he libertado.

Todos se regocijaron, y en torno del cadáver bailaron el *fanki*, la gran danza fúnebre; bailaron el *fanki*, para apaciguar el espíritu de Ombure.

Y este es el fin de Ombure.

39. Daura

Daura tenía hijos; entrado en años y envejeciendo les dijo:

—Estoy viejo, no puedo ya gobernar el Buganda. Tomen posesión de él, sean dueños de nuestro reino.

Respondieron:

—Padre, somos jóvenes. ¿Cómo tomar posesión del Buganda, si no has muerto? ¿Cómo vamos a sucederte en vida?

Rehusaron.

—Puesto que no quieren posesionarse de la realeza, déjenme —dijo Daura.

Llamó a Seroganga el *mukopi* y le dijo:

—Ven, voy a contártelo todo. Daura le dijo:

—¿Me llevarás a tu casa y me esconderás?

—Señor, te esconderé.

—Bueno —dice el rey—. Márchate. Ven esta noche. Nos iremos juntos y me esconderás. La realeza me fastidia. No la aguanto más.

Dijo a uno de sus esclavos y a tres de sus mujeres:

—Vengan, partamos a escondernos.

Se levantó y se fue a casa del *mukopi*. Seroganga lo condujo a la selva, construyó una casa y la terminó.

—Amigo mío —dijo el rey—, no reveles a nadie que estoy en la selva.

—No, señor. No te delataré.

Daura se quedó en la selva. La mujer que lo había parido preguntó a los grandes:

—¿Dónde ha ido el rey?

—Ha desaparecido —respondieron.

—Consulten con un hechicero —dijo la reina madre.

Fueron en busca de un brujo, quien les dijo:

—Vengan mañana temprano todos los de Buganda. El que esté mejor vestido, ese es el que esconde al rey. Cuando vean al que sobresale por el vestir, apodérense de él y les revelará dónde se halla el rey.

Seroganga dijo a Daura:

—Señor, voy a un festín.

—No me delates.

—Señor, no.

Fue a Rusaka. La reina madre lo llamó:

—Seroganga, jura y dime esto: «Anoche he visto a Daura.»

Namasa le dice:

—¡Seroganga!

Y juró de nuevo:

—Anoche he visto a Daura.

—Qué bien vestido estás.

Seroganga repitió:

—Anoche he visto a Daura.

—Daura ha desaparecido hace tiempo; pero tú lo has visto anoche.

—Señor —dijo Seroganga—, no lo he visto; no he hecho más que jurar.

La reina madre dijo a los grandes:

—Apodérense de él y mátenlo.

Se apoderaron de él. Entonces Seroganga dice:

—No me maten, señores. Déjenme y los conduciré a la selva, a Hanyaya, a casa del rey.

—Dejen a Seroganga —dice la reina madre— que los lleve a la selva, a casa del rey.

Delante de todos los grandes y jefes, los precedió en el camino; llegaron a la selva. Cuando vieron al rey se arrodillaron. Daura dijo a Seroganga:

—Te había dicho que no me delataras a los hombres. No obedeciste. ¿Quién los ha traído aquí?

—Señor —respondió—, querían matarme.

—Puesto que me has delatado, que te maten.

Daura lo mató. Enseguida salió de la selva, volvió al Buganda, recobró la realeza, y los grandes fueron a saludarlo.

230 40. Los *bachoengs*

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, muchachas y muchachos estaban una tarde jugando. Jugaban fuera del pueblo; no estaban en el interior. Jugando se hallaban, cuando uno de ellos dice:

—¡Pulunguane! ¡Pulunguane! —balando como Pulunguane: ¡Ao-o-o-o-o!, y haciéndoles huir.

Corrían los de delante, en mayor número; seguían otros detrás, y el último de todos, el que hacía el Pulunguane, los seguía y corría tras ellos. Así corrían mucho, corrían hacia adelante, nunca volvían atrás.

Fueron a vivir en Chaengane y levantaron un pueblo de cara al Oeste, en Molhoare. Se enriquecieron mucho; los montones de sus detritus eran altísimos, parecían montañas.

Cuando los *batlhoaros* fueron de caza, los encontraron y les preguntaron:

—¿Quiénes son y de dónde vienen?

Respondieron:

—Somos *bachoengs*.

—¿Cuándo llegaron aquí?

—Cuando éramos niños.

Entonces los *batlhoaros* fueron a casa de los *bachoengs* para decírselo a sus padres; pero el sol se lo impidió: no pudieron verlos. En el país no había agua: la sed les impidió ir a verlos. Pero fueron los *batlhoaros* quienes los encontraron, porque se refrescaban con melón silvestre. En cuanto a los *batlhapings*, no emplean el melón silvestre; morirían si bebiesen el zumo.

Capítulo XI

Evolución y civilización

Origen de ciertos instrumentos de trabajo o de placer. Culturas, ropas, etcétera.

41. *La conquista del dunu* (cuento bambara).
42. *Descubrimiento del vino de palma* (cuento tchwi).
43. *Leyenda de la plantación del maíz* (cuento yoruba).
44. *Los cuatro jóvenes y la mujer* (cuento basuto).
45. *Origen de los toneletes o taparrabos* (cuento peul).

41. La conquista del *dunu*

En otro tiempo sólo había *dunu* en el país de las hienas, y los hombres ignoraban su uso.

Un día un hombre llamado Siramaka oyó un sonido de tam-tam agradable a sus oídos. De manera que resolvió apropiarse el instrumento que producía tal sonido.

Se dirigió al lugar donde había oído resonar el *dunu*, y así llegó al pueblo de las hienas.

Las fieras se apoderaron de él y lo amarraron para impedir que se escapase. Resolvieron ofrecerlo en sacrificio a su *dunu*, que emitía un sonido tan potente como para oírlo desde Bamako cuando lo batían en Bogandé.

Durante la noche, Siramaka acertó a desgastar las ligaduras que le paralizaban los brazos, se apoderó del *dunu* y huyó con él. Antes que las hienas se percatasen del robo, ya estaba de regreso en su pueblo y comenzó a batir el *dunu*, cuyo sonido atrajo una muchedumbre de curiosos.

Desde entonces los hombres han poseído *dunus*, cuyo uso se ha perpetuado.

42. Descubrimiento del vino de palma

Cuando los *fantú* se dirigían desde el interior a la costa marítima, las gentes que moraban en las selvas intentaron detenerlos, y los *fantú* tuvieron que abrirse camino. Los exploradores que les precedían en la marcha iban guiados por un cazador famoso, llamado Anсах. Este hombre siempre iba acompañado de un perro. Un día, estando de guardia, el perro lo llevó hasta una palmera, derribada por un elefante que había abierto un agujero en el tronco con los colmillos para beber la savia. Anсах observó que la savia fluía del agujero, y, temiendo probarla en su persona, por sí era veneno, dio un poco al perro. Al siguiente día, en vista de que el perro no tenía novedad, bebió un poco de savia. Encontró tan agradable la bebida, que se tragó cuanta pudo, hasta caer borracho perdido. Estuvo sin conocimiento un día entero, con gran espanto de los *fantú* y de su rey, que lo creían muerto. Al recobrar el sentido llenó un jarro de licor y, ofreciéndoselo al rey, le describió sus efectos y la manera como lo habían obtenido. El rey probó el vino de palma, y le gustó tanto, que bebió hasta caer sin conocimiento. Al verlo, su pueblo lo creyó envenenado, se arrojó sobre el infortunado cazador y lo mató, sin darle tiempo para explicarse. Cuando el rey se despertó y supo lo ocurrido se entristeció mucho y mandó dar muerte inmediatamente a los que habían matado a Anсах. En recuerdo suyo ordenó que el vino de palma se llamase en adelante Anсах.

43. Leyenda de la plantación del maíz

Cuentan las crónicas que las primeras ciudades fundadas en la selva de Egba fueron Kesí, Kesuta y Aké. Después, otras ciudades se apresuraron a poner sus cimientos. Como vivían en paz, pensaron en nombrar un rey de su seno. Consultados los hados, designaron un hombre llamado Odjoko, amigo del jefe de los habitantes de Kesí. Entonces le proclamaron rey. En aquella época los géneros comestibles no eran muy variados en las otras ciudades; el maíz se daba únicamente en Kesí, y en las otras ciudades no lo había.

El rey Odjoko había dicho a sus gentes que no vendiesen grano a los otros *egbas* sin sumergirlo previamente en agua caliente. Poco después el jefe de Aké dio a su hija Adechiku en casamiento al rey Odjoko.

Por ella supieron los otros *egbas* la astucia de que eran víctimas. Un día, el Alaka preguntó a su hija cómo lograría plantar en sus tierras buen grano de maíz. La hija le respondió:

—Padre, bien sabes que está expresamente prohibido entregar grano bueno, y quien infringe la prohibición incurre en pena de muerte; pero, por el amor que te profesó, como hija tuya, haré una prueba, aunque puede costarme la vida.

Entonces comenzó a pensar cómo se las arreglaría para conseguir su intento. Se le ocurrió la idea siguiente. Dos días después envió a decir a su padre que le enviase tres pollos. Cuando los tuvo en su poder, los cebó con buen grano; envió a decir a su padre con el emisario que los matase, reuniese los granos que tenían en el buche y los plantase. Así lo hizo el padre, y se asombró de ver que los granos germinaban en sus tierras; pero no dijo nada a nadie hasta que la planta echó espigas y maduró.

Después que el Alaka desgranó el maíz envió grano a todos los egbas para sembrar. Lo sembraron, lo cosecharon, lo comieron, y se maravillaron de ver que el maíz se daba en sus tierras lo mismo que en Kesí. Tuvieron asamblea, y, coléricos, resolvieron mover guerra a Idjoko, donde vivía Odjoko; destruyeron la ciudad y mataron a muchos habitantes, para vengarse a causa del grano.

44. Los cuatro jóvenes y la mujer

Cuenta que había en otro tiempo cuatro jóvenes. Había también una mujer. Esta mujer vivía en la vertiente de una colina pequeña. Los cuatro jóvenes vivían en otra colina, y se dedicaban a cazar animales fieros. La mujer no sabía cazar; permanecía sentada, sin hacer nada, sin tener qué comer. Los jóvenes cazaban animales fieros y se alimentaban de su carne.

Uno de ellos dijo:

—Allí hay un ser semejante a nosotros. ¿Quién caza para él, puesto que se pasa el día sentado?

Otro respondió:

—No es un semejante. Es un ser que no puede cazar animales como nosotros cazamos.

Replicó el primero:

—Tiene manos, pies y cabeza, como nosotros. ¿Por qué no ha de ir también de caza?

Otro dijo:

—Voy a ir a ver qué clase de persona es:

La encontró sentada, como siempre. Le preguntó:

—¿Cómo eres tú?

Ella respondió:

—No como nada; me alimento de agua.

—¿De veras?

—Sí.

Volvió donde sus compañeros y les dijo:

—No es un ser de nuestra especie; es de una especie muy diferente; es un ser que no puede ir de caza.

Le preguntaron:

—¿Qué forma tiene?

—Tiene, como nosotros, manos, pies y cabeza; en lo demás no se nos parece.

—¿Enciende lumbre?

—No, vive sin lumbre.

—¿Qué come?

—Bebe agua; no come absolutamente nada.

240 Los otros jóvenes se maravillaron. Y, después de acostarse, se durmieron.

Al día siguiente fueron de caza y volvieron con las piezas cobradas. Entonces uno de ellos dijo:

—Compañeros, voy a dar un pedazo de carne a esa persona, a ver si la come.

Convinieron en ello. Cortó un pedazo de carne, tomó lumbre, reunió estiércol seco y se fue donde estaba la mujer, echó lumbre, asó la carne y se la ofreció, diciendo:

—Toma y come.

La mujer tomó la carne y se la comió. El joven la vio comer y se maravilló. Entonces le dio otro pedazo de carne y le dijo:

—Toma y ásalo tú misma.

Después regresó junto a sus compañeros y les relató:

—Esa persona ha comido carne igual que nosotros; pero no es de nuestra especie; porque no puede matar caza.

La mujer estaba desnuda; también los jóvenes, pero ellos se cubrían con pieles frescas de los animales que mataban; no sabían curtirlas ni conservarlas. Llevaban las flechas enredadas en la cabellera. Al día siguiente el joven volvió a visitar a la mujer y le llevó carne. Los otros dijeron:

—Si vas a estar cazando para esa persona, no te daremos ya parte en nuestras presas.

Cuando la mujer se hartó de carne tuvo sed; entonces tomó arcilla y formó una vasija pequeña; la puso al sol para secarla, y enseguida fue a tomar agua en la vasija; pero esta se rajó. La mujer, maravillada, fue a beber, como siempre, de bruces en el agua.

Empezó a hacer otra vasija de arcilla, después otra, la secó al sol, reunió estiércol seco y encendió lumbre para cocer las

vasijas; cuando estuvieron terminadas, fue a buscar agua y vio que el agua no las destruía. Puso en una de ellas agua y carne y la arrió a la lumbre. Cocida la carne, la sacó de la vasija, la puso en una piedra lisa y se la comió; pero dejó un pedazo en el recipiente.

El hombre llegó, con la caza que acababa de matar.

Ella le dijo:

—Come un poco de esto, verás lo bueno que está.

241

El joven comió la carne, bebió el caldo y quedó agradablemente sorprendido. Después regresó junto a sus compañeros, y les dijo:

—Compañeros: aquella persona moldea la arcilla; toma agua en una vasija, en otra cuece la carne; prueben la carne que ha cocinado. Seguramente, esa persona no es de nuestra misma especie.

Maravillados, fue otro de ellos en busca de la mujer, la miró, comió la carne, bebió el caldo, y se quedó estupefacto al ver los recipientes de arcilla que había moldeado. Cuando estuvo de nuevo junto a sus compañeros les dijo:

—Es un ser de otra especie.

Entonces, el joven que se había ocupado primero de ella, permaneció con la mujer, y le llevaba todos los días la caza que mataba; ella, por su parte, se la preparaba lo mejor que podía. Los otros tres se fueron, dejando a su compañero con la mujer. De este modo vivieron juntos.

242 **45. Origen de los toneletes o taparrabos**

Un joven tenía una hermana. Un día la hermana pidió que la acompañase a un estero, a donde iba para lavar la ropa. Le daba miedo ir sola.

—Acompaña a tu hermana —dijo la madre al joven.

—Bueno —respondió.

Y se fue con la muchacha.

Llegados al estero, el hermano se sentó a cierta distancia, mientras la hermana lavaba. Como se había quedado totalmente desnuda, el hermano sintió deseos de acostarse con ella, y el deseo lo llenó de vergüenza.

Regresaron a la casa y el joven cayó enfermo, de resultas del esfuerzo que hacía para resistir el deseo. Estuvo a punto de morir.

Su padre inquirió la causa del mal.

—El daño está en el vientre —dijo—. El día que acompañé a mi hermana al estero, la deseé, y siento gran vergüenza.

—¿Es sólo eso? —exclamó el padre—. En tal caso, poco es.

Llamó a su hija:

—Tu hermano —le dijo— está enfermo de ganas de acostarse contigo...

La joven objetó que el deseo de su hermano le daba vergüenza.

—Si no se acuesta contigo —dijo el padre—, morirá seguramente.

—Bueno —respondió ella—. Consiento.

Cierran la puerta de la cabaña. El hermano posee a la hermana, y se cura.

Por eso, una mujer no debe dejarse ver desnuda de ningún hombre. Quien la viese, sentirá deseo de acostarse con ella. Para evitarlo, todo el mundo va vestido.

Capítulo XII

Ciencia de fantasía

Particularidades físicas, costumbres y orígenes de ciertos animales.

46. *Por qué el cocodrilo no se come a la gallina* (cuento tjort).

47. *Por qué el rinoceronte desparrama su estiércol* (cuento uahehe).

48. *Por qué los monos viven en los árboles* (cuento ewhe).

49. *El leopardo y el perro* (cuento ounioro).

50. *El gallo y el elefante* (cuento dinca).

51. *El elefante y la musaraña* (cuento sandeh).

52. *La codorniz y el cangrejo* (cuento atakpame).

53. *Leyenda de los monos* (cuento fan).

54. *El cultivador* (cuento gurmantié).

46. Por qué el cocodrilo no se come a la gallina

Había una gallina que tenía la costumbre de bajar diariamente a la orilla del río a recoger desperdicios de comida. Un día, un cocodrilo se le acerca y la amenaza con comérsela. Entonces la gallina grita:

—¡Oh, hermano! ¡No hagas tal!

El cocodrilo se sorprendió y se turbó tanto de ese grito, que se retiró, creyendo que podían muy bien ser hermanos. Volvió otro día a la orilla, resuelto a comerse la gallina. Pero esta gritó de nuevo:

—¡Oh, hermano! ¡No hagas tal!

—¡Maldita gallina! —gruñe el cocodrilo, que la dejó marcharse otra vez—. ¿Cómo hemos de ser hermanos? Ella vive en tierra y yo en agua.

Entonces el cocodrilo decidió ir a ver a Nzambé para interrogarlo y resolver la cuestión. Se pone en camino. No se había alejado mucho cuando se encontró a su amigo el lagarto.

—Mbambi —le dice—, estoy muy preocupado. Todos los días, una hermosa gallina, muy gorda, llega a la orilla del río para comer. Todos los días, cuando quiero apoderarme de ella y llevarla a mi escondrijo para comérmela, me asusta llamándome hermano. No puedo continuar así más tiempo, y voy en busca de Nzambé para que hablemos.

—Tonto, idiota —dice Mbambi—; no hagas eso, saldrías perdiendo y descubrirías tu ignorancia. ¿No sabes que los patos viven en el agua, y ponen huevos, y que lo mismo hacen las tortugas? Yo también pongo huevos. La gallina los pone, y tú también, mi estúpido amigo. En ese sentido, todos nosotros somos hermanos.

Por esta razón el cocodrilo no se come a la gallina.

250 47. Por qué el rinoceronte desparrama su estiércol

Cuentan que en las colinas de Fipa, cerca del Tanganyika, estalló una guerra violenta entre los rinocerontes y los elefantes. Vencidos los primeros, alcanzaron merced de la vida a condición de que no irían ya a manchar los senderos de los elefantes y desparramarían su estiércol.

48. Por qué los monos viven en los árboles

Escuchen el cuento del gato montés. Una vez el gato montés pasa el día entero de caza, sin cobrar pieza. Está cansado. Va a sentarse y reposar, pero las pulgas no lo dejan tranquilo.

Ve pasar un mono, lo llama:

—Mono, ven, por favor, y sácame las pulgas.

El mono consiente, y mientras lo despulga, el gato montés se duerme. Entonces el mono ata la cola del gato montés a un árbol y huye.

El gato montés se despierta; quiere marcharse, pero se encuentra con la cola atada a un árbol. Trabaja mucho por soltarse, pero no lo consigue, y ahí se queda, jadeante.

Pasó una tortuga.

—Te ruego que me desates la cola —grita el gato montés al verla.

—¿Me matarás si te desato? —preguntó la tortuga.

—No; no te haré nada —responde el gato montés.

La tortuga lo desata. El gato montés regresa a su casa. Dice a todos los animales:

—Dentro de cinco días, anuncien que he muerto y que van a venir todos al entierro.

Al quinto día, el gato montés se tumba de espaldas, haciéndose el muerto. Llegan todos los animales y bailan en torno del gato. De pronto, se yergue y se precipita sobre el mono. Pero este brinca a un árbol y huye.

Por eso, el mono vive en los árboles y no baja a tierra. Tiene mucho miedo al gato montés.

252 49. El leopardo y el perro

Un día, el leopardo entrega sus tres crías al perro, prometiéndole, a cambio de que las cuide, tal cantidad de carne, que el perro no tendría que roer más huesos. Las cosas marcharon bien durante algún tiempo. Pero el perro cede una vez más a la tentación y una astilla del hueso que estaba royendo mata a una de las crías. Sin dificultad engaña a la madre, y le da los otros dos a amamantar, sucesivamente, uno, dos, tres. El mismo percance le ocurre una segunda vez. Entonces el perro se da a la fuga, y pide auxilio y protección al hombre. El hombre consiente, a condición de que el perro no abandone nunca la cabaña. El perro acepta el trato; pero poco tiempo después descubre un montón de huesos a cierta distancia de su albergue, y se lanza sobre ellos, a pesar de la palabra empeñada. El leopardo, que lo buscaba por todas partes para vengar la muerte de sus crías, salta sobre él y lo devora.

Desde entonces el leopardo no cesa de hacer guerra a los perros y de comérselos.

50. El gallo y el elefante

Un día, el gallo y el elefante apostaron sobre cuál de los dos sería más comilón. Al siguiente día, desde el alba, los dos adversarios se reúnen en el sitio fijado. Al mediodía, el elefante, ahíto, se duerme; al despertarse, pasadas unas horas, se sorprende mucho al ver que el gallo no cesa de comer. Vuelve a pastar el elefante, pero no tarda en hartarse; se retira, dejando a su antagonista picotear a más y mejor entre las hierbas. Al ponerse el sol, el gallo se encarama en el lomo del elefante, que ya dormitaba. El elefante se despierta, exasperado por el picoteo que no deja de atormentarlo.

—¿Qué haces ahí? —pregunta el gallo.

—Nada —responde este—. Me como los insectos que encuentro en tu piel.

Espantado de tal voracidad, el elefante se da a la fuga.

Eso mismo hace todavía hoy, siempre que canta el gallo.

51. El elefante y la musaraña

Un día, el elefante encuentra en su camino a la musaraña

—¡Ten cuidado! —grita la musaraña.

—Yo soy el más grande, y tú eres quien ha de tener cuidado —replica el coloso.

—¡Maldito seas! —responde con furor la musaraña—. ¡Qué las hierbas altas te rajen las patas!

—¡Y así te mueras tú, cuando cruces un camino! —replica el otro, despachurrándola con su ancha pezuña.

Pero se han cumplido las dos maldiciones. Desde aquel día, el elefante se hiere cuando corre por las hierbas altas, y la musaraña encuentra la muerte al cruzar los caminos.

52. La codorniz y el cangrejo

La codorniz era propietaria de la tierra firme; el cangrejo era dueño del agua.

Un día, la codorniz, muerta de sed, va a buscar al cangrejo, y le dice:

—Dame agua para beber.

El cangrejo se la da, y bebe. Después, la codorniz dice al cangrejo que le envíe a sus hijos para que le traigan alimentos. El cangrejo se los envía, y ella les recomienda que antes de llegar la llamen *buena ama*, y que entonces tendrán su respuesta. Los cangrejitos van y la llaman:

—¡Buena ama, Angbala!

La codorniz pregunta:

—¿Quién llama: buena ama, Angbala?

—Soy yo, el hijo del cangrejo.

—¿Qué quieres?

—Una palabra antigua para ir a Angbala.

—Si vas allá, dile a tu padre: Angbala, brazo quemado, enfermo, ¡pata quemada, enfermo! ¡Angbala, gran joroba! El ojo, ¿está a la izquierda de la mano?

Los hijos del cangrejo regresan a su casa y dicen a su padre:

—Padre, la codorniz te insulta.

Al ser de día la codorniz vuelve para beber. El cangrejo le pregunta:

¿Me has injuriado ayer?

—Mientes, yo no te he injuriado. —Y añade—: Anda, tráeme agua.

Después de beber, le dice que debería enviar a sus hijos a buscar de comer en su casa. Los cangrejos van; el cangrejo se esconde y le dice que llamen a la codorniz. La llaman, e insulta a su padre. Entonces los cangrejos regresan a su casa. A la mañana siguiente se presenta la codorniz y dice que quiere beber.

—¿Qué agua bebes?

—Bebo agua clara.

256 El cangrejo le dice que se acerque a beber. Se acerca, pero el cangrejo la coge. Los hijos de la codorniz cantan:

—Madre, vomita el agua, devuélvesela, para que volvamos a casa.

Por su lado, los hijos del cangrejo cantan:

—Padre, sujétela bien, sujétela bien, sujétela bien. Los hijos de la codorniz repiten:

—Madre, vomita el agua, devuélvesela, para que volvamos a casa.

—Suelten el cuello, agarren la cola —dice la codorniz—; la cola es mi muerte, el cuello es mi vida.

Entonces el cangrejo suelta el cuello y agarra las plumas de la cola, que se le quedan en la mano.

Por eso la codorniz no tiene plumas en la cola y desde entonces no bebe en el río.

53. Leyenda de los monos

Hace de esto mucho tiempo, pero mucho; los monos habitaban en la aldea de los hombres, hablaban como ellos, pero no eran sus servidores, y verán lo que pasó.

Un día, los hombres celebraban gran fiesta; habían tocado el tam-tam un día entero, después una noche, habían bailado otro tanto, y bebido mucho. El vino de palma corría abundante, el jefe de la aldea de los hombres había mandado poner cien tinajas, y aún más, en el centro de la aldea, y todo el mundo había bebido, pero él, como corresponde a un jefe, había bebido más que nadie. Fue así que, de mañana, al salir el sol, las piernas le temblaban como dos palmeras nuevas, sus ojos veían «por dentro», y su corazón reía. Sus mujeres trataron de llevarlo a su cabaña, pero él no quiso ir y llegó a la aldea de los monos. ¡Y hubo entonces gran jolgorio! En torno suyo, todos se apretujaban, riendo y saltando a más y mejor: el uno le tiraba del taparrabos, el otro del gorro, este le sacaba la lengua, aquél le volvía la espalda, y todos reían a carcajadas. El Jefe, ya viejo, se marchó muy irritado, y se quejó ante el Creador, Nzamé. Este mandó comparecer al jefe de los monos.

—Ven acá: ¿por qué tus gentes han insultado a tu padre?

Y el jefe no supo que contestar.

—Desde este día, tú y tus hijos servirán a los hombres, y ellos te castigarán. Anda, a ellos te entrego.

Se marcharon. Pero el jefe de los monos, cuando el anciano jefe le dijo que fuera a trabajar, le respondió:

—Lo que es yo, no.

Porque temía que le pegasen. Y tenía mucha razón.

De regreso en la aldea, y después de dormir bien, verán lo que hizo el anciano jefe para vengarse de los monos. En la fiesta siguiente mandó poner en medio de la aldea muchas tinajas de vino de palma, pero había echado dentro la hierba que hace dormir; y tras de recomendar mucho a los suyos que bebiesen solamente de las tinajas que tenían una señal, invitó a los monos a venir y a beber. Los monos no podían rehusar un honor tan grande; fueron y bebieron; pero en cuanto hubieron bebido, todos querían dormir. ¡Ah! Ahí se armó. Primero, el anciano jefe mandó que atasen a todos, machos, hembras y crías. Y entonces empezó a sonar el cuero. ¡*Hip, hop, hup!* Los monos ya no dormían, ¡y qué ágiles de piernas!

Lo más gracioso fue que, terminado el vapuleo, los monos *buscaban el pelo por tierra*. El anciano jefe mandó sujetarlo uno a uno, y, para enseñarlos a no burlarse de él, los marcó con un hierro candente y los obligó enseguida a realizar los trabajos más duros. Los monos obedecieron al instante; ¡qué remedio! Pero un día, cansados, van todos a reclamar ante el anciano jefe.

—¡Ja, ja! —dijo el jefe. Y Mandó que sus guerreros los sujetasen, los azotaran otra vez, y después ordenó que les cortasen la lengua a todos.

—Con esto —dijo— se acabaron las reclamaciones, y ahora, a trabajar.

Los monos sólo podían emitir un:

—¡*Bou, bou!*

Pero dos días después, en la aldea de los monos no quedaba ni uno. Habían huido a la selva.

De entonces acá, a los monos les ha retoñado la lengua, pero, temerosos de que los cacen otra vez, no han vuelto a hablar, ni han vuelto a trabajar nunca.

54. El cultivador

Un cultivador tenía un *luga*n sembrado de mijo, ya maduro. Todos los días, dos pajarillos venían a comerle el grano.

Con crines de caballo fabricó unos lazos de nudo corredizo y los ató a los tallos del mijo. Uno de los pajarillos —el macho— quedó prendido en el lazo.

El hombre le arrancó las plumas de la punta de las alas, para que no volase. Después se lo dio a sus hijos, diciéndoles que le cortasen el cuello.

Los niños tomaron un cuchillo. Pero antes de que cumplieren la orden de su padre, la hembra del prisionero se presentó, y revoloteando en torno, les gritó:

—¿Por qué quieren cortar el pescuezo a mi marido?

Los niños no respondieron. El propio macho gritaba:

—Amiga mías, déjalos.

Empezaron a desplumar al pájaro. La hembra, entonces, volvió, y les preguntó:

—¿Por qué despluman a mi marido?

—Deja que lo hagan —respondió el macho.

Se pusieron a descañonar lo:

—¿Por qué lo descañonan?

—Amiga mía, deja que lo hagan.

Al partirlo, al echarlo a cocer, y al comérselo, la hembra preguntó por qué hacían aquello. Y cada vez el macho le aconsejaba que lo dejase y se resignara.

En cuanto se lo comieron, todos los niños se convirtieron en pajarillos de la misma especie. Estos son los que ahora vemos. Antes, sólo habitaban en la tierra los dos cuya historia acabo de contar.

Capítulo XIII

Cuentos maravillosos

Personajes fabulosos. Caníbales. Enanos. Ogros. Mujeres avestruces. Niños precoces. Niños de guinné.

55. *Amaavukutu* (cuento zulú).
56. *Nuahungukuri* (cuento ronga).
57. *Longoloka, el padre envidioso* (cuento ronga).
58. *Sikumé* (cuento ronga).
59. *El pájaro maravilloso del caníbal* (cuento xosa).
60. *Seetetelané* (cuento basuto).
61. *Al fin del mundo* (cuento haussa).

55. Amaavukutu

Sucedió en el comienzo, en la primera aparición de la fuente de la vida, que unas palomas montaraces fueron a una casa. Allí encontraron a una mujer, sentada afuera. Entraron, y dispersaron las cenizas por la casa. La mujer grita. Era casada, no tenía hijos. Y dice:

—Han venido a burlarse de mí; han visto que no tengo hijos. Han desparramado las cenizas.

Entonces, llegan seis palomas. Una dice:

—Vukutu.

La otra pregunta:

—¿Por qué dices Vukutu?

La primera repite:

—Vukutu.

La otra insiste:

—¿Por qué dices Vukutu?

Esto ocurría en presencia de la mujer.

Entonces la primera paloma dice:

—Toma una espina y aráñate.

La otra repite:

—Vukutu.

La segunda, continúa:

—Toma una espina y aráñate. Recoge un coágulo de sangre, ponlo en un cacharro. Ciérralo por abajo, tenlo apartado ocho meses. Ciérralo por abajo, y al octavo mes, destápalo.

La mujer lo destapa y encuentra un niño. En el cacharro, el coágulo tenía un niño al lado.

La paloma dice a la mujer:

—Toma el niño, ponlo en un saco y dale de comer.

Llega otra y dice:

—Envuélvelo en sus pañales y ponlo detrás de la casa; acuéstalo, que no lo vean las demás mujeres; dale de comer en abundancia, de manera que crezca inmediatamente.

266 Entonces, el niño creció inmediatamente. De noche, llega el marido. La mujer enciende buena lumbre. El marido no sabía nada del niño; el niño era solamente el hijo del coágulo. La mujer va a buscarlo, lo trae a la parte delantera de la casa, se sienta, y lo coloca ante sí. Toma el alimento del niño, se lo pone delante, y dice:

—Esta es tu comida. Come un poco, hijo mío.

El marido, asombrado pregunta:

—¿De dónde has sacado este niño? ¿Qué niño es este?

La mujer responde:

—Es mi hijo, el hijo de un coágulo de mi sangre, el hijo de las palomas que me han comunicado la sabiduría. Me dijeron que me arañase y cortase yo misma, que tomara un coágulo y lo pusiese en un cacharro, y que se convertiría en un niño.

Entonces, el marido se regocija, le da las gracias, y dice:

—Hoy me siento feliz y contento. Ahora ya tienes un hijo. Está muy bien.

56. Nuahungukuri

Un hombre llamado Nuahungukuri toma mujer; pero no ha construido una choza junto a las de la otra gente. Se la lleva a su casa, aparte. Pues bien: este hombre era caníbal.

Un día mata a su mujer. Se come una parte de la carne, y deja guardada una pierna; después se pone en camino, y dice: «Voy a ir a casa de los padres de mi mujer.»

Cuando esta aún en camino, un pájaro comienza a cantar:

*¡Toto-hi! ¡Toto-hi! ¡Ay, madre mía!
Nuahunguruki ha embrujado el cielo...
Ya lo has visto, cielo. Pájaro, ya lo has visto
Ha matado a su mujer, y despedazado su carne,
¡oh cielo!
Dice que es carne de alce.
Ya lo has visto, cielo. Pájaro, ya lo has visto.*

Al oírlo, Nuahungukuri persigue al pájaro; después lo atrapa y lo mata. Pero el pájaro resucita. El hombre prosigue su camino; el pájaro va con él, y canta, canta sin cesar, hasta el momento en que llega al pueblo de la mujer.

Cuando el hombre llega, las gentes se dicen: «Vengan; hoy nos regalaremos con carne.» Le hacen entrar en la choza, y toman sitio en ella. El pájaro se encarama sobre la corona de paja, en lo alto de la choza, y vuelve a cantar:

*¡Toto-hi! ¡Toto-hi! ¡Ay, madre mía!
Nuahunguruki ha embrujado el cielo...*

*Ha matado a su mujer, y despedazado su carne,
¡Oh cielo!*

Dice que es carne de alce.

Ya lo has visto, cielo. Pájaro, ya los has visto.

Los parientes se dicen:

—¡Escuchen, escuchen lo que se oye ahí afuera!

268 Nuahungukuri no se azora; sale, da caza al pájaro, y lo mata otra vez. Pero el pájaro vuelve a resucitar, y canta de nuevo.

Los suegros, entonces, se ponen a pensar, y se dicen:

—Nuestra hija ya no existe. Nuahungukuri la ha matado.

Lo encierran en la choza, pero se escapa. Y huye veloz, dejándolos muy atrás. Lo persiguen, pero no dan con él.

Aquí se acaba.

57. Longoloka, el padre envidioso

Pues, señor, sucedió que Longoloka se casó. La mujer quedó encinta. Longoloka se lavaba todos los días y se contemplaba en un espejo. A los súbditos que estaban sentados en la plaza les preguntaba:

—¿Quién es más hermoso: yo, o el niño que está todavía en el seno de la madre?

Los súbditos respondían:

—Tú, nuestro jefe, eres feo. No puedes compararte con el niño que está en el seno de su madre. El niño es muy hermoso, porque tiene una estrella en la frente.

Longoloka respondía:

—Está bien. —Y se callaba.

La mujer pare un varón. Longoloka se lava de nuevo mira al espejo y pregunta a los súbditos:

—¿Quién es más hermoso: el niño o yo?

Responden:

—El niño, porque tiene una estrella en la frente.

Longoloka se calla, y espera a que el niño sea mayor.

Un día dice a su mujer:

—Prepárame cerveza, voy a ir de caza.

Su mujer prepara la cerveza. Longoloka invita a toda su gente para que lo acompañen en la cacería. Al ponerse en camino, Longoloka llama a su hijo y le da una calabaza de cerveza para que la lleve. Su madre le pone buenas ropas y le da tabaco en polvo, porque el joven gustaba de sorber polvo de tabaco.

Llegados a la manigua, Longoloka dice a sus servidores:

—Mi propósito no era cazar animales fieros; mi propósito es cazar a este hijo mío que aquí ven, porque es más hermoso que yo, que soy su padre.

Entonces, sus gentes se apoderan del hijo y lo matan.

Regresan todos a casa. Cuando llegan, la madre del joven pregunta a su marido:

—¿Qué es de mi hijo?

Longoloka responde:

—Se ha quedado en casa de sus tíos maternos.

La madre lo espera hasta la puesta del sol; el hijo no regresa. Al día siguiente va a buscarlo a casa de sus tíos maternos, que contestan:

—No está aquí.

Entonces, ella vuelve a su casa.

El hermano de Longoloka dice a su cuñada:

—A tu hijo te lo han matado. Pero no vayas a decir a mi hermano esto que te cuento, porque podría matarme.

La mujer, en efecto, se calla, y guardó el caso para sí, en su corazón.

Otra vez la mujer queda encinta. Longoloka vuelve a lavarse y a mirarse al espejo, y pregunta a la gente:

—¿Quién es más hermoso: yo, o el niño que está todavía en el seno de su madre?

Le responden:

—El niño.

Longoloka se calla. Todos los días se lavaba y se miraba al espejo, y preguntaba a sus servidores:

—¿Quién es más hermoso: yo, o el niño que está todavía en el seno de su madre?

Los súbditos le decían:

—El niño.

La mujer pare otro varón. Longoloka interroga de nuevo a sus servidores, diciéndoles:

—¿Quién es más hermoso: mi hijo o yo?

Le responden:

—El hijo.

Longoloka se calla, y guarda a que el niño sea mayor.

Cierto día, dice a su mujer:

—Prepárame cerveza, voy a ir de caza.

En efecto, su esposa se la prepara, pero al mismo tiempo dice a su hijo:

—Hijo mío, te matarán en la cacería. Tu propio padre te matará.

El hijo pregunta a su madre:

—Mamá, ¿has tenido ya otro hijo, que te hayan matado?

Su madre responde:

—Sí. Tuve otro hijo, y tu padre lo mató.

El hijo añade:

—Poco importa. Lo principal es que sea nuestro padre quien nos mate, y no otro.

Longoloka reúne a su gente para la cacería. Se pone en camino. Longoloka da a su hijo una calabaza de cerveza para que la lleve. En el camino, el joven se detiene con el hermano de su padre; todos los demás se les adelantan. Entonces, el hermano de su padre le dice:

—Vete, huye, porque tu padre te va a matar; vete lejos, y no vuelvas sobre tus pasos.

El joven emprende la fuga; al marcharse, le deja la calabaza de cerveza a su tío. Este queda solo, y lleva la calabaza hasta reunirse con los cazadores.

Al llegar, Longoloka le pregunta:

—¿Dónde se ha quedado mi hijo?

—No lo sé —responde—. Estará rezagado.

Longoloka prosigue:

—¿Qué calabaza es ésa? ¿Dónde estaba mi hijo cuando tú la cogiste?

Responde:

—¡Oh!, sencillamente, la llevaba yo por él; estará por llegar. No sé dónde puede estar.

Envían gente a buscarlo por el camino. Regresan sin encontrarlo y dicen:

—Señor, no lo hemos visto.

Vuelven todos a casa. Al regreso, el hermano de Longoloka dice a la madre del niño:

—No te preocupes por tu hijo; está vivo. Le dije que huyera.

La madre responde:

—Está bien.

272 En tanto, el joven fugitivo se detuvo en un lugar y se sentó, para sacarse las espinas que se le habían clavado en la carne. El sol iba a ponerse. Quitadas las espinas, el joven vuelve a caminar, y ve una choza en la que no había nadie. Se acerca a ella, y se sienta enfrente. De pronto, el personaje que estaba en la choza lo llama por su nombre. El muchacho responde:

—Sí, padre mío.

El joven se levanta y entra en la choza. Se sienta, pero no ve a nadie. Después, aquel ser oculto comienza a hacerle preguntas:

—¿Llegas aquí huyendo del sitio de donde vienes?

—Sí, padre mío; he llegado huyendo.

—¿Es cierto que tu padre quería matarte?

—Sí, padre mío, quería matarme.

—Entonces, ¿tú tío te ha salvado?

—Sí, padre mío; él me ha salvado.

Entonces, el personaje agrega:

—Hijo mío, tu corazón es bueno, porque has tenido ánimo para llegar a esta casa y penetrar en ella, siendo así que nadie quiere entrar.

—¡Oh, padre mío! Mi corazón no es mejor que el de otro cualquiera.

El personaje prosigue:

—Digo que es bueno, porque has tenido ánimo para entrar en esta casa y sentarte, y para hablar conmigo, aunque no me ves.

—Le dice luego—: Sal. —El joven sale. Le trae comida y le dice de nuevo—: Hijo mío.

—¿Padre? —responde el muchacho.

—Toma tu comida.

Y el joven come en la choza.

Cuando acaba de comer, la voz le dice:

—Sal.

Y sale. Cuando ha salido, el ser prepara las ropas y lo llama. El joven responde:

—Sí, padre mío.

Entra en la choza y se echa a dormir, porque ya se ha puesto el sol.

De mañana, el muchacho se apresura a salir. Cuando el sol calienta, el personaje lo llama y quiere darle un encargo:

—Ve al campo, y busca a los pastores y las cabras; cuando los encuentres, toma una cabra y me la traes.

Se va en busca de la cabra y se la trae, después, llegado a la aldea, la suelta en la plaza. Al verlo de regreso, el personaje lo llama para comer. Responde:

—Sí, padre mío. —Y va a comer. Cuando ha comido, dice—: Padre mío, he comido.

—Está bien, hijo mío —dice el otro—. Sal.

Y cuando el joven sale, el otro coloca los utensilios en su sitio. Lo llama de nuevo:

—Sí, padre mío —responde el joven, que penetra en la choza, y se sienta.

El ser le pregunta entonces por qué su padre quiere matarlo.

—Quiere matarme porque dice que soy más hermoso que él.

A la mañana siguiente le da esta orden:

—Ve a la aldea a buscar un buey que me pertenece. A la gente que encuentres en la aldea le dirás cuando llegues: «Me manda a buscar un buey.»

El joven va a la aldea, llega, y habla así. Toman un buey, se lo dan, regresa con él, y lo ata en la plaza. De tarde, el invisible lo llama para comer. Responde:

—Sí, padre mío. —Entra, y come. Después, acabada la comida, dice—: Padre mío, he comido.

—Está bien, hijo mío; sal —responde el otro, que toma los utensilios, los coloca en su sitio, prepara la cama y lo llama. El joven se echa a dormir.

A la mañana siguiente, el joven sale. El personaje lo llama. Responde:

—Sí, padre mío.

Entonces, le da esta orden:

—Ve a la aldea donde estuviste ayer, y toma dos doncellas. Al llegar, di a las gentes de la aldea que reúnan cuantas doncellas haya, y eliges a tu gusto.

Llegado a la aldea, cumple el encargo que lleva. Hicieron como estaba ordenado; le traen muchas jovencitas. Eligió dos y regresó con ellas. Llega a la choza y se sientan los tres fuera. El otro lo llama, diciendo:

—Hijo mío.

Respondió:

—Sí, padre mío.

—¿Estás de vuelta?

—Sí.

Entonces, una de las jóvenes siente miedo, y dice:

—No estoy acostumbrada a vivir en casa de un ser invisible.

La otra, más animosa, decide quedarse. El personaje llama a las jóvenes para comer. Cuando acaban, el joven dice:

—Padre mío, hemos comido.

—Bien, salgan.

Entonces la joven medrosa discute con su hermana, y dice:

—Yo no quiero quedarme.

El personaje invisible la oye, y dice al muchacho:

—Acompáñala a su casa, y toma otra en su lugar.

La acompaña, elige otra y vuelve con ella. El dueño de la choza le da ropas, y le dice:

—Dáselas a tus esposas.

Permanece allí, y el otro no le envía ya a ninguna parte.

En fin, propone al joven que elija. Le dice:

—Escoge lo que prefieras; si quieres, te daré un ejército para ir a matar a tu padre y a todos los habitantes del país, menos a tu tío y a tu madre.

Responde:

—Quiero ir a matar a toda la gente de mi país, incluso a mi padre; pero no a mi madre, ni a mi tío, que me ha salvado.

El personaje invisible le procura un ejército; sale con él, para matar a todas las gentes, incluido su padre. Sólo deja con vida a

su madre y a su tío, que le ha salvado. Regresa con ellos. Cuando volvió, el ser invisible le dio una aldea en la que vivió con su tío y su madre. El joven ha continuado en la aldea de aquel ser.

Aquí se acaba.

276 **58. Sikulumé**

Sucedió, pues, que Macinga fue a casarse con unas mujeres; todas tuvieron hijos, pero la principal no los tuvo, y las otras mujeres la pusieron en ridículo; su mismo marido se burlaba de ella y no le guardaba ninguna consideración.

Se fue al campo y encontró una paloma; la mujer lloraba. La paloma le pregunta:

—¿Por qué lloras, madre mía?

—Lloro porque me persiguen; se burlan de mí porque no tengo hijos; todos los días se ríen de mí: dicen que no soy mujer. ¡Como si estuviera en la mano de alguien el no tener hijos! Nadie puede impedirlo. Si no los tengo, pues, la culpa no es mía.

La paloma le dice:

—¿Deseas tener un hijo?

—Sí.

—Regresa a tu casa.

Le da unas habas, maíz y guisantes. Le da también un paquetico de espinas, y le dice:

—Al llegar a tu casa, cuece todo esto. Cuando esté a punto, lo viertes en el cesto redondo, después perforas los granos con una espina y te los comes uno por uno. Cuando acabes, ve a dar vuelta a la marmita, al pie de la pared de la cabaña, y verás lo que pasa.

Una vez en su casa, la mujer hizo todo cuanto le habían mandado. Entonces ve que se halla encinta. También le habían dicho que, cuando estuviese encinta, debía repetir todos los días: «Tú, hijo de mis entrañas, no hables.» El niño no debía hablar hasta que llegase su hora. E incluso después de nacido, la madre debía repetir lo mismo. Por eso decía:

—Tú, hijo de mis entrañas, no hables.

Y cuando nació, continuaba diciéndole:

—Tú, hijo que andas, no hables.

Cuando fue mayor iba con su padre al trabajo; iba también con el criado que le habían puesto, porque se hicieron esta cuenta: «Aunque sea mudo, le daremos un servidor.» El criado le estaba muy sumiso.

Cierto día, el mancebo se fue con las gentes que iban a labrar. Mientras cavaban, pasaron unos pájaros volando. Macinga, el padre, dijo a sus hijos:

—Lo que es yo, de joven, habría perseguido a esos pájaros.

Volvieron a la casa, y al siguiente día salieron a labrar.

Pasaron de nuevo unos pájaros. Macinga dijo:

—Lo que es yo, de joven, habría perseguido a esos pájaros.

Regresaron a la casa, y en llegando, dijeron a sus madres:

—Prepárennos comida para el camino.

Preparadas que fueron, Sikulumé tocó a su madre, y le mostró las provisiones, los panes, y le pidió que le preparase cerveza y le cociese un pan. Su madre le preparó la cerveza y le hizo un pan. Entonces su padre dijo:

—¡Cómo! ¿Te figuras acaso que eres ya bastante mayor para viajar?

El mozo designado para jefe de los jóvenes, Makumana, dijo a sus hermanos que se pusieran en camino. Partieron. Sikulumé y su criado los seguían. Sus hermanos, enojados, volvieron atrás y le golpearon la calabaza llena de cerveza. La calabaza se rajó. Sikulumé andaba, pero las cervezas se vertían.

Cuando llegaron, se metieron en los cañaverales y mataron los pájaros; de noche, salieron y los desplumaron. Pero el trueno comenzó a retumbar con fuerza.

Entonces Sikulumé habló a su servidor y le dijo:

—Veremos qué hacen ahora.

El criado brincó de alegría al oír que su mano empezaba a hablar... Pero Sikulumé le dijo:

—¡Cállate! No seas causa de mi muerte, porque van a preguntarte que por qué bailas de alegría.

Cayó un fuerte aguacero. Los servidores de Makumana se guarecieron bajo un árbol, Sikulumé dijo:

—¿Cómo van a resistir, si su jefe no les construye siquiera una casa? —El criado de nuevo se puso a saltar y bailar de alegría. Sikulumé le ordenó—: Estate quieto.

Entonces, los otros se dirigieron hacia donde estaba Sikulumé, porque allí no llovía, e interrogaron al criado:

278

—¡Eh, amigo! ¿Por qué bailas así?

Se había perforado un pie con una espina y cuando le preguntaron, respondió:

—¿Por qué bailo? Amigos míos, porque me he clavado una espina en el pie, mírenla. Lo mejor que pueden hacer es sacármela. —Y le sacaron la espina.

Entonces, Sikulumé fue hacia su hermano Makumana y le preguntó:

—¿Dónde va a dormir esta gente? Los pájaros están desplumados, pero no veo lumbre.

Entonces uno de los servidores exclamó:

—Me hago de Sikulumé, cazador de gorriones.

Y otro dijo:

—Me hago de Sikulumé, matador de gorriones.

Todos dijeron lo mismo; dejaron al jefe con quien habían venido, en el cual habían tenido confianza.

Pero Sikulumé dijo:

—No necesito servidores. Tengo uno, y me basta.

Pero no pudo impedir que se pasaran a él.

Entonces comenzó a edificar una cabaña. Tomó una caña, la arrojó, y la caña se convirtió en una empalizada. Tomó una liana, la lanzó, y la liana se convirtió en techumbre. Tomó una bola de arcilla, la arrojó en la cabaña, y quedó guarnecida toda la pared. Tomó un junco, lo disparó, y el junco se convirtió en cantidad de esteras. Tomó un carbón, lo arrojó en la cabaña, y se encendió lumbre. Entraron, se calentaron, y prosiguieron desplumando pájaros.

Sikulumé les dice:

—Corten las cabezas de los pájaros y déjenlas aquí.

Así lo hicieron. Cuando dormían Sikulumé tomó las cabezas de los pájaros y las colocó alrededor de la cabaña.

Durante la noche; un ogro vino a traerles comida, cantando:

*El hombre tiene una pierna. ¡Anda que anda!
Pronto se irá la carne humana. ¡Anda que anda!
Vamos a buscarla. ¡Anda que anda!*

279

Cuando llegó a la choza se comió las cabezas de pájaro, haciendo:

—¡Pfoto! ¡Me como una cabeza! ¡Crac! Me como un pájaro. —Al acabar de engullírselos, dijo —: ¡Uf! Ya puedo regresar. ¡Uf! Ya puedo regresar. Cuando me haya comido a Makumana, cuando me haya comido además a Sikulumé, cazador de gorriones, engordaré, engordaré hasta los artejos.

Ido el ogro, Sikulumé interrogó a sus servidores:

—¿Quién les ha dado las provisiones que están comiendo?

—¡Tú!

—De ningún modo. ¿De dónde iba a sacarlas? Yo no se las he dado; el ogro los sustenta. —Se negaron a creerlo, pero él les dijo—: Bien está. Ustedes verán.

Por la noche, cuando Sikulumé sintió llegar al ogro —les había atado un bramante a los dedos de los pies—, tiró del bramante. Se despertaron, y oyeron al ogro cantar las mismas palabras que la víspera:

—¡Cuando me haya comido a Makumana, cuando me haya comido además a Sikulumé, cazador de gorriones, engordaré, hasta los artejos!

Entonces empezaron a tener miedo, y dijeron:

—Volvámonos a casa.

Pero él les dijo:

—¿Qué temen? No tengan miedo. Quédense aquí hasta concluir lo que han venido a hacer.

Con el alba salieron a cazar pájaros y regresaron. Después, fabricados los airones de pluma que habían venido a buscar, Sikulumé les dijo durante la noche:

—Prepárense a huir y volvamos a casa.

Partieron, pues, muy de madrugada.

Sikulumé había dejado el airón de plumas en la puerta de la choza. Lo había dejado adrede en el momento de salir. Entonces dijo a sus servidores:

—He olvidado el airón. ¿Con cuál de ustedes puedo regresar a buscarlo?

Todos exclaman:

—Nos da miedo volver.

Uno de ellos dice:

—Te regalaré un buey que tengo en casa.

Y otro:

—Te daré a mi hermana.

Y otro:

—Puedes quedarte con mi mujer.

—Y otro:

—Te daré todas las cabras que hay en casa.

Entonces Sikulumé les dice:

—Puesto que se niegan a venir conmigo, escuchen: cuando se pongan en camino sigan el de la izquierda, no tomen el de la derecha. Si toman el camino de la derecha, verán que van a dar a una aldea grande.

Partieron, pues, y así que caminaron un poco, tomaron el de la derecha y llegaron a la vista de una aldea grande. Entonces comenzaron a temer y decían:

—Es lo que Sikulumé nos había dicho... Desandemos el camino.

Volvieron atrás, hasta el sitio en que se habían separado de Sikulumé.

En tanto, Sikulumé preguntó a su servidor:

—¿Vendrás conmigo, o tienes miedo?

Su servidor le respondió:

—¿Tendría yo el descaro de abandonarte aquí, en la selva, habiéndote servido siempre en casa? Desde que naciste te he servido. Iré contigo, ciertamente.

Cuando llegaron, Sukulumé halló en la choza gran número de ogros, porque los había convocado el mismo que llevó las provisiones a los jóvenes. Había, entre otros, una ogresa vieja, sentada al pie de la pared de la choza. Los ogros se entretenían en pasarse de mano en mano el airón olvidado, y decían:

¡Tutchi! ¡Tutchi! Dámelo.

Los ogros pequeños decían (con voz infantil):

¡Tutchi! ¡Tutchi! Dámelo.

Y otros (los viejos) decían (con voz cascada):

¡Tutchi! ¡Tutchi! Dámelo.

La vieja decía también:

¡Tutchi! ¡Tutchi! Dámelo.

Unos dijeron:

—No se lo den

Y otros:

—Dénselo.

Acabaron por dárselo.

Sikulumé, que se había escondido detrás de la empalizada, arrancó el airón de manos de la ogresa sin que ella lo notara, porque era muy vieja, y huyó. Entonces los otros preguntaron a la vieja:

—¿Dónde está el airón?

Ella respondió:

—¡Hizo *zut!*

Le preguntaron de nuevo:

—¡Hizo *zut!*

—Pretende que se lo han robado. Corramos en pos de nuestro pedacito de carne.

En tanto, Sikulumé llegó junto a sus compañeros y les preguntó:

—¿Por qué han abandonado el camino que les recomendé tomar? ¿Que han encontrado?

—No hemos visto nada —respondieron.

Los ogros los perseguían cantando:

282

*¡Se nos fue la carne! ¡Anda que anda!
¡Vamos a su alcance! ¡Anda que anda!*

En efecto, alcanzaron a Sikulumé. Este les dijo:

—Bueno, pónganse en hilera.

Se pusieron en hilera. Entonces comenzó a cantar esta canción:

*¡Oh! ¡En este país, en este país no acostumbramos
comernos a la gente!*

Los ogros cantaban también:

*¡Oh! ¡En este país, en este país no acostumbramos
comernos a la gente!*

Unos exclamaron, no obstante:

—¿Vamos a consentir que nuestro pedacito de carne regrese a su casa?

Otros respondieron:

—Dejemos que se vaya, puesto que hemos aprendido esta canción; eso basta, porque en adelante la cantaremos al comer.

Cuando los ogros se fueron, los jóvenes se marcharon también y llegaron a la aldea grande. Todas las gentes del lugar fueron a saludarlos. Ellos no contestaron. Entonces una vieja dijo:

—¡Salud, señores míos!

Respondieron ellos:

—¡Ji-jí!

Los otros exclamaron:

—¡Anda! Sólo responden cuando les saluda una vieja.

Intentaron darles de nuevo la bienvenida. Pero ellos se callaron. Las gentes del lugar dijeron a la vieja:

—Repítelo, abuela.

La vieja lo repitió y dijo:

—¡Salud, señores míos!

Y ellos hicieron:

—¡Ji-jí!

Al ponerse el sol les mostraron una choza grande para que durmieran en ella; se negaron a entrar. Les llevaron a casa de la vieja y consintieron en quedarse allí.

Por la noche las gentes se concertaron para llevarles de comer. Sikulumé tomó un poco de cada cosa y se lo ofreció al perro que lo acompañaba; el perro se negó a comerlo. Entonces despararraron por el suelo aquella comida. La vieja les molió mijo, coció la masa y se la dio. Sikulumé tomó un pedazo y se lo ofreció al perro, que se lo comió. Entonces comieron ellos también.

Cuando llegó la noche, las gentes del lugar dijeron a sus hijas:

—Vayan a divertirse con esos pretendientes que han venido.

Y fueron a dormir con ellos en la choza. Entonces Sikulumé tomó el cobertor de una de las jóvenes y se tapó con él. Cuando las gentes de la aldea, durante la noche, quisieron matar a los jóvenes y buscaron a Sikulumé para asesinarlo, resultó que mataron a su propia joven; pero no se dieron cuenta de ello.

En tanto, el jefe de la aldea había convocado a sus gentes para ir a labrar el campo al siguiente día. Hallándose todos en la labranza, Sikulumé dijo a la vieja:

—¿Quieres un pastel?

La vieja le respondió:

—Sí.

Entonces molieron harina y la mezclaron con tabaco, cáñamo y otras drogas, y se lo dieron. Mientras comía, la vieja dijo:

—Esta es tu ración —y se la dio a su hijo—. Y esta es para ti— y se la dio al nieto. La vieja añadió —: Mira cómo lo devoran y se regalan y a mí no me dejan nada...

Respondieron ellos:

—Come y calla, abuela.

Cuando hubo comido perdió la cabeza.

Entonces Sikulumé dijo a sus servidores:

—¿Y si nos apoderásemos de los bueyes y nos los llevásemos?

En efecto, reunieron los ganados del país y se fueron.

Cuando las gentes de la aldea se hallaban labrando el campo, el criado del jefe le dijo:

284 —Cualquiera diría que aquella polvareda la levantan los bueyes.

Las gentes respondieron:

—No es polvareda de ganado. Es la polvareda que levantan los labradores.

El criado repitió:

—Cualquiera diría que es la polvareda de los bueyes.

Las gentes insitieron:

—¡Que no! Los bueyes están en la aldea con las gentes para las que estamos aquí labrando.

Pero como seguía sosteniendo la misma cosa, el jefe dijo al criado:

—Vete a ver, y acabamos; no haces más que molestar mientras trabajamos.

El criado fue a ver, en efecto, y en el camino encontró a la vieja. La interrogó:

—¿Adónde vas?

Pero ella no pudo responder nada. Cogió un puñado de tierra y la tiró al aire. Tenía las rodillas desolladas.

Cuando el criado llegó a la aldea ya no estaba el ganado: fue a decírselo a sus gentes, y regresaron todos.

Entonces el jefe les dijo:

—Gentes de Monombela, nuestro pedacito de carne se fue. Provéanse de canastas y cuchillos.

Y se lanzaron a la persecución. El jefe, Monombela, hizo estallar una tormenta para detener a los fugitivos. Sikulumé dijo a sus servidores:

—Métanse debajo de los bueyes.

Reanudaron la fuga, y cuando las gentes de Monombela llegaron a aquellos sitios se encontraron con que Sikulumé y sus servidores los habían ya abandonado.

—¡Ah! Han estado aquí.

Siguieron corriendo tras ellos. Sikulumé hizo aparecer un río y los pasó con sus servidores y el ganado. Cuando llegaron los perseguidores gritaron a los fugitivos:

—¿Cómo han atravesado el río?

Sikulumé respondió:

—Por aquí, valiéndonos de esta cuerda.

Les lanzó la cuerda, y ellos la agarraron. Cuando los vio en medio del río soltó la cuerda, y se los llevó la corriente. Otra vez repitieron la prueba. Y entonces dijeron:

—Pronto habremos muerto todos. Volvamos atrás.

Pero Monombela gritó a Sikulumé:

—Si no quieres convertirte en elefante, ni en búfalo, ni en otro animal, transfórmate en cebra.

Sikulumé, en efecto, se convirtió en cebra y salió galopando: ¡Hua-huá! ¡Hua-huá!

Cuando regresaron a la aldea, las gentes de Monombela hallaron a la joven muerta y se la comieron.

En cuanto a Sikulumé, una vez que se transformó en cebra, su servidor se ciñó la cola, y la cebra partió a la carrera y llegó a la plaza de la aldea. El servidor dijo a su madre:

—Pon agua a cocer hasta que hierva.

Se la echó al animal, que volvió a ser hombre. Sikulumé reunió los bueyes y se fue con su ganado a casa de su tío materno.

Entonces sus hermanos fueron a decir a su padre:

—Para nosotros, ahora, Sikulumé es quien nos ha salvado.

Los servidores le dijeron:

—Te dijimos que al regreso te pagaríamos.

Pero él respondió:

—No me den nada. Es lo más natural que los haya salvado, como hijos de mi padre.

Sikulumé tomó, pues, sus ganados y fue a vivir en casa de sus tíos maternos.

Su padre quiso seguirlo; pero Sikulumé le dijo:

—¿No decías tú que no habías engendrado un hijo normal, sino un imbécil? No quiero vivir contigo.

Sin embargo, cuando le dieron excusas y su padre le explicó que desconocía que él fuese como los demás, Sikulumé consintió en vivir con él.

286 A su llegada, dieron a Sikulumé la realeza de la comarca. Su servidor recibió también su parte. Su padre ya no se ocupaba de negocios; los examinaba Sikulumé, que daba cuenta a su padre sólo después de resolverlos. Sus hermanos se marcharon y fueron establecidos de jefes de otras tantas pequeñas comarcas; lo mismo sucedió con Makumana, aquel que había dicho: «Este es el jefe.» A él también lo pusieron al frente de una pequeña comarca.

Aquí se acaba.

59. El pájaro maravilloso del caníbal

Una vez varias jóvenes salieron de su casa muy de mañana con el propósito de recoger arcilla roja. Entre ellas iba la hija de un jefe: muchacha muy linda. Recogida la arcilla, pensaron regresar a casa, cuando una de ellas propuso que se bañaran en una balsa grande que allí había. A todas les gustó, se metieron en el agua y se divertieron un buen rato. Al fin se vistieron y se encaminaron a su casa.

Cuando llevaban recorrida cierta distancia, la hija del jefe advirtió que se le había olvidado uno de los adornos que se había quitado para bañarse. Entonces pidió a su prima que volviese con ella a buscarlo. La prima se negó. Se dirigió a otra de las muchachas, después a otra; pero todas se negaron a desandar el camino. Se vio obligada a volver sola a la balsa, mientras las otras regresaban a la casa.

Al llegar a la balsa, un caníbal gigantesco y pavoroso, que tenía un solo pie, se acercó a ella, la agarró y la metió en un saco. De puro espanto, la joven se estuvo quieta. Entonces el caníbal la llevó por diferentes lugares, haciéndola cantar por su cuenta. Y la llamaba su pájaro. Al llegar a una aldea pedía de comer, y cuando se lo daban, decía: «Canta, pájaro.» Pero nunca quería abrir el saco, para que no se supiese qué clase de pájaro tenía.

Cuando las jóvenes regresaron a la casa dijeron al jefe que su hija había entrado en la pubertad; y entonces, como vio que elegían una para llevarla a una choza, el jefe creyó lo que le dijeron. Mató un buey muy grande y dijo al pueblo que iban a comérselo. Aquel día las gentes comieron buey cebado y estuvieron muy alegres. Los mozos tomaron la carne y salieron del pueblo para comer.

El caníbal llegó en aquel mismo momento, ignorando que el padre de la joven fuese jefe del lugar. Dijo a los jóvenes que si le daban de comer haría que el pájaro cantase para ellos. Le dieron de su comida y dijo: «Canta pájaro.»

Entre los jóvenes se hallaba el hermano de la muchacha, y pensó que el pájaro cantaba como su hermana; pero le dio miedo pedir al caníbal que se lo enseñase. Entonces le aconsejó que
288 fuese a la aldea donde estaba la gente, y le dijo que en tal día abundaba la carne.

Entonces el caníbal fue a la aldea e hizo cantar al pájaro. El jefe deseó mucho verlo; pero el caníbal se negó a abrir el saco. El jefe le ofreció un buey por el pájaro; pero el caníbal rehusó la oferta. Entonces el jefe creó un plan. Pidió al caníbal que fuese a buscar un poco de agua, y le dijo que le daría muchos bueyes cuando volviese. El caníbal dijo que iría, si le prometían no abrir el saco en su ausencia. Todos le prometieron no tocarlo. Para traer el agua le dieron un jarro rajado, de modo que estuviese ausente mucho tiempo. En cuanto se perdió de vista, el jefe abrió el saco y extrajo a su hija. Al pronto no podía creer que fuese ella, porque suponía que estaba observando la reclusión impuesta a las muchachas cuando llegan a la pubertad. Pero al saber que las otras muchachas lo habían engañado, declaró que debían morir todas, y las mataron. Entonces metieron en el saco sapos y culebras y lo cerraron.

Cuando el caníbal regresó se quejó del jarro rajado; le dieron mucha carne para contentarlo. Tomó el saco y se fue. Ignoraba lo ocurrido en su ausencia. Al acercarse a su casa gritó a su mujer:

—Date prisa a cocer esto.

Envió en busca de los otros caníbales para que acudiesen al festín, y llegaron, esperando encontrar un majar agradable. Los hizo esperar un poco para que tuviesen buen apetito. Entonces abrió el saco, creyendo sacar a la joven; pero sólo encontró sapos y culebras. Los otros caníbales se enfurecieron tanto que lo mataron y se deleitaron con su carne.

60. Seetetelané

Había un hombre sumamente pobre llamado Seetetelané. Ni siquiera tenía una mujer. Se alimentaba de ratones del campo. La capa y el pantalón estaban hechos de pieles de dichos insectos. Un día que salió a cazar ratones encuentra un huevo de avestruz y dice: «Me comeré este huevo cuando el viento sople de aquella parte.» Y lo escondió en el fondo de su choza.

Al siguiente día salió, según costumbre, a cazar ratones. De regreso, se encontró con un pan recién cocido y *yoala* recién preparado. Y así le ocurrió varios días seguidos. Y se decía: «Seetetelané, ¿es que realmente no tienes mujer? ¿Quién, no siendo tu mujer, habría podido cocerte el pan y prepararte el *yoala*?»

En fin, cierto día una mujer joven salió del huevo y le dijo:

—Seetetelané, incluso cuando estés borracho de *yoala*, no me llames nunca hija de un huevo de avestruz.

Desde ese mismo momento aquella mujer se convirtió en la compañera de Seetetelané. Un día le dijo:

—¿Te gustaría tener gente a tu mando?

Respondió él:

—Sí, me gustaría.

Entonces la mujer salió y empezó a golpear con un palo en el sitio donde estaban las cenizas. Al día siguiente, cuando se despertó, Seetetelané oyó gran ruido como de muchedumbre de gentes. Se había transformado en jefe y se adornaba con hermosas pieles de chacal. Las gentes acudieron a él muy solícitas; de todas partes le gritaban:

—¡Salud, jefe! ¡Salud, jefe!

Todo el mundo lo saludaba así con respeto. Hasta los perros se mezclaban en la manifestación. Dondequiera se oían balidos de animales; Seetetelané era jefe de una aldea inmensa. Ahora despreciaba los pellejos de ratón; se vestía únicamente con pieles de chacal, y de noche dormía en buenas frazadas.

Un día, borracho de *yoala* hasta el punto de no poder moverse, gritó a su mujer:

290 —¡Hija de un huevo de avestruz!

Su mujer le preguntó:

—¿Eres tú, Seetetelané, quien me llama hija de un huevo de avestruz?

—Sí, soy yo; eres hija de un huevo de avestruz.

Por la noche se acostó, bien abrigado en las pieles de chacal, y se durmió profundamente. A medianoche se despertó y, al palpar a su alrededor, advirtió que estaba acostado en el duro suelo y que se cubría con los antiguos pellejos de ratón, que apenas le llegaban a las rodillas; estaba terriblemente transido. Advirtió también que su mujer no se hallaba a su lado y que toda la aldea había desaparecido. Entonces lo recordó todo y exclamó:

—¡Ay! ¿Qué va a ser de mí? ¿Por qué he dicho a mi mujer: eres hija de un huevo de avestruz?

Volvió a ser un hombre sumamente pobre, sin mujer ni hijo. Así envejeció, teniendo por único sustento la carne de ratones de monte y vistiéndose con sus pieles, hasta que murió.

61. Al fin del Mundo

Las gentes de Asbon trajeron un caballo, hijo de Asbon. Desean venderlo; vale muy caro. La venta es difícil, porque el propietario del caballo dice:

—Yo no vendo mi caballo por dinero; lo vendo por tetas de mujer.

Acude gente. Preguntan por el propietario del caballo. Le dicen:

—¿Cuánto por el caballo?

Responde:

—No quiero dinero por mi caballo, denme tetas de mujer, y está vendido.

La gente dice:

—Tu caballo tiene un precio difícil. ¿Quién lo comprará?

Llega un joven y pregunta por el dueño del caballo. Dice:

—¿Cuánto?

El dueño del caballo contesta:

—Se vende por tetas de mujer.

El joven responde:

—Bueno, pues no puedo comprarle el caballo.

Se va.

Llega un compañero del joven. Sabía que su madre le otorgaría cuanto le pidiese. Pregunta por el dueño del caballo. Le dice:

—¿Cuánto dinero pides por tu caballo?

El propietario le contesta:

—Si puedes cortarme las tetas de tu madre, tráemelas, y el caballo es tuyo.

El joven dice:

—Bien. —Se va. Llama a su madre y le pide—. Madre mía, cómprame el caballo con tus tetas.

Ella dice:

—Bien. —Y dice más—: Anda, trae un cuchillo, corta.

El joven va, trae un cuchillo, corta las tetas de su madre. Va a entregárselas al dueño del caballo; este le da el caballo. El muchacho regresa. Ha comprado el caballo.

292

Pasados tres días dice a su madre:

—Me voy; quiero ver el fin del Mundo, el sitio en que la Tierra se acaba.

Su madre le responde:

—Bien.

Y su padre, y todos, dicen:

—Bien. Anda, y que Dios te guíe.

El joven dice al caballo:

—Caballo, mírame, te he comprado con la tetas de mi madre. Llévame al fin del Mundo.

El muchacho se prepara, pone la silla. Parte. Viaja. Un día encuentra a una araña. Esta le dice:

—¡Eh, joven! ¿Adónde vas?

Responde él:

—Ando, ando, hasta el fin del Mundo.

La araña le dice:

—Te seguiré.

Y él le responde:

—Sígueme.

La araña se hace una silla con la hoja de un árbol. Viajan, viajan, hasta que llegan al lugar en que no hay suelo. Ven allí a una mujer, la ven de lejos, pero ella no los ve llegar. Está haciendo algo que no es decente. Es una bruja.

El joven y la araña llegan, la saludan, ella les responde, y dice:

—¿Están bien, hijos míos?

Contestan:

—Sí, bien.

La vieja dice:

—Vengan, vamos a mi casa.

Responden:

—Bien.

Entonces viajan sin tierra, sin árboles, tan sólo sobre el viento, tan sólo sobre el agua, tan sólo en oscuro lugar. Llegan a casa de la bruja. Es de noche. La bruja va en busca de un gallo, lo mata. El gallo corre, se esconde en la hierba, ella lo busca, lo busca, no lo encuentra.

La vieja cocina el alimento, se lo lleva al joven y a la araña. Les dice:

—Aquí tienen la comida, coman.

Ellos responden:

—Bien.

Pero el joven dice:

—No quiero esta comida.

La araña dice:

—No tiene nada, comamos.

Se sientan, comen.

La araña posee una varilla de hierro. Después de comer, se van a dormir. A medianoche, la bruja toma un cuchillo y lo afila.

El gallo grita:

—¡Cuidado, que viene! ¡Prepárense!

Y el joven comprende la llamada del gallo.

La bruja dice:

—¿Dónde está ese gallo? Todo el día ando buscándolo y no lo encuentro.

Mira debajo de la cama, mete la mano, palpa, no lo encuentra. Y se sienta.

De nuevo toma el cuchillo y lo afila. Dice:

—¡Come carne! ¡Come carne!

De nuevo grita el gallo:

—¡Mírenla, ya viene!

La bruja escucha las palabras del gallo. El gallo gritó tres veces hasta el alba.

Entonces la vieja va a saludarlos.

—¿Han dormido bien? ¿Han dormido bien? —les pregunta la bruja y añade—: Ayer me vieron hacer algo no decente.

La araña le dice:

—La he visto.

La bruja se avergüenza. Se va, busca al gallo.

—Si no mato a este joven y a la araña, llevarán la noticia a su país —se dice.

Busca al gallo, lo coge, lo mata, lo cuece. Por la noche, se lo lleva a la araña y al joven. Se lo comen. Van a dormir. La araña dice al muchacho:

—Ten cuidado esta noche.

Y él dice:

—Está bien.

La araña toma la varilla de hierro y la pone a su lado. Dormido el muchacho, la araña se levanta, toma la varilla y va a sentarse cerca del hueco de la puerta. Por la noche, la mujer se prepara, quiere matar al joven y a la araña, y comérselos. Afla el cuchillo, diciendo:

—¡Come, carne! ¡Come, carne!

—Mírala, y viene.

Toma la varilla de hierro y se sienta junto al hueco de la puerta. La bruja avanza sin hacer ruido. La araña toma la varilla de hierro. Cuando la vieja se asoma en el aposento, la araña le aplasta la cabeza con la varilla de hierro.

La vieja regresa a su choza, se lame la sangre por todo el cuerpo. Espera un poco. Dice: «Ahora se han dormido.» Afla de nuevo el cuchillo, se acerca sin ruido. La araña la espera; en cuanto mete la cabeza en el aposento, de nuevo le rompe la cabeza con la varilla de hierro.

La vieja vuelve a su choza, se lame la sangre que le chorrea por el cuerpo.

Tres veces, la vieja y la araña se baten de ese modo, la noche entera, hasta el alba. La araña dice a su amigo:

—Mira, esa mujer ha venido esta noche y le he roto la cabeza.

El joven dice:

—¿De veras?

Responde ella:

—Sí; es verdad.

Dice el joven:

—Preparémonos para esta mañana. Regresaremos a nuestro país.

La araña dice:

—Está bien.

La mujer viene a su encuentro:

—¿Han dormido bien? ¿Has dormido bien, araña?

Dice la araña:

—Muy bien.

Ambos la saludan y dicen:

—Hoy nos vamos de viaje. Regresaremos a nuestro país.

Dice la mujer:

—Está bien.

El joven toma unas navajas. Las ata a la cola del caballo; la cola está llena de navajas. Luego pone la silla, se prepara y salta al caballo. La araña monta en la hoja de árbol que le sirve de cabalgadura. Parten. La mujer se transforma en bruja. Quiere apoderarse del joven. Se agarra de la cola. Las navajas le cortan la mano. Se detiene, y lame la sangre.

De nuevo llega como el viento. Y dice:

—Deténganse; si los atrapo, me los comeré en una boca de fuego.

El joven y la araña corren. Llegan al borde de un lago hirviente. Dice al caballo:

—Líbrame del agua hirviente, que te he comprado por las tetas de mi madre.

El caballo brinca, y salva el lago hirviente. La araña sube, y se cae en el agua caliente, con su montura. El joven se vuelve rápido y la salva. La bruja llega cerca del agua hirviente. La cruza, agarra la cola del caballo. Las navajas le cortan la mano. Suelta la cola y se detiene. Lame su sangre.

El joven y la araña corren. Llegan a un fuego, que fluye como un río. La bruja les dice:

—¡Deténganse ahí! Les daré alcance y me los comeré.

El jinete dice a su caballo.

—Líbrame del fuego, que te he comprado por las tetas de mi madre.

Y fustiga al caballo con su látigo. El caballo galopa, salta, traspone el fuego. Se lleva consigo a la araña.

Salvan el río. La bruja llega como el viento. Pasa el río de fuego. Alcanza al joven y a la araña. Agarra de nuevo la cola del caballo. De nuevo las navajas le cortan la mano. Se detiene, lame su sangre.

296 El joven y la araña galopan, llegan cerca de un gran lago de agua fría. El jinete dice de nuevo al caballo:

—Líbrame de esta agua fría.

Fustiga al caballo, toma consigo a la araña y trasponen el lago. La bruja dice:

—Estoy molestándome por gusto. Voy a regresar a casa. Van demasiado aprisa. No los alcanzaré nunca.

Vuelven a su aldea. El joven y la araña vencen todavía uno, dos, tres obstáculos, y llegan al sitio donde comienza la tierra. Al fin caminan por la tierra.

La araña vio los lugares que deseaba ver. El joven también. Cuando regresa a su pueblo, va derecho a casa de su madre. Y su madre y su padre y sus hermanos y hermanas le ven y se regocijan mucho. Su hijo volvía del fin del Mundo.

Aquí concluye la historia del caballo hijo de Asbon. Y del joven y la araña, y también de la bruja. Se acabó.

Capítulo XIV

Cuentos anecdóticos, novelescos y de aventuras

62. *Observaciones de un hijo a su padre* (cuento mossí).
63. *Tyaratyondyorondyondyo* (cuento herero).
64. *La mujer y la hiena* (cuento barí).
65. *Los cambios* (cuento waissou-kouma).

62. Observaciones de un hijo a su padre

Un hombre tenía un hijo, el cual dijo a su padre que iba a hacerle unas observaciones. Y el hijo rogó al padre que lo acompañase a la selva. Uno detrás del otro, fuéronse a ver una termitera donde zumbaban las abejas.

—Ven a ver —dijo el padre al hijo— las abejas que hay en este agujero.

—Padre mío —replicó el hijo— ¿no te he dicho que iba a hacerte observaciones? No son abejas, son bichos que revolotean. —Y como el hijo viese una corza rogó al padre que fuese a ver una cosa mucho mejor. Pero el padre declaró que era una corza—: No —dijo el joven—, es cosa mejor.

Prosiguiendo el camino llegaron a la orilla del agua, el hijo invitó al padre a que bebiese, pero este hizo notar al hijo que no había agua bastante para dos, y que bebiese solo. El hijo se empeñó en que su padre bebiese, y el padre consintió en ello. Después, el hijo hizo notar a su padre que si un hombre no quisiera comer y se contentase con llorar, no haría lo que es debido. Al marcharse, encontraron a una mujer que intentaba transportar leña, pero como no podía con ella, se le caía, y recogía otra y la ataba. El padre dijo al hijo que reparase en aquella mujer, que llevaba más leña de cuanto podía, la dejaba caer, después cogía otra y la hacinaba. Pero el hijo hizo notar a su padre que el caso se parecía al de una mujer ya encinta y que sigue persiguiendo a los hombres. El muchacho salió andando, encontró un coba muerto y llamó a su padre para que lo viese. El padre declaró que era un coba.

—Esto es todo, por ahora —dijo el joven.

302 **63. Tyaratyondyorondyondyo**

Había una vez una mujer que tenía una hija de extraordinaria hermosura. Todas las miradas se posaban en ella, y todo el mundo la mimaba. Así estaba ella de orgullosa. El lugar donde vivía era grande, y había en él muchas jóvenes, también hermosas.

Iban todas juntas a apacentar las ovejas, y cuantos veían a la hermosa joven, decían:

—¿Quién es esa tan linda?

Los que pasaban ardían en deseos de conocerla y de conquistar su favor.

Un día, todas las jóvenes del lugar estaban reunidas, y entre ellas, Tyaratyondyorondyondyo, la muy hermosa. Fueron juntas a ver a los pastores, y les preguntaron:

—Bien sabemos que somos todas hermosas, pero, ¿cuál de nosotras lo es más?

Respondieron:

—Ciertamente, todas son hermosas, pero la hermosura de Tyaratyondyorondyondyo sobresale entre todas, como el dedo de en medio entre los demás.

Entonces fueron a ver a los boyeros, y les dijeron:

—Bien sabemos que somos todas hermosas, pero, ¿cuál de nosotras lo es más?

Respondieron:

—Ciertamente, todas son hermosas, pero Tyaratyondyorondyondyo es más hermosa que Mbazuwa y Rutagarandua.

Las jóvenes hicieron igual pregunta a los colectores de bayas que encontraron, y recibieron la misma respuesta.

Tyaratyondyorondyondyo se puso cada vez más orgullosa. Las jóvenes se hicieron señas a hurtadillas, y dijeron:

—Déjenla hasta mañana por la mañana.

Tyaratyondyorondyondyo se dio cuenta de que tenían alguna intención secreta. Al día siguiente se reunieron de nuevo, fueron a su encuentro, la llamaron y le dijeron:

—Ven, vamos a jugar.

Ella respondió:

—Dispénsenme, no puedo ir; me duele la cabeza.

Las otras insistieron:

—Haznos el favor, queremos jugar contigo; vamos a jugar al escondite.

Su madre, que lo oía, dijo:

—¿No oyes lo que dicen tus amigas? No te hará daño levantarte.

Entonces se fue con las otras. Bajaron al río, y dijeron:

—Juguemos al escondite.

Tyaratyondyorondyondyo tenía una hermana más joven y una amiga, pero la hermana menor estaba en el trabajo, y Tyaratyondyorondyondyo llevaba consigo una criada. Entonces, las jóvenes dijeron:

—Escóndete.

Se tendió en el suelo; y en eso una joven se le subió encima del estómago.

—Me matas —gritó ella.

La otra no hizo caso. La amiga y la criada gritaban:

—¿Qué ocurre? ¿No oyes? ¿Lo haces adrede?

La otra permaneció así encima de la joven y le oprimió el corazón hasta que murió. La criada y la amiga la depositaron en tierra y lloraron. Las otras las amenazaron diciéndoles:

—Mucho cuidado con decirlo.

Cuando llegaron al pueblo, las gentes preguntaron por Tyaratyondyorondyondyo. Respondieron:

—Hace mucho rato que regresó, porque le dolía la cabeza.

—Aquí no ha llegado —dijeron las gentes.

La buscaron en vano e interrogaron a la criada, que no dijo nada.

Un día, preguntaron a unos viajeros:

—¿No han visto algún cadáver?

—Sí; cerca del río hemos visto el cadáver de una joven muy hermosa.

304 Fueron allá, su madre fue llorando todo el camino hasta que dieron con la muerta. Levantó el cadáver, llorando se lo llevó a su casa y lo enterró.

64. La mujer y la hiena

Un hombre tenía dos mujeres; la una mansa y solícita, la otra tan parlanchina, que a menudo lo hacía encolerizarse. Ni las advertencias ni los golpes la corregían, y, finalmente, tomó la resolución de relegarla en un bosque, entre hienas. La mujer se construyó una choza pequeña, en la cual vino tranquilamente a instalarse como dueña una hiena. La mujer quiso protestar, pero la hiena, no contenta con beberse y comerse todo lo que preparaba la mujer, la obligó también a cuidar de sus crías. Pues bien: un día que la hiena ordenó a la mujer que hirviese agua mientras volvía, la mujer tuvo la desdichada idea de agarrar a las crías y echarlas en el agua hirviendo; después corrió, del todo temblorosa, a refugiarse en casa del marido, a quien halló tranquilamente sentado en el umbral de la cabaña, lanza en mano. Se arrojó a los pies del esposo para pedir ayuda y protección, y cuando llegó la hiena, echando espuma, el marido la tendió muerta de un lanzazo. La lección no resultó vana para la mujer, porque desde ese día fue la alegría y el contento de los suyos.

306 **65. Los cambios**

Un joven tenía miel. Se la da a su abuela, la cual se la comió. A su regreso el joven la reclama. La abuela se la había comido. Tuvo que darle grano. Él se lo llevó. Vienen unos pollos, hallan el grano, lo ponen en montón. El joven dice:

—¿Ustedes dicen: «somos muy tragones»?

Les da el grano. Se lo comen todo. El joven reclama, y le dan, en cambio, un huevo.

Se va, y encuentra a unos pastores que jugaban a la pelota. Les dice:

—Déjenme ver la pelota.

Se la dan. Y les dice:

—Juegan mal.

Les entrega el huevo, diciendo:

—Denle fuerte a mi pelota. Las otras, bótenlas.

Le dan al huevo y lo rompen. Les dice:

—Devuélvanme mi huevo; que me voy.

—Se rompió.

—Entonces, páguenmelo.

Le dan unas varas.

Se va, y encuentra unos elefantes, y les dice:

—¿Ustedes dicen: «somos muy fuertes»?

—Sí —le responden.

—Entonces, rompan estas varas.

Las varas quedan rotas.

—Páguenme mis varas —les dice.

—Tú eres quien se ha burlado de nuestra fuerza.

Y le dan un cuchillo.

Se va, y encuentra a unas gentes que desollaban un buey; se valían de astillas de caña. Les dice:

—Eso no sirve, bótenlo.

Les da el cuchillo; desuellan el buey y ponen el cuchillo junto a la piel. Él lo esconde, y les dice:

—Devuélvanme mi cuchillo.

Lo buscan entre la carne. El joven les dice:

—Páguenmelo.

Le dan el rabo del buey y se va.

Llega al borde de un tremedal, hinca el rabo en el suelo y pide socorro. Las gentes acuden y lo encuentran allí. Les dice:

—Sáquenme el ganado; se ha hundido en el fango. Tiran, tiran, y no sale más que el rabo. Les dice:

—Me han despedazado el rebaño; páguenmelo.

Le dan mucho ganado. Las gentes eran cien; todos pagaron. Tuvo cien bueyes y se convirtió en jefecillo.

Capítulo XV

Cuentos morales

66. *Por qué la mujer está sometida al hombre* (cuento taveta).
67. *Ingratitud* (cuento haussa).
68. *El caimán, el hombre y el chacal* (cuento haussa).
69. *La araña* (cuento vei).

66. Por qué la mujer está sometida al hombre

En el comienzo, Dios quiso probar el corazón del hombre y el de la mujer. Llevó al hombre aparte, le entregó un cuchillo y le dijo:

—Escucha: esta noche, cuando se duerma, córtale el cuello a tu mujer.

Llevó también a la mujer aparte, le entregó un cuchillo y le dijo:

—Escucha: esta noche, cuando se duerma, córtale el cuello a tu hombre.

—Está bien.

Entonces el hombre se retira muy triste, pensando: «¡Cortar el cuello a mi mujer, a mi hermana! Es imposible. No lo haré nunca.» Arroja el cuchillo al río, proponiéndose decir que lo ha perdido.

Y la mujer también se retira. Llegada la noche, toma el cuchillo y va a matar al hombre que dormía, cuando Dios reaparece:

—¡Miserable! —le dice—. Puesto que tienes tan mal corazón, no volverás a tocar hierro en la vida. Tu sitio está en el campo y en el hogar. Y tú —dice al hombre—, por ser bueno, has merecido ser el amo y manejar las armas.

314 **67. Ingratitud**

Una serpiente mordió a un hombre, cuyas gentes se echaron a buscarla para darle muerte; pero la serpiente huyó en demanda de un escondite.

La fugitiva encuentra a un hombre que desbrozaba un campo, y le dice:

—A ti acudo, escóndeme.

—Bueno —dice el hombre—, vete a ese árbol, entra en él y escondete.

—¡En el árbol! —exclamó la serpiente—. ¡Eso no sería esconderme!

—Entonces —dice el hombre—, refúgiate en esa termitera.

Pero la serpiente:

—Tampoco ahí estaría escondida.

—Entonces —dice el hombre—, ¿dónde ponerte?

—Abre la boca —dice la serpiente—, me meteré en ella y así estaré bien escondida.

—No, no, no —exclamó el hombre—; porque me devolverías mal por bien.

—No, no; ningún daño te haré.

—Entonces, sea —dice el labrador—. Entra en mi boca y escóndete.

Abre la boca y la serpiente entra. Apenas entró, llegaron sus perseguidores, lo registraron todo, pero no la vieron, y regresaron a su casa.

—Bueno —dice entonces el hombre—, ya puedes salir, que se han marchado.

—¿Salir yo? —responde la serpiente—. Tú estás loco, infeliz. ¡Cómo! ¿He de salir para que tú comas a gusto el alcuzcuz y bebas agua? En pago del bien que me has hecho, consiento en no tocarte el corazón ni los intestinos, pero me comeré el alcuzcuz que tú comas y me beberé el agua que bebas. Eso me basta.

—Y añade—: No; no salgo.

Oído esto, el hombre se lamenta y comienza a hincharse el vientre. Vuelve llorando a su casa; sus mujeres y sus hijos lo rodean, y le preguntan:

—¿Qué te ha ocurrido?

Les responde:

—Llevo una serpiente en el vientre; por el bien que le he hecho, me devuelve el mal.

Entonces todos empiezan a lamentarse. Llorando estaban, cuando una garza que pasaba por allí se posa a su lado y les pregunta:

—¿Por qué lloran?

Las mujeres responden:

—Llorando porque nuestro marido lleva una serpiente en el estómago.

—¿No es más que eso? —dice la garza—. El remedio es fácil. Pero —añade— el agradecimiento es carga pesada, y preveo que si les presto un servicio me lo pagarán con ingratitud.

—¡No, no! —dice el hombre—. Te aseguro que no seré ingrato.

—Bueno —dice la garza—, abre la boca.

El hombre abre la boca y la garza introduce en ella una pata.

La serpiente, al sentir rebullirse una cosa, piensa: «Sin duda es el alcuzcuz.» Abre la boca, pero lo que penetra en ella es la pata de la garza. La garza tira suavemente, a tiempo que se remonta en el aire; cuando ha subido bastante, deja caer la serpiente; que se mata del golpe.

Entonces, la garza desciende, y dice al hombre:

—Recompénsame con dos pollos.

El hombre dice:

—¡Ya tengo uno! —y echa mano a la garza, añadiendo—: Sólo me falta buscar el otro.

La garza dice:

—Lo había previsto.

—¡Qué me importa! —responde el hombre. Y abre el gallinero, mete dentro a la garza y cierra la puerta, diciendo—: Voy a buscar el segundo pollo, y cuando lo tenga, les cortaré el pes-
316 cuevo a los dos.

Y salió.

La mujer dice entonces:

—No puedo admitir esta ingratitud.

Se levanta, abre la puerta del gallinero, y dice al pájaro:

—¡Vuela!

La garza sale del gallinero; pero, antes de marcharse, le salta los ojos a la mujer, y remonta el vuelo.

¿Quién fue más ingrato: la serpiente, el hombre o la garza? Los tres han contribuido por igual al infortunio de la mujer.

Se ha terminado.

68. El caimán, el hombre y el chacal

317

Un caimán que había ido a buscar comida en la aldea oye decir a las gentes:

—Mañana iremos al río a cazar caimanes.

Oído esto, no quiere volver al agua, y habiendo encontrado una estera arrollada, se mete en ella, se agazapa y se oculta.

A la mañana siguiente, las gentes van a caza de caimanes; después regresan a sus casas. En ello, un hombre sale de la aldea con objeto de coger leña y hierba seca para encender fuego y cocer su parte en el producto de la cacería.

Ve al caimán, que le dice:

—No me delates.

El hombre dice al caimán:

—¿Por qué estás ahí?

Responde el caimán:

—He venido esta noche en busca de comida; he oído a la gente decir que iban a cazar caimanes al día siguiente, me he ocultado y no he vuelto al agua. Llévame a mi casa, en el agua.

El hombre dice:

—Bueno.

Se retira, y vuelve con un saco, en el que mete al caimán; después, cosida la abertura, carga con él, lo lleva a su casa, donde lo deposita. Por la noche, toma el saco y va al agua; luego, lo coloca en la orilla.

Pero el caimán le dice:

—Éntrame en el agua.

El hombre lo lleva al agua, metiéndose en ella hasta la rodilla.

El caimán le dice:

—Más lejos.

Y el hombre entra en el agua hasta la cintura.

El caimán añade:

—Adelántate un poco más. Entra hasta que te llegue el agua al pecho.

Así lo hace el hombre.

318

El caimán dice:

—Déjame aquí, y sácame del saco.

Así lo hace, pero cuando lo ha sacado, el caimán lo agarra por una pierna. El hombre exclama:

—¡Ah! ¿Qué es esto?

El caimán responde:

—¡Sí! ¿Qué hay?

—Suéltame —dice el hombre.

—No te suelto —contesta el caimán.

El hombre estaba allí de pie, cuando llegan unos animales fieros a beber agua. Dicen:

—Eso es un hombre, de pie en medio del agua.

Responde:

—Sí; soy un hombre; he hecho bien a un caimán, y me lo paga de este modo.

Los animales fieros dicen:

—Así tratan ustedes, hijos del hombre, a todos los que les hacen bien. Tú, caimán, sujétalo bien; no sueltes lo que te pertenece.

El hombre comienza a llorar. El chacal, a su vez, llega a refrescarse. Ve al hombre en el agua que se lamenta, y le pregunta:

—¿Por qué lloras ahí en el agua?

Responde:

—He hecho bien a un caimán, y me lo paga de este modo.

El chacal dice:

—¿Es verdad, caimán?

El caimán responde:

—Sí.

El chacal les dice:

—Salgan los dos, quiero juzgar el caso, porque soy morabito.

El caimán responde:

—Bien. Nadie puede desobedecer la ley.

Suelta al hombre. Salen, para venir junto al chacal, y se sientan ante él. El chacal dice:

—Caimán, ¿cómo se ha portado contigo este hombre?

—Iban a matarme —dice el caimán—; él me ha restituido a mi elemento; me ha hecho bien y yo, en cambio, le hago mal. 319

El chacal dice:

—Caimán, razón tienes; este hombre yerra.

Dice al hombre:

—¿Cómo lo has traído aquí?

Responde el hombre:

—Lo metí en este saco para traerlo.

Dice el chacal:

—Mientes, hombre. ¿Cómo ibas a traerlo en este saco?

Dice el caimán:

—No miente, dice la verdad; me ha traído en este saco.

Dice el chacal:

—Métete en él, para que yo me haga cargo.

El caimán se mete en el saco, y el chacal dice al hombre.

—Cose el saco para que yo lo vea.

Una vez hecho esto, el chacal le dice:

—¿Cómo lo llevabas?

—En la cabeza —responde el hombre.

—Levántate —dice el chacal— y pónitelo en la cabeza, para que yo lo vea.

Cuando el hombre va a ponerse el saco en la cabeza, el chacal le pregunta:

—¿Comen en tu casa carne de caimán?

—La comemos —responde.

—Entonces —dice el chacal—, ve a tu casa y cómete lo que es tuyo.

Entonces el hombre dice al chacal.

—Acabas de prestarme un gran servicio; vamos juntos a casa; quiero darte cuatro pollos en recompensa.

Y echan a andar juntos.

Al llegar a la aldea, el hombre dice:

—Chacal, quédate aquí; voy a casa y te traeré los pollos.

320 Entra en su casa, halla a su mujer acostada, enferma de dolor de vientre, y le dicen que sólo podrá curarse con la piel de chacal, y que corre prisa buscar una. Dice:

—No hagan ruido; tenemos un chacal al alcance de la mano. ¿Dónde están los hijos, dónde están los perros? Hijos, tomen unos palos, salgan con los perros; vamos a matar un chacal y a traerlo aquí.

Pero, en cuanto a lo primero, el chacal no había tenido confianza, y no se había quedado en el sitio donde el hombre le dijo: lo había dejado al Oeste de la aldea, y él se había ido al Este, desde donde, lleno de recelo, acechaba el sitio que había abandonado, y pronto lo vio cercado de perros y gente; al mismo tiempo, oyó decir al hombre:

—Aquí lo dejé; rodeen el sitio para que no se escape.

Mientras tanto, al Este, el chacal decía:

—¡Je! Conozco bien a los hombres. De modo que, ¡huyamos! No merecen confianza, hijos del hombre.

Ha terminado.

69. La araña

Érase una araña, y una hambruna cayó sobre el país, de modo que no había arroz, ni casabe, ni plátanos, ni col, ni carne, ni otro alimento. Una hambruna había caído sobre el país. Durante mucho tiempo, la araña y su mujer habían tenido hijos, cientos de hijos. No había en el país qué darles de comer. La araña se fingió enferma, y dijo a su mujer:

—Voy a morir.

—No te mueras —dijo la mujer—; trabajaremos.

—No —dijo la araña—; voy a morir. —Y añade—: Cuando me muera, no me dejes aquí, ponme en un hoyo, cúbrelo con tablas y encima amontonas tierra.

La mujer convino en ello. La araña se murió. La mujer dijo a sus hijos:

—Abran un hoyo.

Abrieron un hoyo y pusieron en él a la araña. No la dejaron donde estaba, sino que la metieron en el hoyo, y luego lo cubrieron con tablas. Cuando llega la noche, la araña sale del hoyo y se va por el país adelante. Aún estaba viva: la araña no había muerto. Camina, camina, y encuentra a una mujer importante, una mujer jefe. La mujer poseía mucho arroz; tenía mucho arroz y casabe en su hacienda; tenía mucho en su almacén. La mujer era estéril; no tenía hijos. La araña le pregunta:

—Madre mía, ¿y tus hijos?

—No tengo —respondió.

—Tengo una medicina —dice la araña—, te la daré, la beberás, de manera que podrás quedar encinta y parir.

—Dame la medicina —dice la mujer—; si paro, y tengo un hijo, te daré un cobertizo lleno de arroz, dos plantaciones de casabe y gran cantidad de plátanos.

La araña acepta, vista la hambruna. Va en busca de la medicina y regresa a la ciudad. La mujer había matado un cabrito y cocido arroz para la araña, y le dice:

—Araña, aquí tienes arroz.

322 La araña come, hasta quedar satisfecha. Entonces pone la medicina en un jarro, lo llena de agua y revuelve la medicina. Dice a la mujer:

—Trae una tira de tela.

Tapa con ella los ojos a la mujer, y dice:

—¡Cuidado! Bebe la medicina. Después de beberla no me verás más; me iré muy lejos. Dentro de seis meses darás a luz un hijo varón, y vendré para que me entregues el arroz y los demás víveres.

La mujer consiente. Toma la vasija y bebe la medicina. La araña se arroja en la vasija y la mujer se la traga. La araña está en el vientre de la mujer. La mujer da a luz un niño; era la araña. La mujer le da de beber, cuece arroz excelente y se lo da a comer. La araña había estado en la mujer, la araña era el hijo. La mujer no lo sabía.

Hay en la selva un animal llamado gamo; es muy astuto. Y dice:

—Voy a ver al hijo de la mujer; durante seis meses, ha comido del arroz de la mujer.

El gamo llega, y dice:

—Madre, vengo a ver a tu hijo.

La mujer se lo entrega. El gamo lo mira, y ve que es la araña. Se lo devuelve a la mujer. Esta lo toma y le pone unas ropitas. El gamo se va a la ciudad, toma una vara, regresa y levanta las ropitas al niño y lo azota fuertemente. El niño se suelta y huye. El gamo dice a la mujer.

—Era la araña, no era un niño. ¡La araña es una impostora!

La araña va en busca de su primer mujer; el arroz de su mujer había madurado; tenía muchas gallinas. La mujer molía arroz, y

sus hijos mataban reses. La mujer cocía arroz, cocía carne, ponía arroz en un plato y carne en el arroz.

La araña llega una tarde y encuentra a su mujer comiendo arroz. La toca en la mano, pasa, y se detiene. La mujer mete la mano en el arroz. La araña le tira del brazo, y dice:

—He muerto hace mucho tiempo, y ahora reaparezco.

La mujer no responde. Su hijo dice:

—Madre, es mi padre.

—No —responde ella—; tu padre ha muerto hace mucho tiempo.

La araña vuelve a donde la otra mujer, y dice:

—Yo soy la araña

—La araña ha muerto hace mucho tiempo. La araña es una impostora.

Se acabó.

Capítulo XVI

Cuentos de amor

Astucias. Escatología. La bengala. Adulterio. El marido celoso. Pruebas de paternidad. Desventuras de los amantes sorprendidos en postura «deshonesta». Pruebas extravagantes para resultar agradable.

70. *Historia de dos mozos y cuatro mozas* (cuento haussa).
71. *Lanseni y Maryama* (cuento mossi).
72. *Polo y Khoahlakhubedu* (cuento basuto).
73. *Masilo y Thakané* (cuento basuto).
74. *Hammat y Mandiaye* (cuento wolof).

70. Historia de dos mozos y cuatro mozas

Se amaban, y pasaban las veladas divirtiéndose.

Una noche, hablando en un «rezzu» que intentaba sorprender a la aldea al rayar el día, el galán dijo:

—Sí, como dicen por ahí, viene mañana el «rezzu», mataré al jefe.

Su novia respondió:

—No te creo, pero si lo dijese tu amigo, lo creería.

El amigo, a su vez, dijo:

—Mañana no monto a caballo para combatir al «rezzu».

—Entonces —dijo el otro—, préstame tu lanza.

—¡Oh! —respondió el amigo—, poca cosa es una lanza; te la doy.

Mientras dormían, llegó el «rezzu»; el joven salió con la lanza de su amigo; tumbó mucha gente, y atravesó al jefe, que huyó con la lanza clavada en el cuerpo. Los guerreros dieron vuelta y retornaron a sus casas; entonces, en honor del joven, batieron un tam-tam golpeando en los tambores y soplando en las trompetas, y el joven se fue a su casa.

Y los habitantes de la aldea dijeron al jefe:

—¿Qué piensas hacer en favor de ese joven, para recompensar su brillante valentía?

El rey respondió:

—Yo sé muy bien lo que voy a hacer.

Mandó traer albornoces y se los puso en los hombros, hasta por encima del cuello. Mandó traer un millón de cauris y se los regaló. Mandó traer cien bueyes, y se los dio.

Entonces, su camarada, movido de envidia, le preguntó:

—¿Dónde está mi lanza?

—Tu lanza está en el cuerpo del jefe, que huyó.

—¡Bah! —dijo el amigo—, quiero que me devuelvas mi lanza.

—Te daré cien mil cauris —dijo el joven.

—¿Qué me importan los cien mil cauris? —respondió el otro—. Lo que quiero es la lanza.

—Bueno, repartiremos los bueyes y te daré la mitad.

—No te envidió la riqueza, sólo te pido la lanza.

Entonces, el joven dijo a su novia:

—Mañana, con ayuda de Dios, le traeré la lanza.

La joven contestó:

—Iremos juntos: puesto que, a causa de una lanza, se pretende empañar tu reputación; quiero que vayamos juntos.

Al rayar el día, ya estaba en camino; salió muy de madrugada para que su novia no lo siguiese. Pero ella, que lo había visto y seguido, exclamó:

—Detente. Ponme a la grupa para ir contigo, porque si has de morir, quiero que muramos juntos.

Y así fueron ambos hasta la aldea enemiga.

Muy cerca de la aldea, hallaron cantidad de jovencitas que se bañaban en un estanque y eran las hijas del jefe. La mayor de todas, particularmente amada de su padre, dijo:

—Joven, ¿de dónde eres?

Respondió él:

—Y tú, ¿de quién eres hija?

—Soy la hija del rey.

El joven dijo:

—¿No me conoces? Yo soy quien atravesó a tu padre, y vengo a buscar mi lanza.

Ella respondió:

—Sígueme, te daré la lanza.

Entonces el joven puso en el suelo a la que había ido con él, y la dejó fuera de la aldea; siguió a la hija del jefe y fueron juntos hasta la puerta de la casa del rey. Los cortesanos dijeron:

—¿De dónde viene este extranjero?

El joven no respondió; tampoco ella habló, sino que entró en la casa, donde tomó muchas lanzas, y le dijo:

—Mira si está la lanza con que atravesaste a mi padre.

Respondió él:

—No está.

La joven se las llevó, y trajo otras, y así hizo hasta tres veces.

A la tercera vez, el joven vio la lanza, y le dijo:

—Ahí está.

Y la tomó.

Entonces, dijo ella:

—Espera a que las coloque en su sitio, y vuelvo.

Cuando regresó, dijo:

—Te quiero; llévame contigo, nos iremos juntos; pero cuando me pongas en el caballo empezaré a gritar: «¡Ihu! ¡Ihu!», y diré: «Este es el que atravesó a mi padre, que viene ahora a rap-tarme.» ¡Pronto, pronto, a caballo!

La puso en la grupa, y ella empezó a gritar.

—¡Ihu! ¡Ihu! Este es el que atravesó a mi padre; me lleva en ancas; me lleva en ancas.

El joven salió de la aldea, recogió a la que había ido con él, y la puso delante de sí.

Entonces las gentes de la aldea montaron a caballo, lo persiguieron y lo alcanzaron. Los rechazó. Volvieron y los rechazó de nuevo. Volvieron otra vez, para cogerlo al borde del río.

Entonces dijo al barquero:

—Pronto, pronto, ponme a salvo; pronto, pronto, ponme a salvo.

Y el barquero respondió:

—Te pondré a salvo si me das una de estas jóvenes.

Pero la hija del barquero mató a su padre y puso a salvo al joven y a sus dos amigas; después dijo:

—Te quiero, y por salvarte he matado a mi padre. Te quiero. —Y añadió—: vámonos, llévame contigo.

Enseguida el joven se puso bajo un árbol frondoso y se acostó; así le habían puesto las tres jóvenes; le entró sueño y murió.

Las jóvenes comenzaron a llorarle.

Entonces apareció un hada joven y dijo:

—¿Por qué lloran?

Ellas respondieron:

—Mira. Se nos ha muerto el marido.

Ella les dijo:

—Si resucita, ¿será para nosotras cuatro juntas?

Ellas respondieron:

—Aceptamos que nuestro marido sea para las cuatro.

Entonces ella lo humedeció con saliva, y el joven se levantó.

—Sepamos: de estas cuatro mujeres, ¿cuál escogerías como primera mujer, como favorita?

Desde entonces andan allí discutiendo el punto, y hasta ahora no ha podido saberse cuál debe ser la favorita.

71. Lanseni y Maryama

Hace mucho tiempo, en la aldea de Birko, del país Fullah, vivía un jefe poderoso y rico llamado Bakary. Poseía inmensos rebaños, campos bien cultivados y muchos esclavos; en fin, como señal aun más evidente de riqueza, tenía un serrallo compuesto de veintiuna mujeres. Muy celoso, tenía —como hacía todo el mundo en aquella época— encerradas a sus mujeres en un elevado tata, en el que, bajo pena de muerte, a los hombres les estaba prohibido entrar.

Cerca del tata de las mujeres de Bakary vivía una vieja, Naima, y su hijo Lanseni. Naima conocía las hierbas de la manigua, cuidaba a los enfermos y predecía el porvenir en la arena mediante los *kolas*. Por eso gozaba de gran consideración, que facilitaba su entrada en el serrallo de Bakary. Lanseni era un joven guapo, fuerte y ágil, que se entregaba con pasión a la caza.

Un día que pasaba por delante de la entrada del tata, vio, moliendo maíz, a una de las mujeres de Bakary, llamada Maryama. Era negra profunda, de torso fino, de facciones regulares. Para moler más fácilmente, se había quitado el tonelete y sólo llevaba el ceñidor. Al verla, Lanseni se sintió herido en el fondo del corazón. Vuelto a su casa, declaró a su madre que si no le procuraba, para ese mismo día, un medio de entrar en el tata, se mataría. La vieja Naima, asustada, se dirigió al punto en busca de Maryama, y tras una larga conversación con ella, regresó muy risueña.

Mandó fabricar al herrero del pueblo un baúl inmenso, vaciado en el tronco de un árbol. Metió a su hijo en el baúl, lo cerró cuidadosamente, y, yendo al encuentro de Bakary, le dijo:

—Salud, hombre venerable: Mi hijo acaba de emprender un largo viaje al N'Dara, y me ha dejado un baúl lleno de cosas. Como soy una pobre vieja sin fuerza, y como el baúl no estaría muy seguro en casa, la cual dejo sola muchas veces, vengo a pedirte autorización para depositarlo en el tata de tus mujeres. Maryama me ha ofrecido guardarlo en su cabaña hasta que mi hijo regrese.

334 Bakary, naturalmente cortés, concedió sin dificultad el permiso.

Esa misma noche, a la hora en que se interrumpen los cuentos y la hiena comienza a himplar en la selva, Maryama abrió la caja y pudo gustar, con Lanseni, las mieles de sus audaces amores.

Pasados nueve meses, Maryama fue madre, Bakary, en honor del que creía ser su hijo, y al que había puesto por nombre Moriba, dio grandes fiestas, a las cuales fueron invitados todos los jefes de familia del lugar. Mandó sacrificar un buey y tres carneros, y durante dos días, las calabazas se colmaban sin cesar de arroz humeante, y, otras, de cerveza y vino de palma.

En tanto, Lanseni seguía en su escondite, durmiendo de día, viviendo de noche, y durante tres años, ni él, ni Maryama se cansaron el uno del otro.

Una noche, sin embargo, su secreto fue sorprendido por otra mujer, Satama, que no supo callarse, y pronto el rumor llegó a oídos de Bakary. Pero la vieja Naima, advertida a tiempo, logró que su hijo se evadiese. Cuando, acompañado de dos notables, Bakary se dirigió a casa de Maryama para hacer abrir el baúl, no halló más que albornoces, enaguillas y samaras. En estas, Naima fue a anunciarle el regreso de su hijo y a reclamar el baúl dado en depósito.

Bakary, aunque no había hallado ningún indicio, no se dio por vencido. Tras consultar a los sabios del lugar, convocó, a son de trompa y tambor, a todos los hombres válidos del país. Una vez reunidos, Bakary los colocó en semicírculo en torno suyo. Enfrente colocó a sus veintiuna mujeres, cada cual con su niño en

brazos. En cierto momento, ordenó a las madres: «Digan todas a sus hijos que abracen a su padre.»

Las madres repitieron la frase, y veinte niños se dirigieron, derechos, a Bakary. Tan sólo Moriba, después de dar algunos pasos, se volvió a su madre, llorando. Entonces, los ancianos del lugar dijeron a Bakary:

—Verdaderamente, no es hijo tuyo.

Maryama repitió entonces a Moriba:

—Anda, hijo mío, abraza a tu padre.

Moriba salió andando, y tras unos minutos de vacilación, se dirigió a Lanseni, perdido entre la gente.

Lanseni, viéndose desenmascarado, no vaciló más; tomó a su hijo, lo besó, y dirigiéndose a Bakary:

—Si, jefe de la aldea, este niño es mío. A pesar de tus órdenes y de tus precauciones, he entrado en el tata, he vivido en él tres años, y ese fue mi viaje a N'Dara. Lo he hecho porque amaba a Maryama, y si no hubiera podido acercarme a ella, me habría matado. Hoy lo sabes todo; eres dueño de castigarme, ya no tengo miedo a la muerte.

Habló con tanta nobleza, que Bakary, conmovido, respondió:

—No, Lanseni, no te haré ningún daño. Ese niño es tuyo, guárdatelo. La mujer que has hecho tuya mediante tan gran sacrificio, consévala. Además, te doy una vaca preñada y tres carneros, porque eres hombre animoso y altivo.

Después, volviéndose a los notables, añadió:

—En cuanto a nosotros, es inútil que en lo sucesivo encerramos a las mujeres. Las mayores precauciones y los tatas más espesos no pueden impedir que nos engañen, si están decididas a hacerlo.

Desde aquel día, las mujeres negras no están celosamente encerradas en los serrallos.

336 **72. Polo y Khoahlakhubedu**

Había una vez un jefe que tenía dos mujeres, una de las cuales mataba siempre a los hijos que tenía la otra. Por fin, esta fue a parir a casa de sus padres y dio a luz una niña, a la que llamó Polo, porque en cuanto nació la revistieron con la piel de una serpiente de agua. Cuando Polo creció, la revistieron con otra piel más grande. Entonces su madre volvió a casa del marido, dejando a su hija Polo al cuidado de sus abuelos. Allí se crió Polo y se hizo mujer, allí también le hicieron pasar los ritos de la nubilidad. La otra mujer del jefe tenía también una hija, que se llamó Khoahlakhubedu.

Un día, Masilo llegó a casa del padre de Khoahlakhubedu y le dijo:

—Vengo a buscar mujeres, quiero casarme.

El jefe mandó que todas sus hijas se reunieran para que Masilo pudiera elegir la que prefiriese.

Al día siguiente Mapolo envió a buscar a su hija; Polo llegó seguida de sus compañeras, que formaban un grupo muy reducido. Llegado el momento de ir al encuentro de Masilo, Khoahlakhubedu y sus compañeras se negaron a ir con Polo y las suyas, diciendo:

—Lo que es nosotras, no vamos en compañía de una serpiente.

Así, los dos grupos de jóvenes fueron a distancia el uno del otro. Masilo se había subido a una colina para verlas llegar. Cuando las jóvenes llegaron a un riachuelo, exclamaron:

—Bajemos al arroyo, desnudémonos y nos bañaremos.

Khoahlakhubedu y sus compañeras se bañaron en un sitio, Polo y la suyas, en otro. Salieron del agua y prosiguieron el

camino, observadas siempre por Masilo. Al fin, llegaron junto a un arroyo que corría precisadamente al pie de la colina donde estaba Masilo.

Masilo se decía:

—Allá, en el grupo más reducido, hay una joven enteramente negra; quisiera yo saber que vestimenta rara lleva puesta.

Las jóvenes se despojaron de nuevo de sus ropas para bañarse. Cuando Polo se quitó la piel de serpiente, Masilo exclamó:

—¡Qué hermosa joven! Esta será mi mujer; al quitarse la piel de serpiente he visto lo hermosa que es.

Cuando vio que sus compañeras la cubrían con tan fea piel, exclamó:

—¡Ay, qué fea está mi mujer en cuanto la visten con esa piel tan horrible!

Las jóvenes prosiguieron el camino y llegaron junto a Masilo.

—Les dijeron:

—Buenos días, preciosas.

Los dos grupos de jóvenes se sentaron separadamente: a un lado el grupo de Khoahlakhubedu, a otro el de Polo. Llegó Masilo y saludó a todas. Le devolvieron el saludo. Después se sentó junto a las compañeras de Khoahlakhubedu, y le dijo a esta:

—Khoahlakhubedu, dame un poco de tabaco.

La joven tomó la tabaquera y le vertió tabaco en la mano; Masilo tomó un poco y lo sorbió. Después fue al grupo de las compañeras de Polo. Las compañeras de Khoahlakhubedu dijeron:

—¡Huy! ¡Va al grupo de la serpiente! ¡Riamos!

Se echaron a reír.

Masilo se sentó y dijo:

—Polo, dame un poco de tabaco.

Polo le dio el tabaco, que él sorbió.

Las compañeras de Khoahlakhubedu exclamaron:

—¡Huy! ¡Toma tabaco en la mano de la serpiente!

Pero Masilo les dijo:

—También es hija del jefe, lo mismo que Khoahlakhubedu.

Entonces se levantó Masilo y fue a casa de su madre y le dijo:

—Toma un gran puchero de gachas y llévalo al grupo de la serpiente; toma otro más pequeño y llévalo al grupo de Khoahlakhubedu.

Su madre lo hizo así.

338 Masilo salió, habiéndose prendido en la ropa una cucharilla de hierro. Se sentó junto a Khoahlakhubedu, tomó con sus manos un poco de gachas y comió. Después se levantó y fue al grupo de Polo. Khoahlakhubedu y sus compañeras exclamaron:

—¡Huy! ¡Come con una serpiente! ¡Riamos!

Se rieron.

Enseguida, Masilo volvió junto a su madre y le dijo:

—Toma un jarro de *yoala* y llévaselo a Khoahlakhubedu.

Una vez hecho esto dijo:

—Toma otro más grande y llévaselo a Polo.

Su madre lo hizo así.

Entonces, Masilo dijo a sus servidores:

—Tomen un carnero muy gordo, mátenlo y llévenselo a Polo.

Así lo hicieron.

Las compañeras de Khoahlakhubedu exclamaron:

—¡Oh! ¡A una serpiente le dan carnero cebado!

Masilo les respondió:

—Es hija de jefe, le doy de comer.

Después dijo a sus servidores:

—Tomen una oveja, mátenla y llévensela a Khoahlakhubedu.

La hija de la primera mujer era Khoahlakhubedu, aunque Masilo no le diese más que una oveja flaca; Polo era solamente una servidora de Khoahlakhubedu, y, sin embargo, el carnero cebado fue para ella.

Cuando el sol se puso Masilo dijo:

—Khoahlakhubedu y sus compañeras pasarán la noche en la choza de mi madre. Polo y las suyas pasarán la noche en mi choza.

Entró en la choza donde estaba Khoahlakhubedu, y se detuvo un breve momento; después salió y fue junto a Polo y sus compañeras. Les dijo:

—Quiten a Polo esa piel tan fea.

Ellas respondieron:

—No es que lleve puesta una piel, es su cuerpo; Polo es así.

—Se lo ruego, quítensela.

Estuvo suplicándoles mucho tiempo que hiciesen lo que pedía. Al fin, le dijeron:

—Prueba tú a quitársela, si quieres; pero es en vano, porque es la misma piel con que ha venido al mundo.

Continuó suplicando; al fin cedieron a sus súplicas, y arrancaron a Polo la piel de serpiente que la cubría.

Entonces Masilo exclamó:

—¡Qué hermosa joven! Con esta me casaré.

Cuando las compañeras de Polo quisieron revestirla con la piel, Masilo se apoderó de ella, la desgarró y la echó a la lumbre. Se estuvo hablando con ellas toda la noche, hasta la mañana

Entonces salió, fue en busca de su madre y le dijo:

—Madre, toma unas esterillas y cubre con ellas el suelo desde tu cabaña a la mía.

Después mandó sacrificar unos bueyes y preparar una gran fiesta. Su madre tomó unas esteras y las extendió por todo el terreno que separaba su cabaña de la de su hijo. Khoahlakhubedu, al ver aquello, se entristecía. La gente se preguntaba: ¿Qué va a salir de ahí? Entonces Masilo ordenó a su gente joven que tomase los broqueles y pusieran en ellos los airones de plumas de avestruz. Enseguida los formó en dos hileras, una frente a otra, de modo que, al levantar los broqueles por encima de sus cabezas, formasen un camino cubierto que iba de la cabaña de Masilo a la de su madre. Dispuesto todo, Masilo gritó:

—Polo, sal ahora.

Salió Polo. En el momento de poner el pie fuera de la cabaña, el sol se oscureció; tiraron al suelo un ancho collar de cobre, y el sol recobró su brillo. Polo avanzó a la sombra de los broqueles que los jóvenes mantenían elevados sobre su cabeza, para que el sol no la dañase; así llegó a la choza de la madre de Masilo. Todo el mundo exclamaba: «Vengan a ver la mujer de Masilo. ¡Qué hermosa es!» Khoahlakhubedu lloraba de rabia y no cesaba de sollozar. Masilo le dijo:

—No llores así. También tú serás mi mujer.

Hasta entonces nadie había visto lo hermosa que era Polo; Khoahlakhubedu no se había enterado. Hicieron mucha fiesta, se regocijaron y bebieron hasta la noche.

Al siguiente día Masilo eligió el ganado que había de dar por la dote de las dos mujeres, y lo llevó a casa de Rakhoahlakhubedu. Después se puso en camino con ambas. Dijo a sus gentes:

340 —Que el sol no haga daño a Polo. Háganle un refugio con los broqueles.

Los jóvenes se levantaron, como la víspera, los broqueles por encima de sus cabezas, y Polo caminó en medio, defendida de los rayos del sol. Cuando llegaron en tan gran número a la vista de la aldea de Rakhoahlakhubedu la madre de Polo exclamó:

—¡Ay! ¡Pobre serpiente mía! La han matado, sin duda. No la veré más. ¡Pobre serpiente mía!

Masilo y su gente entraron en la aldea, y se dirigieron al *Khotla*¹, a Rakhoahlakhubedu; Masilo le presentó el ganado que había traído para casarse con Polo y Khoahlakhubedu. Entonces fue cuando la gente de la aldea supo que Mapolo tenía otra hija; hasta entonces no lo había sabido. Mataron bueyes, celebraron la boda, y Masilo se volvió a su casa con las dos mujeres. Polo fue su mujer principal, y Khoahlakhubedu fue la sirvienta de Polo.

1. Todos los asentamientos tienen un *khotla*, lugar donde la población se reúne para discutir los asuntos del pueblo (en Lesoto: país de la República de Sudáfrica).

73. Masilo y Thakané

Masilo quería casarse con su hermana Thakané; pero ella rehusaba, diciéndole:

—Soy tu hermana, ¿cómo has de casarte conmigo? Por más que ella se negaba, Masilo volvía a la carga diciendo:

—No hay en el mundo entero una joven tan hermosa como tú.

Cierto día, en ocasión de una fiesta, estando los jóvenes en el campo con el ganado, las muchachas salieron juntas del pueblo a buscar leña. Entonces Masilo dijo a su hermana:

—Ven conmigo. Te llevaré a un sitio donde encontrarás leña muy buena, digna de la hija de un jefe.

Thakané se fue sola con su hermano, quien prohibió a las demás jóvenes que los acompañasen.

Masilo llevó a su hermana a un lugar retirado, donde, entre dos peñascos, se abría una sima angosta y profunda. Una vez allí, Masilo dijo a Thakané:

—¿Te niegas resueltamente a casarte conmigo?

Su hermana le respondió:

—Sí, por cierto; nunca consentiré en casarme con mi hermano.

—¿Te atreves a decírmelo también ahora? ¿No ves que estás sola conmigo, y que puedo matarte si quiero?

Thakané le respondió:

—Aunque me mates, nunca consentiré en casarme contigo.

Entonces Masilo se arrojó sobre ella, la amarró de pies y manos y le dijo:

—¿No comprendes que si continúas negándote vas a morir?

Thakané le respondió otra vez:

—Aunque haya de morir al punto, no consiento en casarme contigo, que eres mi hermano.

Entonces Masilo la agarró y la precipitó al fondo de la sima. Después se marchó, abandonándola a una muerte segura.

De tarde, vuelto el ganado a la aldea, como advirtieran que Thakané no había regresado, la buscaron por todas partes. Interrogaron a sus compañeras; pero a estas les dio miedo decir lo que sabían. Unas a otras se decían: «Si nouviésemos miedo de Masilo contaríamos que este la ha llamado y la ha conducido a lo espeso, prohibiéndonos que los siguiéramos, y que no sabemos lo que después ha sido de ella, pues cuando Masilo regresó con su ganado, Thakané ya no venía con él.»

Mucho tiempo estuvieron buscando a Thakané; recorrieron vanamente todos los pueblos circunvecinos; llegaron incluso al que habitaba su abuela; pero en vano; en ninguna parte la habían visto, nadie podía decir adónde había ido.

En cuanto a Masilo, continuaba cuidando su ganado, como si nada hubiese sucedido; pero todos los días decía a sus compañeros:

—Quédense aquí con el ganado; hay por allí un pájaro al que quiero echar mano.

Y los dejaba solos todo el resto del día. De este modo se encaminaba a la sima en cuyo fondo había precipitado a Thakané; se sentaba en lo alto, cerca de la boca, tomaba un pedrusco de basalto y, golpeando con fuerza en la roca, cantaba:

Thakané, hija de Madi-a-khomo, habla, que yo te oíga.

Entonces Thakané le respondía:

*Si tengo que hablar, hablaré. Más, ¿qué he de decir?
Mi hermano Masilo quiso casarse conmigo, y lo he rechazado.*

Al oír esto, Masilo se iba contento. Como Masilo dejaba todos los días el ganado, su hermano menor se dijo: «Quisiera yo saber que pájaro es ese que no se deja cazar.» Un día, cuando

Masilo acababa de decir, según costumbre: «Quédense aquí; hay por allí un pájaro al que quiero echar mano», el hermano menor se escapó sin que lo notasen y lo siguió a escondidas. Llegado Masilo a la boca de la sima, el jovencito se ocultó tras un arbusto. Masilo dejó en el suelo su broquel, tomó un pedrusco de basalto y golpeó con fuerza la roca, cantando:

Thakané, hija de Madi-a-khomo, habla, que yo te oiga.

343

Thakané le respondió como de costumbre; pero su voz se había debilitado tanto que apenas se oía. Sin embargo, el hermano menor llegó a entender lo que decía. Y se dijo: «¡Vaya! Masilo aparenta que va a caza de pájaros, y en realidad ha matado a mi hermana.» Después se retiró sin ser visto, y, volviendo a su ganado, se sentó y rompió a llorar. Cuando Masilo regresó los otros jóvenes le dijeron:

—Ahí tienes a tu hermano, que no hace más que llorar; no sabemos qué tiene.

Masilo le preguntó:

—¿Qué tienes, hermanito?

—Me duele el vientre.

—¿De veras?

—Sí.

Entonces Masilo dijo a dos de sus compañeros que acompañasen a su casa al jovencito. Llegado a la aldea, sin cesar en su llanto y enrojecidos los ojos, su madre se sintió pasada de dolor y rompió también a llorar. Le preguntó:

—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Por qué lloras? Tampoco yo ceso de verter lágrimas desde que perdimos a tu hermana Thakané.

El niño respondió:

—Llama a mi padre.

La madre preguntó:

—¿Para qué?

El niño dijo:

—Me duelen muchos las tripas.

Cuando el padre llegó, el niño dijo:

—Padre, madre, entremos en la cabaña.

Entró, sin cesar de llorar; sus padres lo siguieron, llorando también. Le preguntaron:

—¿Tanto te duele?

Respondió él:

—Padre, madre, Masilo ha dado muerte a Thakané.

Le preguntaron:

—¿De que manera? ¿Cómo lo sabes?

El niño respondió:

—Masilo ha matado a Thakané, no lo duden; puedo llevarlos al sitio donde está.

En la noche oscura, el padre y la madre se pusieron en camino, guiados por el hijo menor.

Cuando llegaron, el niño dijo:

—Padre, toma ese pedrusco que pesa demasiado para que yo lo levante, y golpea con fuerza, en lo alto de la sima, cantando:

Thakané, hija de Madi-a-khomo, habla, que yo te oiga.

El padre tomó el pedrusco e hizo como se lo indicaban; estaba tan oscuro que nada se veía. Oyó la voz de su hija, pero, tan débil, que apenas pudo entender lo que decía. Entonces se tendió en el suelo, se asomó por el borde de la sima y gritó:

—¡Thakané! ¡Thakané!

Thakané respondió:

—¡Padre!

—¿Cómo has venido a dar ahí, pobre hija mía?

—Masilo me ha echado aquí.

El padre, muy emocionado, se preguntaba:

«¿Qué haremos? ¿Cómo sacarla?»

Por más que buscaba, no se le ocurría el medio de sacarla de allí. Al fin dijo a su mujer:

—¿Te da miedo quedarte aquí sola mientras voy al pueblo a buscar auxilio?

La mujer respondió:

—No, puedes ir; no tengo miedo; aquí me encontrarás cuando vuelvas; di a los del pueblo que la sima es muy profunda y que vengan provistos de correas y de sebo.

Pasado cierto tiempo, el marido regresó con veinte hombres de su aldea; se asomó de nuevo a la sima y gritó a su hija:

—¿Podrás atarte a los pies y los brazos con las correas que vamos a echar y pasártelas por los sobacos?

Thakané respondió:

—Sí, puedo hacerlo; pero la sima es tan estrecha que me cuesta trabajo valerme de las manos.

Entonces le echaron unas correas, se las ató a los pies, se las pasó por los sobacos, y dijo:

—Ya está.

Su padre le habló:

—Cuando probemos a levantarte, no te quedes echada, procura ponerte de pie.

Thakané respondió:

—No puedo tenerme de pie.

Entonces las gentes se dijeron:

—Como no puede tenerse de pie, hay que derretir sebo y verterlo por las paredes de la sima para que se pongan lisas y escurridizas.

Así se hizo. Cuando su padre y la gente tiraron de las correas para sacarla de la sima, como la grasa había puesto lisas y escurridizas las paredes y mitigado las asperezas, Thakané no recibió ni un arañazo y llegó a lo alto en buen estado, pero delgada en extremo. La dejaron descansar un momento; después la trasladaron a la cabaña de sus padres, donde la hicieron tragar gran cantidad de grasa derretida para humedecer y dilatar el gargüero.

Al siguiente día fue Masilo, como de costumbre, a dar pasto al ganado, sin sospechar lo sucedido. Entre los jóvenes que lo acompañaban iba uno de los que la noche antes había sacado a Thakané de la sima donde Masilo la había precipitado, y se dijo para sí: «Es menester que yo compruebe si Masilo ha querido efectivamente matar a su hermana.» Se encaminó a hurtadillas hasta la sima y se escondió detrás de un arbusto; un instante después vio

llegar a Masilo, quien dejó en tierra el broquel, tomó el pedrusco de basalto, lo arrojó violentamente al suelo, ¡*thu!*, y cantó:

Thakané, hija de Madi-a-khomo, habla, que yo te oiga.

No obtuvo respuesta. Prosiguió:

—¿Hoy estás enfadada?

346 Después golpeó por segunda vez la roca, aun con más fuerza que antes, cantando:

Thakané, hija de Madi-a-khomo, habla, que yo te oiga.

Siguió sin respuesta; no se oía ruido alguno. Entonces Masilo blandió el broquel y saltó de gozo, gritando:

—¡Ah! ¡Ya has muerto, y te pudrirás, tú que no quisiste estar conmigo!

Después regresó a su rebaño, muy contento, tocando alegremente la flauta y diciendo:

—¡Muerta está!

Cuando llegó cerca de sus compañeros, se dijeron unos a otros: «Masilo es un mal hermano; vean qué contento está, aunque ha matado a su hermana»

Aquel día su padre había sacrificado un carnero para hacer el caldo de Thakané. De noche, cuando regresó con el rebaño, Masilo estuvo esperando mucho tiempo; pero nadie le llevó carne. Al fin preguntó:

—¿Dónde está la cabeza del carnero? ¿Por qué no me la traen?

Después envió a decir a su padre:

—Envíame la cabeza del carnero para comérmela.

El padre respondió:

—Díganle que me la he comido yo.

De modo que Masilo tuvo que privarse de carne.

Continuó varios días cuidando el ganado, sin sospechar que habían encontrado a Thakané. Todo el mundo se asombraba y avergonzaba de verle tan contento. Decían: «¿Cómo podrá estar tan contento, habiendo matado a su hermana Thakané?»

Mientras tanto, los padres continuaban lavando todos los días a Thakané con agua caliente y ungiéndola con grasa. Al fin, pasado cierto tiempo, pudo levantarse, apoyándose en las paredes de la cabaña; entonces sus músculos, contraídos desde hacía mucho, se distendieron con ruido. Ahora también pudo romper a hablar y contó a sus padres cómo la había tratado Masilo. Durante algunos días estuvieron aún llevándole manjares succulentos, le mataban carneros, arreglaban las pieles para ella. De noche salía de paseo con su madre.

347

No tardó en ponerse tan gruesa y de buen porte como antes. Entonces el padre y la madre se cortaron los cabellos que durante el luto se habían dejado crecer desmesuradamente; volvieron a unirse con grasa y recobraron el aspecto de buena salud. Las gentes decían: «Han llorado; ya están consolados y se quitan el luto.» Entonces el padre envió a uno de sus servidores a casa de sus suegros para decirles: «Déense prisa a venir, porque preparo una fiesta; sobre todo, que el suegro no falte.» Sacrificaron cantidad de toros, prepararon una comida colosal.

Reunidos todos en la fiesta, y al comenzar el reparto de los manjares, el padre de Masilo dijo a sus suegros:

—Mucho tiempo he llorado; hoy ya tengo consuelo.

Después mandó extender por el suelo, en medio de la aldea, esteras de junco. En tanto, la muchedumbre, sentada en tierra, comía y bebía. Entonces el padre, la madre y la abuela de Thakané, le gritaron:

—Ahora sal de la choza.

Salió de la choza; apenas había salido, el sol se oscureció. El pueblo entero gritó:

—¡Cómo! ¡Es Thakané! ¡Aún vive!

Alegría general. En cuanto a Masilo, huyó veloz a refugiarse en un país lejano.

348 74. Hammat y Mandiaye

El jefe de una aldea *diolof* tenía dos mujeres, cada una de las cuales le había dado un hijo. Uno se llamaba Hammat, y el otro tenía por nombre Mandiaye.

Al llegar Hammat a la edad de la adolescencia, murió su madre. Transcurrido poco tiempo, le tocó morir al padre. Antes de su muerte, el jefe había designado a Mandiaye para sucederlo en el mando del pueblo, y había declarado no querer dejar nada a Hammat.

Hammat ha ido en busca de un viejo que cuenta cien años, por lo menos, y le ha preguntado qué debía hacer. El viejo le aconseja que se meta en la selva y no vuelva más al poblado.

Hammat se pone en camino, y hete aquí que se encuentra con un niño *guinné*; agarra al niño por el brazo: el niño chilla y acude la madre.

—¿Eres tú, Hammat? —le pregunta.

Hammat responde que sí.

—Adivino lo que hay en tu corazón —dice la *guinné*—. Ven conmigo, permanecerás con nosotros.

Hammat se ha estado meses en casa de la *guinné*.

Pasado ese tiempo, la *guinné* lo ha llamado. Le trae alcuzcuz para que coma; después le regala un bastoncillo.

—Has de irte —le dice—: toma ese camino y síguelo durante dos meses. Hay una *guinné* que reina sobre nuestra raza. Procura llegar a ella sin hacer tonterías, y sé muy formal hasta que la encuentres.

Hammat se ha puesto en camino. Ya lleva un mes y veintitrés días caminando. La *guinné* le ha ordenado que no diga nada

de lo que encuentre en el camino. Halla una marmita en que se cuece el arroz. Cocido el arroz, la marmita se vuelca sola; después se soloca sobre la lumbre, llena de más arroz, para cocer.

Hammat mira, sin proferir palabra. La marmita le pregunta entonces:

—Si encuentras a alguien en el camino, ¿qué le dirás que has visto?

—Le diré —responde Hammat— que he encontrado a mi madre cociendo arroz y que me ha dado de él para comer. 349

Entonces la marmita le da arroz para que coma; después le dice:

—Está bien, hijo mío; anda, y que lleves buen viaje.

Hammat prosigue su camino. Al cabo de una hora ve a un hombre que, blandiendo su propio *bengala* como una estaca, golpea un baobab y lo derriba a la primera vez.

Hammat se detiene largo rato. El hombre le pregunta:

—Si encuentras a alguien, ¿qué le dirás?

—Diré —responde Hammat— que he encontrado a mi padre derribando *panes de mono* (fruto del baobab) y que me ha dado algunos.

—Está bien —aprueba el hombre.

Y le da unos *panes de mono*, que Hammat se come. En cuanto acaba de comer, el hombre lo despide, deseándole buen viaje.

Hammat camina otros seis días. Ya no falta más que uno para llegar a casa de la reina de los *guinné*. En aquel momento encuentra a una mujer junto a un pozo.

Hammat tiene mucha sed. Pide agua a la mujer. La mujer se sirve de su propia *calabaza*, a guisa de recipiente, para ofrecerle de beber. Hammat bebe sin vacilación en aquel vaso de nuevo estilo, y la mujer le pregunta:

—Si encuentras a alguien, ¿qué le dirás?

—Que he visto a una mujer, una honrada mujer; le he pedido de beber y me ha dado agua sin hacer remilgos.

—Está bien. Buen viaje.

Hammat se ha encontrado aún con un hombre que llevaba consigo cien asnos. Ha cargado su *bengala* en los cien animales. Cuando entra en erección, los asnos se caen al suelo. Cuando se le pasa, los asnos se levantan.

—¿Qué dirás —pregunta el hombre— si encuentras a alguien?

—Diré que he visto a un hombre que llevaba cien asnos cargados con una sola carga, y que me ha dado de comer.

Entonces el hombre dio de comer a Hammat.

—Bueno —dice—, está bien. Feliz viaje.

Hammat prosigue el camino y se encuentra a una mujer tumbada en el suelo. Hacía un año que la mujer no fornicaba. A su lado estaban cien jovencitas, provistas de calabazas, que recogían el agua que le salía del sexo para echársela otra vez dentro.

La mujer le pregunta qué dirá si encuentra a alguien en el camino. Hammat responde que dirá haber encontrado una buena mujer que le ha dado primero de comer y, después agua de beber.

La mujer le da de comer y de beber, y después dice:

—Adivino lo que hay en tu corazón. Vas a visitar a la reina de los *guinnés*. Hoy llegarás a su casa. Su hijo mayor es el elefante; el segundo, el león; el tercero y el cuarto, la pantera y la hiena, y el quinto, la serpiente. No los encontrarás en su casa, porque estarán en la selva.

Hammat llega cerca de un poblado y encuentra a la reina de los *guinnés*. No tenía más que una pierna, un brazo, un ojo, una oreja y un agujero de nariz. El espinazo es afilado como una navaja. En el momento de presentársele Hammat, ha sacado, agua para lavarse el cuerpo.

Hammat le da los buenos días. La *guinné* le responde:

—¿Eres tú, Hammat?

—Sí.

—Bueno, ven a lavarme la espalda.

Hammat comienza a frotar el espinazo punzante de la *guinné* y se corta las manos profundamente. No por eso interrumpe el trabajo. Concluido, la *guinné* le lame las manos, que se quedan incólumes como antes.

—¿Cuál es mejor —pregunta ella—, mi espalda o la de tu madre?

—La tuya —afirma Hammat.

Entonces la *guinné* le ordena que la siga, y se dirigen juntos a la cabaña de la reina.

—Hoy tú vas a prepararnos la comida —dice ella.

Saca un hueso rancio y pelado y tan seco como si lo hubieran desollado tres años antes.

—Ponlo en la marmita con agua.

Hammat obedece. Añade lo necesario para el alcuucz, porque el mijo ya estaba majado. Antes de que se hiciese el alcuucz, el hueso se cubrió de carne, tanto que llenaba la marmita.

Preparado todo, Hammat lleva el alcuucz y la carne a la reina de los *guinnés* y se ponen a comer. Después la *guinné* da una aguja a Hammat.

—Mis cinco hijos —dice la reina— se han ido a la manigua y no han vuelto aún. Te acostarías conmigo en la cabaña. Verás por qué te doy esta aguja: te echas debajo de la cama; si la hiena empieza a orinar, le das un ligero pinchazo.

La hiena y los demás hijos de la *guinné* regresan.

La hiena olfatea por todas partes y pregunta:

—¿A qué huele? ¡Huele a hombre!

—¡Estás loca! —responde la *guinné*—. ¿A qué iba a venir un hombre a nuestra casa?

Todos se acuestan, y muy pronto la hiena empieza a orinar. Entonces Hammat la pincha levemente.

—¡Oh! —dice el animal—. Me pica una cosa. —Dos o tres veces llama a sus hermanos—. Salgamos —les dice—, porque esta noche hay en la cama una cosa que me pica.

La hiena, el elefante, la serpiente, el león y la pantera se van. Idos, Hammat cuenta a la reina *guinné* todo lo que su hermano le ha hecho.

A la mañana siguiente la *guinné* le da dos calabazas esféricas como las que sirven para guardar tabaco, y le dice que rompa la primera después de un mes de viaje. La segunda no debe romperla hasta llegar cerca de su aldea.

Cuando Hammat llega a la mitad del camino rompe la primera calabaza. Cantidad de bueyes, caballos y guerreros salen de ella. Todos lo acompañan; todo le pertenece.

Sigue su camino hasta dar vista a la aldea. Entonces rompe la segunda calabaza; pero no salen de ella más que animales antropófagos: elefantes, leones, hienas...

352 Ya los soldados que acompañan a Hammat han dado muerte a todos esos animales.

Hammat entra en el poblado. Pide a las gentes de las provincias vecinas que se reúnan. Les habla, y quedan de acuerdo para colocar a Hammat como jefe, en el puesto de Mandiaye. Entonces la madre de este último dice a su hijo:

—Hammat ha acertado a tener de todo. Ahora es jefe, él nos manda. ¿Por qué no vas tú también a ver?

Mandiaye va en busca de Hammat. Le pregunta cómo se las ha arreglado para adquirir todo lo que posee. Hammat le informa. Entonces Mandiaye se pone en camino.

Primeramente encuentra al niño *guinné* que Hammat se había tropezado en primer lugar en su camino. Le da una bofetada, lo agarra y lo ata. Acude la madre del niño.

—¡Ah! —dice— ¿Así te portas? No tendrás la suerte de Hammat.

Sin embargo, le da los mismos consejos que a su hermano.

Mandiaye prosigue su camino. No tarda en encontrar la marmita maravillosa.

—¿Qué dirás de mí si encuentras a alguien? —le pregunta.

—Diré que he visto una marmita que cuece arroz, que después vuelca y cuece más arroz, para volcarse de nuevo.

—Bueno. Puedes seguir; pero no harás tan buen viaje como Hammat.

Mandiaye encuentra enseguida al hombre que derriba los baobab con su *bengala*.

—¿Qué dirás de mí a los que encuentres?

—Diré que he visto a un hombre derribar baobab con su miembro.

—Bueno. Sigue tu camino. No tendrás viaje feliz.

Mandiaye pasa cerca de la mujer que sacaba agua con su *tiaper*.

—¡Anda! —exclama—. ¿Así sacan agua?

—Sí.

—Pues bueno, no quiero agua tomada con el sexo de una mujer.

—¡Vete! Tu viaje no será dichoso como el de Hammat.

Encuentra enseguida al hombre que con su *bengala* carga cien asnos.

—¡Ah! Tú tienes una cosa nunca vista.

—¿Y qué dirás a los que encuentres?

—Que por vez primera veo a un hombre que necesita cien asnos para que le lleven el miembro.

—Sigue tu camino. No harás tan feliz viaje como Hammat.

Mandiaye se aleja y encuentra a la mujer a quien vuelven a echar en el cuerpo el agua que se sale del sexo. Y exclama de nuevo que nunca ha visto cosa igual.

—Tú —dice a la mujer—, tú eres la indicada para casarte con el hombre del *bengala* gordo que he encontrado en el camino, y que necesita cien asnos para que le lleven el miembro viril. Estás en celo, como él.

—¿Dónde has encontrado a ese hombre? —pregunta la mujer con ávida curiosidad.

—Allá lejos, por el camino.

—Bueno, cuando vuelvas te acompañaré y me enseñarás quién es.

Mandiaye llega por fin a casa de la reina *guinné*. Advierte inmediatamente que no tiene más que una pierna, un brazo y una oreja.

—¡Ah! —dice—. ¿Tú mandas en los *guinnés*? No había visto hasta el presente persona tan fea como tú.

—Es menester que me rasques el espinazo, como lo ha hecho Hammat —dice la reina *guinné*.

Pero Mandiaye, al verle la espalda afilada como una navaja:

—¡No! —exclama—. No lo tocaré nunca.

La reina *guinné* le entrega entonces el hueso y el mijo molido, diciendo.

—Hoy te toca hacernos la comida.

—¿Cómo se va a cubrir de carne este hueso? —pregunta Mandiaye.

—Eso no te concierne. Ponlo en la marmita y prepara el alcuzcuz.

354 Mandiaye prepara la comida. Cuando todo está en su punto, se lo lleva a la *guinné*. La cual le dice:

—Mis hijos van a regresar, ten cuidado, porque si te ven te devorarán.

La *guinné* da una aguja a Mandiaye como se la había dado a Hammat y le dice que se meta debajo de la cama.

—Si la hiena comienza a orinar, la pinchas ligeramente, no muy fuerte.

Los animales llegan. Se acuestan. La hiena empieza a orinar. Mandiaye la pincha fuerte.

—Voy a ver qué me ha picado —declara el animal—, y traeré lumbre para verlo mejor.

—¡No! —protesta la *guinné*, que manda salir a todos los animales y les ordena que se alejen.

La *guinné* ha entregado a Mandiaye dos calabazas exactamente iguales a las que había regalado a Hammat. Indicándole una, le dice:

—Esta es la que debes abrir primero, no la otra.

Enseguida lo deja que se vaya.

Mandiaye, a su regreso, recoge a la mujer a quien había ofrecido acompañar hasta que encontrase al hombre del *bengala* grande. En cuanto el hombre la ha visto se ha excitado, y se ha metido en la *calabaza* de la mujer con los cien asnos.

—¡Bah! —declara la mujer—. No me basta.

A mitad de camino, Mandiaye rompe primero la segunda calabaza, la misma que la *guinné* le había recomendado expresamente que rompiese de última. Han salido todos los animales, se han arrojado sobre él y lo han devorado.

Se acabó.

Capítulo XVII

Cuentos humorísticos

Sátiros. Chistosos. Pilletes.

75. *La joven astuta* (cuento bornú).

76. *La aldea de los locos* (cuento khashonké).

77. *Los estragos de Funtinnduha* (cuento gurmantié).

78. *Habladores Bambara* (cuento peul).

79. *Mala educación* (cuento wolof).

80. *El gallo y el asno* (cuento soninké).

75. La joven astuta

Érase un hombre que tenía una hija guapa, y veía que todos los jóvenes se enamoraban de ella a causa de su hermosura.

Dos jóvenes rivales se presentan un día, van al encuentro de la joven y le dicen:

—A ti venimos.

Ella les pregunta:

—¿Qué quieren de mí?

Ellos responden:

—Hemos venido a ti porque te queremos.

La joven se levanta, va a buscar a su padre y le dice:

—Mira, dos jóvenes han venido a mí.

El padre se levanta, sale, va en busca de los mozos y les pregunta:

—¿Qué desean, hijos míos, que vienen a buscarme?

Ellos responden:

—Somos rivales, y nos hemos acercado a tu hija porque la queremos por mujer.

El padre escucha esas palabras y repone:

—Vayan esta noche a dormir a sus casas, y vuelvan mañana; verán quién ha de recibir a mi hija por mujer.

Los jóvenes obedecen a estas palabras y regresan a sus casas a dormir. Pero al siguiente día, en cuanto amanece, se levantan, vuelven a casa del padre y le dicen:

—Bueno, he nos aquí, como dijiste ayer; hemos venido a buscarte.

El padre lo escucha y les dice:

—Quédense y espérenme, porque voy al mercado a comprar una pieza de tela; cuando la traiga oirán lo que les diré.

Los jóvenes obedecen las palabras del padre, y esperan mientras él se levanta, toma el dinero y va al mercado. Llega al lugar donde vendían las telas, compra una pieza y regresa adonde estaban los jóvenes. Y allí, llama a su hija y, con ella presente, les dice:

—Hijos míos, ustedes son dos, y yo no tengo más que una
360 hija. ¿A cuál he de dársela? ¿Y a cuál he de negársela? Aquí tienen una pieza de tela; la cortaré en dos, y el primero que acabe de hacer un vestido será el marido de mi hija.

Los jóvenes cortan los vestidos y se apresuran a coserlos, en tanto que el padre los mira. Entonces llama a su hija al sitio en que estaban los pretendientes, y, en cuanto llega, toma el hilo y se lo da, diciendo:

—Aquí tienes el hilo, anúdalo y dáselo a estos. Obediente a su padre, toma el hilo y se sienta al lado de ellos.

Pero la joven era astuta, y ni su padre ni los jóvenes lo sabían. Ya se había decidido por uno de los dos. El padre se va, entra en su casa y espera a que los jóvenes hayan cosido los vestidos, diciéndose. «El que concluya primero será el marido de mi hija.»

La joven comienza a anudar el hilo, y los pretendientes toman agujas y se ponen a coser. Pero la joven era astuta. Anuda hebras cortas para el que amaba, y para el que no amaba, hebras largas. Ellos cosen, y ella anuda el hilo. Sin embargo, a mediodía, ve que no han concluido de coser; continúa anudando el hilo y ellos cosen. A las tres de la tarde, el joven que tenía las hebras cortas había concluido de coser; pero el que tenía las hebras largas no había acabado aún.

Cuando el padre de la joven se levanta y viene a buscar a los mozos, les dice:

—Han estado cosiendo hasta ahora, y el vestido está sin concluir.

Uno de ellos se levanta, toma el vestido y dice al padre:

—Padre mío, aquí tienes mi tarea concluida.

La del otro no estaba terminada. El padre los mira y ellos lo miran. Al fin les dice:

—Hijos míos, cuando vinieron los dos a pedirme mi hija única no tenía preferencia por ninguno. Por eso traje una pieza de tela, la corté, se la di y llamé a mi hija para anudar las hebras, diciendo: Háganme estos vestidos. Empezaron a trabajar y les dije: El que primero concluya el vestido será el marido de mi hija. ¿Han comprendido?

Los jóvenes responden:

—Padre, comprendemos lo que nos dices. Es esto: el hombre que ha terminado el vestido debe ser el marido de tu hija, y el que no lo ha terminado no será su marido.

La joven astuta decidió la contienda de los dos jóvenes. El padre no sabía que su hija, al anudar el hilo, hacia hebras cortas para el hombre que amaba, ni que las hacia largas para el que no amaba. No sabía que su hija hubiese escogido el marido. El padre había razonado de este modo: «Si el hombre que ha terminado de coser se lleva a mi hija, trabajará bien y la mantendrá; pero el que no haya concluido de coser, ¿trabajará bien y podrá mantenerla si se casa con ella?»

Entonces los dos jóvenes se levantan y se van a su pueblo; pero el que había concluido el vestido, se lleva a la joven por mujer.

Con esto, se acaba la historia de la joven astuta que he oído contar.

362 **76. La aldea de los locos**

Existía un pueblo cuyos habitantes eran todos locos.

Un día un pastor y su rebaño se perdieron en las proximidades de aquel pueblo, y, al caer la tarde, como le faltase una cabra, el pastor se puso a buscarla por las inmediaciones.

Encontró a un labrador, que trabajaba en su campo, y le preguntó:

—¿No has visto en tu campo una cabra perdida?

—Mi campo empieza delante de mí y concluye detrás de mí—dijo el hombre—. Busca y hallarás.

Viendo que no sacaba nada, el pastor se alejó. Cuando hubo encontrado la cabra, reunió el rebaño que balaba, para pasar la noche al raso, porque ignoraba que hubiese un pueblo en las cercanías. De pronto, vio pasar al labrador con quien ya había hablado, se acercó a él, y para predisponerlo a su favor, le dijo:

—He encontrado la cabra que se me había perdido, mírala; te la doy de buena gana, si me brindas hospitalidad.

—¿Cómo se entiende? —exclamó el labrador—. ¿Qué enredo es este? ¿Me acusas de haberte robado la cabra? Vamos a ventilar el asunto con el jefe del pueblo.

En cuanto llegaron a su presencia, el jefe del pueblo exclamó al querer hablar al pastor:

—¡Vamos! ¿Otro lío de mujeres? Verdaderamente, esto no puede continuar; me voy del pueblo. —Y dirigiéndose a su mujer, le dice—: ¡Ven, vámonos!

La mujer confió a una criada que tenía al lado:

—Lo que es yo, no puedo continuar viviendo con un hombre que no hace más que hablar de divorciarse.

La criada se ocupaba en descortezar cacahuets, y en el momento de hablarle su ama, se presentó un mendigo pidiendo limosna. La criada dice al mendigo:

—¿Puedes creer, pobre hombre, que desde esta mañana estoy ocupada en esta tarea y que aún no he comido?

Y sin más, pone los cacahuets en el capacho que tendía el mendigo, el cual se fue diciendo:

—Bueno, muchas gracias, alabado sea Dios.

364 **77. Los estragos de Funtinnduha**

Un hombre muy celoso de su mujer, se había retirado a vivir fuera del pueblo, para ponerla en la imposibilidad de engañarlo.

Otro hombre, llamado Funtinnduha, es decir, «despiértame, que fornicque», resolvió acostarse con aquella mujer. Escogió en su rebaño un carnero bien cebado y se fue a casa del marido desconfiado. Este le interrogó sobre el propósito de su viaje.

—Voy a vender este carnero al rey Utenú —le respondió Funtinnduha—; quiero ver si saco quince cauris.

—Querrás decir quince mil cauris —exclamó el marido—. ¿O son verdaderamente quince cauris tan sólo?

—Sólo pido, en efecto, quince cauris.

El marido se apresuró a ofrecer a Funtinnduha los quince cauris, y recibió, en cambio el carnero, que degolló. El vendedor lo ayudó a desollarlo.

Llegó la noche antes de que hubieran concluido de descuartizar la res. La mujer puso cantidad de carne a guisar, con profusión de grasa. Funtinnduha comió con ellos, pero temeroso de atrapar una diarrea, se guardó de probar la grasa.

El marido, por el contrario, comió de ella inmoderadamente. Así fue que le acometió una diarrea violenta.

En el momento de acostarse, dijo a Funtinnduha:

—Como sólo hay una cabaña, te acostarás al lado de la puerta; mi mujer dormirá al fondo de la cabaña, y yo entre los dos. Pero noayas a intentar trabajarla mientras duermo.

Apenas se habían echado en las esteras, el marido sintió retortijones en el vientre. Salió corriendo a las letrinas. Antes que regresase, Funtinnduha había ya trabajado a la mujer.

El marido volvió, pero como el vientre comenzó a moverse otra vez, se vio obligado a salir de nuevo, y así sucesivamente, hasta siete veces en el transcurso de la noche. A cada salida, Funtinnduha se juntaba a la mujer del huésped y aprovechaba el tiempo concienzudamente.

Por la mañana, se fue, dando las gracias al marido y declarando que iba a visitar al rey Utenu.

Llegó a casa de un herrero, a quien entregó un pedazo de hierro para que le fundiese una sortija. 365

En tanto, la mujer contaba al marido lo que había pasado, y le confesaba que Funtinnduha se había acostado con ella. Furioso el marido con su mujer, se lanza a perseguir a Funtinnduha, con el firme propósito de vengarse.

Serían las seis de la tarde cuando el herrero acabó la sortija. Y al entregársela a Funtinnduha, este le dijo:

—Dásela a tu mujer; mañana vendré a recogerla.

Esa misma noche volvió a casa del herrero, que estaba ausente. Entró en la cabaña y dijo a la mujer:

—Tu marido me ha hecho donación de ti. La prueba está en que te ha dado mi sortija para que la lleves.

Trabajó a la mujer, recuperó la sortija, y se fue.

A la mañana siguiente, el primer marido engañado, se presentó en casa del herrero, y le preguntó si no había visto a un forastero.

—Acaba de pasar por aquí Funtinnduha —respondió el artesano—. Es hombre de elevada estatura. Ha dormido aquí esta noche.

—Cierto —confirmó la mujer del herrero—, e incluso se ha acostado conmigo.

Los dos cornudos se precipitaron sobre el rastro de Funtinnduha.

Este había llegado a casa de un labrador que le recibió muy bien y le dio de comer una calabaza llena de arroz. A la hora de acostarse, Funtinnduha preguntó al huésped a qué hora podría marcharse sin molestar a nadie.

—No tienes más que levantarte al primer canto del gallo (literalmente: *retuércele el pescuezo al gallo*) —respondió el labrador.

Cuando todos dormían, Funtinnduha, siguiendo el consejo al pie de la letra, entró en el gallinero y retorció el pescuezo a todos los volátiles.

Hecho esto, se puso en camino.

366 A la mañana siguiente, el labrador halló todas sus gallinas muertas. Al mismo tiempo, los dos cornudos llegaron a preguntarle si no había visto a Funtinnduha.

—Vamos a buscarlo los tres juntos —dijo el labrador—. Me ha matado todas las gallinas.

—Con nosotros ha sido peor —dijeron los dos cornudos—. Nos ha trabajado a las mujeres.

Los tres se lanzaron en persecución del tunante, el cual había caminado el día entero. Al atardecer se halló al borde de un estero, en el lugar donde estaban acampados unos *griots*, calados por la lluvia. Los *griots* habían encendido una gran hoguera, para secarse y calentarse. Funtinnduha se tendió en medio de ellos.

Al verlos dormidos, cogió los tam-tams, pequeños y grandes, y los arrojó a la lumbre. Enseguida, huyó.

Al día siguiente, los tres hombres que lo perseguían llegaron a donde estaban los *griots*, los cuales se les juntaron para correr en seguimiento del bromista.

En la huida, Funtinnduha dio en una aldea, donde una vieja le preguntó por qué iba tan apurado.

—Utenu —soltó él a toda prisa— me envía de mensajero para ordenar que, antes de ponerse el sol, no quede ni una virgen en ninguna aldea.

La vieja, temiendo por sus hijas, le contestó:

—Mi hijo no está aquí. Ven, te lo suplico, y haz lo necesario para que mis hijas cumplan la voluntad de Utenu.

Funtinnduha fue a desvirgar a todas las hijas de la vieja. Cuando concluyó, la misma vieja le declaró:

—Hace mucho tiempo que no lo cato; ven a refrescarme un poco los recuerdos.

Funtinnduha no quiso negarle tan pequeño servicio.

La trabajó a conciencia; terminada la tarea, la vieja quiso saber su nombre.

—Mi nombre —respondió él— es *Dinndinama Sarbiari*, es decir: he comenzado por lo mejor y concluido por lo peor.

Enseguida prosiguió su camino.

Regresó el hijo de la vieja, y esta le contó lo sucedido. Se enfadó, y como se presentaron las otras víctimas del tunante a pedir noticias, se unió a ellos para perseguir a Funtinnduha, quien había llegado por fin, a casa de Utenu Bado.

—¡Rey de reyes! —le anunció—. Van a venir unas gentes a querellarse contra mí. Quítales la razón y te regalaré tres idiotas.

El rey prometió absolverlo.

Llegaron entonces los dos cornudos, el labrador, los *griots* y el hermano de las ex vírgenes. Utenu deshaució primero al celoso, tratándolo de ladrón. ¡Cómo! ¡Había tenido la imprudencia de no pagar más que quince cauris por un carnero cebado!

Despidió también al herrero, que había entregado la sortija a su mujer, después de enseñársela a Funtinnduha.

Apostrofó duramente al labrador por haber dicho al demandado que *agarrase el cuello del gallo*, y también a los *griots*, que no habían sabido apreciar las buenas intenciones de Funtinnduha. ¿Qué se había propuesto al echar a la hoguera los tam-tams? Alimantar la lumbre. ¿Qué tenían que reclamar?

En cuanto a las hijas de la vieja, poca razón tenía para quejarse de un trato que ella misma había solicitado, no sólo para ellas, sino para su placer personal.

Utenu desestimó de ese modo todas las querellas.

—Ahora —le dijo Funtinnduha—, voy a buscarte los tres idiotas que te he prometido.

Salió, y se encontró a un palafrenero, que se disponía a cargarse en la cabeza un haz de forraje que acababa de atar. El haz pesaba demasiado para sus fuerzas. Y a cada intento que hacía para cargárselo, quitaba los ataderos y añadía más forraje a la carga.

Funtinnduha le aconsejó que disminuyese el volumen. Después lo invitó a que le siguiera así cargado. El palafrenero obedeció.

Llegaron a un baobad contra cuyas ramas un hombre disparaba un palo para hacer caer panes-de-mono. Cada vez el palo se enredaba en las ramas y se quedaba entre el follaje. Entonces el hombre gateaba al árbol, descolgaba el palo y descendía, sin ocurrírsele la idea —tan sencilla— de coger el fruto a que se enredaba el palo.

En el momento que el bobo aquel estaba en el árbol, desenredando el palo, Funtinnduha le gritó:

—¡Pero coge el fruto de una vez!

El hombre siguió el consejo y dejó caer el pan-de-mono, al mismo tiempo que el palo. Descendió enseguida, recogió el fruto, e invitado por Funtinnduha, lo siguió.

Llegaron los tres a la morada de un rey. En la explanada, en medio de las cabañas, ardía una gran hoguera de paja. Los mensajeros se mantenían en la parte de donde soplabla el viento, de manera que no les diese el humo en la cara, mientras que el rey se había puesto al otro lado, de suerte que se había ahumado como carne puesta a desecar. Lágrimas le brotaban de los ojos, y moco de la nariz.

Funtinnduha tomó a un mensajero de la mano y lo hizo sentar en el sitio del rey; después llevó a este al sitio que había quedado libre.

Entonces, juzgando que el rey era el indicado para completar el trío de imbéciles, lo llevó con los otros dos a casa del rey Utenu, y le hizo don de ellos, después de explicar las razones que había tenido para considerarlos idiotas cabales.

Hecho esto, regresó a su pueblo.

78. Habladores Bambara

Había tres camaradas. El primero se llamaba Samba Bimbiri Bambara; el segundo Samba Kurlankana, y el tercero, Samba Dungunotu.

Salieron juntos de viaje.

Encuentran un pozo. Samba Dungunotu agarra el pozo como si fuese un simple jarro y vierte agua para que beban sus compañeros. Después, Samba Bimbiri se echa el pozo al hombro.

Se van a la manigua a cazar elefantes. Cada uno mata una docena, y se comen el producto de la caza el mismo día.

Samba Kurlankana encuentra a una mujer *guinnaru*. Le dice:
—Te quiero.

Y se casa con ella. Entonces se aparta de sus compañeros para quedarse con la *guinnaru*, que se llama Kumba Gumné. Es muy bonita, y no más alta que una mujer corriente.

Samba Kurlankana no cesa de alabarse delante de su mujer, de ser la persona más fuerte del mundo: Un día tuvieron sobre ello una disputa, y Kumba dijo a su marido:

—No presumas de ser más fuerte que nadie. Acompáñame a casa de mis padres, y verás.

—¡Así lo haré! —responde Samba.

Se han puesto en camino a las seis de la mañana y han andado hasta las dos. Y lejos, muy lejos, han visto al padre de Kumba, tendido en el suelo. Tenía replegada una pierna: dijérase una montaña.

—¿Qué se ve allá lejos? —pregunta Samba a su mujer—.
¿Será una montaña?

—¡Oh! —responde Kumba—, no hables de mi padre a la ligera. Lo que ves, es su pierna.

Aún estuvieron andando cuatro horas antes de llegar a la aldea donde estaba acostado el padre de Kumba. Al ver el gran tamaño de su suegro, Samba ha sentido miedo...

370 Los tres hermanos de Kumba: Hammadi, Samba y Delo, estaban de caza en aquel momento. Samba Kurlankana se informa del sitio en que podría encontrarlos.

—¡Por ahí! —le dicen.

—Bueno —responde—, voy a su encuentro.

Primero encuentra a Hammadi. Ha matado quinientos elefantes y los lleva en un paquete colgado de la cintura.

—Dámelos, que yo los lleve —le responde Samba.

—No puedes con ellos. Sigue tu camino, encontrarás a mi hermano.

Samba Kurlankana encuentra a Samba, el *guinnaru* hermano de Hammadi. Lo mismo que este, Samba había matado quinientos elefantes y los llevaba consigo. Y al ofrecimiento que Samba Kurlankana le hizo de ayudarle a llevarlos, respondió:

—Ve al encuentro de mi hermano pequeño, quizás puedas aliviarlo de su carga.

Por fin, Samba se halla en presencia de Delo, que sólo había matado cuatrocientos elefantes. En el momento de cruzarse con el marido de su hermana, la correa de la sandalia de Delo se rompe.

—No podrías llevarme los elefantes —dice Delo—, pero recoge mi sandalia y llévala al pueblo.

Y arrojó su sandalia a Samba Kurlankana tapándolo todo entero, de modo que no pudo salirse de ella.

Delo se reúne con sus hermanos en el pueblo. Su padre los apostrofa, reprochándoles que hubiesen cobrado aquel día tan poca caza.

—¡Cómo! —exclama—. ¡Tenemos un forastero, el marido de mi hija, y solamente me traen esa poca carne para ponerla en el alcuzcuz!

Mira en torno, y pregunta:

—¿Dónde está mi yerno?

—Me encontré con él —declara Hammadi—, pero se lo he enviado a Samba.

Y Samba:

—Yo le he dicho que fuese a buscar a Delo.

Delo, interrogado a su vez, responde que le encargó traerle la sandalia, cuya correa se había roto.

—Quizás se ha quedado debajo de la sandalia —piensa Kumbara—. Voy a ver.

En el acto se ha puesto a buscar a su marido, y al levantar la sandalia, lo encuentra debajo. Juntos vuelven al pueblo, llevando Kumba la sandalia, demasiado onerosa para las fuerzas de Samba Kurlankana.

Una vez aderezada la cena, llaman a Samba para comer con los otros; pero la calabaza era demasiado alta y Samba no podía tomar de ella el alcuzcuz.

Viendo sus apuros, Delo lo levanta y se lo pone en la rodilla, pero Samba se cae en la calabaza, y Delo, tomándolo por un pedazo de carne, lo envuelve en una albondiguilla de alcuzcuz y se lo mete en la boca.

Al siguiente día, Hammadi pregunta:

—¿Dónde estará Samba Kurlankana? Anoche cenamos juntos... ¿Qué habrá sido de él?

Samba se había quedado en la caries de una muela de Delo.

—Siento una cosa que se me mueve en la muela —dice Delo—. No sé que podrá ser.

—Mira lo que es —le aconsejan sus hermanos.

Tienta con el dedo y agarra a Samba Kurlankana. Lo extrae de la muela y lo deposita en el suelo.

Kumba Guinné acude, y como se trata de su marido, trae agua y lo friega.

—Ya ves —le hace observar— que haces mal en creerte más que nadie. Pero esto no es nada aún. Has de ver cosas mejores.

Entre los cautivos de los *guinaryi* se cuenta una mujer, llamada Syra. También Syra es *guinnaru*, y si empieza a mear un lunes, no termina antes del lunes de la semana siguiente.

Le han encargado que encienda fuego en la cabaña donde Kumba y su marido se han de acostar. Se agacha para encender la leña. Su faldellín está agujerado por detrás. Al ir a entrar en la cabaña, Samba Kurlankana penetra en el trasero de la cautiva, creyendo que es la puerta. Tiende una esterilla en el vientre de Syra para acostarse.

—¡Bissimilaye! —exclama.

372 —Syra lo oye.

—¡Sal de ahí! —le dice—. Te me has metido en el vientre, no en la cabeza.

Samba sale más que aprisa.

Cuando llega su mujer, le cuenta lo ocurrido:

—Me he llevado el gran susto —confiesa—. De modo que mañana temprano nos iremos.

Al día siguiente, de madrugada, le dice Kumba:

—Hoy por la mañana le toca a Syra ponerse a mear. Démonos prisa, porque si nos alcanza la orina, no tienes salvación. Yo saldré del paso sin dificultad.

Sin tardanza se ponen en camino. Andan hasta las diez, pero de pronto oyen un tumulto semejante al de una cascada que se precipita de una montaña.

—¿Qué es eso? —pregunta Samba.

—Eso —responde Kumba —es que Syra comienza a soltar agua.

El agua llega rápidamente. Entonces Kumba se agranda, se agranda, y lleva a Samba como si fuese un niño. Y así continúa hasta que dejan muy atrás la inundación. En este momento Kumba recobra la talla humana, y deja a su marido en el suelo.

—Kumba —dice el marido—, te doy las gracias, pero déjame. Quiero irme solo.

Y Kumba responde:

—Desde que nos casamos has estado diciendo que no había nadie más fuerte que tú.

—Ahora reconozco que estaba equivocado. Separémonos. Tu raza me da mucho miedo, y no quiero más aventuras de este género. Regresa con tus semejantes.

Y se separaron para siempre.

Mientras ocurrían estos sucesos, los otros dos compañeros de Samba Kurlankana, disputaban entre sí, sosteniendo cada cual que no había otro más fuerte que él.

En esta disputa llegaron a las inmediaciones de un río.

—¡Soy el dueño de las aguas! —proclama Samba Dungunotu.

—Y yo mando en la selva —declara, altanero, Samba Bimbiri Bambara.

Samba Dungunotu se ha puesto a horcajadas sobre el río, un pie en cada orilla. Se agacha, y hunde su mano en el agua. Todo lo que pasa a su alcance; peces, hipopótamos, caimanes, lo levanta a pulso, lo cuece al calor del sol y se lo come.

Samba Bimbiri se ha metido en la manigua, atrapa todo lo que encuentra a su paso, y al igual que su compañero, sosteniéndolo a pulso, lo tuesta al sol, aunque sea un elefante. Y de ello se alimenta.

Llega al borde del río. Quiere meter la mano en el agua para robar los peces a Samba Dungunotu. Este lo ve, lo agarra, y comienzan a pelear, metiéndose cada vez más en la manigua.

Llegan, sin dejar de pegarse, junto a un *guinnaru* ciego que se ocupaba de cuidar su lugar. El *guinnaru* tiene una honda, con la cual dispara piedras a los pájaros para ahuyentarlos y que no le coman el mijo. Pone la mano en los dos Bambara, que, caídos en el suelo, continuaban pegándose. Cree haber agarrado un canto. Helos en la honda. Y los dispara lejos.

Los dos adversarios van a caer en la calabaza donde una *guinnaru* preparaba el alcuzcuz. La *guinnaru* los coge con dos dedos y los echa a un lado. Así van a caer en el ojo de una niña *guinnaru* que estaba mamando.

La niña se lleva un dedo al ojo, llorando. Grita que se le ha metido una cosa en el ojo. Su madre le dice:

—Ven, que yo lo vea.

Pero antes de que llegue junto a su madre, el ojo ha absorbido a los dos Bambara.

—Ya pasó —dice a la madre *guinnaru*.

Nadie tiene derecho a creerse el más fuerte, puesto que estos tres hombres han encontrado quien los pueda.

374 79. Mala educación

En N'Dugumane, cerca de Kahone, en el Salum, había una *uolova* que llamaban Kumba N'Dao.

Al mismo tiempo, vivía en Diolof, en el pueblo de Sagata, un *uolof* llamado Mademba Dieng.

Cuando Kumba se peaba, todo lo que su soplo encontraba a su paso, se quebraba como una paja. De suerte que la expulsaron de su pueblo, porque su cañón natural había estropeado a mucha gente.

Mademba tuvo que largarse de Sagata por el mismo motivo.

Ambos se encontraron en la maniagua.

—¿Por qué estás aquí? —interrogó Mademba.

Kumba respondió:

—Me han obligado a marcharme del pueblo, porque cada vez que me peaba mataba a mucha gente.

—¡Anda! —exclama Mademba—. Justamente por eso me han expulsado del mío.

Se casaron, y vivieron juntos cerca de un año. Un día riñen; Kumba se pee, y da en una pierna a Mademba. Pierna rota. Entonces, temiendo la furia de su marido, Kumba se da a la fuga.

Mademba se queda en su cabaña llorando. Pasa uno, que le pregunta:

—¿Por qué lloras?

—¡Ah! —gime el otro—. Mi mujer me ha roto una pierna peyéndose encima. Quisiera que me apuntasen el trasero en la dirección que lleva en su fuga, para peerme también y romperle una pierna.

El pasajero le prestó el servicio que pedía. Entonces Mademba tronó en la dirección que llevaba Kumba.

Kumba había llegado ya a un pueblo. Se oye venir el pedo de Mademba con el estrépito de un trueno.

—¿Qué pasa? ¿Pero qué pasa? —se preguntan los aldeanos, despavoridos.

—Es un pedo de mi marido —les explica Kumba.

El pedo irrumpe en la aldea. Kumba cae muerta la primera, y con ella todos los que se encontraban en sus inmediaciones. El pueblo se incendia. 375

Siete años estuvo el pedo girando como una tromba sobre las ruinas, como el aire removido al paso de un *guinné*. Después se remontó por el cielo, y todo quedó concluido.

376 **80. El gallo y el asno**

Un gallo y un asno se enredaron en una disputa.

—¡Ah! —dijo el gallo—. No me hagas hablar tanto, porque, como ves, he de azotarme los ijares y eso me fatiga.

—¡Oh! —dijo el asno—. A mí eso me sienta muy bien, porque, antes de rebuznar, me peo, y quedo muy desahogado.

Capítulo XVIII

Cuentos de colmos, charadas y refranes

Cuentos de exageraciones. Bromas. Excesos.

81. *La hiena y la Luna* (cuento zulú).
82. *Los tres hermanos y los tres grigris* (cuento mossi).
83. *Concurso matrimonial* (cuento gurmantié).
84. *Algunos refranes haussas.*
85. *Algunos refranes mossis.*
86. *Algunos refranes sesutos.*
87. *Algunos refranes fan.*
88. *Algunos refranes engudas.*
89. *Adivinanza soninké.*

81. La hiena y la Luna

Sucedió una vez que una hiena se encontró un hueso; lo toma, y se lo lleva en las fauces.

Como ese día la Luna brillaba con hermosa luz, el agua estaba en calma; la hiena suelta el hueso al ver la Luna en el agua y quiere apoderarse de ella, pensando que era carne. Hunde la cabeza en el agua hasta más arriba de las orejas y no encuentra nada. El agua se agita y se enturbia. La hiena vuelve a la orilla y se queda quieta. El agua se aclara. La hiena da un salto, y trata de hacer presa, creyendo apoderarse de la Luna, que le parece carne porque la ve brillar en el agua; sólo coge un poco de agua, que se le escurre de las fauces, y se enturbia nuevamente. La hiena se retira a la orilla.

Llega otra hiena, se apodera del hueso, y se va, dándole tranquilamente la espalda a la otra. Por fin amanece, y la Luna se atenúa con la luz del día. La hiena fracasa.

Vuelve otro día, hasta que el lugar donde nada encuentra está todo pisoteado.

Entonces, rieron mucho a costa de la hiena, viéndola correr continuamente al agua, morderla, y escurrírsele el agua de las fauces, y volver una y otra vez sin alcanzar nada. Para reírse de un hombre, se dice: «Eres como la hiena que tiró el hueso y no logró nada, porque veía la Luna en el agua.»

382 **82. Los tres hermanos y los tres *grigris***

Un hombre, al morir, deja tres hijos. Heredan la hacienda de su padre y se reparten treinta mil cauris. Y caminando uno en pos de otro, llegaron al cruce de tres caminos. Se sientan en la encrucijada. Después, el mayor toma un camino, el siguiente toma el segundo, y el más joven, el tercero. Habían decidido reunirse pasado tres años. Cumplido el tiempo, regresan, en efecto, y se sientan en la encrucijada. Después, levantándose, se encaminan a un estero grande, pero no pueden atravesarlo. El mayor toma entonces una tira de tela, la arroja al agua, y, sirviéndole de camino, pasa; el segundo, reúne flechas de cazador y se sirve de ellas para pasar; el más pequeño se calza un par de sandalias y atraviesa el estero.

—¿Cuál tenía mejor talismán?

83. Concurso matrimonial

Una joven muy bonita tenía tres pretendientes, llamados Saga, Masidia y Badanuti. A los tres quería por igual.

Un día dijo a su padre:

—Quisiera deshacerme de dos de mis pretendiente, y para ello tomaré por marido al más fuerte de los tres.

—Voy a llamarlos para que vengan a trillarme el mijo. Escogerás por marido al que trabaje mejor.

Saga se presentó el primero. Con sólo un golpe de su *ben-gala*, trilló tan reciamente el mijo, que todos los granos salieron de las espigas.

Masidia se adelantó a su vez. Se sentó sobre el montón de mijo trillado y, soltando un pedo, toda la paja voló y desapareció por el aire.

En aquel momento, Badanuti se tiró de la piel de los testículos y la alargó tanto que envolvió todo el grano trillado y echado por sus rivales.

¿Cuál de los tres habría usted escogido por marido?

384 84. Algunos refranes *haussas*

El hombre es aborrecido por sus riquezas.

La rata se impone a la familia como la ceja al ojo.

Con reuma en la rodilla, se baila como un demonio.

Despacio se va lejos.

Si encuentras camino seguro, síguelo mucho tiempo.

Más vale una tarde feliz que un año de miseria.

Más aprovecha el trato de los ricos que el de los pobres.

El hombre paciente cocerá una piedra hasta beberse el caldo.

Uno sólo es traicionado por los suyos.

Ver el ojo no estorba para comer la cabeza.

Corazón preso, cuerpo esclavo. Uno es esclavo de sus pasiones.

Ve a casa, y come. Con el agua del cuerpo se extrae la del pozo.

La mentira florece, no fructifica.

La mentira puede estar corriendo un año; la verdad la alcanza en un día.

Si el mono estropea algo, se escapa antes que el dueño lo vea.

Que el hombre sincero compre un buen caballo y huya cuando ha dicho la verdad.

Más fácil es comerse una liebre que un elefante.

El mensajero deja reposar los pies, no el corazón.

El silencio salva.

Si sueltas la lengua al león, te devora.

Pronosticaban sequía, Dios ha hecho llover. Quien quiera mentir, hable del tiempo.

El piojo se come al hombre, no a las piedras.

Las mujeres inventarán noventa y nueve trapacerías, pero a la centésima se descubrirán.

386 **85. Algunos refranes *mossis***

Quien no busca de qué vivir, morirá sin enfermedad.

Llena la panza de tu alcuzcuz, el forastero corre en busca de una mujer, y tú no tienes más que un leño para roer y llevas a rastra la marmita.

Quien nada tiene, apaña su cerveza donde escarban las pintadas, en el basurero.

86. Algunos refranes *sesutos*

387

La cordura no habita en una sola casa.
La astucia devora a su amo.
Nunca falta palo con que pegar al perro.
En la casa del hombre valeroso hay llanto, en la del cobarde nunca se llora.

No hay médico que alguna vez no se ausente.
Quien causa un mal, olvida; no quien lo recibe.
El accidente mortal no avisa.
En los pliegues de la capa está la muerte.
La muerte siempre es cosa nueva.
La lengua no tiene ataduras.
En la trampa cae quien la puso.
El ladrón es un perro; con la cabeza, paga.
Ladrón es quien se deja prender.
Las sonrisas se devuelven.
Dos gallos no se ayudan a escarbar el suelo.
El sudor del perro no hace más que mojarle el pelo.
El hombre valiente combate en medio de sus tropas, no se arriesga solo.

El fuego a que te calientas te ha de quemar.
Un hombre cae con su sombra.
La aldea es bella, vista desde afuera; por dentro, un montón de basura.

Un leopardo muere con sus colores.
Los negocios de un muerto nunca andan bien.
La guerra es una vaca a la que se ordeña entre espinas.
Cuando un jefe promete un buey, ya puedes construir el *kraal*.

Al chacal que se rezaga lo ven los perros.
La hiena coja lo disimula.
Uno levanta la caza y otro la mata.
El alfarero guisa su comida en puchero roto.
La fuente lejana deja morir de sed.
No te duele el divieso si tú mismo te lo rascas.
Los leones de la misma leonera se conocen.

388 Comida por la que se da las gracias, es que ya está en el
vientre.

87. Algunos refranes *fan*

389

Por un día más, no se pudre el elefante.
El hábito de mañana es igual al de hoy.
Mañana y hoy, el mismo Sol, la misma Luna.
El trabajo asiduo fatiga a la mujer, pero daña al hombre.
Si quieres paz, ten en cuenta lo que dicen tus mujeres.

390 88. Algunos refranes *engudas*

Cuando sopla viento, hace frío.
 La vejez es sin remedio.
 El solterón se guisa solo.
 A ningún desmemoriado se le olvida la boca.
 El huevo será gallo.
 Si cortas leña en el bosque, el eco lo repite.
 Cada tela de color tiene su nombre.
 Si no puedes empezar construyendo una casa, instálate en una choza.
 Los pájaros nuevos no pueden volar, aunque tienen plumas.
 Quien casa con mujer guapa, se casa con su tormento.
 Perro desorejado, mal cazador.
 Una noticia es interesante en boca de quien la trae.
 El vacío no sirve para apoyarse.
 La mosca no se preocupa de la muerte; sólo piensa en comer.
 El carnicero no conoce la calidad de la res.
 Lo que tú no quieras, guárdalo.
 Basura acumulada hace gran montón.
 No pongas tus gallinas a la vista del alcotán.
 La palma de la mano no engaña.
 El indiscreto sólo calla lo que ignora.
 El hombre astuto camina tortuosamente.
 En cama pequeña no caben dos personas.
 Porque siempre se ve a Venus al lado de la Luna, se cree que es su perro: Venus no es el perro de la Luna.

Encuentras una gallina en la feria y te apresuras a comprarla; si fuese buena, no la vendería el dueño.

No falta razón cuando se corre en medio de las espinas; si usted no caza a la serpiente, esta lo caza a usted.

El que pueda tomar una hormiga y se encarna con el elefante; sólo puede perderse.

No va tan lleno el río que no se vean los peces.

Trepa el caracol, llevando consigo su concha.

La fuerza sin objeto engendra pereza.

Quien no tiene más arco que su ojo, no puede tirar y matar la pieza.

392 **89. Adivinanza *soninké***

Mahdi-Kama pregunta:

—¿Quién es el hombre que mata a sus hijos?

¿Quién es el hombre que vende a sus hijos?

¿Quién es el hombre que da a sus hijos?

Cuando todos los presentes se han esforzado en vano por responder, Mahdi-Kama dice:

—Quien se casa con mujer de cuarenta años, mata a sus hijos.

Quien hace el amor con una cautiva, vende a sus hijos.

Quien hace el amor con una mujer ajena, da a sus hijos.

Capítulo XIX

Fábulas

La liebre. La rubeta. La tortuga. La araña. El elefante. El león. La serpiente. El mono. La gallina. La hiena, etcétera.

90. *El ciclo de la rubeta* (cuento ba-ronga).

91. *El zorro y la hiena* (cuento haussa).

92. *La liebre y la Tierra* (cuento lur).

93. *La chocha y la tortuga* (cuento onnioro).

94. *La liebre, el elefante y el hipopótamo* (cuento mossi).

90. El ciclo de la rubeta

1. ¡Pues, señor! Cierta día, la gacela prepara la cerveza y llama a unos amigos para que la ayuden a labrar su campo. Van a labrar en la colina, labran todo el terreno. Entonces, la gacela dice a la rubeta:

—¿Y si jugásemos a correr, mientras regresamos a casa? El primero que llegue, el que adelante al otro, volverá al encuentro del que se haya quedado atrás y le dará un jarro de cerveza.

Jugaron a correr. La rubeta se arrastraba por el suelo, la gacela brincaba en el aire, y llegó en un instante a su choza. Vuelve con un cántaro de cerveza, detiene a la rubeta en el camino, y le dice:

—¡Toma, bebe! Te he adelantado.

—Está bien —dice la otra—. Es verdad, me has adelantado. Entonces se ponen a beber cerveza.

2. Cuando ya casi han acabado, la rubeta dice a su compañera:

—Puesto que dices que has corrido más que yo, juguemos otra vez a correr.

La gacela dice entonces:

Bueno, ¿dónde iremos a jugar?

La otra responde:

—Voy a enseñarte dónde podremos jugar a correr.

La rubeta entra en la choza; después, la gacela hace un parapeto en torno al boquete de entrada; la rubeta dice:

—Pega fuego a la choza, puesto que me has ganado a correr.

Y, en efecto, la gacela pega fuego a la choza. Entonces, la rubeta grita:

—¡Eh, gacela! ¿Dónde me refugio?

Responde la gacela:

—Métete en la marmita grande.

—Ya hay otros en la marmita grande. ¿Dónde me refugio?

—Métete en el cesto grande.

Responde la rubeta:

—Ya hay otros en el cesto grande.

Entonces dice la gacela:

—¡Pues bueno, muérete! Quémate con tu casa y conviértete en un carboncito consumido.

Pero la rubeta se enterró; abrió un boquete y se escondió dentro. La choza ardió completamente, desapareció.

Comenzó a llover... La rubeta salió al mismo tiempo que sus hermanos, sus mujeres y sus hijos. Su pueblo creció mucho, y formó un gran corro. La gacela le dice:

—¡Oh, amiga mía, has corrido más que yo! Me has adelantado.

Se fue a dormir a otra parte, lejos, temerosa de la vecindad de un pueblo tan grande. Y fue la rubeta la encargada de dar de comer al antílope, por ser la más importante.

Entonces, le dice la gacela:

—¡Bueno, ea! Yo también voy a entrar en la choza. Pégale fuego.

La rubeta le dice:

—De ningún modo, porque tú eres una saltarina, en tanto que yo soy habitante de la tierra.

Pero la gacela insistió, y dijo:

—¡No y no! Yo lo quiero. Y si ardo con la choza, importa poco.

La rubeta contesta:

—Si de veras ese es tu gusto, bien está. Yo tenía lástima de ti.

La gacela entra, pues, en la choza, y también sus cuernos. La rubeta rodea de espinas la choza, y la cierra bien. Toma lumbre y la incendia. La gacela dice:

—Madre rubeta, me quemó. ¿Dónde me refugio?

La rubeta dice:

—Métete en la marmita grande.

—En la marmita grande ya han entrado otros.

—Métete en el cesto grande.

—En el cesto grande ya hay otros.

La rubeta dice:

—Bueno, pues ástate, y quédate reducida a un carboncito consumido; que no quede nada de ti. Desaparece, y también tus cuernos.

La otra miró al suelo, probó a escarbarlo con los cuernos, el fuego llega a ella y la quema... Se queda tendida boca arriba, estiradas las patas..., y sus cuernos se cocieron y consumieron.

3. Entonces la rubeta empezó por cortárselos; después puso a la gacela a la sombra, en la plaza del pueblo, y la descuartizó; le cortó las cuatro patas, las de delante y las de atrás, e hizo con los huesos una trompeta. Después se fue muy lejos, por los caminos, y abandonó el pueblo.

Se hizo un montoncito con hojas, trepó a él, y allí se instaló. Entonces siente caer la lluvia, y se pone a cantar:

Bvembveleku-bveku.

Tú, antílope, me decías: juguemos a correr.

¿No he corrido yo más que tú, amigo?

4. Pasó la liebre, y dijo:

—¿De dónde sale ese sonido de trompeta que se oye, amiga mía?

Respondió ella:

—¡Oh! sale de allá lejos, muy lejos, de junto a aquella higuera. Anda allá.

Llegada la liebre al sitio, la trompeta vuelve a sonar a sus espaldas. Llega una gacela, después otra; la rubeta le dice:

—Vayan a buscar allá, junto al árbol grande...

También vino el león. La rubeta le dice:

—Ve a buscar allá...Escucha esas trompetas. Allí las tocan.
Pasa también el elefante, y dice:
—¿De dónde sale ese sonido, comadre, hija del cocodrilo?
La rubeta contesta lo mismo.

5. También pasa el hipopótamo. Se queda en pie, junto a ella; no va al sitio. Se esconde, y dice:

400 —Esta individua nos engaña. El sonido sale de aquí, de junto a su misma boca. Este montón que ha fabricado, ¿por qué lo ha hecho? Lo ha fabricado para tocar la trompeta. Voy a ver.

De pronto, el sonido resuena a sus espaldas. Vuelve al galope... Llega, y dice:

—¡Ah! ¿De ese modo engañas a estos grandes personajes, cuando el sonido se oye junto a ti?

6. El hipopótamo toma la trompeta y se pone a tocar. Pero no era capaz de hacerlo. Hace: ¡Pfff! Y no salía ningún sonido. La rubeta recobró la trompeta y el sonido era perfecto. El hipopótamo le dice:

—¿Con qué has hecho esas trompetas?

Ella responde:

—Con los huesos del antílope. Hemos jugado a correr... le he adelantado... he hecho unos agujeros en sus huesos y le toco la trompeta. Prueba tú.

El hipopótamo no acierta, y dice:

—Préstamela, iré a trompetear en casa.

La rubeta rehusó, diciendo:

—De ningún modo. ¿Cómo iba yo a tocar? Tienes ganas de enojarme.

—¿Y por qué habría de enojarte? Te pasas de lista. ¿Crees que por haberte procurado una trompeta eres ya un jefe?

La rubeta responde:

—No soy jefe, pero me niego, porque dices que quieres irte a tu casa con mi trompeta.

7. El hipopótamo se apoderó de la trompeta e hizo que apareciese un gran río. Pasó a la otra orilla y se fue con el instrumento. La rubeta dice:

—*¡Hu, hu!*

Se golpea en los labios, y dice:

—Volveremos a vernos, la trompeta y yo. Lo que es esta agua, no me importa.

Entonces se infla, se redondea, e hinchada, pasa flotando a la otra orilla. Nota el rastro del hipopótamo y lo sigue. Entonces el hipopótamo produce un calor muy fuerte. La rubeta lo vence enterrándose en la arena. Avanzó sin miedo. Al ponerse el sol, salió, a pesar de las avispas y abejas que el hipopótamo había enviado contra ella para que la picasen y se volviese atrás. La rubeta escretó un líquido pegajoso en torno de su cuerpo, y las avispas volaron. Prosiguió adelante. El hipopótamo puso una laguna en el camino. La rubeta la atravesó. Entoces creó un nuevo río. La rubeta se detuvo en el vado, edificó un pueblo, lo edificó con cuidado. Después tomó una hoja, se metió en ella con sus azagayas, cruzó el agua y fue a sorprender al hipopótamo, el cual estaba tumbado boca arriba, las patas en el aire, sobre la arena calentándose al sol.

401

8. La rubeta salió de la hoja, llegó muy cerca de él; pero en el momento de ir a matarlo con su azagaya, pasó volando un pájaro, y dijo:

—Tírate al agua, hipopótamo de patas gordas, van a matarte.

El hipopótamo se precipita al agua, haciendo *bó-ó-ó*. Entra en el río con la trompeta. La rubeta se asusta de repasar el río, y allí se queda.

A la mañana siguiente la rubeta acecha al pájaro y lo mata. Lo despluma, enciende lumbre y arroja en ella al pájaro, que arde y se consume. Abre un hoyo, entierra los huesos y los cubre con arena.

Por la mañana encuentra al hipopótamo tumbado boca arriba, incapaz de tocar la trompeta. Pero en el momento de ir a atravesarlo, resucitaron las plumas del pájaro y le dijeron:

—Ponte a salvo, hipopótamo de patas gordas, que te matan.

El hipopótamo hizo *bó-ó-ó* en el agua y se arrojó a ella. Por la mañana la rubeta quemó la hierba del campo, y las plumas se consumieron.

A la mañana siguiente encuentra al hipopótamo tumbado. Dispara la azagaya. Pero en esto se levanta una pluma, sale del hueco de un árbol, donde había caído y dice:

—Sálvate, hipopótamo de patas grandes, que te matan. El hipopótamo hace *bó-ó-ó* en el agua y desaparece.

La rubeta se fue a dormir tres días seguidos. El hipopótamo se dice: Seguramente está ya cansada. Conservaré la trompeta. Sale del agua para ir a aprender solo a tocar. Pero la rubeta lo acechaba. De mañana lo encuentra tumbado boca arriba, las patas en el aire, tocando la trompeta.

Lo atraviesa con tres azagayas. Y él dice:

—¡Déjame, querida amiga! Te lo suplico. Toma tu trompeta.

La rubeta le dice:

—De ningún modo. Quisiera agujerearte los huesos y hacerme con ellos otra trompeta.

Lo mata, recobra la trompeta, la tira al agua, toma un cuchillo y empieza la carnicería. El cuchillo se rompe. Toma un hacha y la afila; al querer cortar la carne el hacha se mella.

9. En estas, pasó el camaleón y dijo:

—¡Eh, amiga! ¡Cuántas provisiones! ¡Ánimo! Yo también soy caminante, y de buena gana me daría un hartazgo en tu compañía.

La rubeta respondió:

—¡Ay! ¿Cómo darnos un hartazgo? Mira, no tengo con qué descuartizar la res. Mis cuchillitos y mis hachas se han roto.

El camaleón repuso:

—¡Oh! Poco importa. ¿Y si probásemos este instrumento?
—Sacó de la alforja unas astillas de caña— ¿Probamos?

—¡Ah! —dijo la rubeta—. No lo lograrás. Es muy duro el hipopótamo.

El camaleón tomó una pata, la levantó y dijo:

—¡Anda! Verás si corta esta astilla. Esta pata la corto muy bien.

En efecto, descuartizó la res de punta a rabo, hasta lo último de lo último. 403

Entonces dijo:

—Lo que es yo, aquí me quedo. Soy tu hijo, amiga mía. ¡Cuánta carne!

La rubeta acepta el trato y dice:

—Está bien.

Comieron carne hasta ahitarse, le dieron fin. En aquel mismo sitio edificaron un pueblo.

10. Entonces la rubeta dice a su compañero:

—Tengo que marcharme. Puesto que eres mi hijo, quédate aquí y cuida de mi pueblo y de mis mujeres.

Recogió un manojito de tabaco y se lo entregó.

Va en busca de una pipa y se la regala. Toma también unas tenazas y se las entrega; toma una trompeta y se la da. Después va a poner huevos en el camino y dice al camaleón:

—Ves aquí estos huevos. Que el caminante siga su camino. Si los aplasta, que los aplaste; si los deja, que los deje.

Se va a la montaña a forjar azagayas para su amigo el camaleón, que, como no era más que un simple particular, no tenía armas.

11. Pasó la gacela.

—¡Salve, amigo camaleón!

Responde él:

—¡Salve!

—¿De quién son estos huevos?

—De la rubeta, hija del cocodrilo; y ha dicho: «Que el caminante siga su camino. Si los aplasta, que los aplaste; si los deja, que los deje.»

Entonces dice la gacela:

—No tengo el menor deseo de aplastarlos. Me da miedo, porque ya me ha matado a un pariente.

Y se fue corriendo.

404

Pasó la liebre y dijo:

—¡Salve, camaleón! ¿A quién pertenecen estos huevos?

—Son de la rubeta, hija del cocodrilo; y ha dicho: «Que el caminante siga su camino. Si los aplasta, que los aplaste; si los deja, que los deje.»

Entonces la liebre huye dando grandes brincos, grandes brincos. Hela ya lejos, muy lejos. Huye por el bosque.

Llega el gran antílope, galopando, ¡hiri, hiri, hiri!, hasta junto a los huevos, se para en seco, adelantados los cascos, muy cerca, salta atrás y pregunta al camaleón qué era aquello. Cuando lo supo se alejó diciendo:

—Por poco los aplasto.

Se fue por un lado, dando un gran rodeo, muy lejos.

12. Pero en estas, pasa el elefante. Dice:

—¡Salve, amigo mío!

El camaleón responde con voz débil y asustada:

—Buenos días.

El elefante se acerca, ve los huevos y dice:

—¿De quién son estos huevos?

El camaleón responde temblando de miedo:

—Son de... la... rubeta...; y ha dicho: «Que el caminante siga su... camino... Si los aplasta..., que los aplaste...; si los deja..., que los deje...»

Cuando llega junto al camaleón, el elefante dice:

—Dame la pipa.

Se la da. El elefante pone tabaco en la pipa, toma un ascua con las tenazas, enciende y se pone a fumar con todas sus fuerzas, soltando grandes nubes de humo. Pronto está consumiendo el

tabaco. Hecho esto, el elefante se vierte en la mano la ceniza, la muele y se la arroja en los ojos al camaleón. Después lo agarra, le arranca los miembros y los esparce lejos, a los cuatro vientos. Después va a romper los huevos, los aplasta, los hace tortilla con los pies y se va.

13. Sopla el viento sur. Y ve ahí que la cabeza del camaleón vuelve, después una pata delantera, después otra. Se le pegan al cuerpo como antes, la cola vuelve también y ocupa su sitio. Comienza a revivir un poco, echa a andar y va a ver los huevos... Los contempla. Después va a buscar la trompeta, que estaba en el hueco de un árbol, en el pueblo; se pone en el rastro de la rubeta y canta:

405

¡Pchiyo-yo! Rubeta, hija del cocodrilo...

¡Pchiyo-yo!

Han aplastado los huevos.

El elefante los ha aplastado...

El elefante, de trasero pesado.

¡Pchiyo-yo!

Caminó, cantando día y noche, hasta llegar al sitio donde estaba la rubeta.

Ella le oyó desde lejos. Mandó callar a los herreros en torno de las fraguas, diciéndoles:

—Silencio. Alguien viene —y le gritó—: Ven hasta aquí.

La rubeta escucha, escucha la canción sin decir nada. Cuando el camaleón llega le pregunta todos los detalles y añade:

—Está bien. Dense prisa a forjar.

Forjaron todas las azagayas que quiso. Se las dio. Se las repartió. Ella también tomó una.

—No me despidan de ustedes —dijo—. Me voy.

14. Todos se pusieron en camino... Véanlos andando, incluso de noche. Al amanecer andaban todavía; andan día y noche, hasta llegar a su pueblo. Toman el rastro del elefante, lo siguen por donde había ido, llegan a un pueblo, donde preguntan:

—¿Ha pasado por aquí el elefante?

Le contestan:

—Sí, el año pasado, durante el invierno, atravesó este país.

Se van y continúan andando, siempre sobre el rastro. Llegan a otro lugar, interrogan a las gentes, que responden:

—Hace algún tiempo pasó por aquí. Apenas hará una luna; sigan, no más.

406 Siguen otra vez el rastro, y van a informarse a otra aldea.

—Acaba de pasar —les dicen—. No tardarán en encontrarlo.

Continúan su camino y van a preguntar en otra parte. Les dicen:

—Hace un momento estaba aquí. Bebíamos cerveza con él en este sitio.

Trasponen la aldea y lo encuentran. El elefante se vuelve, mira atrás y los ve.

—¡Eh, amigo! —le gritan—. Detente, espéranos.

Pero él no les hace caso y prosigue andando.

15. Entonces el camaleón se adelanta a la rubeta, llega junto al elefante y le dice:

—¿No fuiste tú quien me mató, allá, junto al frutal, en mi pueblo?

La rubeta llega y lo traspasa con la azagaya. El camaleón hace otro tanto. El elefante arranca una rama seca y se la arroja. El camaleón la atrapa con la cola, la enrosca y la dispara lejos. La rubeta lo traspasa de nuevo, y el camaleón hace lo mismo. El elefante empieza a huir. Los otros lo persiguen, lo alcanzan, lo atraviesan una vez y otra. El elefante, vencido, muere.

16. Ya muerto, comenzaron a edificar allí un pueblo y desuartizaron la res.

El primero que hizo acto de sumisión fue la liebre. Les ayudó en la carnicería.

En tanto, la rubeta dijo al camaleón:

—Es menester que me meta bajo tierra; llueve, y el calor me hace daño:

El camaleón dice:

—Está bien.

Preparó un gran tambor. Antes de meterse bajo tierra les dio esta orden.

—Construyan una valla de espino alrededor del pueblo; que haya dos puertas nada más, y tú, liebre, las cerrarás cuando se ponga el sol, no sea que los ladrones vengan a comerse nuestras provisiones de carne que están aquí colgadas de los árboles.

407

Dicho esto se metió en tierra.

17. Entonces el camaleón tomó el tambor y fue redoblando por el exterior de la valla; hizo una gran caminata, cantando:

¡Plan, plan, pataplán!

Animales del campo, vengan a ver la rubeta.

La rubeta ha muerto.

Fueron todos, y entraron todos dentro de la valla. Eran el elefante, el antílope, el lagarto grande, la tortuga, la pantera y muchos otros... Acudieron presurosos, porque la rubeta los había atormentado mucho con los huevos, tendiéndoles un lazo para matarlos.

Entonces el camaleón fue a cerrar la puerta durante la noche. Cerró las aberturas y fue luego a despertar a la rubeta con estas palabras:

—Rubeta: yo te lo digo, despierta, despierta. Ven a ver lo que hay aquí.

Vuelta en sí, tomó de mañana la azagaya y comenzó a ensartar a todos los animales. Unos huyeron, otros se quedaron. La liebre enseñó a sus camaradas las liebres un agujerito en la valla por donde tenía costumbre de salir. Muchas se escurrieron por allí y se escaparon. Quedaron los muertos. Algunos animales fueron reducidos a esclavitud, y también la liebre quedó por esclava de la rubeta.

18. Descuartizaron las reses muertas, y daban las tripas a la liebre, diciendo:

—Ve a lavarlas en el río.

Al principio volvía con las tripas. Pero cierto día se encontró a su madre y le dio toda la carga que llevaba.

Después se arañó con unas ramas secas, buscó un sitio donde hubiese espinas y se arrojó a él. Las orejas le colgaban desgarradas cuando llegó al pueblo. Y dijo:

—Jefe, un águila me ha robado las tripas.

Le contestaron:

—No importa, es un simple contratiempo.

Le dieron otras. Fuese y regresó, trayéndolas. Otra vez fue al río; pero dio las tripas a su madre y volvió diciendo:

—Un alcotán me las ha robado.

Entonces enviaron al elefante, diciendo:

—Ve a lavar las tripas. Veremos si te las roba un alcotán.

Cuando iba de camino para limpiarlas, llegó la liebre madre, la que se había quedado en su casa. Tuvo miedo del elefante, y se dijo: «¡Calle! Hoy viene otro a lavar las tripas; ya no es mi hijo el que hace ese trabajo cada día.»

El elefante volvió al pueblo con las tripas. Hicieron esta reflexión:

—Bueno, hoy traes las tripas. ¿No había ningún alcotán?

El elefante dijo:

—No he visto alcotán que valga. Lo que he visto, sencillamente, es una liebre.

La rubeta dijo a los suyos:

—Vayan a cazarla y mátenla.

En efecto, fueron a matar la liebre madre.

19. Entregaron de nuevo tripas a la liebre, diciéndole:

—Ve a limpiarlas.

Se fue a buscar a su madre, pero ya no la encontró. Volvió, pues, con su carga. Entonces la rubeta preguntó a su gente:

—¿Ha vuelto con las tripas?

Y la liebre oyó entonces contar que habían matado a su madre. Fue a sentarse en medio del humo y comenzó a llorar a su madre. Le preguntaron:

—¿Por qué lloras?

—Es que estoy sentada en medio del humo y me hace salir las lágrimas a los ojos.

20. Acabaron de comerse las tripas; después empaquetaron sus cosas, liaron las cargas de carne y regresaron todos al pueblo de la rubeta, allí donde había jugado a correr con la gacela.

409

Por el camino dijo la rubeta al camaleón:

—Deseo volver a mi pueblo natal. Quizá tú desees ir a otra parte.

Respondió él:

—No me separaré de ti; iremos juntos.

La rubeta dijo a todos sus súbditos:

—Decídanse ustedes también; el que quiera separarse de mí que lo diga.

Respondieron ellos:

—Todos iremos contigo, jefe; no nos separaremos de ti.

Entonces, llevando sus bagajes, se fueron con ella.

410 **91. El zorro y la hiena**

Verán qué historia. Pero no la sé entera; sólo sé una parte.

Va el zorro al agua, coge muchos peces, los saca, se los come; está muy satisfecho. Deja las sobras, diciendo:

—¿Quién me ayuda a comer estos peces? —y dice—: ¿Quién me da un vientre muy grande? —Aguarda un poco, y aparece la hiena.

Ve a la hiena y dice:

—Ven aquí, hiena.

La hiena va. El zorro dice:

—Mira, aquí tienes mucha comida; si quieres comértela, cómetela.

La hiena se come todos los peces. El zorro se encoleriza con la hiena. Llega una gallina, se posa en un árbol, cacarea. La hiena ve a la gallina, su lindo cuerpo con dibujos; dice la hiena:

—¿Quien me dará tan bellos dibujos como los de la gallina?

El zorro dice:

—Esos dibujos tan bellos los hago yo.

Dice la hiena:

—¿Quiere hacerme algunos dibujos así?

Responde:

—Si quieres dibujos, tráeme un cuchillo y tierra blanca.

La hiena no tiene malicia. Va y trae un cuchillo y tierra blanca. No sabía que el zorro estaba encolerizado con ella porque se había comido todos los peces. El zorro toma el cuchillo; la hiena se sienta. Le hace unas incisiones en el lomo y canta:

*Te comiste los peces,
tus lomos lo pagan.*

La desuella con el cuchillo, le hace grandes incisiones. La hiena se va, se siente mal. Y el zorro se ríe de haber desollado a la hiena.

412 **92. La liebre y la Tierra**

La liebre dijo un día a la Tierra:

—¿Es que tú no te mueves nunca? ¿Estás siempre en el mismo sitio?

—Te engañas —replica la Tierra—, ando más que tú.

—Eso es lo que está por ver— repuso la liebre, que salió corriendo.

Cuando se detuvo, después de dar una gran carrera, con la certidumbre de haber vencido, comprobó que aun tenía la Tierra bajo los pies. Repitió la prueba, de tal modo que cayó agotada y murió.

93. La chocha y la tortuga

Un día dijo la chocha a la tortuga:

—Estoy mejor dotada que tú, puesto que no sólo camino de prisa, sino que puedo volar.

—Dichosa tú —exclamó la tortuga—. Yo gracias que pueda, arrastrándome, atender a mis asuntos.

Pero sucedió que un hombre, para cazar, prendió fuego a las hierbas de la llanura; el fuego estrechó su círculo en torno a los dos animales, expuestos a un peligro seguro. La tortuga se escondió en el hoyo que había dejado la pata del elefante, y se salvó del riesgo; pero la chocha, que quiso remontar el vuelo, cayó asfixiada por el humo y murió.

Quien mucho se alaba, perece en la prueba.

414 **94. La liebre, el elefante y el hipopótamo**

Una liebre se comió lo que el elefante le había prestado, y se comió lo que le había prestado el hipopótamo. Dijo al hipopótamo:

—Dentro de siete días te daré en pago un buey.

Y dijo al elefante:

—Dentro de siete días te daré en pago un buey.

Cumplidos los siete días, lleva al elefante a la orilla del estero, da al elefante una cuerda, y después al hipopótamo que estaba en el estero, la otra punta de la cuerda. Dice al elefante que tire de la cuerda, que es un buey, y dice al hipopótamo que tire de la cuerda, que es un buey. El elefante tira y el hipopótamo tira. El hipopótamo sale del agua y ve al elefante, y el elefante ve también al hipopótamo. El elefante pregunta al hipopótamo y el hipopótamo pregunta al elefante:

—¿Por qué tiras?

Y el hipopótamo dice al elefante que una liebre le ha comido el préstamo, prometiéndole en pago un buey. El elefante dice al hipopótamo que una liebre le ha comido el préstamo y le ha prometido un buey.

El hipopótamo dice al elefante:

—Ve a buscar la liebre en la manigua.

El elefante dice al hipopótamo:

—Ve a buscar la liebre en el estero.

Y el elefante busca a la liebre, ve a la liebre, y dice a la liebre:

—Busco a una liebre.

La liebre le responde:

—En verdad una liebre que llevaba un escupitajo me ha escupido.

Habiendo encontrado la liebre una corza podrida, se disfrazó con la piel. Y la liebre va al estero. Entoces el hipopótamo dice:

—Al salir del agua veo una liebre.

Y la liebre dice al hipopótamo que una liebre a quien reclamaba la devolución de un préstamo le ha escupido, pudriéndola de aquella manera.

Después la liebre se fue a esconder la piel de la corza podrida. Volvió el elefante, y, habiendo regresado la liebre le pidió un cauris; pero la liebre le dijo:

—Voy a escupirte.

Y el elefante, lleno de miedo, huyó.

Capítulo XX

Poesías y canciones de baile

95. *El viento* (bushmen).
96. *El pájaro fantasma* (chinfanya).
97. *Tam-tam fúnebre de Baraguana* (mossi).
98. *Canto de los elifam* (mossi).
99. *Cántico del fusil* (mossi).
100. *Cántico del cocodrilo* (mossi).
101. *Cántico de los pigmeos* (pigmé).
102. *Danza de los animales* (pigmé).

95. El viento

En otros tiempos el viento era una persona. Se convirtió en un ser con plumas, y voló, porque ya no podía andar como antes; en efecto voló, y habitó en la montaña. En otros tiempos era una persona; por eso en otros tiempos rodaba una pelota; la tiraba, porque sentía que era una persona. Se convirtió en un ser con plumas, y entonces voló, habitó en una gruta de la montaña. Sale, vuela, retorna a su casa. Va a dormir en ella, se despierta temprano y sale; vuela lejos; otra vez, vuela lejos. Retorna a su casa porque siente que necesita buscar sustento. Como otra vez, y otra, y otra; retorna a su casa; de nuevo, vuelve a ella para dormir.

422 96. El pájaro fantasma

Érase un hombre que mató un gran pájaro, le arrancó la piel y la puso a secar en el techo. Después, el propietario de la piel fue al jardín. La piel se cambió en un pájaro igual, se hizo un tambor, llamó a las gallinas y salió el *chelecheteche*.

*A na ngo tu ng'ande
chelecheteche,
che, che, che.
Chelecheteche
Che, che, che.
A ne ngo ku tu ng'ande.*

Acabado esto, agarró un pollo para comérselo. Al siguiente día los propietarios de aquella piel de pájaro fueron al jardín. La piel se cambió de nuevo en un pájaro igual; llamó a las gallinas; bailó el *chelecheteche*. Las gentes se habían escondido para ver cómo lograba comerse todos los pollos; vieron aquel pajarraco, el metamorfoseado, y lo mataron.

He molido potes de habas, de rodillas delante de la puerta, y entro. Retira de la lumbre las patatas, que se queman.

97. Tam-tam fúnebre de Baraguana

Había venido yo en busca de reposo, cuando encontré a un niño que llegaba para comunicarme la muerte de mi querido Baraguana, mi compañero, que la muerte me arrancaba. El niño, levantándose, penetró en mi casa, y tomando mi cuévano y mi carcaj, salió para que yo fuese a los funerales de Baraguana. Me pongo en camino, y veo ante mí una fosa abierta en el suelo.

—¿Es esta la tumba de Baraguana? —pregunto. Me dicen que siga camino adelante. Veo una termitera.

—¿Es aquélla, pregunto, la tumba del querido Baraguana?

Otra vez me dicen que siga andando. La llanura apareció ante nuestros ojos.

—Aquí está la tumba —me dijeron.

—¡Oh, padre mío! —exclamé—. Quiero saludar a tus hijos en su duelo y desolación.

—Se han ido —me responden— al mercado de Samba.

Fui a buscarlos; pero se habían encaminado a Dodnoko, y allí los vi. Entonces compraron para mí unos buñuelos.

—No quiero fiemo de asno —objeté yo.

Compraron una torta.

—Ni fiemo de buey —repliqué.

Entonces me entregaron una anguila.

—Es demasiado vieja —exclamé.

Entonces me compraron un pollo.

—Este pollo —repetí— es demasiado viejo. Mujer, trae mijo y dámelo.

Le devolví el pollo; después mandé dar mijo al pollo.

Pero sucedió que un alcotán robó el pollo, que una flecha de paja mató al alcotán, que el fuego consumió la flecha, que el agua apagó el fuego, que un elefante se bebió el agua, que un cazador derribó al elefante, que un escorpión mordió en el pie al cazador, que una piedra aplastó al escorpión, que la piedra rueda, y sigue rodando, y el pobre Baraguana descansa en su tumba.

424

Tam–tam fúnebre.

¡Kum de kume la lag da mhume!
¡La, la! ¡Ye! ¡Siligha dikke m dwelle, bâse mam!
¡La, la ko paongho!
¡M dwelle kum dikke m!
¡M dwelle m turhde nô lebugho!
¡La muerte ha matado y el sepulturero ha enterrado!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ay! ¡El alcotán se lleva a mi amigo, me ha
dejado a mí!
¡Ah! ¡Ah!, sin posesión.
A mi amigo se lo lleva la muerte.
¡Mi amigo se va para no volver!
Laghda kyeda, hyeda di bili, kyeda daosea massa.
khum ko kum dwelle, ti no be m tore.
¡La! ¡La! ¡Ye! ¡Siligha dikke m dwelle m zwetta!
¡La! ¡La! ¡Ko paongho!
El lagda corta, corta los leños, corta la madera verde.
La muerte no ha matado a mi amigo, puesto que vivo
aún.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ay! ¡El alcotán se lleva a mi amigo, y va
huyendo.
¡Ah! ¡Ah! ¡Sin socorro!

98. Canto de los elifam

*¡Oh hombres, oh hombres, canten! ¡Eh!
Ven aquí a nuestro padre Fam, ¡oh! ustedes, ebilam.*

El jefe

¡Oh, padre! ¡Oh, elifam! ¡Oh, canten, canten!

Coro

¡Vengan, vengan aquí, oh! ¡Vengan, vengan aquí, oh, oh!

El jefe

¡Oh, padre, Fam, padre; ven, ven aquí, oh, protector, oh!

Coro

¡Vengan, vengan aquí, oh! ¡Vengan, vengan aquí, oh, oh!

El jefe

*¡Oh! El Fam ha salido del interior de los bosques,
vengan, vengan aquí, ¡oh!*

Coro

¡Vengan, vengan aquí oh! ¡Vengan, vengan aquí, oh, oh!

El jefe

El Fam ha sido el protector, el sostén de la nación ¡oh! sí.

Coro

¡Vengan, oh, vengan! ¡Oh, vengan aquí, oh!

El jefe

*Es el jefe de los hombres para ahuyentar los cuidados.
¡oh, hombre, oh!*

Coro

¡Vengan, vengan aquí oh! ¡Vengan, vengan aquí, oh, oh!

El jefe

*Es el padre de nuestra raza, el fundador de los hijos
de Fam, ¡oh!*

Coro

¡Vengan, vengan aquí, oh! ¡Vengan, vengan aquí, oh, oh!

99. Cántico del fusil

Invitatorio

¡Oh, ustedes, escuchen, escuchen el cántico del fusil!

Coro

¡Oh, todos nosotros escuchamos, escuchamos el cántico, el cántico del fusil!

Cántico

*Por ti sólo, oh fusil, por ti sólo.
Lejos en los bosques.
Lejos, lejos, he caminado mucho tiempo en la selva.
Sin oír ya a los perros chillones.
Sin oírles ya,
ni tampoco a los gallos que gustan del ruido,
tampoco a los gallos.
Alejándome de las arpías,
alejándome de sus chozas sombrías.*

Estribillo

*Sí, sólo por ti, oh fusil mío,
por ti sólo, en las selvas,
en las selvas he caminado,
¡oh fusil mío!, por ti sólo.*

Invitatorio

*Todos vengan, escuchen todos el cántico del fetiche.
Cántico amado del fusil.*

Coro

*Todos nosotros venimos, escuchamos todos el cántico
del fusil,
cántico amado del espíritu,
sí, por ti sólo, oh fusil mío,
por ti sólo en las selvas,
en las selvas he caminado,
¡oh! fusil mío!, por ti sólo.*

428

Invitatorio

*Vengan, vengan todos, escuchen bien, y escuchen sin
ruido.*

Coro

Y sin ruido escuchemos atentos.

Cántico

*Por ti sólo, ¡oh fusil!, por ti sólo
por el bosque adelante,
alejándome siempre de la aldea,
tomé el gran cuchillo de los hombres,
sin que nadie me viese,
cuchillo pendiente del garfio del pilar,
alcancé el cuchillo,
lo ceñí al costado,
colgado en bandolera,
sin que nadie me viese,*

*por el bosque adelante.
¡Oh fusil mío! por ti sólo.*

Invitatorio

*Todos vengan, escuchen todos el cántico del fetiche.
Cántico amado del fusil.*

Coro

*Todos nosotros venimos, escuchamos todos
Alcanzó el cuchillo,
sin que nadie lo viese.*

Cántico

*Por ti sólo, ¡oh, fusil!, por ti sólo,
en los senderos de caza
He lacerado mi pie en el camino.
Salvado montes, y colinas,
cruzado los arroyos.
Penando todo un día, un día entero.
En busca del esoar.
El esoar, el evin y el oyo;
después, su carne al desnudo.
Les robé la vestimenta,
hábito de sangre roja.
Allí mora el espíritu de la selva.*

Invitatorio

*Todos ustedes vengan, mezclemos el esoar, el evin y el
oyo. Encantemos el fusil.*

Coro

Venimos todos, mezclemos el esoar, el evin y el oyo

*Encantemos al fusil,
dejando su carne al desnudo.
Moliendo su vestido,
Hábito de sangre roja,
para vestir esta arma.
Encantemos al fusil.*

100. Cántico del cocodrilo

*El elefante ha resbalado, resbalado con un desecho.
Este árbol se inclina;
levántalo en alto,
ahora se inclina de aquí.
Empújalo a izquierdas.
Ahora se inclina de allá,
empújalo a derechas.
No esté tu fuerza silenciosa, inerte.
Volvamos aquí, volvamos reculando,
es dura esta tierra.
Protector de nuestros padres, no cierres los oídos.
Protege a tus hijos.
Volvamos aquí, volvamos allá
la trampa está dispuesta.
Te hemos preparado alimentos.
Removida la piedra del hogar.
No demores tu socorro, ¡oh padre cocodrilo!
Quiero permanecer al filo de la orilla.
Nuestros antepasados lograron la victoria.
Las fiestas de iniciación se hacen para sus sucesores.*

432 101. Cántico de los pigmeos

*Grande es la selva, el viento es bueno.
 Adelante los Be-ku, el arco al brazo.
 Por aquí, por allá, por allá, por aquí.
 ¡Un cochino! ¡Quién mata al cochino?
 El Nku. — Más, ¿quién se lo come? — ¡Pobre Nku!
 Descuartizado, con todo. Saborearás las tripas...
 ¡Pan! Un elefante al suelo.
 ¿Quién lo ha matado? — El Nku.
 ¿Quién se llevará los colmillos? — ¡Pobre Nku!
 Derríbalo, con todo; te regalarán la cola...
 Sin casa, como los monos,
 ¿Quién recoge la miel? — El Nku.
 ¿Quién la lame hasta hincharse? — ¡Pobre Nku!
 Recógela con todo, te dejarán la cera...
 Los Blancos están ahí, buenos Blancos.
 ¿Quién baila? — El Nku.
 ¿Pero quién se fumará el tabaco? ¡Pobre Nku!
 Siéntate, con todo, y tiende la mano.*

102. Danza de los animales

433

Mba-Solé

Hace el pez...

Todos

¡Hip!

Mba-Solé

Hace el pájaro...

Todos

¡Viss!

Mba-Solé

Hace el nené...

Todos

¡Guam!

Mba-Solé

*Me tiendo a la izquierda.
Giro a la derecha.
Hago el pez,
errante en el agua.
Se retuerce, brinca.
¡Todo vive, baila, canta!*

434

Todos

*El pez: ¡Hip!
El pájaro: ¡Viss!
El nené: ¡Guam!*

Mba-Solé

*El pájaro vuela,
vuela, vuela, vuela.
Va, vuelve, pasa,
sube, se cierne, baja.
Hago el pájaro.
Todo vive, baila, canta.*

Todos

*El pez: ¡Hip!
El pájaro: ¡Viss!
El nené: ¡Guam!*

Mba-Solé

*El mono, de rama en rama,
corre, brinca y salta,
con su mujer, con su cría.
La boca llena, el rabo al aire.
¡Vean aquí el mono! ¡Vean aquí el mono!*

Todo vive, todo baila, todo canta.

Todos

El pez: ¡Hip!
El pájaro: ¡Viss!
El nené: ¡Guam!
Andang: ¡Mwing!
Ngug: ¡Viss!
Môn: ¡Nya!

Capítulo XXI

Cuentos modernos

103. *Cabezota* (cuento ronga).
104. *Abnegación de Yamadu Habe* (cuento khashonké).
105. *El spahi y la guinné* (cuento wolof).
106. *El diablo celoso* (cuento bambara).
107. *El munu del Faleme* (cuento torodo).

103. Cabezota

Una mujer echó hijos al mundo, los crió. Murieron todos. Después envejeció y no podía labrar su campo. Entonces, para sustentarse, iba a situarse en las puertas de los blancos, para pedir. Mendigaba de los blancos. Estos se hartaron, y le dieron un guisate. La vieja lo coció y se lo comió.

Al día siguiente se encontró muy hinchada, por causa del guisante. Cuando durmió dos noches más, la mujer vio que estaba preñada. Y eso que era muy vieja (se parecía a Memannuayana). Cuando la preñez avanzó, no pudo ya ir a mendigar el sustento. Después, cuando llegaron los dolores y parió, descubrió que su hijo no tenía piernas. No tenía nada más que cabeza, pecho y manos. Su nombre fue Cabezota. Antes siquiera que le cortasen el cordón, dijo:

—¡Eh! Madre mía, ¿cómo se entiende? ¿No pones una esterilla en el suelo para mí, siendo así que todas las mujeres lo hacen cuando dan a luz?

—Pero, hijo mío —respondió ella—, no tengo esterilla.

Cabezota respondió:

—Madre mía, ve a buscar un papel para que escriba una cosa: te lo daré y lo llevarás.

Su madre fue a recoger un papel en las calles y se lo dio. Todo lo necesario para escribir había salido con él del seno de la madre; también el tintero había salido con él del seno de la madre.

Cabezota escribió al gobernador pidiéndole una sábana para cubrirse, una pieza de tela para cortar un vestido a su madre, una vaca para que la ordeñasen, un criado joven, un saco

de arroz, guisantes, mijo, sorgo; en fin, una cabra. Cuando acabó de escribir dio la carta a su madre, para que la llevase al gobernador. Su madre se fue con el papel, y encontró un guardián en la puerta. La madre de Cabezota pidió permiso para entrar. La autorizaron; entró, y dio la carta al gobernador, quien la leyó, comprendió lo que significaba y dio a Cabezota cuanto pedía. Llamó a unos mandaderos para transportar aquellas cosas. Después el gobernador escribió una carta para decir a Cabezota que fuera a verlo al día siguiente.

La madre de Cabezota se fue la primera. Cuando llegaron los mandaderos, depositaron su carga. La mujer les dijo:

—Descuarticen la cabra para que yo coma igual que comen las nodrizas.

Los hombres descuartizaron la cabra, tomaron un poco de carne de cada miembro, y comieron. Después se marcharon; entonces, de mañana, la mujer calentó agua, se lavó y bañó al niño. Se pusieron en camino y fueron a ver al gobernador. Una vez allí, el gobernador dijo a la madre:

—Dame al niño, que yo lo vea.

El gobernador se sintió muy feliz, y llamó a su hija Mitina.

Cuando Mitina tomó en brazos al bebé, se alegró mucho, y rehusó devolvérselo a la madre. Su padre, entonces, se encolerizó; le quitó el niño por fuerza y se lo dio a la madre, la cual regresó a su casa. Desde entonces, Mitina dejó de comer. Incluso quiso suicidarse; durmió tres días sin tomar alimento. Su padre se enfadó, y le dijo:

—¡Qué es eso! Has rehusado muy buenos partidos que se te han presentado para casarte, incluso señores blancos, ¿y te enamoras de Cabezota? Es una vergüenza para mí.

Escribió entonces a las autoridades de los blancos, y los convocó para discutir el asunto, a fin de que Mitina fuese encarcelada y condenada a muerte. Reunidos todos, el padre de la joven les dijo:

—No quiero matarla, porque si la matase dejaría de padecer. Es menester que toquen las músicas y que se la lleven a Cabezota. Que no saque ropa alguna para mudarse, irá con lo puesto.

Así lo hicieron.

Cuando la hubieron expulsado, partió muy alegre, diciendo:

—El gobernador me ha prestado un gran servicio, verdaderamente. Me envían con Cabezota. Mi corazón es feliz.

Mitina le tuvo mucho amor. Trabajaba, llevándolo a cuestras, La madre le decía:

—Dámelo para que descanses un poco.

Mitina rehusaba, diciendo:

—Déjamelos, madre. Puedo con él.

No tenían casa decente. Era una choza mísera. Para dormir, las piernas, estiradas, se les salían fuera. No cabían en la choza más que las cabezas.

Pero Cabezota, visto que no tenía casa decente, salió durante la noche, y dijo:

—¡Mi anillo, mi anillo! Anillo de mi padre; que aparezca una casa donde yo pueda dormir.

Se volvió a la choza. Entonces aparecieron dos casas europeas de blancos, una fue para su madre, otra para él y su mujer. Aparecieron también baúles llenos de ropa para él y su mujer. Salieron también criados y criadas. De mañana, antes de levantarse, la madre dijo a Mitina:

—He tenido un sueño: busca las llaves con que he soñado: están ahí, junto a nuestras cabezas. Ve a abrir, y mira las habitaciones y lo que hay en los baúles; quizá mis sueños son realidad.

Cuando Mitina abrió, vio ropas muy buenas, como no las había visto nunca. Interrogó a Cabezota, y le dijo:

—¿De dónde salen estas cosas?

Su corazón rebosaba de alegría y escribió una carta para hacérselo saber a su madre y a su padre, diciéndoles:

—Aunque me han echado, no carezco de nada desde que vine aquí.

Pero sus padres no le respondieron, de enojo que tenían por no haber traído al mundo una hija más regular. Su hija rehusaba los buenos partidos y quería a un ser falto de piernas.

Una noche, estando todos dormidos, Cabezota probó a salir de su propia cabeza, en vista de que Mitina estaba muy contrariada por llevarlo siempre a cuestas. Una vez que salió, fue a abrir el baúl, y se puso sus ropas, sus galones, el sable, y el casco de jefe; se sentó a la mesa y se comió todo lo que habían dejado dispuesto para el desayuno al día siguiente.

444 Cuando estuvo satisfecho, se fumó un cigarro, y a continuación tomó un pedazo de papel y escribió. Releyó en voz baja lo que había escrito, temeroso de despertar a Mitina. Terminada la lectura de la carta, se desnudó volvió a entrar en su cabeza y se durmió.

Cuando empezaba a rayar el día, llamó a Mitina y le dijo:

—Levántame y caliéntame el alimento, para que coma.

Nunca había hecho tal cosa. Mitina se levantó, fue a buscar el alimento y se encontró con que no había nada.

—Madre, no hay nada para el desayuno. ¿Quién puede habérselo comido?

Cabezota le dijo:

—Nadie se lo ha comido. Es que tú quieres privarme de ello; no quieres darme de comer y obsequias a tus amantes. Te echaré de casa, te castigaré, haré contigo lo que ya hicieron tus padres.

Mitina se entristeció mucho, y lloró, diciendo:

—Me duele que digas que doy de comer a mis amantes, cuando la verdad es que no he buscado a ningún hombre. Prefiero que me insultes, sin más ni más o incluso que me pegues, a que digas esas cosas.

Mitina dijo entonces a una criada joven, que era del tamaño de Domengo:

—Mandaré a unos hombres que te maten, porque tú eres quien se come las cosas y por tu culpa me insultan —regañó a la joven, y añadió—: Hoy te perdono, pero si te comes lo que ha sobrado esta noche, mandaré a unos hombres que te maten.

Las amenazas de muerte asustaron a la criatura, sobre todo porque no se había comido nada. Hizo un agujero en la manta, y lo hizo bastante grande, para poder ver con sus ojos quién se comía las cosas. Cuando, puesto el sol, la joven se acostó,

miraba por el agujero que había hecho, mientras los otros dormían. Cabezota empezó a salir de su cabeza y se transformó en un hombre provisto de piernas. Hizo lo mismo que la víspere. Cuando comió, la joven lo vio, y se dijo: «Quieren matarme a mí, y es él quien se lo come.»

Al acercarse el día. Cabezota se apresuró a despertar a Mitina, y le dijo:

—Dame de comer.

Fue a buscarlo, no encontró nada, y al igual que la víspere, Cabezota se enfureció contra ella. Entonces Mitina se irritó con la chicuela y quiso matarla.

Pero la muchacha le dijo:

—Madre mía, no me mates; déjame, mañana me matarás. —Y añadió—: El que se lo come todo es Cabezota. Nunca hemos visto un blanco tan hermoso como él, cuando sale de su cabeza. Yo lo he visto por el agujero que he hecho en la manta. Hoy te daré una cuerda. Al ponerse el sol, te la atas a una pierna. Al salir Cabezota, tiraré de la cuerda, te despertaré, y lo verás: pero no te precipites a ir de una parte a otra. Cuando vaya a su cuarto a quitarse la ropa, te adelantas y lo sorprendes.

Cuando se acostaron, Cabezota empezó a salir de la cabeza, se puso su ropa; tomó el alimento, comió, hizo como todos los días. La muchacha, mediante la cuerda, despertó a Mitina, que vio todo en realidad. Entonces, cuando Cabezota trató de quitarse la ropa para reingresar en su propia cabeza, Mitina se adelantó y lo agarró. Cabezota dijo:

—Déjame, Mitina, regresar a mi cabeza nada más que hoy, que tengo muchas ganas.

Mitina respondió:

—De ningún modo. No te suelto, porque estás abusando de mí, tú que eres un hombre magnífico.

De mañana, Mitina escribió a sus padres para hacerles saber que tenía un marido espléndido. Si había rechazado otros partidos, es que el cielo le reservaba este. Cuando la mujer hubo escrito, el marido escribió también, y les dijo que si deseaban venir, no fuesen ese mismo día, sino al siguiente, porque ese día se casarían.

Cuando el gobernador lo supo, escribió a los principales blancos y les anunció esto: «Mi hija, a la que he llorado, dicen que es ahora una mujer como es debido. Mañana es el día de su boda. Prepárense para que vayamos a verle mañana.»

Ya puesto el sol, Cabezota dijo:

446 Mi anillo, mi anillo; anillo de mi padre..., que aparezca moneda roja y moneda blanca y que llene todo el patio de esta casa mía. Que aparezcan toneladas de aguardiente, de vino y de ginebra, y de todo cuanto hay que beber... hasta llegar a la puerta de mi padre, para que se vea claramente que me caso con la hija del gobernador.

Los suegros llegaron. Muy regocijados, saludaron al yerno. Vinieron *banyanes*, musulmanes, *ba-kuas*, y otras gentes, que comiendo las carnes del festín, recogían también monedas. Acabada la comida, el padre de Cabezota, su suegro, empezó a declarar su agradecimiento:

—Verdaderamente, hijo mío, el cielo está contigo. Yo lo vi muy bien cuando nació: nació sin piernas... pero cuando vino al mundo ya sabía escribir. Yo afirmo que esto es obra del cielo.

El suegro dijo, además:

—Está bien, hijo mío. Me hace dichoso lo que en otro tiempo me ponía de mal humor. Yo decía: El que se case con mi hija gobernará el país, y yo volveré a ser como un niño. Volvamos juntos a la ciudad.

Cabezota rehusó y dijo:

—No: yo me quedé aquí, y volveré a casa solo.

Cuando se hubieron ido, no quedaba más que gente borracha de aguardiente y de otras bebidas que habían consumido. En el momento de irse a dormir, Cabezota salió, y dijo:

—Mi anillo, mi anillo, anillo de mi padre... Que esta hermosa casa desaparezca.

Desapareció con los objetos que allí estaban. Sólo quedaron su mujer y su madre. Salieron juntos y llegaron a la ciudad. Una vez en ella, Cabezota dijo:

—Mi anillo, mi anillo, anillo de mi padre, que salga una casa grande con muchas habitaciones en cada piso, y que esté

guarnecida de monedas de oro... Que sea para mí la casa, y que por otro lado aparezca una casa guarnecida de monedas de plata, que sea la casa de mi madre.

En efecto, aparecieron las dos casas.

Por la mañana, cuando las gentes salieron rumbo al trabajo, vieron las casas, que causaban miedo a causa de su esplendor. Las gentes se alejaron atemorizadas. Entonces, los patronos que les habían enviado al trabajo, se reunieron, y decían:

447

—Los obreros se han marchado. Les da miedo el esplendor de las casas que hay ahí. ¿Iremos ahora a morir de hambre?

Pero el suegro, que conocía los milagros realizados por el yerno, les dijo:

—No teman: es que ha llegado el gobernador que ha de regir el país.

Entonces, Cabezota y Mitina, su mujer, vivieron en los honores de la realeza.

Tal es la conclusión del cuento.

448 104. Abnegación de Yamadu Habe

Hace cuatrocientos años aproximadamente, unos *peules*, bajando de Diadie, fundaron un pueblo llamado Bambero, que toma su nombre de una montaña vecina. El pueblo poco a poco adquirió importancia, y no tardó en contar 333 flechas o guerreros. Los *tomaranké* vieron con malos ojos la rápida prosperidad de los recién llegados, y movidos de envidia y codicia, les declararon la guerra.

Los *peules* eran muy pocos aún para resistir a tantos enemigos, pero, a pesar de ello, se determinaron a una resistencia encarnizada. Un morabito de Suyama Toran, que más tarde había de fundar el reino del Bundu, y que en aquel momento viajaba por el Alto Senegal para instruirse, llegó entonces a Bambero. Se llamaba Malick Sy. Propuso a los *peules* prepararles un *grigris* que les aseguraría la victoria, a pesar de su gran inferioridad numérica:

—Pero —añadió— deberán suscribir la condición que voy a ponerles...

—¡Habla! —dijeron los *peules*.

—La condición es esta: clavarán el *grigris* en la punta de una flecha. Al comenzar el combate, uno de ustedes, que yo me sé, miembro de la familia de Diadie, uno de sus conciudadanos más amado, disparará la flecha sobre el grueso de los enemigos. Morirá en el combate, pero, a ese precio les garantizo la victoria.

Todos se ofrecieron para el mortal honor, pero Malick Sy se mantuvo inquebrantable, hasta que se ofreció un joven llamado Mamadu o Yamadu.

Entonces declaró el morabito:

—Este es el hombre que yo esperaba.

—Bien está —dijo Yamadu a los *peules*—, pero puesto que me sacrifico para salvarlos, les pido que, a su vez, consientan ustedes en lo que pida.

Había allí cuatro tribus *peules*: los *diallo*, los *diakhité*, los *sidibé*, los *sankaré*. Todas dieron el consentimiento.

—El morabito —prosiguió Yamadu— ha dicho que por la virtud del talismán, moriré mañana por la salvación de mi raza. Estoy listo: pero tengo tres hijos: dos niños y una niña. El primero es Segó Dohi, el segundo Mamadu Dohi, y la tercera, Sané Dohi. Queridos *peules*: se los confió, a ellos y a sus hijos. Pido que sus descendientes manden en los *peules* del Khasso. Deseo que puedan casarse con mujeres de vuestra raza. Por supuesto, hablo de mujeres libres y que puedan casarse sin infringir los preceptos de Alá.

Los *peules*, unánimes, declararon que se haría conforme a sus deseos.

El choque entre los *malinké* y los *peules* se produjo en la laguna de Tombi-Fara.

Al comenzar la acción, Yamadu Habé se precipita, flecha en mano, hasta el centro de los enemigos, y con ella los hiere. Ha peleado valientemente y no ha sucumbido hasta el momento en que los *malinké* se daban a la fuga. La predicción del morabito se cumplió por completo. La victoria quedó por los *peules*. Sus adversarios habían perdido a su rey, y su ejército fue aniquilado.

La paz quedó asegurada por muchos años, y los *peules* pagaron su deuda a los hijos del héroe. Los educaron convenientemente. Si envenenaron a Mamadu Dohi a causa de su arrogancia intolerable, hicieron rey a Segó Dohi en cuanto fue mayor, y mantuvieron a sus descendientes en el poder supremo.

De Segó Dohi descienden: Mojacé Sambala, jefe del Medin; Diurka Sambala, uno de los defensores de esta ciudad con Paul Holl; Kinty Sambala, aliado de Francia, y el intérprete Alfa Segá.

También desciende de él Hava Demba, que fue aliado del emir Abdul Rhady en la guerra del Diolof, en tiempos de Napoleón I.

450 105. El *spahi* y la *guinné*

Sabemos este suceso por Amadu Diop.

Hay un *spahi* llamado Mandoy N’Gom, *spahi* de segunda clase, que se acostaba con su mujer en N’Dar. Una noche, estando en su casucha, la Luna le ha engañado. Se despertó a las dos de la madrugada, e imaginándose ver el día a causa de la gran claridad de la Luna, ha despertado a su mujer, diciendo:

—Vamos, levántate y hazme el café.

—¡Ah, Mandoy N’Gom! —respondió la mujer—. Es muy temprano todavía.

—Eso no es cosa tuya. Vamos, levántate.

La mujer no quiso y se negó categóricamente.

Entonces Mandoy se hizo él mismo su café, se lo bebió, y tomando el látigo, se fue, declarando que seguramente iba a faltar a la lista.

Llega corriendo hasta la cárcel civil. Allí se pone al paso. Toma un trozo de tabaco para llenar la pipa, y así llega hasta la mezquita de N’Dar.

Y, de pronto, una joven aparece ante él, cortándole el paso. Surge enteramente desnuda, sin más que un cinturón de cuentas de vidrio.

—Querido amigo —le dice—, dame un pico de tabaco.

—No tengo tiempo —responde Mandoy—. Te lo daría de buena gana, pero llevo prisa. Si me detengo, llegaré tarde a la lista.

La joven no lo deja pasar:

—No pasarás —le dice—. Necesito tabaco.

Y empezó a hacer tonterías. Quería besar al *spahi*...

—¡Cómo! —se dice Mandoy—. ¡Aún no ha amanecido y ya me pide tabaco!

La joven no quería dejarlo. Mandoy le suelta un latigazo en la cara. La joven rompe a llorar. Grita: «¡Uuuh!... ¡Uuuh!», como la sirena de un barco, y huye.

—¡Ah! —dice Mandoy—, vaya un fastidio. De seguro que no es una mujer, es una *guinné*.

Se apresura hasta el cuartel. Ya está en el patio, gritando también: «¡Uuuh! ¡Uuuh!» El suboficial de semana se dirige a él:

—Mandoy, ¿te has vuelto loco? A las dos de la mañana vienes a aullar en el cuartel como un chacal. Desde mañana, cuatro días de calabozo. Cuenta con ello.

Pero Mandoy no podía ya hablar. Se había vuelto loco. El suboficial y el brigadier de semana lo agarran, lo hacen subir la escalera. Entonces dice Mandoy que ha visto una cosa fantástica. Lo acuestan, y se queda uno velándolo.

Al siguiente día, a las ocho de la mañana, lo trasladan al hospital. Allí ha pasado ocho días, y empezaba a mejorar y a hablar, porque su mujer le llevaba *grigris* y medicamentos de los negros, escondiéndolos debajo de la ropa para entrarlos en el hospital. Durante los ocho días le han cuidado de esa manera, y se ha curado.

Los médicos no sabían cómo había podido ser así. Vinieron, le tomaron el pulso, y declararon que estaba mejor.

Los morabitos, que son sabios, han dicho:

—Esto lo ha hecho una *guinné*.

452 106. El diablo celoso

En el país de los *bambaras* hay una región que llaman Baninko, a causa del río Baninko, que la cruza antes de ir a arrojar en el Dioliba (Níger), no lejos de Bamako, a unos tres días de camino de esta ciudad. En el país de Baninko se encuentra una aldea llamada Tiendugu. Es una ciudad más grande que Faranah y muy próxima al río Baninko. Un hombre de esta aldea, llamado Bandingu Kulubaly, iba un día a su lugan. En el camino encontró a una diablesa que, desde el árbol donde estaba oculta, lo había visto venir y lo encontraba a su gusto. La mujer pensaba que Bandingu no le haría ascos, porque, como todas las diablesas, era muy bonita y, por otra parte, los hombres tienen poca costumbre de hacerse de rogar.

Salió, pues, a su encuentro, y sin más rodeos le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Voy a mi *lugan*.

—Bien; quiero que seas mi buen amigo.

Y el joven:

—No deseo otra cosa, porque eres muy bonita.

Bandingu deja en el suelo el fusil, que llevaba siempre consigo para el caso de encontrar una corza. Comenzó a hacer «tonterías». Él y la diablesa hacían lo que se hace siempre en casos tales, y la conversación tocaba a su fin, cuando de pronto apareció el diablo. Ante aquel espectáculo, se enfada, y descarga al hombre un estacazo. Como puedes figurarte, la diablesa no se alegró. Comienza a injuriar a su marido y a disputar con él. Bandingu se aprovecha para escaparse a todo correr, dejándose el fusil. El diablo lo recogió para sí.

Pero desde aquel día, el diablo de que te cuento está furioso y como loco. No puede ver a ninguno de la aldea sin pegarle como un energúmeno. Hasta ha llegado a matar a una pobre mujer, porque su cólera era tal que no acertaba a vengarse de otra manera.

Me preguntas de qué hechura son estos diablos. No he visto ninguno, pero los que los han visto dicen que tienen el pelo largo, tan largo, que les sirve de almohadón para sentarse. Unos son altos; otros bajos; pero todos tienen cuatro ojos: dos en el sitio ordinario y dos en la frente. Es todo lo que sé de ellos. No te olvides de mi *bunia*.

454 107. El munu del Falemé

Amady Si, intérprete del puesto de Koyah, nos lo ha contado.

Hay en el Bundu una aldea que llaman Debu. Cerca de la aldea pasa el río Falemé. Se forma allí una fosa de un kilómetro de largo. Ningún barco puede pasarlo, ni siquiera las piraguas pequeñas, porque los *guinnaru* las rompen todas. En cuanto a sacar allí agua, no hay ni que pensarlo.

A los *guinnaru* del agua que acechan el paso de la gente, se les conoce con el nombre de «munu». Tienen, poco más o menos la apariencia de seres humanos. Son de diferentes colores: negros como nosotros, rojos como ustedes, y también amarillos o verdes. Hombres y mujeres llevan el cabello largo, como las mujeres de los tratantes sirios. No tienen pulgares en las manos. Una vez capturaron uno de ellos y lo llevaron a Bakel. El comandante del puesto, que se llamaba Pinel, guardó el *guinnaru* durante mes y medio, y muchas personas lo vieron, pero al cabo de este tiempo el *guinnaru* murió.

Junto a la fosa de que he hablado, se encontraba un *lugan*, perteneciente a Umar Fano, indígena de Debu. Todas las noches los *guinnaru* iban a robarle mijo. El dueño del *lugan* pensó: «Mañana he de ver yo mismo quién me roba el mijo por la noche.»

Abrió en el suelo un hoyo de cincuenta centímetros de hondura, y de una longitud un poco mayor que la de un cuerpo, y encima puso un pequeño techado de paja, de modo que no pudiesen verlo. Llegada la noche, fue a tenderse en este escondite. Hacia la medianoche, los *munus* salieron del agua y comenzaron a recolectar mijo. Cuando Umar vio que los saqueadores parecían

seres humanos, dejó a un lado el fusil, resuelto a no hacerles fuego. Pero, aprovechándose de que una de las jóvenes de la banda pasaba al alcance de la mano, la agarró por un pie y la sujetó, a pesar de sus gritos. Los otros *munus* huyeron y se arrojaron precipitadamente al agua. Después de amarrar a su cautiva, Umar se la llevó a su casa, sin que ella opusiese gran resistencia.

Umar la retuvo en su cabaña como mujer. Trabajaba con buen ánimo, y hacía lo que él mandaba. Pero no hablaba a nadie, ni siquiera a su marido. En casa, ni comía ni bebía. Concibió un hijo de su marido.

Por entonces, un vecino fue a ver a Umar Fano:

—¡Cómo! —le dijo—. ¿Guardas contigo una mujer que no habla, ni bebe, ni come? Yo, en tu lugar, la devolvería a donde la encontré.

—Mañana mismo lo hago —declaró Umar.

A la noche siguiente, en efecto, la llevó al borde del Falemé:

—¿De qué sitio del río saliste? Indícamelo.

Ella señaló con el dedo un punto del río. Entonces, Umar le tomó la mano, entraron juntos en el agua, y cuando le llegaba a la rodilla, le dijo:

—Regresa a tu lugar de origen.

La *munu* continuó avanzando lentamente hasta que el agua le llegó al pecho. Entonces volviéndose a Umar:

—Mala suerte tienes —le dijo.

—¿Por qué?

—Me has tenido dos años en tu casa y durante ese tiempo te he servido de mujer. Después te has enojado conmigo. Debes suponer, sin embargo, que si me he quedado a tu lado todo ese tiempo, era porque no me desagradabas. Ahora, que llevo en mí un hijo tuyo, me abandonas. Si me hubieses guardado hasta el nacimiento del niño, entonces habría empezado a hablar contigo y te habría enseñado muchas cosas. Ahora, por tu impaciencia, todo ha concluido. ¡Adiós!

Desapareció, y el hombre retornó a su choza. No volvió a verla. Ni la verá nunca.

Bibliografía

A

Adam, G.: *Légendes historiques du pays de Nioro*.
París, 1904, in-8°.

Anónimos:

Abhandlungen d. Hamburgischen Kolonialinstitutes.
Hamburg, 1910-14, vol. 19, in-8°.

Anthologie d l'Afrique du Nord. Alger, 1914, in-8°.

Anthropos, Rev. int. d'Ethnologie et de Linguistique.
Munster, París y Londres, 1912-14, vol. 6- in-8°.

Bibliographical List of Books of Africa. London, 1892, in-16.

En Afrique. París, 1897, in-8°.

Essai de grammaire malinké. Saint-Michel-en Préziac, 1896, in-8°.

Folklore Journal of the S. Africa. Captown, 1880, vol. 6, in-8°.

La Clef du Ciel, texte woloff. Saint-Joseph-de-Ngazobil, s.
f., in-16.

List of grammar of the languages of Africa. New York,
1909, in-4°.

Miscellaneous Papers (1672-1865), Richmond, 1887, in-8°.

Mitteilungen d. Seminars für Orientalische Sprachen. Berlín,
1898-1902, vol. 6, in-8°.

The African World. London, 1903-05, vol. 11, in 4°.

Zeitschrift f. Afrikanische Sprachen. Berlín, 1887, in-8°.

Arbousset y Daumas: *Voyage au N.E de la Colonie du Cap*.
París, 1842, in-8°.

B

Barlow, A. R.: *Tentative Studies in Kikuyu*. Edimbourg, 1914, in-8°.

Barot, Dr.: *L'Ame soudanaise*. París, 1902, in-8°.
Récits soudanais. Angers, 1905, in-8°.

458

Barrière, M.: *Le monde noir*. París, 1909, in-18.

Barringue: *Catalogue de l'Hist. d'Afrique*. París, 1895 in-4° (manuscrito).

Basset, René: *Contes populaires d'Afrique*. París, 1903, in-16.

Bastian, A.: *Vorgeschichtliche Schoepfungslieder*. Berlín, 1893, in-8°.

Zur Mythologie u. Psyche d. Nigriten in Guinea. Berlín, 1894, in-8°.

Bazin, H.: *Dictionnaire bambara-français*. París, 1906, in-8°.

Berdrow, W.: *Afrikas Herrscher u. V'olkshelden*. Berlín, 1908, in-8°.

Bérenger-Féraud: *Contes de Sénégambe*. París. s. f., in-16.

Bleck: *Reinecke Fuchs in Afrika*. Weimar, 1870, in-8°.

Boisson: *Anthologie des Baisers (Afrique)*. París, 1912, in-8°.

Boubours, F.: *Les Trois Visages noirs de l'Afrique équatoriale*. París, 1891, in-12.

Bouche Pierre: *Les Noirs peints par eux-memes*. París, 1883, in-8°.

Brinckes: *Woerterbuch d'Otji-Herero*. Leipzig, 1886, in-8°.

Bruel: *Bibliographie de l'Afrique équatoriale française*. París, 1914, in-8°.

Buttner: *Zeitschrift für afr. Sprachen*. Berlín, 1889-1892, vol. 6, in-8°.

Anthologie aus d. Suaheli-Literatur. Berlín, 1894, in-8°.

459

C

Carvalho. H. De: *Lingueda Lunda*. Lisbonne, 1890, in-4°.

Casalis: *Les Bassoutos*. París, 1860, in-16.

Casalis Dé Pury: *La Syphilis et le cancer chez les Bassoutos*. París, s. f., in-8°.

Casati, G.: *Dix années en Equatoria*. París, 1892, in-8°.

Clozel y Villiam: *Les Coutumes indigènes de la Côte d'Ivoire*. París, 1902, in-8°.

Cobrat De Monrozier, B.: *Deux ans chez les Anthropophages*. París, 1902, in-16.

Collaway: *Nursery tales of Zulus*. Natal, 1868, in-8°.

Collomb, Dr.: *Ethnologie et Anthropométrie des races du Haut-Niger*. Lyon, 1885, in-8°.

Colombaroli, A.: *Premiers éléments de la langue A-sandeh (Niam-Niam)*. Le Caire, 1895, in-8°.

Compiègne, Marquis De: *L'Afrique équatoriale*. París, 1875, vol. 2, in-18.

Corbie, A.: *L'Épopée africaine*. París, 1908, in-16.

Cortambert, R.: *Mœurs et caractères des peuples d'Afrique*. París, 1884, in-8°.

Coutouby, F. De: *Le Mariage et ses coutumes chez les Foulah du Kiin*. París, 1911, in-8°.

460

Cultur, P.: *Histoire du Sénégal du XV siècle à 1870*. París, 1910, in-8°.

Cust, R.: *Langues modernes de l'Afrique*. Genève, 1884, in-8°.

Les Langues de l'Afrique. París, 1885, in-16.

CH

Chapiseau, F.: *Au Pays de l'esclavage*. París, s. f., in-16.

Chatelain: *Grammaire élémentaire de Rimbundi*. Genève, 1888, in-4°.

Chatelain, H.: *Folkstales of Angola*. Boston, 1894, in-8°.
Some Causes of the Retardation of African Progress.
 Boston, 1895, in-8°.

Cherbonneau, J. A.: *Essais sur la littérature arabe au Soudan*. Constantine, 1866, in-8°.

Chevrier: *Bibliographie des ouvrages relatifs à la Sénégambie et au Soudan occidental*. Leipzig, 1892, in-8°.

D

Delafosse, M.: *Vocabulaire comparatif de plus de 60 langues de la Côte d'Ivoire*. París, 1903, in-8°.

Coutumes Agni. París, 1904, in-18°.
Le Peuple sieira ou sounoufou. París, 1908-09, in-4°.
Manuel de la langue mandé. París, s. f., in 8°.
Les Langues voltaïques. París, 1911, in-8°.
Le Haut-Sénégal-Niger. París, 1912, vol. 3, in-8°.
Esquisses générales des langues de l'Afrique. París, 1914,
 in-8°.

461

Demett: *Folklore of the Tjort*. London, 1898, in-8°.

Desplagnes, L.: *Le Plateau central nigérien*. París, 1907. in-8°.

Dirr, A.: *Nativa Literature in the haussa*. London, 1885, in-8°.
Manuel prat. de la langue haoussa. París, 1896, in-8°.

Dormier, P.: *Ames soudanaises*. París, 1906, in-16.

Dubois-Fontenelles: *Anecdotes africaines*. París, 1775, in-12.

Du chaillu: *L'Afrique sauvage*. París, s. f., in-16.

Duckelacker: *Woerterbuch f. Duala-Spr.* Hamburg, 1914,
 in-4°.

Dupuis-Yacouba: *Les Gow ou Chasseurs du Niger*. París,
 1911, in-8°.

E

Ellis, A. B.: *The Tshwi-speaking Peoples*. London, 1887, in-8°.
The Ewe-speaking Peoples. London, 1890, in-8°.

Equilbeco, F. V.: *Contes indigénes de l'Quest-Africain franç.*
 París, 1913, vol. 3, in-12.

Escayrac De L'anture, D': *Le Désert et le Soudan*. París, 1854, in-8°.

Mémoires sur le Soudan. París, 1855-56, vol. 5, in-8°.

Eudermann: *Versuch einer Gramm. d. Sotho (ex-pedi)*. Berlín, 1876, in-8°.

462

Eyries, J. B.: *Voyages pittoresques*. París, 1839, vol. 2, in-8°.

F

Finley, Churchille: *The Gubanu*. Washington, 1913, in-4°.

Frazer, M. J. G.: *Le Totémisme*. París, 1898, in-16.

Freimarck, H.: *Das Sexuelleben d. Afrikaner*. Leipzig, 1911, in-8°.

Frobenius: *Die Masken Afrikas*. Halle, 1898, in-4°.

Das Schwarze Dekameron. Berlín, 1912, vol. 2, in-4°.

Und Afrika Sprach. Berlín, 1912, vol. 2, in-4°.

G

Gay, Jean: *Bibliographie des ouvrages relatifs à l'Afrique et á l'Asie*. San Remo, 1875, in-8°.

Girard, V.: *Les lacs de l'Afrique équatoriale*. París. 1840, in-8°.

Goldic, H.: *Principes of Efik grammar*. Edimbourg, 1888, in-8°.

Gregoire, H.: *De la Littérature des Nègres*. París, 1808, in-8°.

Griffin, H. W.: *Chitouga vocab*. Oxford, 1915, in-16.

Grimm, H.: *Sud-Afrik. Novellen*. Frankfurt, 1913, in-16.

Groos, K.: *Les Jeux des Animaux*. París, 1902, in-8°.

Guiraudon, De: *Manuel de langue foule*. París, 1894, in-8°

H

H..., V.: *De baobab aanderen Senegal door*. Harlem, 1855, in-8°.

463

Hacquart y Dupuis: *Manuel de la langue sougay*. París, 1897, in-12.

Hahn: *Tsuni-Goam*. London, 1864, in-8°.

Hartig, O.: *Aeltere Enideckungsgeschichten*. Wien, 1905, in-8°.

Henry, J.: *Le Bambara*. París, 1910, in-8°.

Hinde, H.: *Vocab. of the Kamba a Kikuyn lang*. Cambridge, 1904, vol. 2, in-16.

Hovelacque, A.: *Les Nègres de l'Afrique*. París, 1889, in-8°.

J

Jacottet, F.: *Contes pop. des Bassoutos*. París, 1895, in-12.
Études sur les langues du Haut-Zambèze. París, 1899, vol.2, in-8°.

Jeanneret, CH.: *Quatre années au Congo*. París, 1883, in-16.

Jephson: *Stories told in an African Forest*. London, 1893, in-8°

Joucla, E.: *Bibliographie de l'Afrique occidentale française*. París, 1912, in-8°.

Junod, H.A.: *Les Chants et les Contes des Ba-rongas*.
Lausanne, 1897, vol. 2, in-16.
Nouveaux Contes rongas. Neuchâtel, 1898, in-8°

K

Koelle: *Outlines of a grammar of the Vei-language*.
s. I. n. f., in-8°.
African Native Literature. London, 1854, in-8°.

464

Kayser, G.: *Bibliographie des ouvrages ayant trait à
l'Afrique, depuis le commencement de l'imprimerie jusqu'en
1887*. Bruxelles, 1887, in-8°.

Krapf, J.J.: *Vocabulary of 6 East-Afr. Languages*. Tubingen,
1850, in f°.

Krueger: *Steps in the se-suto lang*. Moria, 1884, in-8°

L

La Combe: *Premier Voyage (1685)*. París, 1913. in-8°.

La Landelles, J.: *Les Géants de la Mer*. París, s. f., in-8°.

Landeroin y J. Tilho: *Grammaire et contes haoussa*. París,
1909, in-16.

Le Hérissé: *Légendes de la Sénégambie*. París, 1908, in-12.

León-Jean (el Africano): *Description de l'Afrique*. París,
1896-98, vol.3, in-8°.

Le Roy: *Les Pygmées*. Tours, 1905, in-8°.
Au Kilimandjaro. París, s. f., in-8°.

M

Mannier, X: *Contes populaires diff, pays*. París, 1880, in 8°.

Marc. L.: *Le pays móssi*. París, 1909, in-8°.

Marche, A.: *Trois voyages en Afrique occidentale*. París, 1882, in-8°. 465

Martino, F. de: *Anthologie de l'amour arabe*. París, 1902, in-8°.

Meinecke: *Kolonial-Jahrbuch*. Berlín, 1892, in-8°.

Meinhof, C.: *Kolonial-Jahrbuch*. Hamburg, 1910-13, vol. 4, in-4°.

Die Dichtung d. Afrikaner. Berlín, 1911, in-16.

Migeod, F. W. H.: *The language of West-Africa*. London, 1911-13, vol. 2, in-8°.

Monteil, C.: *Contes soudanais*. París, 1905, in-12.

Moulin, A.: *L'Afrique à travers les âges*. París, 1914, in-8°.

Mohamed y Tounsi: *Voyage au Ouaday*. París, 1851, in-8°.

N

Nassau, R.H.: *Fetichism in W. Africa*. London, 1904. in-8°.

Naville, F.: *Origine africaine de la civilisation égyptienne*. París, 1913, in-8°.

Nekes, P. H.: *Die Sprache d. Janude*. Berlín, 1913, in-16.

P

Parson, A. C.: *A Hausa Phrase-book*. Oxford, 1915, in-16.

Paulitielke, P.: *Afrika-Literatur*. Wien, 1882, in-8°

466 Pères Blancs, LES: *Manuel de langue luganda*. Einsiedeln,
1894, in-12.

Périer. G. D.: *Moukanda*. Bruxelles, 1914, in-8°.

Picrocholle: *Le Sénégal drôlatique*. Paris, 1896, in-16.

Préville, A. De: *Les Sociétés africaines*. Paris, 1894, in-8°.

Pingstell, H.: *Neuestes f. Forderung d. Sprachkunde in Nord-Africa*. Wien, 1852, in-8°.

Q

Quatrefages, A. De: *Les Pygmées*. Paris, s. f., in-8°.

R

Randau: *Autour des feux*. Paris, 1912, in-8°.

Roehl, K.: *Grammatik d. Schambala*. Hamburg, 1911, in-8°.

Roger, Baron: *Kélédor*. Paris, 1829, vol. 2, in-12.

S

Sarrazin, H.: *Les Races humaines du Soudan*. Chambéry,
1902, in-8°.

Schleicher: *Somali-texte*. Wien u. Leipzig, 1900, in-8°.

Schneider: *Religiön u. Naturvoelker*. Stuttgart, 1862, in-8°.

Schweinfurth, G.: *Linguistische Ergebnisse einer Reise nach Zentral Africa*. Berlín, 1873, in-8°.

Seidel, A.: *Zeitschrift f. Afrikanische Sprachen*. Berlín, 1895-98, vol. 5, in-4°.; Berlín 1900-02, vol. 2, in-4°.

Geschichten u. Lieder d. Afrikaner. Berlín, 1896, in-16.

467

Sekere, Azariel: *Buka ea pokello ea meklia la Basotho*. Moira, 1893, in-8° (colección en sessuto).

Sibrel, J.: *Some Betsinisonaka Folks-tales*. London, 1898, in-8°.

Soleillet, P.: *Voyage à Ségon*. París, 1887, in-8°.

Sonolet, L.: *Le Parfum de la Dame noire*. París, 1911, in-16.

Stanley: *My dark companions and their strange stories*. London, 1892, in-8°.

Steere: *Swahili Tales of Zanzibar*. London, 1889, in-8°.

T

Tautain: *Légendes de Soninké*. París, 1895, in-8°.

Taylor, W. F.: *African Aphorism*. London, 1891, in-16.

Tensaux Compans: *Bibliographie asiatique et africaine*, depuis la découverte de l'imprimerie jusqu'en 1700; París, 1841, in-8°.

Theal, G. M. C.: *Catalogue of Books relating to Africa. Records of S. E. Africa*. London. 1895-99, vol. 3, in-8°.

Thomann, G.: *Essais de manuel de langue néouolé*. París, 1905, in-8°.

Torrend-xosa: *Kaffir Grammar*; Grahamstown, 1887, in-8°.
A comparative gram. of. S. Afr. Bantis-lang. London, 1891, in-8°.

468 Travallé, Moussa: *Petit dictionnaire français-bambara*; s. l., 1913, in-8.

Trilles, R. G.: *Contes et Légendes fân*. Neuchatel, 1898, in-8°.
Le Totémisme. Munster, 1912, in-8°.
Chez les Fang. Lille, 1913, in-4°.

V

Van Gennep: *Un système nègre de classification*. París, 1906, in-8°.
Religió, Moeurs et Légendes. París, 1909, vol. 11, in-8°.
Publ, nouv, sur le totémisme. París, 1912, in-8°.

Velden, F. v. d.: *Die Zugelosigkeit d. Bantusprachen zur Ursprache d. alten Welt*. Bonn, 1914, in-8°.

Verrier: *Essai sur la linguistique*. París, 1902, in-8°.

Vigné d'octon : *Au pays des Fétiches*. París, 1891, in-18°.

W

Wassenborn: *Tierkult*. Leiden, 1904, in-f°.

Westenman: *Handbuch d. Fula Sprache*. Berlín, 1909, in-8°.

Wolf, K.: *Studien d. Malala*. Munchen, 1912, in-8°.

Z

Zeltner, F. De: *Contes du Sénégal et du Niger*. París, 1913, in-12°.

Zimmermann: *Grammatical Sketch of the Gà-language*. Stuttgart, 1898, in-8°.

Índice

Introducción

Capítulo I. *Leyendas cosmogónicas*

- | | |
|-----------------------------|----|
| 1. Leyenda de la creación | 13 |
| 2. Leyenda de los orígenes | 14 |
| 3. Leyenda de la separación | 20 |
| 4. Leyenda de Bingo | 33 |

Capítulo II. *Fetichismo. Personificaciones panteísticas*

- | | |
|-----------------------------------|----|
| 5. Por qué fue poblado el Mundo | 43 |
| 6. El origen de la Muerte | 44 |
| 7. El muerto y la Luna | 45 |
| 8. El género humano | 46 |
| 9. El Cielo, la araña y la Muerte | 47 |

Capítulo III. *Fetichismo. Los guinnés*

- | | |
|---|----|
| 10. Bulané y Senkepeng | 53 |
| 11. Arondo-Jenu | 58 |
| 12. La estación húmeda y la estación seca | 60 |
| 13. Los espíritus en la madriguera de la rata | 61 |

Capítulo IV. *Fetichismo. Animales guinnés*

- | | |
|-----------------------|----|
| 14. Kamma y Litaolané | 69 |
|-----------------------|----|

15. Murkwé-Leza	72
16. Seedimwé	74
17. Moselantja	78
18. Historia del pájaro que daba leche	88

Capítulo V. *Fetichismo. Hombres guinnés*

19. El antepasado de los griots	97
20. Kaskapaleza	98
21. Marandenboné	102

Capítulo VI. *Fetichismo. Vegetales y minerales guinnés*

22. Kumongoé	111
23. La calabaza que habla	122
24. La hiena y su mujer	124

Capítulo VII. *Fetichismo. Grigris*

25. Takisé	133
26. Ntotoatsana	138
27. Huevo	142
28. El espejo maravilloso	150
29. La cola de Ibumbuni	154
30. Una canasta llena de hijos	157

Capítulo VIII. *Fetichismo. Abstracciones*

31. La Mentira y la Muerte	163
32. La Mentira y la Verdad	165

Capítulo IX. *El Totemismo*

33. Leyenda del elefante	173
34. Khoedi-Sefubeng	179
35. El Retozón de la llanura	182

36. Historia de Tangalimilingo	190
--------------------------------	-----

Capítulo X. *Leyendas históricas*

37. La gesta de Samba Gueladio Diegui	197
38. La leyenda de Ngurangurane, el hijo del cocodrilo	215
39. Daura	227
40. Los bachoengs	230

Capítulo XI. *Evolución y civilización*

41. La conquista del dunu	235
42. Descubrimiento del vino de palma	236
43. Leyenda de la plantación del maíz	237
44. Los cuatro jóvenes y la mujer	239
45. Origen de los toneletes	242

Capítulo XII. *Ciencia de fantasía*

46. Por qué el cocodrilo no se come a la gallina	249
47. Por qué el rinoceronte desparrama su estiércol	250
48. Por qué los monos viven en los árboles	251
49. El leopardo y el perro	252
50. El gallo y el elefante	253
51. El elefante y la musaraña	254
52. La codorniz y el cangrejo	255
53. Leyenda de los monos	257
54. El cultivador	259

Capítulo XIII. *Cuentos maravillosos*

55. Amaavukutu	265
56. Nuahungukuri	267
57. Longoloka, el padre envidioso	269
58. Sikulumé	276
59. El pájaro maravilloso del caníbal	287

60. Seetetelané	289
61. Al fin del Mundo	291

Capítulo XIV. *Cuentos anecdóticos, novelescos y de aventuras*

62. Observaciones de un hijo a su padre	301
63. Tyaratyondyorondyondyo	302
64. La mujer y la hiena	305
65. Los cambios	306

Capítulo XV. *Cuentos morales*

66. Por qué la mujer está sometida al hombre	313
67. Ingratitud	314
68. El caimán, el hombre y el chacal	317
69. La araña	321

Capítulo XVI. *Cuentos de amor*

70. Historia de dos mozos y cuatro mozas	329
71. Lanseni y Maryama	333
72. Polo y Khoahlakhubedu	336
73. Masilo y Thakhané	341
74. Hammat y Mandiaye	348

Capítulo XVII. *Cuentos humorísticos*

75. La joven astuta	359
76. La aldea de los locos	362
77. Los estragos de Funtinnduha	364
78. Habladores Bambara	369
79. Mala educación	374
80. El gallo y el asno	376

Capítulo XVIII. *Cuentos de colmos, charadas y refranes*

81. La hiena y la Luna	381
82. Los tres hermanos y los tres grigris	382
83. Concurso matrimonial	383
84. Algunos refranes haussas	384
85. Algunos refranes mossis	386
86. Algunos refranes sesutos	387
87. Algunos refranes fan	389
88. Algunos refranes engudas	390
89. Adivinanza soninké	392

Capítulo XIX. *Fábulas*

90. El ciclo de la rubeta	397
91. El zorro y la hiena	410
92. La liebre y la Tierra	412
93. La chocha y la tortuga	413
94. La liebre, el elefante y el hipopótamo	414

Capítulo XX. *Poesías y canciones de baile*

95. El viento	421
96. El pájaro fantasma	422
97. Tam-tam fúnebre de Baraguana	423
98. Canto de los elifam	425
99. Cántico del fusil	427
100. Cántico del cocodrilo	431
101. Cántico de los pigmeos	432
102. Danza de los animales	433

Capítulo XXI. *Cuentos modernos*

103. Cabezota	441
104. Abnegación de Yamadu Habe	448
105. El spahi y la guinné	450

106. El diablo celoso	452
107. El munu del Falemé	454
Bibliografía	457

Los 1000 ejemplares de este título
se terminaron de imprimir durante el mes de
ABRIL DE 2007
en **Fundación Imprenta**
del **Ministerio del Poder Popular para la Cultura**



CARACAS, VENEZUELA

